

**Título:** Historias de la Conquista: aspectos de la historiografía de tradición náhuatl  
**Autor(es):** Pastrana Flores, Gabriel Miguel  
**Fecha de publicación:** 2023  
**Primera edición electrónica en pdf:** 2023  
**ISBN edición impresa:** 978-607-30-7292-2 [Versión impresa]  
**ISBN de pdf:** en trámite

**Forma sugerida de citar:** Pastrana Flores, Gabriel Miguel. Historias de la Conquista: aspectos de la historiografía de tradición náhuatl. Teoría e Historia de la Historiografía 2. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas, 2023. <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3382>

---

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

**Entidad editora:** Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México  
Correo electrónico: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

---

“Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)”



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: [departamento.editorial@historicas.unam.mx](mailto:departamento.editorial@historicas.unam.mx)

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

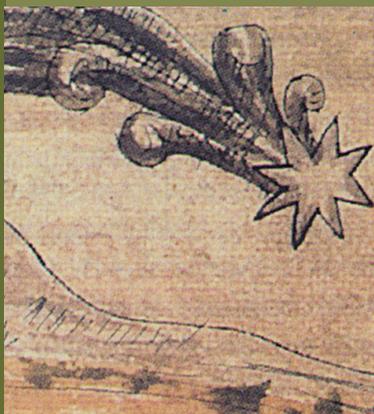
MIGUEL  
PASTRANA FLORES



---

**HISTORIAS  
DE LA  
CONQUISTA**  
ASPECTOS  
DE LA  
HISTORIOGRAFÍA  
DE TRADICIÓN NÁHUATL

---



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

HISTORIAS DE LA CONQUISTA  
ASPECTOS DE LA HISTORIOGRAFÍA DE TRADICIÓN NÁHUATL



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Serie Teoría e Historia de la Historiografía

2





INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

MIGUEL PASTRANA FLORES

# HISTORIAS DE LA CONQUISTA

## ASPECTOS DE LA HISTORIOGRAFÍA DE TRADICIÓN NÁHUATL



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO 2023



Pastrana Flores, Miguel (Gabriel Miguel), 1967- , autor.  
Historias de la conquista : aspectos de la historiografía de tradición náhuatl /  
Miguel Pastrana Flores.  
Segunda edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto  
de Investigaciones Históricas, 2023. | Serie: Serie teoría e historia de la  
historiografía ; 2.  
LIBRUNAM 2180333 | ISBN 978-607-30-7292-2.  
México -- Historia -- Conquista, 1519-1540. | México -- Historiografía. | México --  
Civilización.  
LCC F1230.P38 2023 | DDC 972.02 --dc23

Primera edición: 2004  
Primera reimpresión: 2009  
Segunda edición: 2023

D. R. © 2023. Universidad Nacional Autónoma de México  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS  
Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria  
Coyoacán, 04510. Ciudad de México

ISBN 978-607-30-7292-2

Portada: Rebeca Bautista Gómez

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización  
escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México



*Historias de la Conquista*  
*Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*

editado por el Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM,  
se terminó de imprimir el 20 de febrero de 2023  
en Gráfica Premier, Calle 5 de Febrero 2309,  
San Jerónimo Chicahualco, 52170, Metepec, Estado de México.

Su composición y formación tipográfica,  
en tipo Source Serif de 11:14, 10:13 y 8.5:10 puntos,  
estuvo a cargo de F1 Servicios Editoriales.

La edición, en papel Book Cream de 60 gramos,  
consta de 300 ejemplares

y estuvo al cuidado del Departamento Editorial  
con la colaboración de Jazmín Mejía Sandoval



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



*Cada hombre contempla la realidad que lo rodea con una perspectiva propia, y no puede haber estudio más apasionante que el de observar cómo un mismo núcleo de hechos se refracta diversamente según el espectador que lo describe. / Ningún tema se presta mejor a un análisis de este tipo que el de la conquista de México.*

Ramón Iglesia



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## INTRODUCCIÓN

*Mucho es lo que queda por hacer en el campo de la historiografía mexicana. Una de las tareas más arduas será esta de alumbrar el contenido de las crónicas indígenas, o basadas en testimonios indígenas.*

Ramón Iglesia

La conquista de México fue un complejo proceso histórico que abrió la puerta a una transformación radical de las sociedades mesoamericanas. A 500 años de distancia, este evento aún suscita las más enconadas polémicas y las más variadas investigaciones tanto a nivel nacional como internacional. En esta perspectiva, el presente trabajo sólo es uno más en la larguísima serie de estudios que han abordado tan controvertido tema. Pero, en este caso, no se pretende estudiar el proceso mismo de la Conquista, sino analizar y explicar cómo se le presenta en la historiografía de tradición indígena. Valga la expresión, no se trata de estudiar el hecho mismo, sino de analizar la memoria náhuatl sobre él.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En ese sentido, el estudio se acerca a la perspectiva de análisis asumida por Ramón Iglesia con respecto a las crónicas de tradición española de la conquista de México; véase *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1990, especialmente p. 11-13. Al igual que Iglesia, doy por sentado que el lector conoce los hechos de la conquista de México a los que aludo en el texto. Siguiendo el buen ejemplo del historiador hispano, recomiendo al lector interesado la consulta de William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, 3.<sup>a</sup> edición, edición, prólogo, notas y apéndices por Juan A. Ortega y Medina, traducción de José M. González de la Vega, anotada por Lucas Alamán, notas críticas y esclarecimientos por José Fernando Ramírez, México, Porrúa, 1985, y el tomo cuarto de la *Historia antigua y de la conquista de México*, 2.<sup>a</sup> edición, 4 v., edición y estudio previo de Ángel M. Garibay, biografía y bibliografías por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1978, de Manuel Orozco y Berra, por ser dos obras clásicas muy bien escritas y documentadas. Para una información más rápida de estos asuntos puede consultarse a los no siempre ecuánimes Carlos Pereyra y Salvador de Madariaga, autores de sendos libros con idéntico título, *Hernán Cortés*. Además, para la perspectiva española de la conquista véase el libro de Iglesia ya citado, así como las cartas y crónicas de Hernán Cortés, *Cartas de relación* 13.<sup>a</sup> edición, nota preliminar de Manuel Alcalá, México, Porrúa, 1983; Francisco López de

Es por esto que el estudio se ha planteado como un análisis historiográfico comparativo del conjunto de las obras de tradición náhuatl, a partir de cuatro problemas fundamentales en el estudio de la Conquista; primero el de los presagios que se dice ocurrieron antes de la llegada de los castellanos; segundo, la naturaleza que les fue atribuida a los españoles; tercero, la personalidad y actitud asumida por Motecuhzoma, último *tlatoani* de Tenochtitlan frente a los europeos y, cuarto, el sentido que se le otorgó a la conquista española en las obras indígenas. La comparación de las distintas obras dará luz sobre la magnitud y los matices de cada uno de los problemas, al tiempo que los aspectos generales y comunes de cada cuestión permitirán, a su vez, un mejor entendimiento de cada texto historiográfico. Se ha preferido el tratamiento por problemas comunes al más usual de obra y autor porque los estudios sobre historiografía de tradición indígena son aún escasos y porque hay ciertas dificultades generales en el conjunto de dicha historiografía que es necesario abordar de manera global y no parcial.

Para los fines de este trabajo se recoge como punto de arranque el concepto de historiografía expresado por Charles Olivier Carbonell para quien es “la historia del discurso —un discurso escrito y que dice ser cierto— que los hombres han hecho sobre el pasado; sobre su pasado”.<sup>2</sup> También habrá que agregar que se trata de un discurso sobre el pasado de los pueblos de habla náhuatl elaborado por ellos mismos o tomando como base plenamente verídica sus tradiciones acerca del pasado. Desde esta perspectiva, el debate actual sobre el contenido “mítico” o “histórico” de las obras de tradición indígena es irrelevante, porque lo que se busca es entenderlas como formas de concebir, representar y comprender el pasado de un pueblo, y no se pretende establecer la realidad objetiva y fáctica de los hechos, lugares y personajes mencionados en ellas.

Gómara, *Historia de la conquista de México*, 2 v., edición, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Pedro Robredo, 1943, y Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición, índices y prólogo de Carmelo Sáenz de Santa María, México, Alianza, 1991.

<sup>2</sup> Charles Olivier Carbonell, *La historiografía*, traducción de Aurelio Garzón, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 8.

En todo momento hay que recordar que no se pretende reconstruir los hechos de la Conquista española, sino analizar la historiografía náhuatl sobre ella.<sup>3</sup>

A esta primera definición habrá que agregar, además, una importante precisión. Los discursos acerca del pasado humano que pretenden ser ciertos no sólo están escritos. Muchos en su origen y en sus fuentes son, han sido y serán antes que nada relatos orales, narrativa histórica contada por los mayores. Circunscribir los dominios de la historia de las representaciones colectivas del pasado humano sólo a lo escrito redundaría en una inútil mutilación y dejaría en la penumbra importantes áreas de discursos históricos que deben su condición de grafía a meros accidentes, como el interés de un fraile o de un antropólogo. En otras palabras, han de ser considerados discursos históricos plenos, por sus propias características intrínsecas y no por el soporte o formato que, incidentalmente, tengan en la actualidad.

Dichas características son, primero, que manifiesten tener voluntad de historiar, esto es, de rescatar del olvido hechos y personajes del pasado para que sean recordados en la posteridad; segundo, que sean producto de un proceso de búsqueda y selección de información; tercero, que tengan una estructuración significativa, y cuarto, que proyecten una interpretación de esos datos y materiales. Las obras aquí analizadas cumplen a cabalidad con estos requisitos, como se verá en los capítulos siguientes.

Entendemos por historiografía de tradición náhuatl a todas aquellas obras históricas que recogen la información, los conceptos, el punto de vista y, sobre todo, los relatos estructurados de los grupos

<sup>3</sup> Por otra parte, no soy el único en plantear que hay que dejar la visión tradicional reduccionista de las crónicas como un problema entre “mito”, lo falso, e “historia”, lo verdadero. Véanse a José Rubén Romero, “Historia de una conciencia histórica”, en Alfredo López Austin, José Rubén Romero Galván y Carlos Martínez Marín, *Teotihuacan*, México, El Equilibrista/Turner Libros, [s. f.], 150 p., y a Federico Navarrete, “Las fuentes indígenas más allá de la dicotomía entre historia y mito”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1999, v. XXX, p. 231-256. Yo he anticipado mis ideas en el artículo, “Los presagios de la conquista como forma de conciencia histórica”, *Estudios Michoacanos*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Instituto Michoacano de Cultura, 1999, v. VIII, p. 127-142.

indígenas de habla náhuatl, aunque los autores inmediatos sean españoles o mestizos, religiosos, civiles o funcionarios. Lo importante es que manifiesten, en algún grado y medida, conciencia histórica indígena; que hagan suyo el discurso de sus fuentes nahuas. Desde este punto de vista, las obras de autores como fray Bernardino de Sahagún y fray Diego Durán son claramente de tradición indígena porque recuperan la expresión, las noticias y las ideas de los nahuas, aunque, por supuesto, en ellas se manejen importantes conceptos de origen europeo.<sup>4</sup>

Las obras que son el objeto de este estudio son el resultado de un largo proceso de conciencia histórica náhuatl acerca de la Conquista española, que se pone de manifiesto a través de las diversas obras históricas.<sup>5</sup> Es un proceso complejo de labor historiográfica que supone el registro de los acontecimientos, su transmisión de manera oral, pictográfica y escrita, así como su estructuración como relatos históricos que contienen una interpretación del devenir de los pueblos nahuas frente a la llegada de los europeos. Este proceso, como podemos conocerlo actualmente, abarca más o menos un siglo, que va de 1528, con los *Anales de Tlatelolco* hasta 1630 con la *Séptima relación* de Chimalpain Cuauhtlehuanitzin.

Dentro del gran conjunto de obras históricas de raigambre indígena es posible hacer la distinción de las crónicas por su pertenencia a alguna tradición específica, o sea por la filiación a algún grupo étnico o político en particular. Éste es un punto importante, porque a lo largo del estudio se pondrán de manifiesto diversas variantes en la información y en la interpretación de los hechos que tienen que ver tanto con el papel que jugó cada grupo en la conquista

<sup>4</sup> Véase José Rubén Romero, “Introducción”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 9-20.

<sup>5</sup> La conciencia histórica es, siguiendo a Edmundo O’Gorman, primero, la manera en que los seres humanos se relacionan con su pasado y, segundo, la forma en que han contado con su pasado para definirse y entenderse como personas en su propio tiempo, “El modo más expresivo de designar este complejo es llamándolo conciencia histórica”, Edmundo O’Gorman, “La conciencia histórica en la Edad Media”, en *Historiología, teoría y práctica*, estudio introductorio y selección de Álvaro Matute, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2007, p. 31.

militar, como con su situación política y social en el primer siglo de la Nueva España. En términos generales es posible distinguir las siguientes tradiciones fundamentales: la tlutelolca, la tenochca, la tlaxcalteca, la acolhua, la chalca, así como algunas obras que no se pueden identificar plenamente con ninguna tradición como es el caso de los escritos de Cristóbal del Castillo y la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*.

A continuación, se pasará revista de forma somera a las principales obras de cada tradición. Dentro de la tradición tlutelolca se encuentran dos obras fundamentales. La primera es la más temprana de todas las conocidas, se trata de los *Anales de Tlutelolco*, al parecer escritos en 1528 según el propio texto. El manuscrito original, en lengua náhuatl, se compone de cinco documentos, de los cuales el quinto —Historia de Tlutelolco desde los tiempos más remotos— es el relato del devenir de esa ciudad náhuatl, es un texto escrito a la manera de anales y que intercala discursos, poemas y algunos glifos.<sup>6</sup> Para este estudio se ha utilizado la traducción realizada por Ángel María Garibay de la sección correspondiente a la conquista militar.

La otra obra es la historia de la Conquista española que se encuentra como el Libro XII de la *Historia general de las cosas de Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún. Es el texto más conocido y citado con respecto a la Conquista. Al parecer fue escrito en lengua náhuatl entre 1550 y 1555, en Tlutelolco. Esto es, antes de que el franciscano emprendiera la búsqueda sistemática de información sobre las costumbres de los antiguos nahuas, que es la base de la *Historia general*. Hacia 1555, fray Bernardino lo recogió y posteriormente incorporó al *Códice florentino*, como Libro XII. De este texto tenemos tres versiones, la primera, como ya se ha dicho, en náhuatl, la segunda es la propia versión castellana de Sahagún

<sup>6</sup> Véanse Heinrich Berlin, “Prefacio”, *Anales de Tlutelolco. Unos annales históricos de la nación mexicana y Códice de Tlutelolco*, México, Rafael Porrúa, 1980, p. VII-X; Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, prólogo de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1992, p. 452-454, y Hanns J. Prem y Úrsula Dyckerhoff, “Los Anales de Tlutelolco. Una colección heterogénea”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1997, v. 27, p. 181-207.

en el *Florentino*, mientras que la tercera es también una versión en español enmendada, que fue preparada por el mismo franciscano hacia 1585.<sup>7</sup> Para el texto náhuatl usamos la traducción de Ángel María Garibay bajo el título de “Libro doce. En él se dice cómo se hizo la guerra en esta ciudad de México”, para la primera versión castellana del franciscano usamos el texto establecido por Josefina García Quintana y Alfredo López Austin en su edición de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, y para la segunda versión castellana el texto fijado por Howard F. Cline, titulado “Relación de la conquista de esta Nueva España como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes”. Cuando se hagan versiones propias del texto indígena se hará mención explícita del texto náhuatl del *Códice florentino*.

La tradición tenochca cuenta con importantes documentos que están estrechamente relacionados entre sí. Fue Robert H. Barlow quien, para explicar las importantes semejanzas entre varias obras, propuso la existencia de un arquetipo documental, hoy perdido, al que designó como “Crónica X”. Tal crónica fue una obra escrita en náhuatl desde la perspectiva tenochca. Esta crónica fue conocida por Diego Durán, quien la utilizó ampliamente en el volumen dedicado al devenir del pueblo mexica dentro de su *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*. Esta obra también fue conocida por Fernando Alvarado Tezozómoc, quien la utilizó en la elaboración de su *Crónica Mexicana*, escrita en español. Los escritos de Durán y Tezozómoc son las piezas fundamentales para conocer la perspectiva tenochca de la Conquista.<sup>8</sup> Como interesante

<sup>7</sup> Sobre los problemas generales del Libro XII, véanse Luis Leal, “El Libro XII de Sahagún”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1955, v. v, n. 2, p. 184-210, y Howard F. Cline, “Notas sobre la historia de la conquista de Sahagún”, en *Historia y sociedad en el mundo de habla española. Homenaje a José Miranda*, Bernardo García Martínez (ed.), México, El Colegio de México, 1970, p. 121-140. En relación con las peculiaridades de la segunda versión castellana, véanse Luis Nicolau D’Olwer, *Fray Bernardino de Sahagún, 1499-1590*, México, Comisión de Historia, 1952, p. 117-124, y Jesús Bustamante García, *Fray Bernardino de Sahagún, una revisión crítica de los manuscritos y de su proceso de composición*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 382-388.

<sup>8</sup> Véanse Barlow, “La ‘Crónica X’. Versiones coloniales de la historia de los mexica tenochca”, en Robert H. Barlow, *Los mexicas y la triple alianza*, edición de Jesús Monjaraz-Ruiz, Elena Limón y María de la Cruz Paillés Hernández, México, Instituto Nacional

complemento de éstas debe señalarse la obra del jesuita Juan de Tovar, conocida por dos manuscritos, el llamado *Manuscrito Tovar* y el titulado *Códice Ramírez* que se supone es una copia, con variantes, del primero; el padre Tovar conoció y sintetizó la *Historia* de Durán y le agregó algunas otras noticias.

Dentro de la tradición histórica tenochca también debe contarse con el llamado *Códice Aubin*, documento elaborado, en la parte que aquí interesa, en 1576, aunque cuenta con anotaciones hasta 1609. Es un documento que presenta pictografías indígenas e importantes textos en lengua náhuatl.<sup>9</sup>

También los tlaxcaltecas plasmaron su visión de la Conquista en tres importantes obras. La primera de ellas es el *Lienzo de Tlaxcala*, pictografía monumental hoy perdida, de la cual se conservan varias copias, y que muestra la participación de las tropas tlaxcaltecas como aliadas de los españoles. Las *Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista* que acompañan a la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, escritas por Diego Muñoz y Camargo, son unas pictografías que reproducen y amplían la información contenida en el *Lienzo*.<sup>10</sup> La ya mencionada *Descripción*, de Muñoz y Camargo, también se ocupa de la participación de Tlaxcala en la Conquista. Debido a la superior extensión y pormenores aportados por la

de Antropología e Historia/Universidad de las Américas, 1990, p. 13-27, y Edmundo O'Gorman, "Prólogo", en Joseph Acosta, *Historia natural y moral de las Indias. En que se trata de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*, prólogo, notas y apéndices por Edmundo O'Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. LXXVII-XCV.

<sup>9</sup> Véanse Georges Baudot, "Contexto etnohistórico", en *Relatos aztecas de la conquista*, edición de Georges Baudot y Tzvetan Todorov, traducción de Guillermina Cuevas, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, p. 35-38, y Silvia Limón y Miguel Pastrana, "Códices transcritos con pictografías", en *Historiografía novohispana de tradición...*, José Rubén Romero Galván (coord.), p. 115-132.

<sup>10</sup> Éstos no son los únicos documentos pictográficos relativos a la Conquista que elaboraron los tlaxcaltecas; véanse el "Catálogo del Museo Histórico Indiano", Lorenzo Boturini, en su *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*, 2.<sup>a</sup> edición, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1986, p. 125-126, y Jorge Gurría Lacroix, *Códice entrada de los españoles en Tlaxcala*, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966, 28 p. Para los manuscritos mayores véase Miguel Pastrana, "Los códices anotados de tradición náhuatl", en *Historiografía novohispana de tradición...*, Romero Galván (coord.),

*Descripción* con respecto a la llamada *Historia de Tlaxcala*, del mismo autor, no se usará la última.

La tradición histórica acolhua es conocida principalmente por las distintas obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, autor que escribió en el primer tercio del siglo XVII. Hay que recordar que sus escritos históricos son parte de una estrategia legal, política e historiográfica para sustentar sus raíces indígenas y las pretensiones de su familia al cacicazgo de San Juan Teotihuacán. Para este trabajo son particularmente importantes el *Compendio histórico del reino de Texcoco*, escrito en 1608, y la *Historia de la nación chichimeca*, elaborada hacia 1610. Aquí se usará el texto fijado por Edmundo O’Gorman.<sup>11</sup>

Finalmente, la tradición histórica de Chalco fue recogida y compilada por Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, autor que escribió en lengua náhuatl nada menos que diez obras históricas. Son de interés para este estudio las llamadas *Tercera* y *Séptima relaciones*, en donde toca, muy brevemente, la Conquista española. Aunque no hablen del acontecimiento también son importantes el *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, así como la *Primera*, *Cuarta* y *Octava relaciones*.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Véase O’Gorman, “Estudio introductorio”, en Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio y apéndice documental de Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, v. I (Serie Historiadores y Cronistas de Indias, 4), p. 197-218, 229-233.

<sup>12</sup> Véanse José Rubén Romero Galván, “Introducción”, en Domingo Chimalpain, *Octava relación*, introducción, estudio, paleografía, versión castellana y notas de José Rubén Romero Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, p. 31-42, y Víctor Castillo, “Estudio preliminar”, en Domingo Chimalpain, *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, p. XI-XXIX. Antes de continuar es necesario aclarar la situación de una obra que le ha sido atribuida a Chimalpain; se trata de una supuesta traducción al náhuatl, con toda clase de aclaraciones, de la *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara. El responsable de esta noticia es Carlos María de Bustamante, quien publicó la obra de Gómara en 1826 con el curioso título de *Historia de las conquistas de Hernando Cortés, escrita en español por Francisco López de Gómara, traducida al mexicano por Don Juan Bautista de San Antón Muñón Chimalpain Quauhtlehuanitzin, indio mexicano*. Y ya en el siglo XIX José Fernando Ramírez había puesto en claro la cuestión, Chimalpain copió en español la obra de Gómara sin traducirla. Aún no se ha realizado un cotejo entre la *Historia* de Gómara y la copia manuscrita del chalca para ver si hay



Éste es el conjunto de obras que es objeto de análisis a partir de cuatro problemas fundamentales que, recuérdese, son los presagios, la naturaleza de los españoles, la personalidad de Motecuhzoma y el sentido de la Conquista. Cada uno de ellos será discutido en un capítulo especial, a partir de la información y los conceptos que aporten las distintas crónicas.<sup>13</sup>

variantes de interés; véase José Fernando Ramírez, “Chimalpain”, en José Fernando Ramírez, *Fray Toribio de Motolinía y otros estudios*, 3.<sup>a</sup> edición, edición, prólogo y notas de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1986, p. 279-296.

<sup>13</sup> Dado que en la lengua náhuatl casi todas las palabras son graves se ha optado por no usar acentos gráficos; así, en principio, todos los términos deben leerse con acento en la penúltima sílaba. Sólo se ha dejado el acento gráfico en los nombres propios.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## LOS PRESAGIOS

*Una religiosa cocinaba unos pescados en una cacerola cuando una voz, una voz débil, pero que venía de Dios en las alturas, le dijo:*

*—Deja de cocinar, buena mujer, pues la ciudad va a ser capturada por los turcos.*

*—Cuando estos pescados vuelen, cuando salgan vivos de aquí, sólo entonces entrará el turco y la ciudad será suya.*

*Los pescados revivieron, emprendieron el vuelo y el emir entró con su caballería.*

Poesía popular griega

## EL PROBLEMA

El tema de los presagios, que según diversas fuentes y autores se sucedieron antes de la llegada de los españoles a territorio mesoamericano, ha despertado el interés de los estudiosos durante siglos. Sin embargo, el asunto ha resultado tan huidizo y extraño que no ha podido explicarse satisfactoriamente. Esto ha ocurrido porque la naturaleza misma del problema que se enfrenta es ambigua; los presagios, en un primer acercamiento, parecen no tener una significación clara ni un sentido único.

Por otra parte, los presagios de la conquista —al ser acontecimientos extraordinarios, hechos portentosos cargados con supuestos mensajes de los dioses— han chocado con la mentalidad occidental. En un primer momento, como posibles manifestaciones de un poder sobrenatural no cristiano y, en un segundo momento, al conformarse una historiografía ligada principalmente a lo racional, a los *hechos* puntuales, y que tacha de *míticos* —en su sentido de falsedad— a todos aquellos relatos que están ligados a las religiones y mentalidades no occidentales. Estos dos aspectos, la naturaleza ambigua de los presagios y los prejuicios de la historiografía occidental, han dado como resultado la incomprensión del problema.

A pesar de los prejuicios en contra de los presagios, su fuerte presencia en las tradiciones indígenas de la conquista ha obligado a cronistas e historiadores a adoptar una postura frente a ellos. *Grosso modo*, las posturas han sido las siguientes.

Una postura inicial, que podría ser designada como crédula y providencialista, es propia de los autores de los siglos XVI y XVII. Para estos autores, los presagios fueron hechos realmente acontecidos, tal y como lo dice el jesuita José de Acosta:

He dicho todo esto tan de propósito, para que nadie desprecie lo que refieren las historias y anales de los indios, cerca de los prodigios extraños, y pronósticos que tuvieron de acabarse su reino, y el reino del demonio, a quien ellos adoraban juntamente; los cuales, así por haber pasado en tiempos muy cercanos, cuya memoria está fresca, como por ser muy conforme a buena razón, que de una tan gran mudanza el demonio sagaz se recelase y lamentase, y Dios junto con esto, comenzase a castigar a idólatras tan crueles y abominables, digo que me parecen dignos de crédito, y por tales los tengo y refiero aquí.<sup>1</sup>

La causa de tal aceptación radica en que los españoles de los siglos XVI y XVII también creían en sus propios presagios. Para ellos el orden del mundo implicaba la intervención de Dios en la historia de los pueblos, tal como lo dice fray Juan de Torquemada: “En casos arduos y negocios dificultosos, que por justos juicios de Dios acontecen en el mundo, suele haber señales y prodigios que pronostican estos acontecimientos antes que sucedan, en especial en acabamiento y desolación de algún reino”.<sup>2</sup>

En esta forma de ver las cosas descansa una de las razones del registro y la recopilación de los presagios, pues para los cronistas

<sup>1</sup> Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias. En que se trata de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*, prólogo, notas y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 361.

<sup>2</sup> Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana, de los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra firme*, 7 v., 3.<sup>a</sup> edición, edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, v. I, p. 31.

españoles los hechos portentosos anunciadores de acontecimientos futuros eran reales y su existencia se debía, en última instancia, a la voluntad divina, aunque también pudiera presentarse el caso de alguna intervención demoniaca (con la permisión de Dios), tal como lo expresa Francisco Cervantes de Salazar: “Por boca del demonio, que muchas veces se lo dixo [a la gente] por palabras no muy claras y por señales que vieron en el cielo y grandes agüeros en la tierra, barruntaron y entendieron que del occidente habían de venir hombres en traje, lengua, costumbre y ley diferentes, más poderosos que ellos”.<sup>3</sup>

En todo caso, los presagios indígenas se asimilan a la mentalidad del conquistador o evangelizador. Si son obra divina, ayudarían a probar la intervención del Creador a su favor y la misión providencial de los castellanos. Si en cambio son obra del demonio, quizá probarían el carácter demoniaco de la religión indígena y con ello el enorme beneficio de una conquista que abrió el camino a la evangelización y redención de esos enceguecidos hombres.

Finalmente [dice Acosta], quiso Dios [...] hacer que los mismos demonios, enemigos del hombre, tenidos falsamente por dioses, diesen a su pesar testimonio de la venida de la verdadera Ley, del poder de Cristo y del triunfo de su cruz, como por los anuncios, y profecías y señales y prodigios arriba referidos, y por otros muchos que [...] en diversas partes pasaron, certísimamente consta.<sup>4</sup>

Para algunos autores, Dios se valió de la conquista militar no sólo para castigar a los idólatras y convertir a los gentiles sino también para premiar las buenas acciones de los cristianos, como es el caso del cronista criollo Juan Suárez de Peralta, que dice: “Y como Dios castiga los pecados, así premia los servicios, como Dios y Señor de todo el mundo universo, y puede quitar de los unos y dar a los otros, sin que ninguno pudiese decirle hace injuria quitarle lo suyo,

<sup>3</sup> Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, prólogo de Juan Miralles Ostos, México, Porrúa, 1985, libro I, cap. xxxii, p. 57.

<sup>4</sup> Acosta, *Historia natural y moral...*, p. 376.

pues no lo es; pero no quiere, sin que para ello primero procedan causas de culpa y méritos”.<sup>5</sup>

Entonces los presagios serían el medio por el cual Dios anunció tanto el castigo de los idólatras como el premio que merecían los conquistadores por permitir la entrada del evangelio y que heredarían sus descendientes.

Hay que señalar también cómo, en algunas ocasiones, los cronistas presentan supuestos presagios sucedidos antes de la Conquista con tal carga cristiana, que no se puede menos que reconocer que se está frente a elaboraciones novohispanas con un mínimo o nulo contenido de tradición indígena. Tal es el caso que refiere fray Toribio Motolinía a propósito de un indígena que, poco antes del arribo español, fue capturado en guerra y destinado al sacrificio en Tlatelolco

el cual debía de ser de simplicidad y que vivía en ley de naturaleza sin ofensa [...] Este indio que digo, sabiendo que le habían de sacrificar presto, llama en su corazón a Dios, y vino a él un mensajero del cielo, que los indios llamaron ave del cielo, porque traía diadema, y después que han visto los indios cómo pintamos los ángeles, dicen que era de aquella manera. Este ángel dijo a aquel indio: “Ten esfuerzo y confianza, que muy presto cesarán el sacrificar y el derramamiento de sangre humana, y que ya vienen los que han de mandar y enseñorearse en la tierra”.<sup>6</sup>

En este caso, la presencia del “ángel” hace evidente que nos encontramos ante una elaboración española de un anuncio de la conquista, que tendría el propósito de justificar el dominio europeo, y de señalar la intervención de la providencia en el acontecimiento.

Respecto de los presagios podemos encontrar otra posición en los siglos siguientes. Se trata de la historiografía de raigambre ilustrada primero, después empirista y posteriormente positivista.

<sup>5</sup> Juan Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, estudio preliminar de Teresa Silva Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, cap. IV, p. 70.

<sup>6</sup> Toribio de Motolinía, *El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de fray Toribio*, edición de Edmundo O’Gorman, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 371-372.

Si bien se reconocen las grandes diferencias entre estas corrientes, para los fines de este apartado podemos unir las, porque todas manifiestan un rechazo al acontecimiento extraordinario, se alejan de las explicaciones providencialistas y buscan encontrar en los fenómenos naturales el origen de los presagios y, si no lo consiguen, recurren a hablar de la fantasía o primitivismo de los indígenas.

Tómese como ejemplo el caso del historiador decimonónico William H. Prescott, quien sostiene que

en su imaginación exaltada, [para los indígenas] los prodigios llegaron a ser sucesos familiares, o más bien acontecimientos no muy extraños en sí mismos, vistos por el opaco medio del temor, eran fácilmente convertidos en prodigios; y la casual hinchazón del lago, la aparición de un cometa y la conflagración de un edificio, fueron interpretados como anuncios especiales del cielo.<sup>7</sup>

En general este autor pretende que el origen de los presagios es un acontecimiento *real*, pero deformado por el fanatismo y superstición *propios* de los indígenas. Lo cual se explica por la presencia de ciertos prejuicios eurocéntricos, muy propios de la época.

Así ocurre para Manuel Orozco y Berra, quien, a propósito de un presagio que se describe en las fuentes como un fuego nocturno de forma piramidal que se levantaba en el cielo, comenta: “En nuestro concepto, aquello fue una erupción del volcán Popocatépetl [...] así nos lo persuaden las descripciones y las pinturas, sólo que los intérpretes no supieron darse cuenta del fenómeno anotado en los anales. El vulgo tomaba aquello como cosa maravillosa y perteneciente al cielo”.<sup>8</sup> Y más adelante dice: “Aquellos espíritus enfermizos y acobardados miraban los hechos bajo el falso prisma de sus

<sup>7</sup> William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, 3.ª edición, edición, prólogo, notas y apéndices por Juan A. Ortega y Medina, traducción de José M. González de la Vega, anotada por Lucas Alamán, notas críticas y esclarecimientos por José Fernando Ramírez, México, Porrúa, 1985, p. 146.

<sup>8</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, 2.ª edición, 4 v., edición y estudio previo de Ángel M. Garibay, biografía y bibliografías por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1978, v. IV, p. 400.

sentimientos”.<sup>9</sup> Como si los antiguos nahuas hubieran sido incapaces de observar la naturaleza y de registrar correctamente la información que necesitaban.

Para estos historiadores los presagios no son otra cosa que extravíos de la mente humana, propios de un pueblo alejado de los principios científicos y del progreso en los que ellos mismos creían. Lo que priva es el afán del historiador por racionalizar los eventos sobre cualquier intento de comprensión de la mentalidad indígena que ve y registra presagios.

Por su parte, Alfredo Chavero expresa claramente los prejuicios propios de la manera de historiar de su tiempo frente a los relatos de los presagios: “Desgraciadamente para aquellos pueblos [indígenas] el fanatismo era ya su único consejero”.<sup>10</sup>

En el siglo XX podemos encontrar, en términos generales, dos formas de acercarse a los presagios. La primera es heredera de la erudición decimonónica y oscila entre pensar que los presagios son un invento español para justificar su dominio, y buscar sus orígenes en fenómenos naturales y hechos sociales *deformados* en la memoria indígena o por los religiosos españoles. En ocasiones se trata de unir ambas posiciones, como lo intenta Hugh Thomas:

La interpretación más probable es que algunos de estos augurios, si no todos, existieron y que en Tenochtitlan se sacaron instantáneamente sombrías conclusiones de los rumores que llegaban acerca de los horribles acontecimientos que estaban teniendo lugar en Panamá [el Darién] y en el Caribe; que, si bien se olvidaron temporalmente, tanto los portentos como las interpretaciones que de ellos se sacaron, se recordaron en 1519; y unos mexicas y *frailes astutos*, cuando escribieron posteriormente sobre el imperio mexicano, vincularon con agrado dichos recuerdos con los que sabían de los ocurridos en

<sup>9</sup> *Ibidem*, v. IV, p. 407.

<sup>10</sup> Alfredo Chavero, “Historia Antigua”, en Vicente Riva Palacio, Alfredo Chavero, Julio Zárate, Enrique de Olavarría y Ferrari, José María Vigil y Manuel Dublán, *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, 16 v., México, Cumbre, ils., libro V, cap. VIII, v. III, p. 236.

Europa [cometas], *añadiendo detalles pintorescos* tomados de los clásicos europeos.<sup>11</sup>

Entonces, para este autor, los presagios de la conquista son una especie de mescolanza surgida de la unión de diversas fuentes y tradiciones (prehispánica, clásica), con el objetivo, no muy claro en Thomas, de dar una visión cristianizada del pasado. En otros términos, se trata de fuentes adulteradas para favorecer al conquistador.

Un ejemplo extremo de esta postura puede encontrarse en la obra de Guy Rozat, quien propone que de ninguna manera los textos del siglo XVI transmiten la tradición histórica indígena, sino que en realidad se trata de paráfrasis de textos bíblicos.<sup>12</sup>

Como refutación de los argumentos de este autor, baste decir que resultaría incomprensible que hombres de la talla de fray Bernardino de Sahagún y fray Diego Durán dedicaran sus afanes de misioneros a inventar la información contenida en obras que, como sabemos, fueron concebidas como instrumentos de conocimiento del pasado indígena para una más profunda labor evangelizadora; máxime en el caso del franciscano, quien se habría tomado la molestia de traducirlo primero al náhuatl para luego retraducirlo al castellano. Con esta tesis habría que aceptar, entre otras cosas, que los religiosos tenían pleno dominio del náhuatl y de la expresión pictográfica de los códices, lo cual es más que dudoso pues implica un manejo amplio de medios y formas de expresión que son ajenos a su propia tradición cultural. En realidad, el autor cae en lo mismo que critica, ya que mostrándose incapaz de explicar y comprender los relatos de tradición indígena se limita a descalificarlos de manera apriorística.

La segunda postura, con fuerte inspiración en la antropología y en la llamada “historia de las religiones”, se olvida de buscar los orígenes de las creencias y pretende analizarlas a partir de sus valores simbólicos, con la idea general de que algunas fuentes recogen fielmente el pensamiento náhuatl prehispánico, el cual considera que

<sup>11</sup> Hugh Thomas, *La conquista de México*, traducción de Víctor Alba, Barcelona, Patria, 1994, p. 71; las cursivas son mías.

<sup>12</sup> Guy Rozat Dupeyron, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Tava Editorial, 1993, *passim*.

se distingue por su mentalidad “mítica”, y por ello modificaba el recurso de los hechos del pasado siguiendo el modelo de los mitos. Esto es, las fuentes no recogen la memoria de los hechos, sino que los modifican e incluso deforman para ajustarse al pensamiento mítico.<sup>13</sup>

Esta visión suele ignorar la crítica de fuentes y pasar por alto el contexto social y cultural en que vivían los autores de las crónicas, ya que, por ejemplo, en el caso de Gillespi, se le atribuyen elementos mistificadores mesoamericanos a Chimalpain, autor del siglo XVII, pasando por alto el tiempo transcurrido y el proceso educativo y evangelizador novohispano.

Encontramos en el artículo “Las profecías de la conquista como forma de apropiación del otro”, de Miguel León-Portilla, una propuesta diferente. En este trabajo el autor sostiene que los presagios referidos en las fuentes manifiestan un proceso de asimilación cultural de los españoles por parte de los indígenas, quienes ubicarían a los extraños dentro de sus propias categorías culturales, primero en la de dioses y por último en la de “bárbaros”.<sup>14</sup>

Estas diferentes posturas dejan de lado problemas importantes como es saber cuál es el lugar que ocupan los presagios en la historiografía de tradición náhuatl acerca de la conquista española. Dicho en otras palabras, es posible preguntarse ¿qué hacen ahí los presagios?, ¿qué función cumplen en la explicación de la Conquista?

Con respecto al sentido de los presagios quedan igualmente algunas preguntas: ¿son efectivamente un invento de indios cristianos y frailes devotos?, ¿acaso se trata de autores que siguen esquemas míticos prehispánicos en plena Nueva España?, ¿o entrañan otro tipo de respuesta historiográfica a la realidad de la conquista española?

<sup>13</sup> Como ejemplo de esto puede verse el sugerente trabajo de Michel Graulich, “Los presagios de la caída del imperio azteca”, *Cuicuilco*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, julio-diciembre 1992, n. 31 y 32, p. 93-100, y el muy discutible de Susan Gillespie, *Los reyes aztecas. La reconstrucción del gobierno en la historia mexicana*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Siglo XXI, 1993.

<sup>14</sup> Miguel León-Portilla, “Las profecías del encuentro. Una apropiación mesoamericana del otro”, en *De palabra y obra en el Nuevo Mundo. 2. Encuentros interétnicos*, edición de Miguel León-Portilla, Manuel Gutiérrez Estévez, Gary H. Gossen y J. Jorge Klor de Alva, México, Siglo XXI, 1992, p. 227-229.

Cabe recordar que pocos autores modernos dedican una discusión profunda al problema.

### CARACTERIZACIÓN DE LOS PRESAGIOS

Un presagio es un fenómeno inusitado que se toma como una señal que anuncia un hecho del futuro. La creencia en los presagios presupone que es posible conocer los acontecimientos del porvenir a través de algún tipo de aviso o fenómeno, el cual necesariamente requiere ser interpretado por personajes que tienen el conocimiento, la sensibilidad o el poder para hacerlo.

Esta peculiar forma de conocimiento supone además la existencia de una realidad fuera del dominio de lo humano. Esta realidad, llámesela sagrada o divina, se comunica con los hombres por diversos medios, uno de los cuales son las señales misteriosas y ambiguas que se han dado en llamar presagios o augurios.

La palabra náhuatl *tetzahuitl* ha sido traducida como presagio, augurio, agüero, o bien, como espanto y portento; sin embargo, el campo semántico del término no corresponde plenamente al de las palabras castellanas. Así, Alonso de Molina traduce *tetzahuitl* como “cosa escandalosa, o espantosa, o cosa de agüero”. Esta primera versión da ya una idea del contenido del término e indica tres aspectos que son propios del *tetzahuitl*: el escándalo, el espanto y el augurio.<sup>15</sup>

Al revisar diferentes palabras que en su composición incluyen *tetzahuitl* se hace evidente que el concepto muchas veces tiene el sentido de algo que es asombroso, público y que, además, causa temor. Por ejemplo, Molina traduce *tetzauhtlatoa, ni*, como “hablar cosas terribles y escandalosas o descubrir algún secreto por el cual se causó algún gran mal y escándalo”; a la letra es “yo digo *tetzahuitl*”, esto es, que se dice algo que por su naturaleza resulta insólito, por lo que asombra, causa miedo y escandaliza a la gente.

<sup>15</sup> Posiblemente *tetzahuitl* derive del verbo *izauia* que, de acuerdo con Molina, es admirar, espantar o escandalizar; con el prefijo personal *te-*, el sufijo de sustantivo verbal *-tl*, y con el problema de la *t* intermedia, que puede ser de la partícula *ti*, quizá el sentido sea “asombro de la gente”.

De la misma forma, los animales cuyos nombres se componen de *tetzahuitl* son seres asombrosos que causan pánico y dañan a quien se los encuentra, por ejemplo, la serpiente llamada *tetzauhcoatl*: “Pocas veces parece. Y el que la ve cobra miedo, que muere del o queda muy enfermo. Y por eso la llaman *tetzauhcoatl*, porque mata con espanto”.<sup>16</sup> Este animal es tan inusitado que cuando alguien lo ve se asusta a tal grado que puede morir.

En general, es posible decir que *tetzahuitl* es un portentoso que provoca temor y además constituye un presagio o augurio. Esta idea puede apreciarse en el texto náhuatl del “Libro XII” de Sahagún, en donde todos los anuncios de la conquista española se designan como *tetzahuitl*, que el franciscano tradujo como “cosa maravillosa y espantosa”, o “señal o pronóstico”,<sup>17</sup> y en el “Libro VIII” tradujo por “mal agüero”.<sup>18</sup>

El sentido general de algo asombroso que provoca miedo y es presagio negativo es comentado por Hernando Ruiz de Alarcón:

Lo que en España llama agüeros, en mexicano llaman *tetzahuitl*, si bien el vocablo mexicano suena algo más que el castellano, porque dice agüero, pronóstico, portentoso o prodigio, que pronostica algún mal presente o venidero; todo lo dicho comprende el nombre *tetzahuitl*, y entre todos [los *tetzahuitl*] hacen mucha diferencia de unos a otros, estimando en más los más extraordinarios aunque sean forzosos *verbi gracia* un eclipse de sol y, algo menos, el de luna.<sup>19</sup>

Se tiene entonces que un *tetzahuitl* es algo inusitado, portentoso, que causa asombro, espanto y es anuncio de algún acontecimiento futuro. Además de que su significado e importancia van en correspondencia con su grado de rareza.

<sup>16</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v., introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza, 1989, v. II, p. 726, libro XI, cap. 5, párrafo 4.

<sup>17</sup> *Ibidem*, v. II, libro VII, cap. 1, p. 817-818.

<sup>18</sup> *Ibidem*, v. II, libro VII, cap. VI, p. 501.

<sup>19</sup> Hernando Ruiz de Alarcón, *Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas que hoy viven entre los indios naturales desta Nueva España*, introducción y notas de María Elena de la Garza Sánchez, México, Secretaría de Educación Pública, 1988, Tratado 1, cap. IX, p. 70.

Sin embargo, aún falta añadir que el *tetzahuitl* es una característica de las manifestaciones de los dioses ante los hombres. Así, las apariciones nocturnas de Tezcatlipoca, como el envoltorio de un muerto y como “el hacha nocturna” son llamadas en los textos *tetzahuitl*.<sup>20</sup> Estas apariciones son *tetzahuitl* porque, justamente, son acontecimientos portentosos que asombraban y espantaban en gran medida a quien las veía, por lo que constituían un presagio de contenido generalmente negativo.

Por otro lado, encontramos la palabra *tetzahuitl* como parte de los apelativos de algunas deidades. El caso más conocido es el del propio Huitzilopochtli, que es llamado *Tetzauhteotl*, “dios abusión”, dice Tezozómoc. También Tláloc tiene un apelativo similar, *Tetzauhpilli*, que Ángel María Garibay traduce como “Príncipe de funestos presagios”, y Cihuacóatl es llamada *Tetetzauiani* en el texto náhuatl del *Códice florentino*, término que puede traducirse como “la que da *tetzahuitl* a la gente” o “asombradora de la gente”.<sup>21</sup> Estos epítetos dados a los dioses señalan una característica que es propia de ellos, la de ser entidades prodigiosas que realizan acciones portentosas y obran maravillas entre los hombres, cualidades que asombraban a los mortales y les anunciaban sucesos del porvenir.

En diferentes ocasiones, animales o seres inanimados adquirirían una sorprendente capacidad de hablar y de anunciar a los hombres desgracias futuras. En estos casos, los nahuas entendían que los animales o los seres parlantes no hablaban por sí mismos, sino que eran animados por alguna divinidad o entidad sobrehumana, que se valía de este medio para dar a conocer a los hombres su destino. Tal es lo que ocurre con unos tecolotes que anunciaron tanto a chalcas como a mexicas la derrota de los primeros. “–Oh mexicanos, mirad cómo

<sup>20</sup> Bernardino de Sahagún, *Augurios y abusiones*, introducción, traducción y notas de Alfredo López Austin, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969, p. 28-29, 52-53.

<sup>21</sup> Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, edición facsimilar, 3.<sup>a</sup> edición, edición de Manuel Orozco y Berra, México, Porrúa, 1980, p. 239; Bernardino de Sahagún, *Veinte himnos sacros de los nahuas*, introducción, paleografía, traducción, notas y apéndices por Ángel M. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958, p. 48, 53; Bernardino de Sahagún, *Códice florentino. Manuscrito 218-220 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenziana*, edición facsimilar, 3 v., México, Archivo General de la Nación, 1979, v. I, f. 2 v., libro I, cap. 6.

los cuclillos o búhos, os anuncian victoria. Alguna cosa divina mueve a estos pájaros para que canten aquello, porque no es posible que de su motivo salga: alguien les mueve el pico para que os anuncie victoria. Mandado es por tanto, oh mexicanos, ánimo y esfuerzo. No perdamos, por nuestra flaqueza, lo que de arriba se nos promete”.<sup>22</sup>

Aquí, los pájaros son el medio del que se vale una voluntad superior a la humana para hacer saber sus designios a los mortales, pero los hombres no deben perder por falta de esfuerzo aquello que los dioses les tienen designado. Hay un elemento activo del hombre para el cumplimiento de lo anunciado por los portentos. Así, el *tetzahuitl* puede ser un atributo de los dioses y una manifestación de los mismos entre los hombres, un portento espantoso que anuncia los acontecimientos futuros.

El *tetzahuitl*, como manifestación de los dioses o como simple suceso extraordinario, era, para los antiguos nahuas, parte de la misma dinámica del mundo y como tal está presente en las narraciones históricas. Dicha presencia tiene en general una ubicación específica en los relatos, es el antecedente de los grandes acontecimientos: guerras, muerte de importantes señores, la ruina de las ciudades o todos estos sucesos en conjunto.

La naturaleza inusitada y maravillosa del *tetzahuitl* hacía que fuera pensado como un anuncio de lo que estaba por venir; sin embargo, el mensaje era ambiguo, oscuro, misterioso. No se “sabía” con precisión y claridad qué anunciaba el presagio sino hasta que algo ocurría posteriormente y se lo relacionaba con él, ya que a una señal ambigua con mensaje de “algo malo va a pasar” se le puede atribuir cualquier cosa. Como ejemplo de esto véase el siguiente texto acerca del presagio del canto del tecolote:

Decían que cuando era oído, descubría la muerte, la enfermedad, era augurio de muerte. El que lo oyó quizá muera, la enfermedad quizá termine; quizá se canse. Morirá en su tierra, o quizá morirá en la guerra; o quizá morirá uno de sus hijos; o quizá un esclavo huirá, o quizá

<sup>22</sup> Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 v., 2.ª edición, introducción, paleografía, notas y vocabularios de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1984, v. II, cap. XVII, p. 148.

se destruirá su hogar; será sacada la tierra; el agua brotará; persistirá el herbazal en la puerta, en el patio; las paredes serán derribadas, serán arrancadas, demolidas; ahí defecará la gente, se orinará, excrementará; será arrojada basura; se secará el salitre; la tierra echará vaho.<sup>23</sup>

El abanico de posibles infortunios que anuncia el canto del tecolote es muy elocuente. Puede anunciar muchas cosas, pero todas negativas, desde la enfermedad del que lo escuchó, hasta la muerte y destrucción de su familia, pasando por las penas infamantes. Pero es claro que sólo puede determinarse el sentido “real” una vez que algo ocurre y se lo relaciona.

El *tetzahuítl* sólo cobra significado concreto cuando, efectivamente, algo negativo ocurre después y se relaciona la supuesta señal con tal acontecimiento, otorgándosele a la ambigua señal un significado específico. Esto indica que se trata de anuncios del futuro estructurados y dotados de sentido *a posteriori*, porque sólo después de ocurridos los hechos es posible identificar tanto los presagios como su supuesta significación, y esto necesariamente requiere tiempo para que los hombres puedan interpretar, ordenar y seleccionar el material de los presagios.

Al ser los *tetzahuítl* portentos espantosos y oscuras señales que anuncian el futuro, marcan en mucho lo que puede obtenerse de su estudio, pues dada su naturaleza simbólica y ambigua no es posible encontrar en ellos información precisa y puntual sobre los acontecimientos de la historia indígena en general, y sobre la conquista de México en particular. En cambio, encontraremos en la interpretación de los mismos el estado de ánimo de la población, la forma en que se interpretó la Conquista, los dioses a los que se consideraba anunciadores de la misma; elementos todos que son fundamentales para comprender la situación de la sociedad.

Esto abre otras posibilidades en el estudio y análisis de los presagios, pues en los *tetzahuítl* registrados e interpretados en las fuentes pueden encontrarse distintos elementos que ayuden a conocer y comprender la concepción indígena novohispana de la conquista de México.

<sup>23</sup> Sahagún, *Augurios y abusiones*, p. 35.

## LOS PRESAGIOS COMO PARTE DE LA CONCEPCIÓN INDÍGENA DE LA HISTORIA

En la concepción nahua del mundo, los *tetzahuitl* constituyen una de las formas más importantes de comunicación entre los hombres y los dioses, por ello son señales que se presentan en el transcurso de la historia en diferentes momentos. Pero, si bien es cierto que el portento anunciador del futuro es parte integral del curso de los acontecimientos, no lo es menos que su presencia se registra con mayor intensidad y significación en circunstancias de crisis y cambio político y social. Todo cambio político importante se vive, piensa y recuerda como un acontecimiento de proporciones cósmicas. Por ello el *tetzahuitl* aparece como anuncio de los grandes sucesos políticos y militares.

En el caso de la historia de los mexicas, los *tetzahuitl* ocurren con mayor frecuencia, fuerza e intensidad en dos momentos claves en la historia del grupo: durante la migración y la conquista española, esto es, al principio y al final de su historia prehispánica. La intervención de los dioses abre y cierra su devenir.

Según los relatos, la migración de los mexicas comienza con un llamado del dios Huitzilopochtli, quien les manda salir de Aztlán. “Ahora es ciertamente necesario, mucho muy necesario que te ordene que vayas luego a poner orden a las cosas, tal como vayan a estar, como vayan a ocurrir [...] Y la razón de esto es que partiremos ahora, que nos iremos extendiendo, que nos iremos asentando y conquistando a otros”.<sup>24</sup>

Durante la misma migración, Huitzilopochtli se toma su tiempo para realizar varios portentos, como nacer armado en Coatépec para matar a su hermana Coyolxauhqui y a los Centzon Huitznahque. Véase, como ejemplo, el siguiente texto de Tezozómoc:

Y Coyolxauh pues era la hermana mayor del “Centzonhuitznahuatl”; y cuando los comió [Huitzilopochtli] era medianoche, y cuando ama-

<sup>24</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, *Primer amoxtili libro. 3a relación de las Diferentes historias originales*, estudio, paleografía, traducción, notas, repertorio y apéndice por Víctor M. Castillo F., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 5.

neció, era el alba, luego los vieron los padres de ellos, los vasallos de ellos, los mexicanos, nomás todos abiertos del pecho, Coyolxauh y los “Centzonhuitznahua” allá en Teotlachco, ya no hay cosa de su corazón, todo lo comió Huitzilopochtli, pues era muy grande duende, gran demonio se hizo Huitzilopochtli.<sup>25</sup>

Debe recordarse que la fundación de la ciudad de Tenochtitlan fue anunciada por varios portentos, todos ellos asombrosos y plenos de símbolos.<sup>26</sup>

Después de la fundación de la ciudad, la cantidad de portentos se reduce significativamente en la historia mexicana pero continúan ocurriendo, como sucede para el cumplimiento de los tributos exigidos por Azcapotzalco. Se les ordena llevar flotando una chinampa con tules y con una garza, y a una pata empollando, como tributo ante Tezozómoc, el *tlatoni* tepaneca.

Entendido por los mexicanos, entristecieronse y comenzaron a llorar amargamente; visto por su dios Huitzilopochtli, llámolos, aunque no le veían visiblemente, y dijo á *Ococaltzin*, sacerdote y principal: “decidles, padre mío, á vuestros hijos los mexicanos que no tengan pena, y que luego hagan y pongan en obra, que yo lo sé y entiendo el modo y arte que será, para que no se exceda en un punto lo que piden estos tepanecas”.<sup>27</sup>

Después de esta intervención, el dios patrón de los mexicanos calla y no vuelve a hablar en las distintas crónicas de la historia mexicana.<sup>28</sup> Mas no por ello deja de haber algunos portentos y presagios.

<sup>25</sup> Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, edición facsimilar, 3.ª edición, edición de Manuel Orozco y Berra, México, Porrúa, 1980, p. 35.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 62-67. Véase José Rubén Romero Galván, “La ciudad de México, los paradigmas de dos fundaciones”, *Estudios de Historia Novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1999, v. 20, p. 13-32, y Miguel Pastrana Flores, “Fundación de México Tenochtitlan”, *Ciudad de México*, México, Edigraf, julio de 2001, año I, n. 1, p. 8-11.

<sup>27</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, p. 232.

<sup>28</sup> La obra de Cristóbal del Castillo es la excepción, pues menciona dos intervenciones del dios durante la Conquista: la primera anunciando el retiro de los españoles en la Noche Triste y la segunda, al fin del sitio de Tenochtitlan, al pedir que se tire su envoltorio sagrado en el sumidero de Pantitlán, Cristóbal del Castillo, *Historia de la*

Como se puede ver, los acontecimientos extraordinarios no eran ajenos a la historia mexicana, ni los mensajes de los dioses que determinaban acciones de los hombres.

Un buen ejemplo de cómo los presagios forman parte de la dinámica de la historia lo encontramos en el ya citado *tetzahuitl* que ocurrió antes de la caída de Chalco. Según Diego Durán, los mexicas y los chalcas se encontraban enfrascados en el conflicto bélico sin que ninguno pudiera vencer definitivamente al otro. Así, mientras estaban ambos ejércitos esperando el momento para atacar se escuchó a un par de tecolotes tener el siguiente diálogo portentoso:

En cantando uno, respondía el otro. El uno decía: “*tiacauh, tiacauh*”, que quiere decir “esforzado, esforzado”. Y el otro respondía: “*nocné, nocné*”, que es una interjección reprensiva que usan estos indios, que denota enojo. En lo cual advirtieron los chalcas y los mexicanos, y cobraron sobresalto, teniéndolo por mal agüero, porque naturalmente estos indios lo son, agoreros, todo lo del mundo.

Y estando así sobresaltados, tornaron los búhos a cantar y decir: “*tetec, tetec*”; respondía el otro: “*yollo, yollo*”, que quiere decir: “cortar, cortar”, “corazones, corazones”. Tornaron a cantar tercera vez y decían: “*quachtepol chichil, quachtepol chichil*”, que quiere decir “garganta sangrienta o colorada”. Y respondía el otro: “*chalca, chalca*”, que quiere decir los chalcas.<sup>29</sup>

Naturalmente, los chalcas fueron vencidos después de escuchar este *tetzahuitl* que tan claramente señalaba su derrota. Debe hacerse notar cómo al principio ambos bandos están temerosos del significado del portento, pues no se sabe cuál es el infortunio que anuncia ni sobre qué pueblo caerá. Sólo al final se dice que serán vencidos los chalcas, pero al principio también podrían haber sido los mexicas.

*venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*, estudio introductorio, paleografía, traducción y notas de Federico Navarrete Linares, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991, p. 181, 189.

<sup>29</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. XVII, p. 148.

También en la derrota de Tlatelolco a manos de los tenochcas puede apreciarse la importancia de los presagios como anuncio del suceso. Tal es el caso de un viejo que presencia varios *tetzahuitl* y al cual se le atribuyen las siguientes palabras ante el *tlatoani* de Tlatelolco, Moquihuix:

Señor y rey nuestro [...] compré unos pájaros *atzitzicuilot*es para comer, y puestos á hervir en una olla con chile, y estando yo junto á la lumbre, y mi perrillo también junto á mí, dijo el perrillo: “abuelo mío, ¿si será agüero lo de estos *atzitzicuilot*es? porque están vivos y están hablando en la olla”. Levantéme luego y le dije al perrillo: “¿y vos no sois agüero endemoniado?” Dile un golpe que le maté, y acabado de matar, tenía yo un *huexolote* gallo grande, y díjome: “Señor, no sobre mí este enojo”. Arrebatéle y torcíle luego la cabeza, y trayéndolo á la cocina para pelarlo, dijo una máscara ó carátula en figura de viejo: “¿pues qué es lo que se puede decir ni tratar?” Respondíle: “torna á decir eso”. Luego la arrebaté y la hice pedazos.<sup>30</sup>

Hay que resaltar la actitud del viejo frente a los *tetzahuitl*, pues no se resigna a verlos, sino que trata de conjurarlos, de evitar su cumplimiento por medio de increparlos y destruirlos físicamente. Esto es importante porque deja ver una actitud activa, rebelde frente al destino señalado por las deidades; el viejo no tiene una actitud fatalista frente a los presagios, sino que los enfrenta y los combate... sin buen éxito.

Esta idea de la importancia del valor frente a los portentos de los dioses puede verse en el caso de una de las formas de aparición de Tezcatlipoca, conocida como “el hacha nocturna”; bajo la forma de un cadáver decapitado, el dios se manifestaba durante la noche ante caminantes y sacerdotes; si éstos mostraban cobardía frente al prodigio morían irremisiblemente, en cambio, si encaraban valerosamente a la aparición podían obtener favores y recompensas de la divinidad.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, p. 387.

<sup>31</sup> Véase Sahagún, *Historia general...*, libro V, cap. III, v. I, p. 289-290, y *Augurios y abusiones*, p. 28-33.

## LOS TETZAHUITL DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA

Para tratar de entender con mayor profundidad el sentido de los presagios se buscó su presencia en 22 crónicas de tradición indígena. En seis de ellas no se registró ningún presagio. Éstas son los *Anales de Tlatelolco*, el *Códice Azcatitlan*, el *Lienzo de Tlaxcala*, la *Histoire du Mexique*, la *Crónica mexicáyotl* de Tezozómoc y la *Historia de la Conquista* de Cristóbal del Castillo.<sup>32</sup> Con lo que se quedó fue con un grupo de 16 crónicas en las que sí se mencionan los portentos y en las que fue posible encontrar 21 diferentes anuncios (véase cuadro 1).

Es de hacerse notar que no hay un solo presagio que se consigne en la totalidad de las dieciocho fuentes; el más constante aparece en catorce ocasiones, se trata del *mixpantli* o *mixpanitl*, “bandera de nubes”, y que también es llamado *tlemiahuatl* o “espiga de fuego”, mientras que cinco portentos sólo se mencionan en una crónica.

Algunos presagios aparecen registrados con grandes variantes en las fuentes. Por ejemplo, la aparición de un cometa se menciona en las distintas versiones de la obra de Sahagún como una aparición diurna y dividida en tres partes, mientras que para Diego Durán era un solo objeto que se veía de noche, en tanto que Muñoz Camargo consigna, en dos ocasiones, cometas, la primera al reproducir la información de Sahagún y la segunda al hablar de varios cometas (sin especificar número) que iban “de un lado a otro”, y los pone años después, cuando los españoles ya se trasladaban de la costa al altiplano.<sup>33</sup>

Llama la atención que ciertos eventos que podrían pensarse como particularmente notables no fueran registrados en muchas fuentes, como el ya citado cometa, o el incendio del templo de

<sup>32</sup> La obra de Del Castillo se conoce de manera fragmentaria, por lo que no es posible saber con certeza si registraba o no presagios.

<sup>33</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. 1, p. 818; Bernardino de Sahagún, “Libro doce. En él se dice cómo se hizo la guerra en esta ciudad de México”, traducción y notas de Ángel M. Garibay, en Sahagún, *Historia general...*, cap. 1, p. 759; Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXIII, p. 467-471; Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, p. 209-212.



Cuadro 1  
PRESAGIOS (PARTE 1)

<i>Fuentes</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Durán</i>	<i>Tezozómoc</i>		
<i>Presagios</i>	<i>Historia General</i>	<i>Libro Doce</i>	<i>Relación de la Conquista</i>	<i>Libro VII</i>	<i>Historia</i>	<i>Crónica Mexicana</i>	<i>Códice Aubin</i>	<i>Códice Mexicanus</i>
<i>Mixpantli</i>	X	X	X	X		X	X	X
Incendio del templo de Huitzilopochtli	X	X	X	X				
Destrucción del templo de Xiuhtecuhtli	X	X	X	X				
Cometa	X	X	X De día en tres partes	X	X Un objeto de noche			
Agua que hierve	X	X	X	X				
Cihuacóatl llora y vocea	X	X	X	X				



<i>Fuentes</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Durán</i>	<i>Tezozómoc</i>			
<i>Presagios</i>	<i>Historia General</i>	<i>Libro Doce</i>	<i>Relación de la Conquista</i>	<i>Libro VII</i>	<i>Historia</i>	<i>Crónica Mexicana</i>	<i>Códice Aubin</i>	<i>Códice Mexicanus</i>	
Pájaro con el espejo	X	X	X	X					
Monstruos que desaparecen	X	X	X	X					
Aparición de Tezcatlipoca	X	X	X	X					
Bola o torbellino de fuego	X	X	X	X					
Viga parlante									X
Mujer resucitada									X
Piedra parlante						X	X		
Rapto de un macehual por un águila						X	X		



Cuadro 1 (parte 1). *Continuación...*

<i>Fuentes</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Sahagún</i>	<i>Durán</i>	<i>Tezozómoc</i>		
<i>Presagios</i>	<i>Historia General</i>	<i>Libro Doce</i>	<i>Relación de la Conquista</i>	<i>Libro VII</i>	<i>Historia</i>	<i>Crónica Mexicana</i>	<i>Códice Aubin</i>	<i>Códice Mexicanus</i>
Sueños					X	X		
Baja el <i>Tzizimil</i>							X	X
Bajan los <i>tlacahuilome</i>							X	?
Baja una columna de piedra							X	X
Remolino de viento								
Ídolos que caen								
Temblores								



Cuadro 1  
PRESAGIOS (PARTE 2)

<i>Fuentes</i>	<i>Ixtlilxóchitl</i>	<i>Ixtlilxóchitl</i>	<i>Tovar</i>	<i>Muñoz Camargo</i>	<i>Chimalpain</i>	<i>Chimalpain</i>		
<i>Presagios</i>	<i>Códices Telleriano y Vaticano</i>	<i>Sumaria relación</i>	<i>Historia de la nación chichimeca</i>	<i>Manuscrito Tovar</i>	<i>Descripción</i>	<i>3° relación</i>	<i>7° relación</i>	<i>Anales de Cuauhtitlan</i>
Mixpantli	X		X	X	X	X	X	X
Incendio del templo de Huitzilopochtli				X No especifica	X			
Destrucción del templo de Xiuhtecuhtli					X			
Cometa				X	X			
Agua que hierve				X	X			
Cihuacóatl llora y vocea				X	X			
Pájaro con el espejo				X	X			



Cuadro 1 (parte 2). *Continuación...*

<i>Fuentes</i>	<i>Ixtlilxóchitl</i>	<i>Ixtlilxóchitl</i>	<i>Tovar</i>	<i>Muñoz Camargo</i>	<i>Chimalpain</i>	<i>Chimalpain</i>		
<i>Presagios</i>	<i>Códices Telleriano y Vaticano</i>	<i>Sumaria relación</i>	<i>Historia de la nación chichimeca</i>	<i>Manuscrito Tovar</i>	<i>Descripción</i>	<i>3° relación</i>	<i>7° relación</i>	<i>Anales de Cuauhtitlan</i>
Monstruos que desaparecen				X				
Aparición de Tezcatlipoca				X				
Bola o torbellino de fuego								
Viga parlante								
Mujer resucitada			X Hermana del señor de Michoacán					
Piedra parlante				X				
Rapto de un macehual por un águila				X				



<i>Fuentes</i>	<i>Ixtlilxóchitl</i>	<i>Ixtlilxóchitl</i>	<i>Tovar</i>	<i>Muñoz Camargo</i>	<i>Chimalpain</i>	<i>Chimalpain</i>		
<i>Presagios</i>	<i>Códices Telleriano y Vaticano</i>	<i>Sumaria relación</i>	<i>Historia de la nación chichimeca</i>	<i>Manuscrito Tovar</i>	<i>Descripción</i>	<i>3.ª relación</i>	<i>7.ª relación</i>	<i>Anales de Cuauhtitlan</i>
Sueños								
Baja el <i>Tzizimil</i>								
Bajan los <i>tlacahuilome</i>								
Bajan una columna de piedra								
Remolino de viento					X			
Ídolos que caen					X			
Temblores					X			

Fuente: Elaboración propia.

Huitzilopochtli, lo cual puede apuntar hacia la idea de que los diversos autores de los relatos no tuvieron la misma información, ni todos los presagios eran igualmente significativos e importantes.

Los distintos relatos de tradición indígena que consignan los *teztahuítl* no coinciden entre ellos, es decir, registran distintos presagios o notables variantes de ellos. Además, la importancia que tienen en los textos es muy variable. Va desde la simple mención de los portentos sin mayor comentario acerca de su posible significado, como ocurre en el *Códice Aubin* y en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, hasta ser presentados en un capítulo dedicado a ellos, como en el “Libro XII” de Sahagún, o se intercalan de manera importante en la narración de la historia mexicana, como sucede en las crónicas de Tezozómoc y Durán.

Las diferencias en la forma de tratar el tema de los presagios indican que éstos fueron seleccionados, interpretados y estructurados de diferentes maneras por los recopiladores y transmisores de las distintas tradiciones. Los portentos, tanto los que se manifestaron en lo natural, como en lo social, no fueron significativos por sí mismos, sino que cobraron sentido a partir de la Conquista.

Para los nahuas novohispanos, los presagios fueron un recurso ideológico tradicional que les permitió explicarse la conquista española en los términos de su propia cultura. La estructuración de los relatos fue múltiple, pues no había recetas ni modelos únicos para escribir la historia. De ahí deriva la diversidad de los portentos registrados, ya que manifiestan los distintos caminos de la memoria colectiva: son diferentes recuerdos matizados por el tiempo, la preparación intelectual de sus autores, los fines e intenciones en la redacción de obras históricas y los distintos grados de participación de las ideas cristianas, diferencias tales que hicieron posible incluso que en algunas obras no se hiciera ninguna mención de los presagios que anunciaron la conquista.

Ejemplo de lo anterior es el *Lienzo de Tlaxcala*, ya que en este caso se trataba de presentar una relación de los méritos y servicios que la provincia de Tlaxcala prestó a los castellanos en la conquista de la Nueva España y otras regiones. En este documento no se consignan presagios, por la sencilla razón de que no tenía sentido

referirlos. Lo mismo puede decirse de las *Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista*, que acompañan a la *Descripción* de Muñoz Camargo.<sup>34</sup>

Los relatos de los *tetzahuitl* de la Conquista referidos en las crónicas deben ser analizados bajo la óptica de ser distintas interpretaciones novohispanas realizadas por diferentes grupos, que estaban bajo diversas circunstancias y que aportan matices de la concepción indígena de la Conquista, dentro de la idea general de un acontecimiento anunciado por los dioses.

### *Aspectos simbólicos de los tetzahuitl de la Conquista*

Para el estudio de los aspectos simbólicos se parte de la siguiente hipótesis de trabajo: si los presagios fueron interpretados, seleccionados y estructurados posteriormente a los eventos de la Conquista, e integrados como parte de un discurso histórico, deben manifestar y prefigurar las características más notables del acontecimiento del cual se presentan como antecedentes, esto es, los presagios deben señalar aspectos de la realidad de los acontecimientos militares y de sus consecuencias y deben tener una función general dentro de los relatos de la Conquista.

Debe aclararse que, desde la perspectiva elegida de análisis historiográfico de las historias de tradición indígena de la Conquista, es irrelevante discutir la posible identificación de los presagios con fenómenos naturales. Lo que importa es el hecho de que para los autores antiguos no sólo acontecieron, sino que necesariamente debían ocurrir, como anuncio del gran evento que se acercaba. Como lo dijo Marc Bloch a propósito de las crónicas medievales, “su testimonio, como tantos otros, no nos informa acerca de lo que vio en realidad, sino acerca de lo que en sus tiempos se consideraba natural ver”.<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Véase Miguel Pastrana Flores, “Los códices anotados de tradición náhuatl”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, José Rubén Romero Galván (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 23-26.

<sup>35</sup> Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, traducción de María Jiménez y Danielle Zaglavsky, edición crítica de Étienne Bloch, prefacio de Jaques Le

Para el estudio de su simbolismo hemos elegido dos ejemplos. Por una parte, los presagios que recogió Sahagún en su relato de la conquista y, por otra, los que consignan tanto Tezozómoc en la *Crónica mexicana*, como Durán en su *Historia de las Indias*.

### *La tradición tlutelolca en la obra de Sahagún*

Fray Bernardino de Sahagún recogió la tradición tlutelolca de ocho presagios de la conquista, de la cual conocemos tres versiones; la primera está en el texto náhuatl del *Códice florentino* y que Garibay tradujo al español con el título de “Libro doce”, segunda, la que está en la columna en español del mismo código y que se conoce como *Historia general de las cosas de Nueva España* y, por último, la versión castellana revisada del propio franciscano en la *Relación de la conquista*. Estos mismos presagios están en las obras de Muñoz Camargo, Torquemada, Suárez de Peralta, y otros. Se trata, pues, de una versión muy difundida desde el mismo siglo XVI.<sup>36</sup>

El primer presagio que menciona Sahagún es también el más difundido en las fuentes. Es el llamado con el término *tlemiahuatl* o “espiga de fuego”, fenómeno, al parecer, parecido a una aurora. El texto náhuatl de Sahagún, en versión de Garibay, la describe en estos términos:

Diez años antes de venir los españoles [1509] primeramente se mostró un funesto presagio en el cielo. Una como espiga de fuego [*tlemiahuatl*], una como llama de fuego, una como aurora: se mostraba como si estuviera goteando, como si estuviera punzando el cielo.

Ancha de asiento, angosta de vértice. Bien en el cielo estaba alcanzando.

Goff, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996, p. 208.

<sup>36</sup> Véase Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala...*, p. 209-212; Torquemada, *Monarquía Indiana*, v. I, p. 290-297; Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento...*, cap. XI, p. 101-107.

Y de este modo se veía: allá en el oriente se mostraba: de este modo llegaba a la media noche. Se manifestaba: amanecía en el amanecer: hasta entonces la hacía desaparecer el sol.

Y en el tiempo que en que estaba apareciendo: por un año venía a mostrarse. Comenzó en el año 12 Casa.<sup>37</sup>

Éste fue uno de los presagios cuyo sentido fue más difícil de encontrar. Se lo pudo identificar con un misterioso fenómeno celeste llamado *mixpantli* o *mixpanitl*, el cual aparece en otras crónicas. Esta extraña manifestación tuvo lugar, según varias fuentes, entre 1509 y 1510, justamente en el tiempo que señala Sahagún y que el anotador del *Códice Telleriano-Remensis* describe así:

Año de cuatro casas y de 1509; vinieron una claridad de noche que duró mas de cuarenta días, dicen los que la vieron que fue [en] toda esta Nueva España, que era muy grande y muy resplandeciente y estaba a la parte de oriente y que salía de la tierra y llegaba al cielo [al margen] *mexpanitli*<sup>38</sup>

Por su parte el *Códice Aubin* en el año 4 Casa, correspondiente a 1509, asienta: “*Nica[n] in tetzauitl ualmoquequetzaya*”, que se puede traducir como “Aquí el portentoso vino a erguirse”.<sup>39</sup> Al tiempo que en los glifos correspondientes a ese año se encuentra pintada una bandera o *pantli*, clara alusión al *mixpantli* o “bandera de nubes”.

Remi Simeón consignó en su *Diccionario* la palabra *mixpanitl*, que es una variante de *mixpantli*. Simeón remite a un texto de Andrés de Olmos que fue posible localizar. Dicho texto da la clave para la comprensión de este *tetzahuitl*. Dentro de una sección de su *Arte de la lengua mexicana*, Olmos da ejemplos de lo que llama “formas

<sup>37</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. 1, p. 759.

<sup>38</sup> “Códice Telleriano-Remensis”, en Lord Kingsborough, *Antigüedades de México*, 4 v., prólogo de Agustín Yáñez, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1964-1967, tercera parte, lámina XXV; la paleografía y la modernización ortográfica son mías.

<sup>39</sup> “Códice Aubin”, en *Geschichte der azteken. Codex Aubin und verwandte dokumente*, edición facsimilar, edición, paleografía, traducción y notas de Gerdt Kutscher y Walter Lehmann, introducción de Gunter Vollmer, Berlin, Gebr. Mann Verlag, 1981, f. 40v., p. 26. Siempre que aparezca el texto náhuatl debe entenderse que la traducción es mía.

metafóricas de hablar”, y bajo la expresión “tener alguno pobreza o hambre” se tiene el siguiente texto náhuatl:

*Auh tepan moquetza in mixpanitl, in tlemiauatl, itztic cecec quiztoc, icnoyutl quiztoc.*<sup>40</sup>

Y sobre la gente se levanta la bandera de nube, la espiga de fuego, arroja frío, helada, arroja miseria.

El sentido se aclara. El portento presagiaba la llegada de heladas, lo que traería como consecuencia malas cosechas con su grave secuela de hambre y miseria para los hombres. El segundo *tetzahuitl* fue el incendio espontáneo del templo de Huitzilopochtli. El fuego no pudo ser apagado, ya que “aunque vinieron muchos, y echaron mucha agua, ninguna cosa aprovechó, mas antes con el agua ardía más el fuego, hasta que el templo se consumió”.<sup>41</sup>

Si se considera que se trata precisamente del templo de Huitzilopochtli, existe la posibilidad de que efectivamente se trate de un símbolo de guerra, pues una imagen de conquista armada entre los antiguos nahuas era justamente el glifo de un templo incendiado. Así, es probable que el significado de este *tetzahuitl* sea el de una guerra de conquista sobre los mexicas.

Es posible plantear que en este presagio quizá se encuentren los elementos del difrasismo que denota la guerra, *atl tlachinolli*, “agua cosa quemada”. El fuego y el incendio del templo nos darían el elemento de cosa quemada, el intento de sofocar las llamas con agua quizás indique el elemento *atl*. Pero el templo no se apagaba. Al contrario, “no más se enardecía flameando más”;<sup>42</sup> esto podría señalar

<sup>40</sup> Andrés de Olmos, *Grammaire de la langue nahuatl ou mexicaine. Arte para aprender la lengua mexicana, publicada con introducción, notas y esclarecimientos por Rémi Siméon*, París, Imprimerie Nationale, 1875, p. 229.

<sup>41</sup> Bernardino de Sahagún, “Relación de la conquista de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes”, en *Conquest of New Spain, 1585*, revisión, edición, introducción y notas de S. L. Cline, traducción de Howard F. Cline, Salt Lake City, Universidad de Utah, 1989, cap. I, p. 152.

<sup>42</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. I, p. 759.

que efectivamente se trata de la condición dinámica de la unión de “agua cosa quemada” como símbolo de la guerra.

El tercer presagio fue el incendio del templo de Xiuhtecuhtli por la misteriosa caída de un rayo mientras llovía ligeramente: “Tercer presagio funesto: Fue herido por un rayo un templo. Sólo de paja era: en donde se llama *Tzummulco*. El templo de *Xiuhtecuhtli*. No llovía recio, sólo lloviznaba levemente. Así, se tuvo por presagio; decían de este modo: No más fue golpe del sol. Tampoco se oyó el trueno”.<sup>43</sup>

En una primera lectura este presagio es desconcertante, pues ¿por qué se destruye justamente el templo de Xiuhtecuhtli? Para plantear una posible relación simbólica debe tomarse en cuenta lo que pasaba en la fiesta del dios del fuego en el mes de *Izcalli*, ya que en esta fiesta se hacía la imagen de Xiuhtecuhtli a semejanza del *tlatoani* en turno y se le ataviaba a la manera de algún importante personaje. “A este dios [Xiuhtecuhtli] se le hacía fiesta cada año, al fin del mes que se llama izcalli, y a su imagen le ponían todas las vestiduras y atavíos y plumajes del principal señor en tiempo de Motecuzuma. Hacía la a semejanza de Motecuzuma, y en tiempo de los otros señores pasados hacíanle la semejanza de cada uno de ellos”.<sup>44</sup>

En otro lugar de la obra de Sahagún se encuentra que Xiuhtecuhtli, como Huehuetéotl, era una divinidad fuertemente vinculada al poder que ostentaba el *tlatoani*.<sup>45</sup>

Dada la estrecha relación entre el *tlatoani* y el dios del fuego en la cual el primero sería —en ciertos momentos— vocero e imagen de Xiuhtecuhtli, estos textos permitirían plantear que el significado simbólico de la destrucción del templo de esa deidad fuera la destrucción del poder del gobernante y su muerte.

<sup>43</sup> *Idem*.

<sup>44</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro I, cap. XIII, p. 47-48.

<sup>45</sup> *Ibidem*, v. I, libro VI, cap. IX, p. 332-333, se decía que los gobernantes “no se conformen con el querer del antiguo dios y padre de todos los dioses, que es el dios del fuego, que está en el borde de agua entre almenas, cercado de piedras con rosas, el cual se llama Xiuhtecuhtli, el cual determina y examina y conclu[y]e los negocios y letigios del pueblo y de la gente popular”; véase la versión de Salvador Díaz Cíntora en *Los once discursos sobre la realeza. Libro sexto del Códice florentino*, introducción, paleografía, traducción, notas e índice por Salvador Díaz Cíntora, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 51-52; con respecto a la importancia del dios del fuego para el poder véase Thelma Sullivan, “Tlatoani and Tlatocáyotl”, p. 233-234.

La aparición de un notable fenómeno celeste constituye el cuarto presagio, descrito en los siguientes términos: “Cuando había aún sol, cayó un fuego: en tres partes dividido: salió de donde el sol se mete: iba derecho viendo a donde sale el sol: como si fuera brasa, iba cayendo en lluvia de chispas: larga se tendió su cauda; lejos llegó su cola”.<sup>46</sup> Al parecer este fenómeno era un cometa o algún otro evento equiparable.

Aquí es posible encontrar mejores elementos acerca de su posible significado, pues en la misma obra de Sahagún se dice que la aparición de un cometa puede presagiar la muerte de un *tlatoani* o de un principal, así como la guerra y el hambre o el cautivar a los miembros del grupo de poder, “se decía que era augurio real, porque habría muerte de Señores, o quizá algún gran noble importante moriría. Y también decían que en algún lugar sería aprisionado [el *pilli*], o que se moverían el agua y la hoguera divinas [la guerra], o que habría hambre general. Los hombres del pueblo decían: “Quizá sea nuestra hambre, quizá sea hambre”.<sup>47</sup>

El sentido es claro: guerra y muerte generalizada, así como un grave daño para el grupo dominante. Esta significación se ve reforzada por la mención de la cola o cauda del astro, ya que ésta también era un funesto presagio:

A la inflamación de la cometa [la cauda] llamaba esta gente *citlalin tlamina*, que quiere decir “la estrella tira saeta” Y decían que siempre que aquella saeta caía sobre alguna cosa viva, liebre o conejo o otro animal, y donde hería, luego se criaba un gusano, por lo cual aquel animal no era de comer. Por esta causa procuraba esta gente de abrigarse de noche, porque la inflamación de la cometa no cayese sobre ellos.<sup>48</sup>

La idea general es que el cometa presagiaba la muerte de los gobernantes, así como guerra y hambre, además de la descomposi-

<sup>46</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. I, p. 759.

<sup>47</sup> Sahagún, *Augurios y abusiones*, p. 149.

<sup>48</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro VII, cap. IV, p. 483; véase del mismo autor *Augurios y abusiones*, p. 151.

ción de alimentos y hombres; algo verdaderamente espantoso. El quinto *tetzahuitl* ocurre cuando las aguas del lago burbujearon tanto que parecían hervir, y además se inundaron varias casas. “Hirvió el agua: no el viento la hizo alborotarse hirviendo, como si hirviera en furia, como si en pedazos se rompiera al revolverse. Fue su impulso muy lejos, se levantó muy alto. Llegó a los fundamentos de las casas: y derruidas las casas, se anegaron en agua. Esto fue en la laguna que está junto a nosotros”.<sup>49</sup>

En este caso no se cuenta con ninguna información que permita plantear el posible sentido de este portento.<sup>50</sup> El sexto *tetzahuitl* de la Conquista lo constituye la aparición nocturna de la diosa Cihuacóatl, que gritaba y lloraba angustiosamente por la ciudad de Tenochtitlan diciendo: “ó hijos míos que ya ha llegado vuestra destrucción”; y otras veces decía: ‘hijos míos dónde os llevaré, por que no os acabéis de perder’.<sup>51</sup>

El significado de este presagio puede entenderse mejor atendiendo al siguiente texto náhuatl del *Códice florentino*:

*Cioacoatl tequanj yoan tetzaujtl tetetzaujani, icnoiutl qujteittitia: ca mjtóaia, victli mecapalli qujtemacaia, ic temotlaia [...] ioal chocatinenca tecoiuhtinenca, noiautetzaujtl catca*<sup>52</sup>

Cihuacóatl era fiera y también prodigio; da prodigios de la gente, les muestra la miseria; porque se decía: que le daba a la gente el *huictli*,<sup>53</sup>

<sup>49</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. I, p. 757; véase Sahagún, *Historia general*, v. II, libro XII, cap. I, p. 818.

<sup>50</sup> Pocas menciones se hacen de otros casos de agua que burbujee violentamente o parezca hervir, aunque éstos tampoco ayudan mucho a esclarecer el presagio; uno de esos casos es el del llamado sumidero de Pantitlan; sobre esto véase Gabriel Espinosa, *El embrujo del lago. El sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1996, p. 72-74. También el animal portentoso conocido como ahuitzotl producía grandes burbujas cuando, desde el fondo del lago, atrapaba a una persona para ahogarla, véase Sahagún, *Augurios y abusiones*, p. 55.

<sup>51</sup> Sahagún, *Relación de la conquista*, cap. I, p. 153-154.

<sup>52</sup> Sahagún, *Códice florentino...*, v. I, libro I, cap. VI, f. 2v.-3r.; la paleografía y la traducción son mías.

<sup>53</sup> Instrumento de trabajo agrícola, confundido comúnmente con la coa o bastón plantador; el *huictli* tiene una hoja y un apoyo para el pie que lo hacen más versátil y eficaz que la coa.

el mecapal, por esta causa bajaba el trabajo agrícola [...] por la noche andaba llorando, andaba bramando, andaba gritando el presagio.

Puede verse en el texto a Cihuacóatl como una deidad que mostraba portentos espantosos a la gente; éstos siempre eran augurios funestos ya que su aparición anunciaba a quienes la oían que tendrían que usar tanto el *huictli* como el mecapal, que eran instrumentos de trabajo propios de los macehuales como labradores y cargadores; esto implicaba que quienes la oían se verían impelidos a padecer los trabajos y las fatigas del hombre del pueblo, del simple macehual. Por esto es posible que el significado de su aparición fuera el de anunciar que grandes trabajos y penas habrían de abatirse sobre los habitantes de Tenochtitlan, pero estos trabajos serían los propios de los dominados y no de los señores de la urbe, e implicaba un dramático descenso social, de *pilli* a macehual. Quizá se trataba de un trastocamiento del orden social y político de los mexicas y la Triple Alianza, los señores y gobernantes pasarían a la condición de los dominados.

El séptimo *tetzahuitl* es uno de los más complicados y lleno de significados, por lo que es conveniente citar en extenso la versión de Garibay del texto náhuatl.

Muchas veces se atrapaba, se cogía algo en las redes. Los que trabajaban en el agua cogieron cierto pájaro ceniciento, como si fuera grulla. Luego lo llevaron a mostrar a *Motecuhzoma*, en la Casa de lo Negro. (“Casa de estudio mágico”) [*Tlillancalmecac*]

Había llegado el sol a su apogeo: era medio día. Como un espejo estaba en su mollera: redondo como rodaja de huso, en espiral y en rejuego: era como si estuviera perforado en su medianía.

Allí se veía el cielo: las estrellas, el Mastelejo [*mamalhuaztli*]. Y *Motecuhzoma* lo tuvo a muy mal presagio, cuando vio las estrellas y el Mastelejo.

Pero cuando vio por segunda vez la mollera del pájaro, nuevamente vio allá, en lontananza, como si algunas personas vinieran de prisa; bien estiradas; dando empellones. Se hacían la guerra unos a otros, y los traían a cuestras unos como venados. Al momento llamó a sus magos, a sus sabios. Les dijo:

—¿No sabéis: qué es lo que he visto? ¡Unas como personas que están de pie y agitándose ...!

Pero ellos, queriendo dar la respuesta, se pusieron a ver: desapareció (todo): nada vieron.<sup>54</sup>

De entre todos los presagios éste es el que ha llamado más la atención por ser particularmente oscuro, y lo es porque en este corto relato se imbrican varios elementos, que por sí mismos son portentos, con anuncios misteriosos y funestos. Se trata sobre todo de cinco aspectos: el pájaro con el espejo, las estrellas que se ven en el espejo, los hombres armados, la precisión en la hora del día y el lugar donde Motecuhzoma presencia el portentoso.

En el “Libro XI” de la *Historia general* de Sahagún se describe un pájaro maravilloso que corresponde muy bien a la descripción del ave del “Libro XII”. Se trata del *Cuatezcatl* “espejo de la cabeza”: a dicho pájaro se lo describe como del tamaño de una paloma y se le consideraba particularmente raro en la región de los lagos:

Por esto se llama cabeza de espejo: tiene en su cabeza como un espejo, en medio de la cabeza, como disco. Ahí aparecemos. Precisamente en su frente está una renglerilla de plumaje algo ceniciento. [...] Aparece en el agua [...]

Y este *Cuatezcatl*, es la señal de la guerra. El que lo caza, ahí [en el espejo] se ve. Si irá, si irá a finalizar en la guerra, verá que es llevado, que es hecho cautivo, que lo arrastran. Pero si tendrá fortuna, si algo es su merecimiento, verá que él arrastra a la gente.<sup>55</sup>

Las propiedades funestas del *Cuatezcatl*, concuerdan muy bien con los anuncios que Motecuhzoma vio en el espejo del ave, un anuncio de guerra y del resultado de la misma, si sería vencido o si acaso el vencedor. La única diferencia importante entre las dos aves portentosas es el tamaño, pero en este caso también había un ave grande, precisamente del tamaño de una grulla o garza y con similar significado, se trata de *Cuapetlahuac*, “la de cabeza desnuda”.

<sup>54</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. I, p. 760.

<sup>55</sup> Sahagún, *Augurios y abusiones*, p. 123-124; véase del mismo autor *Historia general...*, v. II, libro XI, cap. II, párrafo 3, p. 699.

Este *cuapetlahuac* también viene cuando vienen los pájaros. Es muy raro.

Y cuando se capturaba, en él era conocido el augurio [*tetzahuitl*]. Quizá morirían algunos Señores. Quizá habría guerra. Si en algún lugar era declarada la guerra, irían a morir los que salían a combate. Los navegantes así verificaban que tantas veces como capturaban *cuapetlahuaque*, tantas otras sufría daño la ciudad. Y si habían muerto [los pájaros], morirían uno por uno los antiguos señores, tantos como *cuapetlahuaque* previamente habían sido capturados, quizá uno, quizá dos.<sup>56</sup>

Si se atiende a los males que anuncian estas aves, se encuentra que señalan con mucha claridad el daño que recibieron los señores mexicas y Motecuhzoma en y por la Conquista, como fue la guerra que trajo consigo la destrucción de la ciudad de Tenochtitlan, y las otras consecuencias de un conflicto bélico, como la muerte y la captura de los gobernantes. Todo esto anunciado por un prodigioso espejo.

Pero, además, el espejo mostró a Motecuhzoma dos imágenes concretas, unas estrellas y hombres armados en unos “como venados”. La segunda visión es evidente, se trata de la llegada de los españoles en caballos. Pero la primera es misteriosa. Dice el texto que se vieron “las estrellas y el Mastelejo”. Esta última palabra —que no se consigna en los diccionarios— era usada por Sahagún para referirse a un grupo de estrellas al cual identificaba con la constelación del Toro y que el texto náhuatl nombra como *mamalhuaztli*, palabra que Molina registra en su *Vocabulario* como “astillejos, constelación”. Por su parte, Martín Alonso en la *Enciclopedia del idioma*, registra astelejos y astillejos como las estrellas *Castor* y *Polux* de la constelación de Géminis; también es posible que se trate de las estrellas del cinturón de Orión.<sup>57</sup>

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 125; la *Historia general...*, agrega: “todas las veces que cazaban destas aves había algún infortunio en la república [...] Tiene muy buen comer su carne”, v. II, libro XI, cap. II, párrafo 3, p. 699.

<sup>57</sup> Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala...*, p. 211, dice que se vieron “los Astillejos que los astrólogos llaman el signo de Géminis”; para la segunda posibilidad véase Yólotl González Torres, *El culto a los astros entre los mexicas*, México, Secretaría de Educación Pública/Diana, 1979, p. 122-126.

Sea o no posible identificar estas estrellas, puede sugerirse que quizás estos astros señalaban el comienzo o el fin de algún ciclo celeste, y por ende terrestre, tan importante como para asustar a Motecuhzoma. A fin de entender mejor el posible sentido hemos de recurrir nuevamente al *Arte* de Olmos, quien bajo el rubro de “Tener alguno pobreza o hambre”, anotó:

*Xulutl mapantoc, chayauhtoc techan, Xiuhcoatl, mamalhuaztli tepan quiza, tetch motlalia, tepan mochiua.*<sup>58</sup>

Se visten como sirvientes, están caídas las casas de la gente, la *xiuhcoatl*<sup>59</sup> el *mamalhuaztli* sale sobre la gente, junto a la gente se asienta, se forma sobre la gente.

Éste es un portento que anuncia desastres para las personas en general. Por otra parte, en el *Diccionario* de Simeón puede verse que, tanto *xiuhcoatl* como *mamalhuaztli* son términos usados para designar el hambre, la pobreza y las enfermedades.

Pero el término *mamalhuaztli* también designa al instrumento para producir fuego hecho con dos palos, conocido como “barrenador de fuego”. Este instrumento era usado para producir fuego en ritos de suma importancia, como la inauguración de casas o templos y de manera específica era utilizado en la ceremonia del “fuego nuevo”. Esta ceremonia tenía el carácter de marcar el fin de un ciclo de cincuenta y dos años, así como el comienzo de uno nuevo. Es por ello que en los códices se representa esta ceremonia con la figura del *mamalhuaztli*. Por esto es posible plantear que el *mamalhuaztli*, en su acepción de “barrenador de fuego”, estuviera vinculado con los símbolos del tiempo, y que en especial fuera un marcador que indicara los cambios en los periodos de 52 años.

De manera particular se señala a este instrumento como una de las armas del dios Huitzilopochtli. Al respecto dice Sahagún: “El fundamento y fortaleza de los mexicanos en Huitzilopochtli es ésta

<sup>58</sup> Olmos, *Arte para aprender la lengua mexicana*, p. 229; la paleografía y la traducción son mías.

<sup>59</sup> Literalmente “serpiente de fuego”, se trata del rayo solar.

[arma], el cual [dios] arrojaba sobre los enemigos su saeta que se llamaba *xiuhcoatl* y *mamalhuaztli*".<sup>60</sup> Tal designación es muy sugerente, por lo que se procedió a efectuar una revisión de las imágenes del dios para ver en qué circunstancia portaba la segunda de las armas. Después de un reconocimiento en los códices sólo se encontró una representación de Huitzilopochtli con el *mamalhuaztli*, se trata de la lámina v del *Códice Azcatitlan*, donde se muestra a la divinidad en Chicomóztoc haciendo uso del "barrenador de fuego"; dicha lámina es la primera en la que se representa al *mamalhuaztli*, esto es, que Huitzilopochtli usa el "barrenador de fuego" justo en el momento en que el grupo mexica surge a la luz y a la historia del vientre de la madre tierra.<sup>61</sup>

Se trata de una escena que —al parecer— no tiene paralelo ni en otros códices ni en otros textos. Pero si se considera que Chicomóztoc es un lugar del cual los grupos humanos surgen al mundo para iniciar su devenir y si se toma en cuenta el vínculo que el *mamalhuaztli* tenía con Huitzilopochtli, como una de sus armas, y la aparente función de dicho "barrenador de fuego" como marcador de tiempo, es posible sugerir que su aparición en el espejo del ave tuviera el significado de anunciar un cambio en la secuencia del tiempo. Quizá se tratara del fin del devenir de los mexicas, el cual había iniciado en Chicomóztoc y que ahora se vería interrumpido por la conquista española. Aquí debe recordarse que el espejo del ave mostraba la guerra y el futuro que le esperaba a quien presenciaba el portento.

Queda un punto: el lugar donde Motecuhzoma presencia los funestos presagios, el *Tlillancalmecac*, el "*calmecac*, el lugar donde

<sup>60</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. XXVIII, p. 857-858.

<sup>61</sup> Véase Robert H. Barlow, "El Códice Azcatitlan", en Robert H. Barlow, *Fuentes y estudios sobre el México indígena*, edición de Jesús Monjaraz-Ruiz, Elena Limón y María de la Cruz Paillés Hernández, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad de las Américas, 1994, p. 185-186. Al respecto es interesante señalar que en la foja 16 recto de la *Historia tolteca chichimeca* está la pintura de Chicomóztoc en el momento en que los caudillos de los tolteca chichimeca acuden al lugar para hacer salir a los guerreros chichimeca de las siete cuevas, mientras que en la parte superior aparece un personaje produciendo fuego con el *mamalhuaztli*. Sobre Chicomóztoc como sitio del cual los grupos humanos "nacen", véase Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, México, Alianza, 1990, p. 429-430, 440-442.

abunda el negro”, lugar que el *tlatoani* “tenía para recogerse en el tiempo de adversidad y tristeza”;<sup>62</sup> ubicado dentro del recinto del Templo Mayor, era una edificación dedicada a la diosa *Cihuacóatl*, “Tlillancalmécac. Era un oratorio hecho para honrar a la diosa Cihuacóatl. En este edificio habitaban tres sátrapas que servían a esta diosa, la cual visiblemente se les aparecía y residía en aquel lugar, y dallí salía visiblemente para ir a donde quería”.<sup>63</sup>

Motecuhzoma está en el *Tlillancalmécac*, porque éste es el templo de la diosa *tetzahuiani*, la “que da prodigios a la gente”, deidad que muestra las desgracias a los hombres; por ello es posible que sus sacerdotes tuvieran conocimientos especiales acerca de la interpretación de los *tetzahuitl*. Así, es posible que después de tener noticia de tantos presagios el *tlatoani* decidiera ir al templo de la diosa que por definición anunciaba las calamidades, con el propósito de que sus sacerdotes le revelaran sus significados.

En lo que toca a la precisión del momento del día en que el ave aparece, pasado medio día, por el momento no es posible aclarar el punto.<sup>64</sup> Como puede verse, el sentido general de este presagio es el de guerra, muerte y cautiverio de señores, hambre y pobreza general. Se trata, en suma, de un anuncio de las desgracias que traerá una futura guerra, mostradas por un pájaro que por sí mismo es un funesto presagio.

Resta mencionar el octavo presagio: la aparición de monstruos. “Muchas veces se mostraban a la gente hombres deformes, personas monstruosas. De dos cabezas, pero un solo cuerpo. Las llevaban a la Casa de lo Negro [*Tlillancalmecac*]; se las mostraban a *Motecuhzoma*. Cuando las había visto, luego desaparecían”.<sup>65</sup> Posiblemente se trate

<sup>62</sup> Sahagún, *Relación de la conquista*, cap. I, p. 154.

<sup>63</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro II, apéndice, p. 183, relación de los edificios.

<sup>64</sup> Al respecto Graulich en “Los presagios de la caída del imperio...”, p. 97-98, ha propuesto que esta mención del medio día es una alusión a un hipotético esquema general de la historia náhuatl correspondiente a un supuesto retorno al este del Sol desde esa posición; esta hipótesis es muy dudosa porque se sustenta en un solo dato de la “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, 4.<sup>a</sup> edición, edición de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1979, p. 27, de Eulalia Guzmán.

<sup>65</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. I, p. 760.

de un trastocamiento del orden natural del mundo, lo cual sucede en momentos de cambios bruscos y radicales, lo cual también puede verse en los presagios de la conquista narrados en la *Relación de Michoacán*.<sup>66</sup> Por otra parte, tal parece que este último *tetzahuitl* es sólo el remate de la ya larga serie de funestos prodigios y su fin es el de coronar una visión por demás inquietante del futuro.

Se ha visto cómo los presagios del “Libro XII” anuncian en general guerra, muerte de gobernantes, cautivos en guerra, trabajos, penas, fatigas, hambre, enfermedad y miseria. Aspectos todos que pueden aplicarse con mucha propiedad a lo que les pasó a los mexicanos durante la conquista española; se trata —como se planteó hipotéticamente— de una prefiguración de la conquista de México en sus aspectos más negativos e inmediatos.

Pero esta serie de ocho presagios iniciales no son todos los que se relatan en la obra de Sahagún. Restan aún dos. El primero de ellos, ocurre después de la llegada de los españoles, justo cuando Motecuhzoma manda, por segunda ocasión, magos para enfrentarlos. Sucedió que antes de llegar frente a los extraños encontraron a un borracho vestido a la usanza de Chalco que los increpó y les dijo que no tenía ningún caso que hubieran ido, “¿Para qué porfiáis vosotros de venir acá? ¿Qué es lo que queréis? ¿Qué piensa Motecuhzoma de hacer? ¿Agora acuerda a despertar? ¿Agora comienza a temer? Ya errado; ya no tiene remedio”.<sup>67</sup> Es un mensaje que manifiesta que las cosas han sido ya decididas. En ese momento los magos se dieron cuenta de que se trataba del dios Tezcatlipoca. Y como prueba de la veracidad de sus palabras, el dios les hizo ver una imagen de la suerte que le aguardaba a la ciudad de Tenochtitlan: “Luego vinieron a fijar los ojos con presura. Ardiendo están los templos todos, y las casas comunales, y los colegios

<sup>66</sup> Véase Miguel Pastrana, “Los presagios de la conquista como forma de conciencia histórica”, *Estudios michoacanos*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Instituto Michoacano de Cultura, 1999, p. 133-141; *La relación de Michoacán, estudio preliminar*, paleografía y notas de Francisco Miranda, México, Secretaría de Educación Pública, 1988, p. 284-287, 294-295; para el mundo maya y para el contexto del fin de un sol o edad véase el fin de los hombres de palo a manos de sus propias herramientas e instrumentos cotidianos así como de los animales domésticos en el *Popol Vuh*, p. 94-98.

<sup>67</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. XIII, p. 831-832.

sacerdotales, y todas las casas de México. Y todo era como si hubiera batalla”. La visión causó un profundo impacto en el ánimo de los magos, pues ante la imagen de la ciudad destruida “como que se les fue el corazón quién sabe a dónde. Ya no hablaron claramente. Como si algo hubieran tragado”.<sup>68</sup>

La idea de que la suerte de los mexicas había sido determinada con antelación puede ser considerada como la aplicación de la idea cristiana de la providencia al pasado indígena, pero cabe recordar que es precisamente Tezcatlipoca la deidad que anuncia la inevitable caída de Motecuhzoma y de Tenochtitlan y no un ente cristiano. Ahora bien, es justamente a este dios al que se atribuye, en el pensamiento náhuatl, la buena y mala fortuna de la gente, así como la capacidad de otorgar o negar la posesión de los bienes materiales. Este dios “hacía todo cuanto quería y pensaba, y que ninguno le podía impedir y contradecir a lo que hacía, ni en el cielo ni en este mundo”.<sup>69</sup> Por otra parte, varios textos señalan a Tezcatlipoca como el dios que daba el poder a los gobernantes, y por ende el mismo podía despojarlos del *tlatocayotl* o del *tecucayotl* en cualquier momento.<sup>70</sup>

Estos conceptos de Tezcatlipoca como el dios que da y quita el poder político se encuentran en el segundo parlamento atribuido a la deidad frente a los magos, “Por demás habéis venido. Nunca más haré cuenta de México. Para siempre os dexo. No tendré más cargo de vosotros ni os ampararé. Apartaos de mí. Lo que queréis no se puede hacer”.<sup>71</sup>

<sup>68</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. XIII, p. 772.

<sup>69</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro III, cap. II, p. 207.

<sup>70</sup> Véase Bernardino de Sahagún, “Salutación y súplica que hacía un principal al Tlatoani recién electo”, introducción, traducciones y notas de Josefina García Quintana, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980, v. 14, p. 73: “Nuestro señor se digna asentarte en la estera, en la silla, en su lugar de honra”; también Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro I, cap. III, p. 38. Así como el capítulo II de la presente obra.

<sup>71</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. XIII, p. 831-832. Debe hacerse notar que, en este caso, las dos versiones castellanas de Sahagún difieren bastante del texto náhuatl; véase la traducción de Garibay en Sahagún, “Libro doce”, cap. XIII, p. 771 “—¿Por qué en vano habéis venido a pararos aquí? ¡Ya México no existirá más! ¡Con esto, se le acabó para siempre!”.

En esta cita se da un mensaje de abandono de la deidad respecto de la ciudad, ya que la divinidad nunca más se ocupará de los mexicas. Esto pudo ser objeto de dos interpretaciones diferentes en el mismo siglo XVI; la primera dentro de la tradición indígena y la segunda desde un punto de vista cristiano. La primera interpretación implica una explicación dentro de la tradición religiosa mesoamericana, según la cual el principal dios, Tezcatlipoca, ha decidido la ruina de la ciudad de los mexicas y el fin de su poder sobre otros pueblos. La segunda interpretación pudo haber sido la del abandono de los falsos dioses, que para los frailes eran demonios, particularmente Tezcatlipoca, de quien Sahagún pensaba que era el mismísimo Lucifer, “padre de toda maldad y mentiras, ambiciosísimo y superbisísimo [soberbio], que engañó a vuestros antepasados”.<sup>72</sup> Entonces pudo tener la interpretación de ser el anuncio de la huida de los diablos y el fin de la religión demoniaca, ante el advenimiento de la fe cristiana y del dios verdadero. Pero, claro, esto último sólo es posible, y debemos recordar que Sahagún separa con toda claridad sus propios juicios de los textos que aportaron sus informantes.

El último portento ocurrió tiempo después, durante los últimos días del sitio de Tenochtitlan y es descrito en los siguientes términos en el texto náhuatl en traducción de Garibay: como el capítulo II de la presente obra.

Y se vino a aparecer una como grande llama. Cuando anocheció llovía, era cual rocío la lluvia. En este tiempo se mostró aquel fuego. Se dejó ver, apareció cual si viniera del cielo. Era como un remolino; se movía haciendo giros, andaba haciendo espirales. Iba como echando chispas, cual si restallaran brasas. Unas grandes, otras chicas, otras como leve chispa. Como si un tubo de metal estuviera al fuego, muchos ruidos hacía, retumbaba, chisporroteaba.<sup>73</sup>

Este extraño fenómeno llenó de estupor a los mexicas, quienes se encontraban en tal estado de indefensión ante los españoles que ni siquiera gritaron ante el portento: “Nadie hizo alarde de miedo,

<sup>72</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro I, apéndice, p. 71.

<sup>73</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. XXXIX, p. 805.

nadie chistó una palabra”. Después de este último anuncio Cuauhtémoc se entregó a los castellanos, dando con ello fin al poder político tenochca y terminando con el devenir del pueblo mexica. En la cuestión del significado preciso de este presagio no ha sido posible encontrar nada que lo aclare.

Debe resaltarse que, en la tradición tlatelolca, la conquista española se abre con una impresionante serie de presagios y se cierra con otro portento más. Los *tetzahuitl* estarían señalando el principio y el fin de la historia mexica.

### *Los presagios en las obras de Tezozómoc y Durán*

Fernando Alvarado Tezozómoc y Diego Durán también presentan en sus obras presagios de la conquista, que son notablemente distintos de los de la obra de Sahagún. Entre los textos de ambos autores hay grandes semejanzas, pero también es posible encontrar esclarecedoras diferencias. Lo primero que salta a la vista es que, en contraste con los presagios recogidos por Sahagún, los de estos autores se integran con otros eventos de la narración, se intercalan guerras, ritos, diálogos, juicios y, en varias ocasiones, los mismos portentos se encargan de establecer su significado.

Antes de empezar la aparición de los *tetzahuitl*, el *tlatoani* de Tetzcoaco, Nezahualpilli, le anuncia a Motecuhzoma el próximo fin del poder de los mexicas. Para Tezozómoc esto ocurre después de que la ciudad de Huexotzinco se enfrenta a la Triple Alianza, y Nezahualpilli dice al gobernante mexica que el suceso “es agüero esto que ya jamás acertaremos á hacer guerra contra *Huexotzinco, Cholula, Tlaxcala y Tliliuhquitepec*, [...] que esto significa venir del cielo”.<sup>74</sup>

Mientras que, para Durán, Nezahualpilli visita sin motivo aparente a Motecuhzoma y le anuncia la cercanía de

una cosa extraña y maravillosa, que, por permiso y voluntad del señor de los cielos, de la noche y el día y del aire, ha de acontecer en tu

<sup>74</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. XCIX, p. 649.

tiempo. Por lo cual, debes estar avisado y advertido y con mucho cuidado, porque yo he alcanzado por cosa muy verdadera que de aquí a muy pocos años, nuestras ciudades serán destruidas y asoladas; nosotros y nuestros hijos, muertos, y nuestros vasallos, apocados y destruidos.<sup>75</sup>

Lo que en Tezozómoc es sólo un anuncio de ineficacia guerrera, algo que por sí mismo es ciertamente grave, en Durán se transforma en un aviso del “señor de los cielos” del fin del poderío mexica. Vemos como estos matices señalan diferentes actitudes y elaboraciones de un mismo material, de una misma información; justamente ése es el proceso de creación de los presagios.

El primer presagio propiamente dicho es descrito de maneras muy diferentes en ambos cronistas. En Tezozómoc, un hombre que representa a Tezcatlipoca en el templo de esa deidad, ve de noche el siguiente portento:

Hacia la parte del oriente había visto salir un humo que espesaba, y estaba tan blanco que relumbraba y daba tanta claridad, que parecía medio día, y que puntualmente más iba creciendo que venía igual casi con el cielo desde la tierra, que parecía que venía andando como un gran gigante blanco [...] y casi viene apegado con el cielo, tan blanco humo, como una nube blanca muy espesa.<sup>76</sup>

El fenómeno que describe Tezozómoc parece ser el *mixpantli* o “bandera de nubes”, del cual se habló páginas atrás. En Durán, este presagio es visto por el joven que representa al dios Huitzilopochtli, pero se dice que es un cometa “y mirando hacia el cielo, vido en la parte de oriente una cometa poderosa, que echaba de sí un largo resplandor el cual amenazaba derechamente en estas partes. [...] Y estando así en espera, quedó, a la hora que amanecía, encima de la ciudad de México y en llegando allí, con la luz de la mañana se deshacía y no la veían más aquel día”.<sup>77</sup>

<sup>75</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXI, p. 459.

<sup>76</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. C, p. 653.

<sup>77</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXIII, p. 467.

En este caso podría ser que el dominico se confundiera ante la descripción de la “bandera de nubes” y tratara de identificar el fenómeno con algo conocido para él, con lo único que se le parecía, un cometa.

Ya se trate del *mixpantli*, “bandera de nubes” o de un cometa, se ha visto atrás como ambos fenómenos eran considerados malos augurios, pero en este caso se agrega que son vistos por las imágenes vivas de los dioses, si es Tezcatlipoca, se trata del dios más poderoso, si es Huitzilopochtli, es el dios patrón del grupo dominante tenochca. Y no sólo eso, los sacerdotes estaban dormidos, por lo que Motecuhzoma tiene que preguntar al hombre que representaba al dios el significado del presagio. Al respecto Tezozómoc refiere que Motecuhzoma dijo: “¿qué haré? ¿O á quién llamaremos que nos declare la significación de esto?” Dijo el trasunto; “señor, yo no sé á quién se puede llamar; esta es cabeza del mundo: vos sois sin par, ni hay rey que os iguale, haced en las partes y lugares que hay nigrománticos y hechiceros, que declaren la significación de esto”.<sup>78</sup>

En contraste, en la versión de Durán se resalta la falta de conocimientos de la representación del dios Huitzilopochtli, “La semejanza le respondió que él era un pobre mozo ignorante y que de las cosas del cielo él no alcanzaba nada, porque ni era astrólogo, ni hechicero, ni adivino”.<sup>79</sup> Las diferencias entre las versiones de ambos cronistas son reveladoras de la intención moralizadora de Durán, pues éste resalta las deficiencias de las imágenes de los dioses, sin considerar que esos conocimientos estaban reservados a sacerdotes especializados.

Motecuhzoma manda llamar a los “nigrománticos y hechiceros” para que interpreten el sentido del *tetzahuitl*, pero éstos ni siquiera se han enterado de la señal celeste; ante este gran descuido el *tlatoani* manda apresarlos y dejarlos sin alimentos hasta que mueran de hambre. El gobernante mexica se ve obligado a recurrir a Nezahualpilli para que le informe respecto de la significación del presagio. El señor de Tetzaco se sorprende de que los especialistas

<sup>78</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. C, p. 653-654.

<sup>79</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXIII, p. 468.

tenochcas en el conocimiento de lo divino no hayan dicho nada a Motecuhzoma; Tezozómoc en su versión aclara:

Pues sabed, señor, que ha muchos días se sabe esto que vais á decir que aparece en el cielo, y por tener entendido que lo sabíades, no os lo he tratado [...] si es ya así la voluntad de nuestros dioses que esto se acabe, ¿qué puedo yo decir? Lo que os ruego y encargo como valeroso hombre de buen pecho y de gran corazón, que os esforcéis y cobréis ánimo valeroso é invencible, para recibir estos golpes de fortuna, pues es ya permisión que esto se acabe<sup>80</sup>

Por su parte Durán pone estas palabras en boca de Nezahualpilli:

Y has de saber que todo su pronóstico [del presagio] viene sobre nuestros reinos, sobre los cuales ha de haber cosas espantosas y de admiración grande; habrá en todas nuestras tierras y señoríos grandes calamidades y desventuras; no quedará cosa con cosa; habrá muertes innumerables; perderse han todos nuestros reinos, y esto será por permisión del señor de las alturas, del día y de la noche y del aire; de lo cual todo has de ser testigo y lo has de ver y en tu tiempo ha de suceder<sup>81</sup>

Hay una distancia entre los significados tradicionales de los presagios y las versiones de Tezozómoc y Durán. Como se vio antes, el sentido de la “bandera de nubes” era el de anunciar miseria y hambre, mientras el cometa señalaba la muerte de algunos señores, la guerra o alguna hambruna; estos significados se han transformado en el anuncio de la ruina de todos los estados indígenas, “perderse han todos nuestros reinos”; para Tezozómoc esto ocurrirá porque es “voluntad de nuestros dioses”, mientras que para Durán esto se debe al “señor de las alturas, del día y de la noche y del aire”, y con ello da un paso adelante para lograr una interpretación cristiana de los presagios y la Conquista.

<sup>80</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. C, p. 654.

<sup>81</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXIII, p. 469.

Tezozómoc extiende el significado tradicional de la “bandera de nubes” para aplicarlo plenamente a la conquista española, dejando la idea de la “voluntad de los dioses”, mientras que Durán habla ya de un único ser supremo, insinuando, muy sutilmente, la voluntad del dios cristiano.

El siguiente presagio es una piedra parlante. Refieren las crónicas que Motecuhzoma ordenó conseguir y labrar una nueva piedra para realizar los sacrificios de desollamiento y que fuera aún más grande que las que dejaron los anteriores gobernantes. Para ello se buscó en diversos lugares y se localizó una piedra que cubría las pretensiones del señor mexica. Cuando los trabajadores se disponían a traerla, la piedra de pronto se volvió más pesada, impidiendo su traslado y además habló varias veces, señalando su falta de voluntad para llegar a Tenochtitlan, una de estas veces dijo:

No acabáis de entender vosotros. ¿Qué me queréis llevar? Que no he de llegar á México; decidle á Moctezuma ¿que para qué me quiere? ¿que qué aprovecha, que qué tengo que hacer allá, y que vaya á donde tengo de estar arrojada? Que ya no es tiempo de hacer lo que ahora acuerda, que antes lo había de haber hecho, porque ya ha llegado su término de él, ya no es tiempo, y el Moctezuma ha de ver por sus ojos lo que será presto, porque está ya dicho y determinado, porque parece que quiere aventajar á Nuestro Señor, que hizo el cielo y la tierra, mas con todo, llevadme, que allí será mi llegada, ¡pobres de vosotros! Vamos caminando.<sup>82</sup>

En este caso el *tetzahuítl* mismo se ha encargado de revelar su significado, que como se puede apreciar es una prefiguración muy elocuente de la Conquista: ha llegado el fin del poder de Motecuhzoma y del estado mexica, ya que la ciudad será asolada y los monumentos quedarán esparcidos por el suelo. Por otra parte, se puede constatar que la versión de Durán del mismo pasaje es más elaborada, puede decirse que más “literaria” y en ella la piedra hace uso de notables facultades retóricas, pues dice: “Miserable gente y

<sup>82</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CII, p. 664.

pobre desventurada, ¿para qué porfiáis a me querer llevar a la ciudad de México? Mirad que vuestro trabajo es en vano y yo no he de llegar allá, ni es mi voluntad; pero pues que tanto porfiáis, estirad, que yo iré hasta donde a mí me pareciere por vuestro mal”.<sup>83</sup>

La piedra cumplió su palabra y, así, al ser transportada por las calzadas de Tenochtitlan uno de los puentes se rompió, con lo que la piedra se hundió llevándose consigo a varios trabajadores y sacerdotes. Motecuhzoma ordenó a los buzos buscarla, pero había desaparecido, y en cambio se encontraron marcas en el fondo del lago como si hubiera sido arrastrada; finalmente la piedra fue encontrada en el mismo lugar donde al principio había sido extraída.

El siguiente *tetzahuitl* es el rapto de un *macehual* por un águila; Tezozómoc lo cuenta así:

Pasados algunos días subiose el rey Moctezuma á una azotea alta de su palacio, y mirando á todas partes vido hacia la parte de Tezcuco una nube blanca que subía hacia el cielo: estúvola mirando, y lo que significó fue, que estando en el cerrillo de Coatépéc, vino un águila y sin sentirlo ni verlo el indio, le asió de los cabellos y lo llevó encima de un cerro alto, y repentinamente lo metió en una sala, la mejor que jamás había visto, y no vio á la propia águila, sino un principal gran señor, y díjole: “ven acá, no tengas temor; toma esta rosa y este perfumador, huélgate pero mira cuál está aquí tendido *Moctezuma* borracho perdido, y no sabe de sí, hiérole en un muslo, mira que te torno á decir que le hieras, no aprovecha, hiérole, que no sabe de sí”: entonces le hirió en un muslo, recio. Dijo el principal: “¿ves como no tiene sentido, de borracho perdido que está? Pues no siente el fuego con que le quemastes, pues ve ahora al mundo y dile lo que te dije de que le hirieras en un muslo, y dile que cese ya lo que ahora está haciendo, que ya es acabado su término, que él lo buscó por sus manos, que tal prisa dio a su voluntad y deseo, ¿has entendido?” Luego habló el miserable indio y díjole: “señor mío muy esclarecido, que me hiciste digno de tan glorioso misterio y milagro, no siendo yo digno de ello, ya voy y le contaré lo que me tienes mandado”: y así luego le arrebató el águila y lo llevó á la propia parte que él araba, con su rosa

<sup>83</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXVI, p. 487.

y perfumador, y díjole: “mira, no dudes lo que tengo dicho; dile lo que te dijo el rey que viste, y mira que vayas luego derecho allá”.<sup>84</sup>

El labrador fue ante Motecuhzoma y contó lo que le había pasado, mostró como prueba la flor que le dieron y el sahumador; el *tlatoani* mandó que fuera apresado y después apedreado, porque: “Oídme, como á media noche me comenzó á doler este muslo que parecía que me lo abrasaban, y ahora me duele y este bellaco me trajo esta nueva, debe ser algún encantador ó embainador”.<sup>85</sup>

Pueden señalarse como algunos puntos importantes del pasaje los siguientes: primero que se trate de un habitante del pueblo de Coatépéc, así como que sea un águila; también que el hombre tenga la visión de un principal, así mismo la visión de Motecuhzoma, la señal con el sahumador, y el discurso del principal.

La clave para encontrar el significado simbólico de este presagio es el águila, y primeramente hay que recordar que no es la única manifestación de águilas portentosas en la historia mexicana. Así, tenemos que esta ave está muy ligada a Huitzilopochtli y que en determinadas circunstancias es manifestación de este dios, por ejemplo, en la lámina IV del *Códice Boturini*, se ve a un águila dando a un mexicano instrumentos para la guerra, como son el arco, la flecha, el lanzadardos y la red. Imagen que parece estar comentada en el siguiente texto de Tezozómoc: “entonces, cuando tomaron el nombre de mexicanos, ahora se llaman mexicas, les embismó las orejas, y también allá les dio la flecha, el arco y la redecilla con que lo que veían a lo alto lo flechaban muy bien los mexicanos”.<sup>86</sup>

Por otra parte, tenemos que, según Cristóbal del Castillo, durante la migración mexicana el dios patrón guió a su pueblo en forma de águila, e indicándoles el camino y las características del lugar donde sería su asentamiento definitivo.<sup>87</sup> La promesa se cumple cuando

<sup>84</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CIII, p. 669.

<sup>85</sup> *Ibidem*, cap. CIII, p. 670.

<sup>86</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, p. 22-23.

<sup>87</sup> Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos*, p. 135: “Yo os iré guiando a donde vayáis, iré mostrándome como águila, os iré llamando hacia donde iréis, sólo idme viendo. Y cuando haya llegado a donde ya me parezca bueno, donde os asentaréis, allá me posaré, allá me veréis, ya no volaré. De modo que en seguida hagáis mi templo, mi

ocurren los prodigios de la fundación de Tenochtitlan; el lugar preciso fue señalado justamente por un águila posada sobre un nopal, que al ver a los mexicas los saludó bajando la testa.<sup>88</sup>

Cristóbal del Castillo consigna una aparición más interesante de un águila; ésta ocurre cuando el hombre que guía a los mexicas está a punto de morir y es llevado ante la presencia de “todos los diversos dioses se pusieron de acuerdo para conducirme, para que fuera allá, junto a ellos, al lugar llamado Ximohuayan [...] Y sólo me hicieron volar, fui en forma de águila, y entonces allá me llevaron, donde están reunidos todos los dioses nuestros señores”.<sup>89</sup>

Estas apariciones portentosas de águilas en la historia *mexica* permiten plantear que posiblemente el dios Huitzilopochtli se manifestaba como esa ave y que el viaje en águila (o transformado en ella) fuera una de las formas tradicionales de acceder al mundo de los dioses. ¿Acaso esto indica que el águila que menciona Tezozómoc es el mismo dios Huitzilopochtli que anuncia la derrota de su pueblo? No es posible contestar con certeza por el momento, aunque resulte tentador considerar que este indio fuera de un pueblo llamado Coatépec, el cual tiene el mismo nombre del cerro donde nació Huitzilopochtli, y sea el punto del itinerario de la migración donde el dios venció a quienes no querían continuar la marcha.<sup>90</sup>

En el texto de Tezozómoc citado arriba se deja entrever que el águila tomó forma humana, “y no vio a la propia águila, sino a un principal gran señor”. Los dioses nahuas podían manifestarse a los hombres en forma de señores, por ejemplo, Gerónimo de Mendieta refiere un testimonio de Olmos según el cual se supo “haber el

casa, mi cama de paja donde estuve levantando el vuelo. Y allá toda la gente levantará su casa, os asentaréis”.

<sup>88</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, p. 65.

<sup>89</sup> Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos*, p. 149-151, nota 89. Federico Navarrete traduce *Quauhtli ipan niquiztliuh* como “fui en forma de águila”, pero, como él mismo aclara, también puede traducirse como “fui sobre un águila”.

<sup>90</sup> Véase Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro III, cap. I, párrafo 1, p. 202-204; Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. II, p. 32-33. Al respecto es significativo que en *La relación de Michoacán*, p. 282-285, el dios Curicaueri se presenta justamente en forma de águila, ante una joven para llevarla a una reunión de los dioses, donde es informada de la inminente venida de nueva gente “recién creada” para dominar a los indígenas; véase Pastrana, “Los presagios de la conquista como forma de conciencia histórica”, p. 57-59.

demonio aparecido á un indio en figura de señor o cacique”,<sup>91</sup> con el fin de ordenarle el cumplimiento de un mandato divino. Para Tezozómoc el mensaje del dios está dirigido a Motecuhzoma, “y dile que cese ya lo que ahora está haciendo”, porque su gobierno sobre los hombres está a punto de concluir debido a su comportamiento, “que ya es acabado su término, que él lo buscó por sus manos”.

Mientras que Durán agrega matices reveladores. En principio para él el águila está al servicio de otro poder: “Poderoso señor, yo he cumplido tu mandato y aquí está el labrador que me mandaste traer”, este poderoso señor es invisible para el indio quien sólo escucha su voz; aquí el mensaje de una deidad invisible dice claramente que Motecuhzoma “tiene enojado al dios de lo criado”, y que se le ordena al macehual elegido que dé un mensaje a Motecuhzoma diciéndole “cómo ya se te acababa tu reinado y se te acercaban los trabajos que has de ver y experimentar muy en breve, buscados y tomados por tu propia mano y merecidos por tus malas obras”.<sup>92</sup> Bien puede tratarse de matices de moral cristiana introducidos por el dominico, aplicados a la conquista.

Después de estos presagios Motecuhzoma busca obtener información precisa sobre los trabajos y penas que se le avecinan; para ello ordena que cualquiera que sueñe algo que parezca tener relación con él sea llevado ante su presencia, en particular dispuso a sus subordinados poner atención sobre los sueños de los ancianos y las apariciones de Cihuacóatl, la *tetetzahuiani* que se mencionó atrás.<sup>93</sup>

En respuesta a su orden se presentan algunos hombres y mujeres ancianos que habían tenido sueños: “uno de los viejos dijo que había soñado que veía que todo el templo de Huitzilopochtli, poco á poco se iba quemando, y lo iban desbaratando [...] Luego otra mujer vieja dijo: ‘señor, soñé que tu casa la llevaba un gran río, que

<sup>91</sup> Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, edición facsimilar, 2.ª edición, edición, noticias e índice por Joaquín García Icazbalceta, México, Porrúa, 1980, libro II, cap. XII, p. 95.

<sup>92</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXVII, p. 492.

<sup>93</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVI, p. 682, dice “sobre todo le dijesen, si viesen algunas cosas, como pronósticos, ahora sea visión o fantasma ó lloro ó gemido, de que no parece quien sea, ó abusión, y que tengan gran cuenta de oír de noche, si anda la mujer que llama el vulgo *Cihuacoatl*, y qué es lo que llora, si se le puede preguntar”.

pedras y vigas se las llevaba el agua”.<sup>94</sup> Como era de esperarse, estas noticias no fueron del agrado de Motecuhzoma, y ordenó apresarse a los viejos y viejas para dejarlos morir de hambre.

Para entender el significado de este presagio hay que considerar primeramente que el sueño era una importante forma de comunicación con lo sagrado en el México prehispánico, ya que se suponía que una parte del ser humano salía del cuerpo material y entraba en contacto con una realidad sagrada. En este sueño específico se conjuga la visión del fuego y el agua, lo que quizás esté indicando los términos de *atl tlachinolli*, “agua, cosa quemada”, es decir de la guerra; ahora bien, el fuego quema y destruye el templo de Huitzilopochtli, recordemos que un símbolo de conquista era el incendio del templo del dios patrón del pueblo sometido; entonces tendríamos que se trata de una guerra de conquista; además el agua forma una corriente que se lleva las casas de Motecuhzoma, la imagen de las aguas que salen de una casa destruida era un símbolo de pena infamante y del término de un linaje; entonces tendríamos codificados tres mensajes unidos en el mismo presagio: se trata de una guerra de conquista sobre los mexicas en la cual el linaje de Motecuhzoma, es decir, del gobernante, sería aniquilado.

Se puede apreciar cómo los presagios que cuentan Tezozómoc y Durán muestran un importante trabajo de elaboración, y en algunos casos la ampliación de los significados originales para acoplarlos mejor a las características de la conquista española. Así mismo, es posible apreciar cómo Durán introduce matices en la narración que pueden indicar una sutil cristianización de los presagios y del pasado mexica.

### *Algunos aspectos sociales de los tetzahuitl de la Conquista*

La importante presencia de los presagios en las crónicas de tradición indígena permite entrever ciertos aspectos sociales, los cuales estarían expresados a través de los símbolos mismos de los presagios y de la forma en que son contados.

<sup>94</sup> *Ibidem*, cap. CVI, p. 682-683.

El primer aspecto social de los presagios es tan evidente que suele no ser comentado; la sola mención de los *tetzahuitl* implica la creencia en los mismos por parte de los autores de las crónicas. Se ha visto atrás cómo estos portentos tienen una significación dentro de la tradición cultural náhuatl, no se trata de presagios copiados del cristianismo o de la antigüedad clásica. Su tratamiento ciertamente puede revelar toques cristianos, pero el núcleo del significado está en la tradición religiosa náhuatl.

De la misma manera, si los presagios están ubicados al principio de los relatos de la Conquista, esto quiere decir que eran pensados como la introducción al tema, y que aportaban un sistema de referencias ideológicas tradicionales, en el cual la intervención divina sería parte fundamental de la explicación de ese acontecimiento. Los mejores ejemplos que pueden traslucir situaciones sociales están en las obras de Tezozómoc y Durán, pues en ellas los presagios forman parte de la trama junto a otros acontecimientos y, como se ha visto, frecuentemente están comentados.

Lo primero que hay que señalar es que los *tetzahuitl* ocurren fuera del marco de las instituciones religiosas del estado mexicana; los sacerdotes no los ven porque han descuidado sus funciones de comunicación con los dioses, como sucede cuando se manifiesta el cometa o la “bandera de nubes”, que los sacerdotes están dormidos.

Motecuhzoma mandó llamar a los astrólogos y agoreros y adivinos y hechiceros y encantadores, todos cuantos había en la ciudad de México. A los cuales, después de venidos ante el rey, les preguntó si habían visto la nueva señal que del cielo había aparecido. Ellos todos respondieron que no. El rey, indignándose contra ellos, les dijo: —Pues, ¿cómo? ¿Ése es el cuidado que tenéis de velar sobre las cosas de la noche? ¿Para qué tengo yo en mi reino astrólogos ni hechiceros ni adivinos ni agoreros? ¿De qué me habéis de servir?<sup>95</sup>

El sacerdocio es una institución especializada en mediar entre los hombres y los dioses y como tal es muy importante. Los sacerdotes deben tener gran cuidado en el cumplimiento escrupuloso de

<sup>95</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXIII, p. 468.

sus funciones religiosas, puesto que de no hacerlo pueden afectar negativamente a toda la sociedad que representan ante los dioses.<sup>96</sup> Por esa razón Motecuhzoma es muy severo con ellos, ya que no se puede permitir que aquellos que son especialistas en la comunicación con los dioses ni siquiera estén enterados de una señal celeste.

La referencia a los problemas entre Motecuhzoma y los sacerdotes hace posible pensar que detrás de ello hubiera algo más, algo particularmente grave, que quizá se trate de una división dentro del grupo dominante. Ya que, como se sabe, los altos puestos sacerdotales estaban ocupados —generalmente— por personajes del grupo dominante; por ello los sacerdotes eran parte importante de los funcionarios del gobierno y participaban de la vida política de la ciudad. Por lo tanto, es posible que los textos dejen entrever un conflicto entre el máximo gobernante y los encargados de mantener en buenos términos la relación entre la sociedad mexicana y los dioses.

Otro ejemplo de posible distanciamiento entre Motecuhzoma y los sacerdotes es lo que pasa después de la muerte de los viejos soñadores; ante el hecho, los sacerdotes, temerosos de sufrir la misma suerte que los ancianos, se ponen de acuerdo para no informar nada al *tlatoani* sobre el contenido de sus propios sueños. Esto, en lugar de aplacar a Motecuhzoma, provocó aún más su ira, pues: “No es posible sino que vosotros, o no me queréis decir verdad, o menospreciáis mis mandamientos, o que no tenéis cuenta lo que toca a vuestros oficios, que es mirar y velar en las cosas de la noche”.<sup>97</sup> Por lo que ordenó apresarlos y dejarlos morir de hambre.

Este posible distanciamiento entre los miembros del grupo en el poder se manifiesta cuando Motecuhzoma se ve obligado a buscar magos y adivinos de fuera de la ciudad para tratar de conocer el futuro que le anunciaban los presagios; esto quiere decir que el *tlatoani* se ha quedado solo ante la significación de los *tetzahuitl*, ningún

<sup>96</sup> Véase Miguel Pastrana, *Entre los hombres y los dioses. Entre los hombres y los dioses. El sacerdocio prehispánico en el Altiplano Central Posclásico*, tesis de licenciatura en historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1992, p. 70-72.

<sup>97</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXVIII, p. 501.

mexica puede ayudarlo o aconsejarlo. Al final los magos desaparecen misteriosamente.

Por otra parte, es posible plantear una interpretación diferente de estos pasajes. Quizás los que hablan de los conflictos entre los sacerdotes y el *tlatoani* no intenten referir puntualmente los acontecimientos, sino que más bien se trate de una crítica a la cúpula del poder mexica, que señalaría el carácter despótico y tiránico del gobierno de Motecuhzoma y las faltas de los sacerdotes prehispánicos, así como su falsedad como concededores de la verdadera relación con la divinidad. De esta forma, uno de los caminos por el que los nahuas novohispanos trataron de explicarse la Conquista bien pudo ser el de resaltar los aspectos negativos de destacadas personalidades y de prominentes sectores del grupo dominante, lo que implicaría una cierta crítica moral a esos grupos, pero evitaría una condena del conjunto de la sociedad mexica. Los errores y las injusticias de que se acusaba a los mexicas en crónicas de otros grupos habrían sido cometidas sólo por una fracción de la sociedad, el supremo gobernante y los falsos sacerdotes de los ídolos. Con estos elementos quizá tratara de manifestarse una distancia política con las antiguas formas de gobierno, así como un deslinde religioso respecto del culto prehispánico.<sup>98</sup>

### *Posibles caminos en la construcción de los tetzahuitl*

De manera general, puede decirse que la sola presencia de los presagios en la historiografía de tradición indígena implica, necesariamente, la presencia de una forma de conciencia histórica en la cual el devenir de los hombres se encuentra estrechamente ligado a las determinaciones de los dioses. La elaboración de los relatos en los que aparecen los presagios requiere todo un proceso de reinterpretación de los acontecimientos del pasado inmediato a la luz de los resultados de la Conquista; así, los diferentes acontecimientos podrían llegar a tener un sentido que no tenían cuando ocurrieron.

<sup>98</sup> Esta vía de interpretación será tratada con más detenimiento en el capítulo III.

Un ejemplo de esto se encuentra en el caso de la piedra parlante. Admitiendo, como hipótesis de trabajo que, efectivamente, Motecuhzoma ordenara traer una enorme piedra para dedicarla al templo de Huitzilopochtli, la cual se hundió en el lago al romperse un puente, resulta natural que un hecho tan notable no pudiera dejar de ser registrado e interpretado; así, es posible que en un primer momento el evento fuera percibido como una señal de que “algo malo va a pasar”. Después de la Conquista, el acontecimiento fue reinterpretado de diferentes maneras, siendo dotado, a través del tiempo, de nuevos significados, con los que se fueron forjando, en la tradición histórica, distintas versiones del mismo suceso.

Una primera versión la encontramos en un curioso documento, aparentemente escrito en 1553, el cual dice:

Este mesm(o) año [1519], trayendo los indios una piedra grande a México para esculpir y pintar en ella a Motenzuma [sic] y ponella en Chapultepec donde están las figuras de los señores que han sido en México desd[e] la fundaron, al pasar de una puente que estaba en la cequia [acequia] [...] se les cayó la piedra de la puente abajo y al caer oyeron una voz que decía “yaizquichi” [*ye ixquich*] que quiere decir “ya es acabado”, también lo tomaron por agüero<sup>99</sup>

Es notable que en esta primera versión se pongan juntos los elementos de la piedra parlante y la efigie de Motecuhzoma esculpida en Chapultepec, que en otras obras constituyen dos episodios diferentes, con lo cual se puede sugerir que acaso esta versión refleje un momento en la elaboración de los relatos sobre los presagios en los que éstos aún no estaban del todo definidos. En esta ocasión a la piedra no se le atribuye directamente el don del habla, sino que se dice que al caer se escuchó una voz que decía: *ye ixquich*, expresión que quiere decir “bastante”, “suficiente” o “es todo”, y que es usada para dar fin a alguna acción o relato; en este caso, al tratarse de la piedra destinada a labrar la efigie del máximo gobernante

<sup>99</sup> “Costumbres, fiestas, enterramientos y diversas formas de proceder de los indios de Nueva España”, en *Tlalocan*, paleografía de Federico Gómez de Orozco, v. II, n. 1, 1945, p. 63.

la expresión “es todo” sería el anuncio del fin de Motecuhzoma y quizás también del término del linaje gobernante.

Se trata de una señal que remite indirectamente a la conquista española; lo que permite vincular el portento con ese evento es la precisión temporal de haber ocurrido en el año “en que entró el marqués”; en las versiones posteriores se dice que el presagio ocurrió varios años antes del arribo de Cortés. La segunda versión es la que recogieron Tezozómoc y Durán; en este caso véase el discurso que se pone en boca de la piedra según la crónica del dominico:

Pobres desventurados, ¿para qué trabajáis en vano? ¿No os he dicho que no he de llegar a México? Andad, id y decidle a Motecuhzoma que ya no es tiempo. Que acordó tarde, que más temprano había de acordar traerme; que ya no soy menester allá, porque ya está determinada otra cosa, la cual es divina voluntad y determinación. Que no quiera él hacer contra ella. Que para qué me lleva [...] ¿Para que mañana esté caída y menospreciada por ahí?<sup>100</sup>

Aquí el inicial mensaje vago y ambiguo de “algo va a tener fin” se transforma en una piedra que desde el principio mostró su carácter maravilloso, y pronunciaba unos discursos atemorizantes que señalan el fin del poder mexica y desventuras sin cuento para Motecuhzoma. Un original mal presentimiento se transformó en un presagio digno de anunciar la conquista española.

En el siglo XVII Juan de Torquemada da otra versión del mismo episodio, pero las diferencias que presenta con respecto a las versiones anteriores son importantes, ya que señala que Motecuhzoma manda traer la piedra con el fin de hacer una obra mayor que las de sus antecesores:

Llegó la piedra con este aparato a las primeras casas de esta ciudad, en el barrio de Xoloco y queriéndola pasar por una puente que se hacía en la división de una grande acequia de agua (aunque era fuerte y para sólo aquel fin la habían reparado y pertrechado muy bien) no bastó, porque el peso de la piedra o era más de lo que pudo sufrir

<sup>100</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXVI, p. 487-488.

o el demonio que hacía que la trajesen la quiso introducir con azar en su infernal casa y templo y así se deslizó por la madera y se fue al agua llevándose tras de sí su sacerdote mayor, que la iba incensando y otro grande número de gente que dio más presto en el infierno que la piedra en el centro y suelo del agua. Fue uno de los mayores azares y agüeros que los mexicanos tuvieron de su desventura, porque allí creyeron que ya su dios los desamparaba, pues no quería recibir aquel servicio que a su contemplación se hacía. Sacáronla con grandísimo trabajo y dedicáronla en el templo de Huitzilopochtli.<sup>101</sup>

Nótese cómo en esta versión la piedra no habla, ni se niega a moverse, ni desaparece misteriosamente del fondo del lago, ni regresa a la cantera, pero se le considera “uno de los mayores agüeros” que anunciaron la destrucción de los mexicas, pues fue conceptualizada como una señal de que el dios Huitzilopochtli abandonaba a su pueblo.

Si se deja por un momento la cronología de los relatos, y se atiende a los elementos que ponen de manifiesto la intervención de lo sagrado en el suceso, se encuentra que la versión que trasmite Torquemada está desnuda de prodigios; en ella el vínculo del episodio con los dioses queda establecido por la interpretación que se hace del mismo, ya que si era una piedra dedicada al culto del dios patrón de los mexicas cualquier incidente debe tener alguna connotación en el plano de las relaciones entre ellos y su dios. En la versión de 1553 se encuentra claramente la intervención directa de lo sobrehumano con la voz; y en la versión de Tezozómoc y Durán el pasaje se encuentra repleto de elementos prodigiosos que anuncian ostensiblemente el futuro que aguarda a los mexicas.

Por otra parte, las variantes hacen posible plantear el problema de cuál es el sentido común a todas versiones, de cuál es el núcleo del incidente de la piedra. Lo que permite establecer el significado profundo del episodio de la caída de la piedra en el lago como un anuncio de la conquista es el vínculo que se establece en las tres versiones entre la piedra y el poder. Ya se trate de hacer un monumento al dios Huitzilopochtli —patrón de la ciudad— o de esculpir

<sup>101</sup> Torquemada, *Monarquía Indiana...*, v. I, p. 295.

el retrato de Motecuhzoma —el máximo gobernante—, la piedra estaba destinada a ser un monumento público que ostentara la fuerza y autoridad del Estado mexica. Debe recordarse que entre los nahuas el poder de los dioses se manifestaba a través de los gobernantes y que por lo mismo no era posible concebir a un *tlatoani* que no contara con la fuerza de una divinidad. El núcleo de sentido del presagio de la piedra no está tanto en anunciar el arribo de los españoles, sino en prefigurar el fin del poder de los gobernantes mexicas.

Justamente estas diferentes versiones elaboradas en torno a una misma noticia, el hundimiento de la piedra en el lago, y el vínculo que se establece entre ellos y la Conquista, es lo que permite hablar de un proceso de construcción de los presagios, en el cual una misma información se iba revistiendo de diversos elementos y significados, para poder dar cuenta del gran acontecimiento que fue la llegada de los españoles.

En otros casos puede verse cómo los portentos tenían un sentido definido dentro de la tradición de la cultura náhuatl, sentido que, a raíz de la Conquista, se amplió y adecuó poco a poco a las nuevas circunstancias y al evento que “anunciaba”. El mejor ejemplo de este proceso es el caso del presagio registrado como *mixpantli* o “bandera de nubes”. Dicho fenómeno impresionó fuertemente a los nahuas, por lo que fue registrado en diferentes fuentes (véase cuadro 1).

Tómese como ejemplo lo que refieren sobre el caso los *Anales de Cuauhtitlan*, en los que se registró en dos años sucesivos la aparición del *mixpantli*. Dice el texto: “4 *calli*. En este año empezó temprano a levantarse el estandarte de nube hacia donde el sol sale”.<sup>102</sup> En esta obra sólo se menciona la aparición del portento sin relacionarlo directamente con la Conquista y sin hacer mayor comentario sobre él.

En la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* también se menciona el presagio, pero ya se le otorga una significación como anuncio de la conquista española, sobre el particular dice: “En el año 189 les apareció una señal en el cielo que nacía de encima del volcán y venía por encima de la ciudad, y era blanca y de dos brazas en ancho.

<sup>102</sup> “Anales de Cuauhtitlan”, en *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles*, 3.<sup>a</sup> edición, introducción, traducción y notas de Primo Feliciano Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, p. 60.

Y procuró Motecuzoma de saber qué cosa era, y los sabios le decían que había de morir aquel año, y le pareció que fue el año que los cristianos aparejaron para venir a esta tierra.<sup>103</sup>

En este caso, el vínculo con la conquista se establece por dos elementos del contexto del presagio. El primero es la interpretación de los “sabios” indígenas según la cual el portento anunciaba la muerte en ese año de Motecuhzoma, anuncio que resultó ser falso. El segundo significado sólo se insinúa, ya que al parecer este presagio ocurrió en el mismo año en el cual los españoles partieron para arribar a las tierras mesoamericanas, con lo cual se estaría insinuando que el portento visto por los mexicas efectivamente era un anuncio del porvenir, pero no aquel que los indígenas pensaban, sino uno desconocido para ellos en ese momento, el arribo de los cristianos.

Como ya hemos visto, también en la crónica de Tezozómoc se hace mención del presagio de la “bandera de nubes”, pero en su caso el *tetzahuitl* se reelabora como parte de una secuencia de portentos que, en conjunto, prefiguran el fin del Estado mexica y su poder. Así, en la crónica se señalan los errores de los sacerdotes que no se percataron de la presencia del fenómeno y que además se muestran ignorantes respecto de su correcta interpretación; ante esto Motecuhzoma se ve obligado a recurrir a Nezahualpilli para que le revele el sentido del portento. Fue ciertamente el señor de Tetzacoqui quien le dijo que ya se acercaba el fin del mundo indígena.

Por su parte, ya en el siglo XVII, Chimalpain, al referir el mismo portento escribe: “Año 5 *tochtli*, 1510. Aquí se muestra cuando comenzó a levantarse por el cielo un resplandor semejante a una gran nube [*mixpanitl*]. Y se vino a ver por todas las partes del mundo que nos rodea; por todas partes causó escándalo el resplandor que venía levantándose”.<sup>104</sup> Para el cronista de Chalco, el *mixpantli* fue un prodigio que atemorizó a quienes lo vieron y por eso fue considerado un presagio funesto. Pero no nos dice nada

<sup>103</sup> Guzmán, “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, p. 63.

<sup>104</sup> Chimalpain, *Primer amoxtili libro 3a. relación*, p. 229.

sobre algún nexo con la Conquista, ni sobre interpretaciones más específicas de su significado.

Debemos recordar que este portento tenía como sentido tradicional el ser un anuncio de hambre y miseria, y como en las cuatro versiones que hemos citado del mismo *tetzahuitl* se le dan diversos significados, desde ser sólo algo curioso hasta convertirse en un claro anuncio del fin del estado mexica y su poder; pero el procedimiento que se siguió en todos los casos no fue el de modificar la descripción del portento, sino el contexto en que éste se manifiesta; así, en algunas crónicas sólo se le menciona, en otras funciona ya como un anuncio de la conquista española y en el caso de Tezozómoc nos encontramos con toda una concatenación de portentos que se entrelazan para introducir el tema de la Conquista como un acontecimiento decidido por las divinidades.

De esta manera, puede observarse cómo el significado tradicional de un *tetzahuitl* es rehecho a la medida del suceso que se supone anuncia, pues vemos cómo un presagio de hambre se transforma en un anuncio del fin de los gobernantes nahuas y su poder.

#### COMENTARIO FINAL

Se ha visto como los *tetzahuitl* son portentos asombrosos que anuncian el futuro; en general son maravillas consignadas en la tradición náhuatl con un significado que es renovado, ampliado y reinterpretado a la luz de la conquista española. Son portentos cuyo significado particular y orden han sido adecuados a la medida del acontecimiento que anuncian.

Así mismo, los presagios de la conquista señalan una característica notable de la concepción histórica náhuatl: la participación de los poderes sobrehumanos en el devenir de los pueblos. La irrupción de lo maravilloso es parte de la mecánica misma de la historia, la acción de los dioses no es algo ajeno al mundo, sino que es parte integral de su dinámica y de su naturaleza.

En su conjunto, los presagios introducen el tema de la Conquista, presentándolo como un hecho anunciado y determinado por la

voluntad de los dioses mesoamericanos, o del Dios cristiano. En ese sentido, los presagios parecen denotar una visión determinista de la historia; los acontecimientos históricos estarían regidos por el poder divino y los hombres serían incapaces de confrontar su trágico destino.

Esta última observación plantea un problema de suma importancia. Dicho problema puede ser expresado así: ¿qué grado de libertad tenía el hombre náhuatl frente a los designios divinos anunciados por los *tetzahuitl*?, y, de manera particular para nuestro tema, ¿hasta qué punto la conquista fue considerada como algo inevitable? El planteamiento de estas preguntas debe matizarse al considerar que ambas interrogantes sólo tienen validez —por obvio que parezca— para los autores de las crónicas que analizamos, es decir, la pregunta debe ser si la nobleza náhuatl novohispana pensaba que la conquista fue un acontecimiento ineluctable.

La respuesta a este problema debe tomar en cuenta otros elementos además de los presagios y debe sopesar cuidadosamente el hecho de que la obra más temprana, los *Anales de Tlatelolco*, no haga mención de ningún *tetzahuitl*.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## LA NATURALEZA DE LOS ESPAÑOLES

*Ruiseñor, ruiseñor, ruiseñor, ¿qué es dios?  
¿qué no lo es? ¿qué hay dentro de uno y otro?*

Yorgos Seferis

### EL PROBLEMA

Uno de los problemas más importantes en el estudio de las crónicas de tradición indígena de la Conquista es la naturaleza que en ellas se les atribuye a los españoles, esto es, si se les presenta como hombres, dioses o monstruos. A este respecto puede decirse que hay una postura tradicional, que arranca desde el siglo XVI hasta nuestros días, según la cual para los grupos mesoamericanos y de manera particular para los mexicas, los españoles eran dioses. En el mismo sentido es común considerar que ese grupo y en especial Motecuhzoma Xocoyotzin, estaba convencido de que se trataba del retorno del dios Quetzalcóatl, al que se identificó con Hernán Cortés.

La idea de que los españoles fueron considerados dioses por los mesoamericanos se encuentra, desde el siglo XVI, en los llamados soldados cronistas, quienes al hacer, años después, remembranza de la empresa de la Conquista dejaron constancia de esta supuesta identificación. Como ejemplo de esto puede citarse a Francisco de Aguilar, quien en su *Relación breve de la conquista de la Nueva España* escribió: “Teníannos por hombres inmortales y llamábannos teules, que quiere decir dioses, y con estas palabras y otras que callo”.<sup>1</sup>

El testimonio de otros conquistadores al respecto es coincidente. Así, para Bernal Díaz del Castillo, la denominación se originó por las características físicas de los europeos y lo notable de sus acciones a los ojos de los mesoamericanos; ello quedó claro cuando

<sup>1</sup> Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices por Jorge Gurría Lacroix, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980, p. 81.

instaron a los habitantes de Quiahuiztlan a apresar a los funcionarios de Motecuhzoma:

E viendo cosas tan maravillosas e de tanto peso para ellos, dijeron que no osaran hacer aquellos hombres humanos, sino teules, que así llaman a sus ídolos en que adoraban; e a esta causa desde allí adelante nos llamaron teules, que es, como he dicho, o dioses o demonios, y cuando dijere en esta relación teules en cosas que han de ser tocadas en nuestras personas, sepan que se dice por nosotros.<sup>2</sup>

Cabe señalar que Hernán Cortés, en sus *Cartas de relación*, no hace mención alguna de teules, ni del supuesto carácter divino de los españoles.

También los cronistas religiosos del siglo XVI expresaron su opinión al respecto. Para Motolinía, por ejemplo, los indios efectivamente pensaron que los españoles eran dioses, no sólo durante la conquista militar, sino incluso tiempo después, hasta que los frailes pusieron fin a esa situación.

A los españoles llamaron *tetehuev* [*teteu* o *teteo*], que quiere decir dioses, y los españoles corrompieron el vocablo decían teules, el cual nombre les duró más de tres años, hasta que dimos a entender a los indios que no había más de un solo Dios, y que a los españoles que los llamasen cristianos, de lo cual algunos españoles necios se agraviaron y quejaron y indignados contra nosotros decían que les quitábamos su nombre [...] después que fueron muchos indios los bautizados, llamándolos españoles.<sup>3</sup>

Resulta complicado aceptar en su totalidad el testimonio del franciscano porque es muy difícil pensar que los indígenas después de tratar con los españoles durante mucho tiempo, conviviendo con

<sup>2</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición, índices y prólogo de Carmelo Sáenz de Santa María, México, Alianza, 1991, cap. XLVII, p. 119.

<sup>3</sup> Toribio de Motolinía, *El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de fray Toribio*, edición de Edmundo O'Gorman, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 303-304.

ellos en todos los planos, habiéndolos visto comer y vestirse, así como habiéndolos visto morir, y conociendo los hijos que las mujeres indígenas tuvieron con ellos, siguieran pensando que se trataba de dioses hasta que los frailes los convencieran de lo contrario.

Existen variantes interesantes respecto del tema en la *Crónica de la Nueva España* de Francisco Cervantes de Salazar. Para este autor, Motecuhzoma pensó en un primer momento que los españoles eran dioses porque así se lo dijo el funcionario que había enviado a la costa del Golfo para atender a los castellanos: “avisado de Teudile que los nuestros eran inmortales; y así por muchos días los llamaron teules, que quiere decir ‘dioses’”.<sup>4</sup>

Sin embargo, según el mismo autor, tal idea duró poco tiempo, ya que mientras los españoles avanzaban hacia el Altiplano, Motecuhzoma ordenó un ataque a la guarnición de Veracruz, en la que murió el encargado de la Villa Rica y otro español fue capturado; la cabeza del muerto y el cuerpo del herido (quien falleció en el camino) fueron llevados ante Motecuhzoma, por lo que antes de que llegara Cortés a Tenochtitlan, el *tlatoani* ya sabía que los españoles eran sólo hombres: “No lo quiso ver Motezuma porque ya iba muy corrompido, pero mostráronle las cabezas del que murió en la batalla y del que falleció en el camino. Mirólas por gran rato y dixo que ya se desengañaba de pensar ser aquellos hombres inmortales, aunque, como lo mostraban en los rostros, debían ser muy valientes”.<sup>5</sup>

Y más adelante pone en boca del señor tlaxcalteca Xicoténcatl “el joven” las siguientes palabras sobre la naturaleza de los españoles

porque no me parecen a mí dioses, sino monstruos salidos de la espuma de la mar, hombres más necesitados que nosotros, pues vienen caballeros sobre ciervos grandes, como he sabido; no hay quien los harte; dondequiera que entran, hacen más estrago que cincuenta mil de nosotros; piérdense el oro, plata, piedras y perlas; paréscenles bien las mantas pintadas; son holgazanes y amigos de dormir sobre ropa, viciosos y dados al deleite, a cuya haraganía el trabajo, la labor

<sup>4</sup> Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, prólogo de Juan Miralles Ostos, México, Porrúa, 1985, libro III, cap. v, p. 146.

<sup>5</sup> *Ibidem*, libro III, cap. XXVI, p. 189.

y coa, debe ser odioso; y así creo que, no pudiéndolos sufrir el mar, los ha echado de sí.<sup>6</sup>

Así, para el primer cronista de la ciudad de México, si bien los indígenas pensaron en un primer momento, que los españoles eran dioses, esta creencia duró muy poco tiempo, incluso terminó antes de que éstos llegaran a Tenochtitlan. Por otra parte, para algunos dirigentes indígenas los castellanos no sólo no eran dioses, sino seres negativos, con más defectos y necesidades que ellos mismos. Hay que resaltar esta interpretación proveniente de una crónica oficial, misma que fue avalada por el ayuntamiento de la ciudad de México donde había varios conquistadores.<sup>7</sup>

Esta manera de entender el problema fue asumida en lo general por los historiadores del siglo XIX, quienes no discutieron mucho el asunto. Ejemplo de esto lo constituye la opinión sobre el tema de Orozco y Berra:

[los españoles] dioses debían de ser de clase muy superior. Cosas como éstas que parecerían indignas de la historia, si con ser pequeñas y ridículas no explicaran cumplidamente ese hecho extraño a primera vista, de cómo pueblos numerosos, valientes y aguerridos, recibían de paz y regalaban a los invasores, permitiéndoles penetrar al corazón del país sin resistirles.<sup>8</sup>

Puede verse el rechazo del autor a recurrir a explicaciones que a su juicio no fuesen “racionales”. Es el rechazo a lo irracional, a lo fantástico, a todo aquello que no correspondiese a su propio universo mental. Es importante ver cómo la supuesta identificación de los españoles como dioses deja de ser una anécdota de la guerra o una prueba más de la simplicidad de los indios, como lo es en Aguilar y

<sup>6</sup> *Ibidem*, libro III, cap. XXIX, p. 197.

<sup>7</sup> Véase Juan Miralles Ostos, “Prólogo”, en Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, p. XXI.

<sup>8</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista*, 2.ª edición, 4 v., edición y estudio previo de Ángel M. Garibay, biografía y bibliografías por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1978 v. IV, p. 118.

Motolinía, y pasa a ser uno de los elementos explicativos fundamentales de la conquista de México.

Para Alfredo Chavero, quien comparte en lo general la opinión de Orozco y Berra, la identificación de los castellanos como dioses por los indígenas duró muy poco tiempo, precisamente hasta el episodio de la matanza de Cholula, hecho que convenció a los nahuas de que los europeos sólo eran hombres como ellos, pues con este suceso:

Habíase operado ya en el ánimo de los indios una reacción natural en sus creencias respecto de los españoles: Si al principio los tuvieron por dioses, por *teules*, como dicen las crónicas, pronto se convencieron de que eran hombres mortales sujetos, como todos, á las necesidades de la vida y vulnerables al golpe del *macuáhuatl*; ya no eran los arcabuces y las lombardas rayos y truenos del cielo, sino armas nuevas y mortíferas, *tepuztli*, como les llamaban; ya no creían que caballo y caballero eran un monstruo de una sola pieza, ni llevaban pavos á las cabalgaduras para que como sus amos se alimentasen [...] Los hombres blancos y barbados no eran más que una raza enemiga, que llegaba á apoderarse de sus bienes, de sus casas, de sus campos, de su patria.<sup>9</sup>

Ya en el siglo XX esta visión tradicional del asunto se ha mantenido sin mayores cambios y sin profundizar en los argumentos. Es el caso de Jorge Gurría Lacroix, quien escribió: “los mexicas pensaron que, en efecto, [los castellanos] eran dioses (*teules*), pues tenían el control del fuego y del trueno”.<sup>10</sup> Para este autor, y para otros, las diferencias tecnológicas entre europeos y mesoamericanos llevaron de manera natural y mecánica a atribuir poderes sobrehumanos a los peninsulares. El mismo razonamiento también

<sup>9</sup> Alfredo Chavero, “Historia antigua”, en Vicente Riva Palacio, Alfredo Chavero, Julio Zárate, Enrique de Olavarría y Ferrari, José María Vigil y Manuel Dublán, *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, 16 v., México, Cumbre, v. III, libro V, cap. IX, p. 263-264.

<sup>10</sup> Jorge Gurría Lacroix, “La conquista de México”, en *Historia de México*, Miguel León-Portilla et al., 13 v., Barcelona, Salvat, 1975, p. 24.

se puede apreciar en la obra de Tzvetan Todorov, para quien los españoles eran tan distintos de los indígenas que terminaron siendo considerados dioses: “Se pasa directamente de “muy diferentes” a “dioses”. Los aztecas han vivido hasta ese momento en un mundo relativamente cerrado, a pesar de la extensión de su imperio; ignoran la alteridad humana radical y, al encontrarla, utilizan la única categoría disponible, la que admite, justamente, la extrañeza radical: la de los dioses”.<sup>11</sup>

Por su parte, Miguel León-Portilla señala dos momentos en la conceptualización náhuatl de los españoles, un primer momento en que estos son tomados como dioses y un segundo momento, después de la matanza del Templo Mayor, en la que los españoles son considerados *popolocas*, vocablo al que da el valor de “bárbaros”,

la alteridad radical de esos desconocidos por el momento pareció comprensible. Se enmarcó en función de otra alteridad, también apartada y remota, pero con la que se estaba ya vinculado, la alteridad de Quetzalcóatl. Fue ésta la postrera percepción de alteridad antes de que el encuentro, con todas sus trágicas consecuencias, disipara para siempre el equívoco. Cuando ello ocurrió, a raíz de la matanza perpetrada en el Templo Mayor [...] los mexicas y otros pueblos nahua, acudieron a su repertorio de imágenes de otros, llamaron *popolocas*, bárbaros, a los hombres de Castilla.<sup>12</sup>

Por otra parte, en diferentes ocasiones algunos autores han manifestado sus dudas y desacuerdos respecto de la postura tradicional. El caso más notable es el de Eulalia Guzmán, quien, desde una perspectiva nacionalista e indigenista, negó que los españoles hubieran sido considerados dioses y trató de reivindicar la figura de

<sup>11</sup> Tzvetan Todorov, “Los relatos de la conquista”, en *Relatos aztecas de la Conquista*, traducción de Guillermina Cuevas, edición, traducción, notas y estudios de Georges Baudot y Tzvetan Todorov, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, p. 467; véase del mismo autor, *La conquista de América. El problema del otro*, 3.<sup>a</sup> edición, traducción de Flora Botton Burlá, México, Siglo XXI, 1991, p. 70-106.

<sup>12</sup> Miguel León-Portilla, “Imágenes de los otros en Mesoamérica antes del encuentro”, en *De palabra y obra en el Nuevo Mundo. 1. Imágenes interétnicas*, edición de Miguel León-Portilla, Manuel Gutiérrez Estévez, Gary H. Gossen y J. Jorge Klor de Alva, México, Siglo XXI, 1992, p. 54.

Motecuhzoma Xocoyotzin, afirmando que éste recibió a Cortés debido a las formas tradicionales de hospitalidad indígena.<sup>13</sup>

Otros autores han expresado sus dudas respecto de la identificación de los españoles como dioses, pero parecen dejar de lado la discusión seria y profunda de las fuentes mismas. Es el caso, por ejemplo, de Gerardo Martínez, quien, para poder rebatir las menciones de los castellanos como dioses decide dudar de la veracidad de todas las fuentes:

El primero de los aspectos sobre el que se debe reflexionar es la veracidad de las fuentes. Todas las fuentes escritas contemporáneas del México antiguo, de autores indígenas o españoles, deben ser utilizadas con mucho cuidado poniendo en duda en cualquier momento su valor histórico. En efecto, la alteración de los datos históricos en las fuentes escritas es impresionante.<sup>14</sup>

De seguir los historiadores los consejos de este autor, tendrían que rechazar los testimonios de todos los participantes directos en los acontecimientos políticos y militares, por ser sospechosos de parcialidad y de adulterar los datos. Incluso si aceptáramos esta duda neopositivista respecto de la “verdad histórica” de las fuentes, las falsificaciones e invenciones serían, por sí mismas, importantes testimonios históricos cuyo análisis aportaría los motivos de la falsificación y los requisitos para que una falsedad pudiera pasar en su tiempo como verdadera. El mayor peligro de esta postura es el poder negar con facilidad todo aquello que no concuerde con la versión que se presenta como auténtica y dejar sin explicación el conjunto de las obras históricas, además de hacer imposible cualquier acercamiento a la realidad mesoamericana.

<sup>13</sup> Eulalia Guzmán, “Aclaraciones y rectificaciones”, en *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*, edición de Eulalia Guzmán, México, Libros Anáhuac, 1958, p. 146-147.

<sup>14</sup> Gerardo Ramírez Vidal, “Sobre la falsa historia del retorno de los dioses”, *Chicomóztoc*, boletín del Seminario de Estudios para la Descolonización [sic] de México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, n. 3, septiembre 1994, p. 7.

Es importante resaltar que para casi todos los autores la identificación de los españoles como dioses sólo ocurrió durante el comienzo de la Conquista, para algunos hasta la matanza de Cholula, para otros hasta la matanza del Templo Mayor. Esto delimita el problema a la primera parte de la conquista de México, por eso el presente también está circunscrito a esa parte de la Conquista.

### LOS TEULES

Es un hecho innegable que muchas crónicas de tradición indígena se refieren a los españoles llamándolos *teteo* o *teteu*, forma plural de *teotl* o *teutl* “dios”. Sin embargo, el constatar ese hecho no resuelve problema alguno; al contrario, lo abre aún más, dando lugar a varias preguntas: ¿efectivamente los indígenas pensaban que los españoles eran dioses?, ¿si eran dioses, por qué se relacionaban con ellos como humanos?, ¿por qué los llamaban así?, ¿si después fue evidente que eran hombres, por qué los siguieron llamando dioses?, ¿hay alternativas para explicar este problema?

*¿Qué es un teotl?*

Para estudiar la cuestión es necesario plantear, en primer término, qué sentido tiene la palabra *teotl*. Al revisar el *Vocabulario* de Molina encontramos que el término *teotl* es traducido como “dios”, y que se encuentra en muchas palabras que en su composición implican la presencia de una divinidad o de lo sagrado, como *teocalli* “casa de dios”, nombre usado para los templos. Entonces, en principio para ser *teotl* era necesario ser una entidad sobrehumana. Ciertamente los hombres comunes podían llegar a ser *teotl* después de muertos. Al respecto Motolinía informa que “a todos sus muertos nombraban *teutlh fulano*, que quiere decir dios o santo”.<sup>15</sup>

<sup>15</sup> Motolinía, *El libro perdido*, p. 69.

Algo parecido encontramos en el caso de las mujeres que morían durante el parto, ya que se pensaba que se transformaban en ciertas entidades conocidas como *cihuateteo*, a la letra “deidades femeninas” o “mujeres diosas”, seres que acompañaban al sol del mediodía hasta el ocaso, y que eran temibles para los hombres, pues se las pensaba como fieras espantosas.<sup>16</sup> En otras ocasiones se dice que el muerto se transformaría en un animal, como el ave llamada *yollotótol*, “pájaro de corazón”, del que se decía que “los corazones o ánimas de los difuntos se vuelven este pájaro”.<sup>17</sup>

Bernardino de Sahagún recogió una tradición similar respecto de los gobernantes indígenas que eran enterrados en Teotihuacan: dice el texto náhuatl en la versión de López Austin:

Y por esto la llamaron Teotihuacan: porque era el lugar de entierro de los *tlatoque*. Porque se decía: “Cuando morimos, no morimos en verdad, porque estamos vivos, porque resucitamos, porque aún vivimos, porque despertamos. ¡Tenlo presente!” [...] / Así lo dijeron los viejos: “El que murió se hizo dios”. Decían “se hizo dios”; quiere decir que murió. / [...] todos eran tenidos por dioses cuando muertos. A algunos los hacían imágenes del Sol, a algunos de la Luna, etc.<sup>18</sup>

Como puede apreciarse, el concepto de *teotl* no designa solamente a aquellas entidades que la cultura occidental piensa como “dioses”, sino que abarca, en una dimensión más amplia, a entes que poseen características notables, superiores a los humanos comunes, pero no del todo alejados de éstos, como es el caso de las ya mencionadas *cihuateteo*, o de los señores enterrados en Teotihuacan.

<sup>16</sup> Véase Jacques Soustelle, *El universo de los aztecas*, traducción de José Luis Martínez y Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 139-140.

<sup>17</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v., introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza, 1989, v. II, libro XI, cap. 2, párrafo 2, p. 694; véase Alfredo López Austin, *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, v. I, p. 375-378.

<sup>18</sup> Bernardino de Sahagún, “El texto sahuaguntino sobre los mexicas”, introducción, paleografía, traducción, notas y comentarios de Alfredo López Austin, *Anales de Antropología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1985, p. 311.

El concepto náhuatl de *teotl* se torna poco claro ya que en composición se usa para designar a seres y cosas con características muy notables, además de designar no sólo a entes con cualidades sobre-humanas claramente individualizados, sino que también señalaba a seres que fueron humanos, pero que dejaron de serlo al morir, esto es, que llegaron a tal calidad al perder la parte material del ser, la que corresponde a la materia pesada.<sup>19</sup>

A este respecto es necesario citar otro texto de la obra de Sahagún donde habla específicamente del concepto náhuatl de *teotl*

porque a cualquier criatura que vían ser iminente en bien o en mal, la llamaban *teutl*; que quiere decir “dios”. De manera que al Sol le llamaban *teutl* por su lindeza: al mar también, por su grandeza y ferocidad. Y también a muchos de los animales los llamaban por este nombre por razón de su espantable disposición y braveza. Donde se infiere que este nombre *teutl* se toma en buena y en mala parte. Y mucho más se conoce esto cuando está en composición, como en este nombre, *teupilzintli*, “niño muy lindo”, *teupiltontli*, “muchacho muy travieso o malo”. Otros muchos vocablos se componen desta misma manera, de la significación de los cuales se puede conjeturar que este vocablo *teutl* quiere decir “cosa extremada en bien o en mal”.<sup>20</sup>

Por extensión el término *teotl* también parece tener el sentido de grande, como *teocomitl*, nombre de la bisnaga, que Molina vierte como “espino grande”, y que a la letra podría ser “olla de dios o divina”, pero en este caso es “olla grande”, entonces *teotl* no es necesariamente divino, como ocurre con la palabra *teotlalli*, que para el franciscano es “valle, o desierto de tierra llana y larga”, y que sería “tierra grande” o “tierra de dios”.

Y para hacerlo aún más confuso, *teotl* también puede aplicarse a grupos humanos que para los antiguos nahuas nada tenían de superior, ni tenían carácter divino. Tal es el caso de un tipo particular de chichimecas:

<sup>19</sup> Véase Alfredo López Austin, *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, México, Alianza, 1990, p. 158-159, 179-180.

<sup>20</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XI, prólogo, p. 677-678.

Los que se llamaban teuchichimecas, que quiere decir “del todo bárbaros”, [...] eran los que habitaban lexos y apartados del pueblo, por campos, sabanas, montes y cuevas, y no tenían casa cierta, sino que de unas partes en otras andaban vagueando, y donde les anochecía, si había cueva, se quedaban allí a dormir. Y tenían su señor y caudillo que los regía y gobernaba, y la caza que mataban se la daban.<sup>21</sup>

Si bien *teochichimeca* podría traducirse como “chichimecas de dios o divinos”, el sentido del término no parece ser ése, sino el de “chichimecas auténticos” o “verdaderos chichimecas”; se trata de los miembros del grupo humano que *son* los chichimeca por antonomasia, aquellos que tienen la “esencia” del ser chichimeca frente a otros tipos de chichimeca que no poseen todas las características del ser chichimeca y que por ello no son tan “auténticos”, como los *tamime* y los *otonchichimecas*.<sup>22</sup> Además, este texto deja muy en claro que se podía usar el término, en composición, para referirse a un grupo humano sin que ello implicara que se trataba de divinidades y ni siquiera de hombres superiores a los nahuas.

De esta forma tendríamos los siguientes sentidos del término *teotl*. En principio el concepto de dios, después el sentido de divino o sagrado, luego el de la entidad anímica de un ser humano que se transforma después de la muerte; además tendríamos el sentido de un ser con características notables e inusuales, finalmente, por extensión, se encuentran los sentidos de grande y de verdadero o auténtico.<sup>23</sup>

Ahondando en el primer sentido de *teotl*, el de dios, y considerando el tema que nos ocupa, es pertinente señalar que cuando se encuentra la afirmación de que para los grupos nahuas los españoles eran dioses, generalmente no se pregunta cómo reconocerían a

<sup>21</sup> *Ibidem*, v. II, libro X, cap. XXIX, párrafo 3, p. 656.

<sup>22</sup> *Ibidem*, v. II, libro X, cap. XXIX, párrafos 2-4, p. 655-659.

<sup>23</sup> Por su parte, Yólotl González considera que *teotl* es una fuerza sagrada “similar al concepto polinesio de *mana*. Esta energía estaba constituida por un aspecto positivo y otro negativo, opuestos y complementarios”; Yólotl González Torres, “La religiosidad de los mexicas”, en *Nuestros orígenes*, Luis Everaert Dubernard, y otros, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Iberoamericana/Departamento del Distrito Federal, 1994, p. 177.

un *teotl* en la tierra, esto es, qué características tendría, qué entendían los indígenas por la existencia terrenal de un dios.

Para esbozar la respuesta a estas preguntas debemos recurrir al concepto náhuatl de lo que Alfredo López Austin ha denominado “el hombre dios”. Según este autor, los dioses nahuas estaban constituidos por una clase particular de materia que ha llamado “materia ligera” en contraste de la “materia pesada” que es la materia tangible y visible que es propia de los cuerpos físicos. Para López Austin, una fracción de la energía y de la materia que constituyen a un dios podía alojarse en el corazón de un hombre; con ello el individuo se ligaba de tal modo al dios que de cierta manera era el dios mismo: “El hombre-dios era cobertura, cáscara, piel de una fuerza divina dada para la protección del pueblo”.<sup>24</sup>

Podría decirse que el hombre dios era una parte de un *teotl* en la envoltura corporal de un hombre, por lo que el hombre dios era, al mismo tiempo, el dios y un individuo distinto con su historia particular; al respecto dice Serge Gruzinski: “Ahí donde nosotros diríamos que el hombre-dios posee la fuerza *teotl*, los nahuas juzgan que el hombre-dios es *teotl*, que es la instancia misma a la que adora”.<sup>25</sup>

Como ejemplo de las características concretas que tendría un hombre dios tomaremos los casos de los hermanos Martín Océlotl y Andrés Mixcóatl, quienes en la primera mitad del siglo XVI afirmaron ser dioses y fueron tomados como tales por indígenas de la sierra norte de Puebla. A estos notables personajes se les atribuía el control del clima para favorecer o destruir las cosechas, ya que dominaban las lluvias, las granizadas, las heladas y los vientos, “porque lo tenían por dios [a Andrés Mixcóatl], y que por él llovía y helaba y granizaba, y que en su mano estaba destruirlos ó remediarlos”;<sup>26</sup> también realizaban rituales públicos para comunicarse con otros

<sup>24</sup> Alfredo López Austin, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, 2.<sup>a</sup> edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, p. 127.

<sup>25</sup> Serge Gruzinski, *El poder sin límites. Cuatro respuestas indígenas a la dominación española*, traducción de Phillippe Cheron, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Instituto Francés de América Latina, 1988, p. 34.

<sup>26</sup> “Proceso del Santo Oficio contra Mixcoatl y Papalotl, indios, por hechiceros”, en *Procesos de indios idólatras y hechiceros*, edición de Luis González Obregón, México, Tipografía de Guerrero Hermanos, 1912, p. 56.

dioses y tanto consumían como daban a comer hongos alucinantes a sus seguidores para lograr estados alterados de conciencia; asimismo sanaban enfermos, eran inmunes a las llamas y afirmaban tener la inmortalidad diciendo “nosotros que somos dioses nunca morimos”.<sup>27</sup>

Tenían la facultad de transformarse en animales, así como la de causar enfermedades mortales a quienes no los obedecían, y adivinaban el futuro; además reconstruían su cuerpo si éste era descuartizado; podían volverse más jóvenes o viejos a voluntad, “cuando se quiere hacer muchacho se hace, y cuando viejo también”.<sup>28</sup> Una de las características más notables que se le atribuyen a Andrés Mixcóatl es que sólo comía el alimento que era propio de los dioses, se trataba del copal: “Yo, preguntando á este dicho testigo que qué pensaban que era el dicho Andrés Mixcóatl, díxome que como no lo veían comer ninguna cosa, sino que pedía copal, y que aquello nomás quería comer, pensaban que era dios, y que por tal lo honraban”.<sup>29</sup>

Al comparar estas asombrosas cualidades de los hermanos Martín y Andrés con las que se atribuían a otro sorprendente personaje, un jefe chichimeca de nombre Xihuitlpopoca, de quien se dice fue gobernante de los totonacas, se encontrará que son muy parecidas, especialmente en el cambiar de apariencia física y de edad, y también en la comida, pero en este caso devoraba corazones humanos: “Los cuales (y mucha sangre que vertían) tenían por su ordinaria comida”.<sup>30</sup>

Es posible proponer que para que los españoles pudieran ser considerados dioses se les deberían atribuir todas o algunas de estas excepcionales características. Por otra parte, existe una opinión divergente respecto del origen del término *teules* que fue propuesta

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>28</sup> “Proceso del Santo Oficio contra Martín Ucelo, indio, por idólatra y hechicero”, en *Procesos de indios idólatras y hechiceros*, edición de Luis González Obregón, México, Tipografía de Guerrero Hermanos, 1912, p. 31.

<sup>29</sup> “Proceso del Santo Oficio contra Mixcoatl y Papalotl...”, p. 61.

<sup>30</sup> Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana, de los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra firme*, 7 v., 3.<sup>a</sup> edición, edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, v. I, libro III, cap. XVIII, p. 384.

originalmente por Francisco Javier Clavijero y retomada después por Eulalia Guzmán; para ambos autores, *teules* no deriva de *teteu*, forma plural de *teutl* o *teotl*, sino de *teteuhctin*, plural de *teuhctli*, “señor” o “gobernante”; así, para Clavijero: “La incensación hecha a los españoles y el nombre de *teteuctin* (señores o caballeros) con que eran llamados, semejante a *teteo* (dioses) parecen haberles dado motivo de pensar que eran reputados dioses de los mexicanos”.<sup>31</sup> Así la confusión estaría entre los propios castellanos y no en los indígenas. Mientras que Guzmán dice que:

El calificativo de “dioses”, que los cronistas hacen aparecer como atribuido a los españoles por los nativos, es una mala interpretación de la palabra *tecuhtli*, o *teuhctli* (señor) mal pronunciada y peor oída por los españoles; que de *teuhctli* hicieron *teutl*, que ellos creyeron significar dios (*teotl*). La realidad es que a aquellas gentes extrañas, que no parecían ser macehuales (gente plebeya) les llamaron “señores”. La confusión se hizo más fácil, porque los mexicanos también llamaban *tecuhtlis* a sus dioses como sucede también en español, inglés, francés, etcétera: Señor, Lord, Seigneur, etcétera.<sup>32</sup>

La propuesta de Clavijero y de Guzmán es interesante, pero deja sin explicación el que personajes como Motolinía, que conocía bien la lengua náhuatl, deriven *teules* de *teteo*; por otra parte, el salto de *teteo* a *teules* parece más corto que de *teteuhctin*. Más tarde se volverá sobre este punto.

#### CARACTERÍSTICAS DE LOS ESPAÑOLES EN LAS CRÓNICAS DE TRADICIÓN INDÍGENA

Para entender el sentido con que *teteo* es usado al referirse a los españoles en las crónicas de tradición indígena se empezó por reunir y analizar las menciones explícitas de los españoles como

<sup>31</sup> Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, 8.ª edición, prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1987, p. 303, nota 14.

<sup>32</sup> Guzmán, “Aclaraciones y rectificaciones”, p. 146-147.

dioses; al respecto debe señalarse que lo primero que llama la atención es la falta de uniformidad entre las diferentes fuentes, ya que de 25 obras revisadas sólo once específicamente llaman a los españoles *teteo* o dioses, tres más los designan “hijos del sol”. A esto debe agregarse que cinco de las nueve fuentes en las que los castellanos son designados como deidades surgen de dos tradiciones: por un lado, las tres versiones que recoge Sahagún y, por otro, las de Durán y Tezozómoc que vienen de la “Crónica X” (significativamente, éstas son las mismas obras con relatos de presagios más elaborados). Las tres obras en las que los españoles son mencionados como “hijos del sol” son del mismo autor, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl. Una ligera variante, el ver a los españoles como “hijos de Quetzalcóatl” es presentada de nueva cuenta por Durán. Se hizo un cuadro en el que se sintetizó la información respecto de las denominaciones que reciben los españoles en general, y Cortés en particular, en las crónicas de tradición indígena (véase cuadro 2).

Las menciones explícitas de los españoles como *teteo* o dioses dejan duda respecto de los motivos que hicieron posible tal designación; esto puede verse en el siguiente texto de los *Anales de Cuauhtitlan*:

*Auh yn yquac yn oquimatique in huell oquittaque in itlamocuitlauichuan yn Moteuczomatzin yn cuetaxtlantlaca yn inteyacancauh catca ytoca cuextlaxtecatl Pinotl. Niman on peuhque yn quimittato yn xpianotin, yn yquac quimittaque ypan quinmatia teteo; auh zatepan quintocayotique xpitianotin; ynic qu[in]tohuaya teteo, ca tlatlacatecollo yc quintocoyotia-ya teteo tonatiuh nahui ollin, quetzalcouatl, etcétera.*<sup>33</sup>

Y entonces lo supieron, bien lo vieron los que tenían cargo de cuidar las costas de Motecuhzoma, la gente de Cuetaxtla, y quien al frente de ellos estaba, el cuetlaxteca que se dice Pinotl. En seguida partieron,

<sup>33</sup> “Anales de Cuauhtitlan”, en *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles*, 3.<sup>a</sup> edición, introducción, traducción y notas de Primo Feliciano Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, p. 68; véase *Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico*, estudio, paleografía, traducción y notas de Walter Lehmann, Stuttgart, Verlag von W. Kohlhammer, 1938, p. 319-320. La paleografía y la traducción son mías.

fueron a ver a los cristianos, entonces los vieron, y los consideraron dioses, y después los nombraron cristianos. Por esto los llamaron dioses: porque entonces a los *tlacatecolotl*<sup>34</sup> los nombraban dioses, Sol Cuatro Movimiento, Quetzalcóhuatl, etcétera.

En una primera lectura el texto parece un tanto confuso, pero leyéndolo con atención se entiende que en un primer momento los habitantes de la costa tomaron a los españoles como *teteo* porque fueron considerados seres de la misma categoría que Quetzalcóatl o el Sol Cuatro Movimiento, esto es, seres divinos, pero no dice el porqué de esa consideración.

Por otra parte, en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* se afirma que: “en Coatzacoalco vinieron dos navíos y fueron recibidos en la Veracruz de paz y envió Motecuhzoma un su *calpixqui* a verlos y luego dijo Motecuhzoma que éstos eran sus dioses”.<sup>35</sup> Puede apreciarse cómo en esta obra tampoco se aclaran los motivos por los cuales fueron llamados dioses.

Juan de Tovar en su *Relación* da cuenta de dos noticias respecto de la naturaleza de los españoles; según la primera los emisarios que el *tlatoani* envió a la costa para constatar si se trataba del retorno de Quetzalcóatl quedaron convencidos de que no se trataba de esa divinidad, “no era aquél el Señor que esperaban sino algún cruel enemigo suyo, el cual allí venía con aquella gente tan feroz”;<sup>36</sup> más adelante, Tovar informa que los recién llegados fueron tenidos por divinidades, pero se trataba de dioses “enemigos” de los mexicas y así Motecuhzoma pidió la ayuda de los magos para enfrentar y ven-

<sup>34</sup> En náhuatl *tlatlacatecoltotl*, plural de *tlacatecolotl*, literalmente “hombre búho”; en el contexto colonial esta palabra fue usada por los frailes para expresar el concepto cristiano de “diablo”.

<sup>35</sup> “Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, 4.ª edición, edición de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1979, p. 63.

<sup>36</sup> Juan de Tovar, *Manuscrit Tovar. Orígenes et croyances des indiens du Mexique. Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias. Tratado de los ritos y ceremonias y dioses que en su gentilidad usaban los indios de esta Nueva España*, edición, introducción, notas y paleografía de Jacques Lafaye, Graz, Akademische Druck Verlagsanstalt, 1972, p. 74; véase “Códice Ramírez”, en Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, 3.ª edición, edición facsimilar, edición de Manuel Orozco y Berra, México, Porrúa, 1980, p. 82.

cer a los españoles: “pidióles el remedio para que [a] estos Dioses enemigos que le venían a destruir, los echasen de su tierra”.<sup>37</sup> Aquí tampoco encontramos los motivos de la designación de los hispanos como dioses, además de que se niega enfáticamente toda relación de los hispanos con el dios Quetzalcóatl.

En las obras de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl sólo se menciona una vez que los españoles fueran tenidos como dioses, pero se trata de una mención francamente vaga, pues al comentar los enfrentamientos entre los castellanos y las tropas auxiliares otomíes de Tlaxcala dice: “y viendo que ningún español había muerto, entendieron que eran encantados o que eran algunos dioses”.<sup>38</sup> Muy poco para un asunto tan importante.

En otro lugar de sus obras Ixtlilxóchitl refiere que ante las noticias sobre los españoles Motecuhzoma se pregunta quiénes son los recién llegados, y encuentra dos posibilidades, que se tratara del dios Quetzalcóatl acompañado de sus hijos o los embajadores de un gran señor, “y que si aquellos hombres orientales que habían llegado por ventura eran el dios Quetzalcóatl y sus hijos que de tantos siglos esperaban [...] o si, como ellos decían, eran embajadores de un gran señor del mundo en donde sale el sol”.<sup>39</sup> El *tlatoani* mexica es aconsejado por funcionarios y gobernantes aliados para que reciba a los españoles como embajadores de otro gobernante; esto parece contestar negativamente a la pregunta de si los castellanos eran considerados dioses.

En otra obra, Ixtlilxóchitl señala la posibilidad de que los españoles fueran considerados como los “hijos del sol” que según alguna antigua profecía presuntamente tolteca debían dominar a los indígenas; pero tal posibilidad no parece tener mayor importancia en el desarrollo ulterior de los hechos para el cronista tetzcocano.<sup>40</sup>

<sup>37</sup> Tovar, *Manuscrit Tovar...*, p. 75; véase “Códice Ramírez”, p. 83.

<sup>38</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, en *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, v. II, p. 209.

<sup>39</sup> *Ibidem*, v. II, p. 200.

<sup>40</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Compendio histórico del reino de Texcoco”, en Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, v. I, p. 450.

Por su parte, Diego Muñoz Camargo asienta que la razón de la denominación “dioses” reside en las enormes diferencias entre indígenas y españoles; dice el cronista de Tlaxcala: “Porque como los indios de Cempualla viesan navíos tan grandes y gentes tan contrarias a su natura, no pensaron ni entendieron sino que eran dioses que habían bajado del cielo”.<sup>41</sup>

En el texto de Muñoz Camargo está implícita la idea de que, en el concepto indígena, los españoles pasaron, automáticamente, de “muy raros” a ser tenidos por “dioses”; esta equiparación entre lo muy extraño y lo divino puede parecer un tanto mecánica; sin embargo, si recordamos no el concepto occidental de dios sino el náhuatl de *teotl* encontraremos que uno de sus sentidos es justamente el de notable, inusual, extraño, y abriría la posibilidad de que los españoles fueran designados justamente como seres muy extraños, pero no necesariamente como entidades sobrehumanas o superiores a los hombres nahuas.

Dado que la revisión de las referencias explícitas de los españoles como dioses, en las obras de tradición indígena, no ha aportado los elementos suficientes para explicar la razón de tal denominación, se vuelve necesario analizar las características que se atribuyen a los europeos en las fuentes a fin de encontrar una solución al problema.

Lo primero que se nota en las crónicas de tradición indígena que hablan de los españoles es el profundo asombro causado por la naturaleza extraña de estos personajes; como lo expresa Muñoz Camargo:

Vista por los naturales [la] llegada de gente tan extraña, y una cosa no vista ni oída, ¿quién podrá pensar ni imaginar las alteraciones y temores y gran espanto que en el mundo hubo? [...] Y así, con tan extraña novedad, voló la nueva a toda la tierra: poca o mucha, como

<sup>41</sup> Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, p. 229.

quiera que fuese, al fin se supo de la llegada de tan nueva gente, especialmente a México.<sup>42</sup>

Prácticamente todos los elementos del aspecto externo de los europeos llamaron la atención de los indígenas: los rasgos físicos, las armas, la ropa, los barcos, el lenguaje, los alimentos, los perros y los caballos. La observación atenta de todos estos rasgos hizo manifiesta la gran diferencia existente entre los españoles y los indígenas.

Debido a esto, Motecuhzoma y los tenochcas mostraron gran interés en obtener informes confiables sobre los extraños, para esto recurrieron a los informes orales de los funcionarios y encomendaron que se pintara a los castellanos: “Y en la pintura venían pintados los trajes y la traza de los hombres y la cantidad de ellos, armas y caballos y navíos con todo lo demás que traían”.<sup>43</sup>

Lo extraño de los españoles fue causa de temor entre los indígenas, temor que se acrecentó después del choque en Tecocac con los guerreros otomíes al servicio de Tlaxcala y, sobre todo, después de la matanza de Cholula, como se relata en el “Libro doce” de Sahagún:

Y después de sucedidas las matanzas de Cholula, ya se pusieron en marcha, ya van hacia México. Van en una rueda, van en son de conquista. Van alzando en torbellino el polvo de los caminos. Sus lanzas, sus astiles, que murciélagos semejan, van como resplandeciendo, y en cuanto a sus espadas, como el agua que hace ondas. Así hace también estruendo. Sus cotas de malla, sus cascos de hierro; haciendo van estruendo.

Algunos van llevando puesto hierro, van ataviados de hierro, van relumbrando. Por esto se le vio con gran temor, van infundiendo espanto en todo: son muy espantosos, son horrendos.<sup>44</sup>

El temor provocado por los castellanos no sólo radicaba en su singular aspecto y su superior capacidad militar, sino principalmen-

<sup>42</sup> *Idem.*

<sup>43</sup> Ixtlilxóchitl, “Compendio histórico del reino...”, v. I, p. 451.

<sup>44</sup> Bernardino de Sahagún, “Libro doce. En él se dice cómo se hizo la guerra en esta ciudad de México”, traducción y notas de Ángel M. Garibay, en Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 5.<sup>a</sup> edición, proemio, introducción, numeración, notas y apéndices de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1982, cap. XI, p. 770.

te en sus acciones y en su comportamiento. Por eso la matanza de Cholula causó tanto impacto, pues había sido un combate por sorpresa, sin seguir las normas mesoamericanas para iniciar una guerra, además no habían respetado un santuario religioso de tanta importancia.

Es común que en las crónicas de tradición indígena se hable tanto de la sorpresa como del temor que generó lo extraño de los españoles y su superioridad militar; sin embargo, la sola mención de estos aspectos no explica por sí sola la atribución de divinidad a los castellanos.

Por ejemplo, ya se ha dicho que no es claro como “muy diferentes” sea igual a dioses. En cuanto al temor causado por los recién llegados, baste recordar que los mismos mexicas causaban gran temor entre los pueblos sojuzgados sin ser considerados por ello deidades (claro que el temor que causaban unos y otros es distinto, los mexicas por aguerridos y crueles, los españoles por distintos y también por crueles).

Tampoco el uso de elementos desconocidos por los mesoamericanos y que otorgaban a los europeos una clara ventaja militar, como las armas de fuego y los caballos, es por sí mismo una explicación satisfactoria de la denominación de dioses, ya que en la historia náhuatl se guardaba el recuerdo de luchas sostenidas con grupos que eran superiores en fuerza o que poseían enormes poderes mágicos. Tal es el caso de la tradición de los gigantes a los que se enfrentaron los tlaxcaltecas, o el de los olmecas xicalancas adversarios de los totolimpanecas en la zona de Chalco y que poseían las facultades de volar, de transformarse en fieras y que comían hombres.<sup>45</sup> Ninguno de estos asombrosos pueblos fue considerado como constituido por dioses, e incluso fueron vencidos por los tlaxcaltecas con ardides y por los totolimpanecas utilizando la magia.

Como ejemplo de las contradicciones en las crónicas puede verse el caso de las obras históricas de Chimalpain Cuauhtlehuanitzin,

<sup>45</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, estudio, paleografía, traducción, notas e índice analítico por Víctor M. Castillo F., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, p. 91, 101, 107.

en las que se observa una extraña situación. Primero, en las llamadas *Tercera relación* y *Séptima relación*, trabajos en los que se toca directamente el tema de la Conquista, simplemente no se encuentra ninguna mención respecto al problema que nos ocupa.<sup>46</sup>

En contraste, en la *Octava relación*, obra que habla de los linajes nobles de la región de Chalco, en una ocasión se dice que los indígenas se dirigían a Cortés llamándole *teotle*, “oh, dios”,<sup>47</sup> sin que en el texto se note alguna implicación de tal denominación. Mientras que en el *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, obra en la que no se aborda el tema de la Conquista, al hablar de la caída de la ciudad de los toltecas dice que Quetzalcóatl prometió regresar algún día a Tula, y que los mexicas recibieron a los castellanos en Tenochtitlan porque pensaron que se trataba del regreso de este personaje: “La razón por la que salieron a recibirlos [los mexicas a los castellanos] con bondad y franqueza fue porque la primera vez que arribaron y vinieron a entrar a Mexico Tenuchtitlan imaginaron los mexica que el capitán Hernando Cortés era Quetzalcóatl que había regresado”.<sup>48</sup> Pero no aclara los motivos de esa designación. En este caso quizá sea posible pensar en un cambio de opinión del cronista chalca, ya que al parecer el *Memorial breve* es la última obra que escribió.

Si la sorpresa y el temor de los indígenas ante los castellanos no bastan para explicar si éstos eran o no tenidos por dioses, entonces es necesario revisar con más cuidado las fuentes para encontrar los distintos matices en la visión indígena acerca de la naturaleza de

<sup>46</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, *Primer amoxtili libro. 3a relación de las Diferentes historias originales*, estudio, paleografía, traducción, notas, repertorio y apéndice por Víctor M. Castillo F., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 233-237; Domingo Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, “Séptima relación”, en Domingo F. Chimalpain, *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, introducción y traducción por Silvia Rendón, prefacio por Ángel M. Garibay, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 234-238.

<sup>47</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, *Octava relación. Obra histórica de Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhtlehuanitzin*, introducción, estudio, paleografía, versión castellana y notas de José Rubén Romero Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, p. 144.

<sup>48</sup> Chimalpain, *Memorial breve...*, p. 15.

los españoles y no contentarse con decir: “los llamaban *teteo*, luego los tenían por dioses”, sin explicar ni el cómo ni el por qué.

### *Elementos sobrehumanos de los españoles*

Esta sección se dedica al análisis de diferentes tradiciones que son particularmente ricas en datos sobre el problema; primero la tlatelolca recogida por Bernardino de Sahagún, luego la tenochca transmitida por Tezozómoc y Durán y, finalmente, la tradición tlaxcalteca en la obra de Diego Muñoz Camargo.

En la obra de Bernardino de Sahagún, después del elenco de inquietantes presagios que dan inicio al “Libro XII”, se pasa directamente a hablar del primer encuentro entre mexicas y castellanos, el cual parece corresponder a la expedición de Juan de Grijalva.

Los funcionarios mexicas en la costa se hacen pasar por pochtecas para poder acercarse a los extraños, logran subir a un navío, ahí rápidamente identifican al capitán Grijalva con Quetzalcóatl y a los hispanos con dioses; los funcionarios informaron de ello a Motecuhzoma, en estos términos, según la versión del texto náhuatl de Garibay: “Allí donde para ti mantienen vigilancia de las costas tus abuelos, en la superficie del mar, fuimos a ver a nuestros señores los dioses, dentro del agua”.<sup>49</sup>

En las versiones castellanas de Sahagún de la *Historia general* y la *Relación de la conquista* se aclara que los españoles hablaron con los enviados mexicas a través de un intérprete (no se dice quién), y que a cambio de finas mantas recibieron cuentas de vidrio que los indígenas tomaron por piedras preciosas, “y los españoles dieron a los indios cuentas de vidrio, unas verdes y otras amarillas. Y los indios, como las vieron, maravilláronse mucho, y hubiéronlas en mucho”.<sup>50</sup>

Estos objetos llamaron poderosamente la atención de los mexicas y fueron mostrados ante los principales tenochcas reunidos. Esta clase de objetos verdaderamente inusitados es parte de la ex-

<sup>49</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. II, p. 761.

<sup>50</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. II, p. 820.

trañeza que causaron los españoles y al parecer fue uno de los argumentos para sustentar la identificación de los recién llegados como divinidades. En este contacto inicial se presenta a un Motecuhzoma aparentemente convencido del retorno del dios Quetzalcóatl y temeroso de las posibles consecuencias.

Así se tiene el primer elemento de la divinidad de los españoles según el texto sahuaguntino: la presencia de extraños personajes poseedores de raros objetos no conocidos por los nahuas; a esto se debe agregar el impacto causado por las armas de fuego españolas, como puede apreciarse en la descripción del segundo contacto con los españoles, que corresponde a la expedición de Hernán Cortés: “Entonces dio órdenes el Capitán, en consecuencia, fueron atados y les pusieron hierros en los pies y en el cuello. Hecho esto, dispararon el cañón grande. / Y en ese momento los enviados perdieron el juicio, quedaron desmayados. Cayeron, se doblaron cada uno por su lado: ya no estuvieron en sí”.<sup>51</sup>

También los perros y los caballos sorprendieron y atemorizaron a los indígenas en gran medida.

Pese a estos signos externos, a continuación se muestra a un Motecuhzoma que ahora ya no está del todo convencido de la divinidad de los recién llegados. A fin de asegurarse sobre la identidad de los extraños decidió enviar magos para causar algún daño a los españoles y vencerlos, pero, especialmente, para averiguar la identidad de los extraños; dice el texto nahua:

Y aun dizque (los envió) para que vieran qué casta de gente era aquélla: a ver si podían hacerle algún hechizo, procurarle algún maleficio. Pudiera ser que les soplaran algún aire, o les echaran algunas llagas, o bien alguna cosa por este estilo les produjeran. / O también, pudiera ser que con alguna palabra de encantamiento les hablaran largamente, y con ella tal vez los enfermaran, o se murieran, o acaso se regresaran a donde habían venido. / Por su parte ellos hicieron su oficio, su comisión para con los españoles, pero de nada fueron capaces en absoluto, nada pudieron hacer. / En consecuencia, al momento regresaron presurosos, dieron cuenta a Motecuhzoma de qué

<sup>51</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. v, p. 761.

condición eran, y cuán fuertes: / —¡No somos sus contendientes iguales, somos como unas nadas!<sup>52</sup>

El mandar a los magos para que dañaran a los españoles implica que existían fuertes dudas sobre su carácter divino, ya que se les creía vulnerables a los poderes de estos emisarios: recuérdese que en Mesoamérica el uso de la magia era otro recurso tradicional de la guerra. Los propios mexicas lo habían utilizado contra el señorío de Cuitláhuac. Sin embargo, el fracaso de los magos parece ser un punto a favor del poder de los europeos.

Después de esto, los mexicas decidieron enviar funcionarios que llevaban como presentes diversos alimentos para verificar y precisar el carácter divino de los castellanos, particularmente llevaron hombres para sacrificarlos y rociar con su sangre la comida que les ofrecieron. Pero los españoles rechazaron violentamente tales alimentos “y les llevasen bastimentos, y esclavos para que sacrificasen delante de ellos, y procurasen entender qué género de dioses eran aquellos que venían contra ellos. / Fueron é hicieron lo que les mandaron: lo cual visto por los españoles, abominaron y detestaron aquellos mantenimientos rociados con sangre, y no quisieron comer de ellos ni verlos”.<sup>53</sup>

Este rechazo de la sangre humana no pasó inadvertido a los ojos de los enviados de Motecuhzoma y se convirtió en uno de los puntos de discusión sobre la naturaleza de los extraños:

Como vieron esto los mexicanos hablaron entre sí, diciendo: “estos Dioses no son como los nuestros, Dioses celestiales son, adorémoslos, y aplaquémoslos”: y luego determinaron entre sí de buscarles mantenimientos que les fuesen gratos de los mejores que ellos comían, así de pan como de carne, como de frutas y raíces, que ellos apreciaban mucho: y se los presentaron, y vieron que los recibieron, y comieron de ello de buena gana, de que se consolaron: y de allí adelante

<sup>52</sup> *Ibidem*, cap. VIII, p. 767.

<sup>53</sup> Bernardino de Sahagún, “Relación de la conquista de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes”, en *Conquest of New Spain, 1585*, revisión, edición, introducción y notas de S. L. Cline, traducción de Howard F. Cline, Salt Lake City, Universidad de Utah, 1989, cap. VIII, p. 168.

tuvieron por Dioses á los españoles; y á los negros que venían entre ellos, también los tuvieron por Dioses Negros, y los llamaron *Teucatzactli* [negro divino].<sup>54</sup>

Nótese que como resultado del rechazo a la sangre —alimento de los dioses nahuas— deciden darles comida de hombres comunes, pero a pesar de ello la conclusión del episodio es que, debido a la repulsión hacia la sangre, los hispanos fueron tenidos por dioses celestes. “Como este negocio fue sabido por Moctezuma, entendió que eran Dioses celestiales los que venían”.<sup>55</sup> Esto entraña una cierta contradicción dentro del relato.

El último elemento que puede sustentar la divinidad hispana es el de la superioridad militar, aspecto que impresionó a los nahuas, pero hay que señalar que ellos no combatieron con los castellanos. El único enfrentamiento armado —antes de la matanza del Templo Mayor— que menciona el relato recogido por Sahagún es el de Tecoaac con tropas otomíes al servicio de Tlaxcala, en el cual los indígenas fueron vencidos. Como muestra del impacto psicológico causado por dicho combate pueden citarse las palabras que el “Libro doce” pone en boca de los jefes guerreros tlaxcaltecas, “—¿Cómo seremos? ¿Iremos a su encuentro? ¡Muy macho y muy guerrero es el otomí: en nada lo tuvieron, y como nada lo miraron...! ¡Todo con una mirada, todo con un volver de ojos acabaron con el infeliz macehual...!”<sup>56</sup> Al respecto, hay que decir que si bien el reconocimiento de la capacidad guerrera de los españoles es importante, esto más que un atributo divino bien parece manifestar un aspecto totalmente humano.

En resumen, los elementos sobrehumanos de los españoles que se presentan en el “Libro XII” de Sahagún son, en primer término, su carácter profundamente extraño que se manifestaba en los raros objetos que portaban, así como en el uso de armas de fuego y la presencia de los perros y los caballos, además de la invulnerabilidad frente a los magos nahuas, el rechazo a la comida con sangre y, finalmente, su superior capacidad militar.

<sup>54</sup> *Idem.*

<sup>55</sup> *Idem.*

<sup>56</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. x, p. 766.

En las obras de Tezozómoc y Durán se dice que pocos días después de ocurrido el último presagio se presentó ante Motecuhzoma un hombre del pueblo costeño de Mictlanquautla, al cual le faltaban las orejas, los pulgares y los dedos gordos de los pies; este hombre informó de la aparición, frente a la costa del Golfo, de algo “como una sierra ó cerro grande, que andaba de una parte á otra y no llega á las orillas, y esto jamás lo hemos visto, y como guardadores que somos de las orillas de la mar, estamos al cuidado”.<sup>57</sup> Al parecer, este contacto corresponde a la expedición de Juan de Grijalva.

Motecuhzoma manda apresarse al informante, quien por cierto después desaparece de manera misteriosa, y ordena a sus funcionarios que verifiquen la noticia. Los funcionarios regresan dando al *tlatoani* la siguiente descripción de los recién llegados:

Señor y rey nuestro, es verdad que han venido no sé qué gentes, y han llegado á las orillas de la gran mar, las cuales andaban pescando con cañas y otros con una red que echaban: hasta ya tarde estuvieron pescando, y luego entraron en una canoa pequeña y llegaron hasta las dos torres muy grandes y subían dentro, y las gentes serían como quince personas, con unos como sacos colorados, otros de azul, otros de pardo y de verde, y una color mugrienta como nuestro *ichtilmatle* [manta de hilo de maguey], tan feo, otros de encarnado, y en las cabezas traían puestos algunos como paños colorados, y eran bonetes de grana, otros muy grandes y redondos á manera de comales pequeños, que deben de ser guarda sol (que son sombreros) y las carnes de ellos muy blancas, más que nuestras carnes, excepto que todos los más tienen barba larga y el cabello hasta la oreja les da.<sup>58</sup>

Después de recibir este informe que confirmaba las anteriores noticias, se dice que Motecuhzoma consideró que podría tratarse del retorno de Quetzalcóatl. En los textos se maneja la idea implícita de que la descripción de los extraños proporcionaba suficientes elementos como para vincular a los españoles con el dios Serpiente Emplumada.

<sup>57</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVI, p. 684.

<sup>58</sup> *Ibidem*, cap. CVI, p. 685.

Esto parece indicar que lo extraño y peculiar de los españoles es el primer elemento para identificarlos como seres divinos. Véase lo que agrega Durán respecto de la impresión recibida por los emisarios al subir a un barco, quienes quedaron “admirados de ver una cosa tan poderosa y con tantos aparatos y retretes y cubiertas, parecíoles cosa divina más que humana, y cosa de gran ingenio”.<sup>59</sup>

Pero esta identidad no era del todo segura, por lo que Motecuhzoma envía a un alto sacerdote, el *tlillancalqui* “el de la casa de lo negro”, que también tenía el rango de *teuctlamacazqui* “el que ofrenda como señor”, con la misión de precisar la naturaleza de los recién llegados.

Para conocer quiénes eran estos personajes, el *tlillancalqui* se valdría de un medio aparentemente simple: el ofrecerles comida a la usanza indígena; si la aceptaban sería la prueba de que se trataba de Quetzalcóatl, si la rechazaban indicaría que no se trataba de él; para eso el sacerdote encargaba a los funcionarios responsables de vigilar la costa del Golfo que

mande hacer todo género de comidas, tamales redondos como gordas varas y todo género de aves cocidas, asadas, codornices, venados en barbacoa, conejos, chile molido, quelites cocidos de muchos géneros y frutas como plátanos, anonas, guayabas y chayotes, y si viéredes que come de todo género de esto, verdaderamente es el que aguardamos, Quetzalcóatl, y en viendo que todo esto no quiere comer, en esto conoceremos que no es él, y si quiere carne humana y os comiere, mucho de norabuena, que yo tomo á mi guarda, cargo y amparo vuestra casa, mujer e hijos para siempre: no dudéis de ello.<sup>60</sup>

De nueva cuenta la comida se muestra como un elemento fundamental para determinar la identidad de los hispanos. Si comen

<sup>59</sup> Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 v., 2.ª edición, introducción, paleografía, notas y vocabularios de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1984, v. II, cap. LXIX, p. 588.

<sup>60</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVIII, p. 687-688, las cursivas son mías; Durán agrega “porque si comiere y bebiere, es cierto que es Quetzalcóatl, pues conoce ya las comidas de esta tierra y vuelve al regusto de ellas”, en *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXIX, p. 507.

lo que se les envía, se trata del dios Quetzalcóatl, de lo contrario, se trata de otro personaje. Finalmente, se plantea la posibilidad de que los enviados sean devorados, por lo cual Motecuhzoma se alegraría, porque, ya que los dioses mesoamericanos recibían ofrendas y sacrificios sangrientos, entonces se estaría ante dioses conocidos.

Pero he aquí que la reacción de los españoles es particularmente ambigua con respecto a las expectativas indígenas, ya que sólo aceptaron comer los alimentos enviados cuando primero los probaron los mensajeros:

Dice el dios que la comida la comerá, si primero coméis vosotros de todo y de cada cosa, para que lo vea: entonces los mexicanos comenzaron a comer y beber muy á su placer, de todo género de comidas y bebidas; y á esto estaban mirando todos los españoles cómo los tres naturales comían todo género de comidas, bebidas y frutas; luego tras ellos comieron luego todos los españoles, y les supo muy mucho, de ver comida fresca que tanto gusto les diese.<sup>61</sup>

A pesar de este indicio contrario a la calidad divina de los extraños, Motecuhzoma siguió creyendo en la vinculación de estos personajes con el dios Quetzalcóatl, usando el argumento de que debido a su larga ausencia el dios habría olvidado cómo era la comida indígena.<sup>62</sup> Otro problema de contradicción respecto de lo expresado atrás.

En reciprocidad, los castellanos mandaron a Motecuhzoma unos presentes que eran unas cuentas de vidrio, un sombrero, un cinturón para sable y, como muestra de sus propios alimentos, una “cajeta de conserva”, una bota de vino y un bizcocho. El *tlatoani* fue ataviado con los ropajes europeos y bebió un poco del vino.

La presencia de estos extraños objetos y su observación atenta confirmaron a Motecuhzoma en sus temores respecto de la identidad de los extraños, pues, según Tezozómoc, dijo: “verdaderamente

<sup>61</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVII, p. 689.

<sup>62</sup> “En verdad que tenía por cierto que estos dioses os habían comido, pero pues que no fue así, tampoco comerían nuestras comidas, habránlas olvidado, que ha más de trescientos años que se fue Quetzalcóatl al cielo y al infierno”, Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVIII, p. 691.

me ha hecho merced el dios Quetzalcóatl, el que estaba y residió con nosotros en Tula, y creo verdaderamente ser el Ce Ácatl y Nacxítl [Uno Caña Cuatro pies], el dios uno caña caminador”.<sup>63</sup>

Otra vez la comida despierta particularmente el interés y la curiosidad mexicana. Pero en este caso Motecuhzoma compara el bizcocho con una piedra de tepetate, les encuentra cierto parecido, aunque el primero es más ligero, y ordena a sus sirvientes deformes que prueben el pan; éstos lo hicieron y lo encontraron de buen sabor, dulce, aunque algo duro.<sup>64</sup>

Motecuhzoma concluyó que el bizcocho era una prueba a favor del retorno de Quetzalcóatl y dispuso que fuera presentado ante la imagen de Huitzilopochtli en el Templo Mayor. Posteriormente llevaron el pan a Tula y lo enterraron en el templo dedicado a Quetzalcóatl.

Los sacerdotes tomaron el bizcocho y, poniéndolo en una rica jícara muy dorada, cubierto con ricas mantas lo llevaron en procesión a Tulan, con muchos incensarios, con que iban incensando y cantándole himnos apropiados a la solemnidad de Quetzalcóatl, cuya comida decían que era. Y llevado a Tulan, lo enterraron en el templo dicho con mucha solemnidad.<sup>65</sup>

En este caso, la extraña comida de los españoles se constituye en un elemento importante para considerarlos seres sobrehumanos.

Sin embargo, más adelante, tanto en la crónica de Tezozómoc como en la de Durán, se muestra a un Motecuhzoma que no está seguro respecto de quiénes son los españoles. Para Tezozómoc el problema es precisar de qué dioses se trata: “¿cómo tendremos nueva cierta de estos dioses, de qué parte y lugar vinieron?”<sup>66</sup> Otro tanto se encuentra en la obra del dominico, donde Motecuhzoma trata de

<sup>63</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVII, p. 691.

<sup>64</sup> Tezozómoc dice que después Motecuhzoma mismo probó un poco y dijo: “es verdad que es dulce y sabroso [...] Y esta comida no es del infierno que parece ahumado”, *Crónica mexicana*, cap. CVIII, p. 691; por su parte Durán anota “Él, temiendo comerlo, dijo que era cosa de los dioses, que no quería usar de alguna irreverencia”, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXIX, p. 510-511.

<sup>65</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXIX, p. 511.

<sup>66</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVIII, p. 691.

averiguar “de dónde habían venido y cuyos hijos eran, o qué generación fuere y si habían de tornar y volver”.<sup>67</sup>

En las crónicas de ambos autores existe una contradicción, pues páginas atrás afirmaron que Motecuhzoma estaba convencido de que la venida de los españoles correspondía al retorno de Quetzalcóatl, y aquí lo presentan preguntando quiénes son los extraños. También es posible que se trate de un cambio de opinión por parte del personaje, lo que implicaría que los elementos mencionados en favor de la condición divina de los españoles no eran concluyentes.

Para responder a esas inquietantes preguntas del *tlatoani* se efectuó una indagación entre los tlacuilos, o pintores de códices, que resguardaban antiguos documentos pictográficos y las diversas tradiciones sobre la venida de seres extraños a territorio indígena; la idea era ver a cuál tradición y representación plástica podrían corresponder los españoles.

El *tlacuilo* que fue consultado en Tenochtitlan se declaró ignorante de toda información que pudiera aclarar el caso, por lo que se recurrió a otros pintores de códices de Malinalco, Oaxaca y Chalco. Estos pintores mostraron códices con tradiciones de seres extraordinarios, como hombres con un solo ojo o con un solo pie o sin cabeza y unos que tenían de la cintura para abajo cuerpo de pez y que nada tenían que ver con los castellanos.

Sólo los tlacuilos de Cuitláhuac y Mixquic hablaron del retorno de Quetzalcóatl, pero, de manera por demás notable, los textos refieren que lo pintado en los códices respecto de la tradición del dios Serpiente Emplumada no concordaba con la apariencia de los españoles, “y mostrándole la forma de los hombres que eran, no conformaron con lo que él había dicho y declarado”.<sup>68</sup> Afirmación que vuelve a poner en duda la identidad de Quetzalcóatl con Cortés.

Como último recurso Motecuhzoma mandó traer a un viejo *tlacuilo* de Xochimilco, llamado Quilaztli, para que aclarara el misterio de la identidad de los españoles y de sus intenciones; según Tezozómoc el gobernante preguntó al pintor lo siguiente: “¿Cómo

<sup>67</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXX, p. 513.

<sup>68</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXX, p. 514.

sabremos qué gentes serán las que han de venir a señorear á estas partes? ¿Por qué habrán de venir? ¿Acaso será por el Oriente o Poniente? ¿Qué gentes serán? ¿De qué manera, qué trajes, qué altura tendrán o si bajarán de el cielo? Esto es, padre, lo que quisiera saber de vos”.<sup>69</sup>

Motecuhzoma tiene dudas respecto de qué personajes son los que habrían de llegar a sus tierras y por dónde habrían de arribar. El solo hecho de hacer estas preguntas está en abierta contradicción con la supuesta ya definida e indudable identificación de los españoles como dioses o hijos de Quetzalcóatl. Aquí se presenta a un Motecuhzoma que no sabe quiénes son los europeos, que no los puede relacionar con una tradición nahua específica; recuérdese que un poco más arriba no pudo identificarlos con el retorno del dios Serpiente Emplumada.

El viejo pintor de códices responde a las interrogantes del gobernante mexica con una misteriosa y confusa tradición en la que menciona la llegada de varias extraordinarias criaturas:

Hijo y señor nuestro, no tengo de decir sino la verdad de lo que dejaron dicho y escrito los antiguos viejos cargadores de nuestro Dios, por esta pintura lo verás que han de venir unas gentes que serán llamadas *coayxeequee* [los que tienen rostro de serpiente], caras de culebras y caras de pescado grandes, y pies de gusanos, gente de un pié y caballeros en águilas ligeras, y han de venir a caballo en unas grandes culebras [montados en ellas], y estos muy grandes que parecen cerros los caballos [¿barcos?], y estas gentes han de ser mucha, mucha suma de ellos, y han de dormir encima de sus cabalgaduras [¿embarcaciones?], y en lo que han de venir allí su dormitorio, y guisar sus comidas como si fueran sus casas propias allí, y han de venir por la mar de el cielo y partes del Oriente: vendrán luego otros de un pié, y han de venir otras gentes que no tienen cabezas, sino en los pechos cabeza, cara y boca: vendrán otros caballeros en *tonacamázatl* [venado de nuestro sustento], que son sus cabalgaduras, como unos grandes ciervos ó venados poderosos, y han de venir por *Tzonapan* [sobre la superficie del agua] por encima de la gran mar, muy blancos de rostro

<sup>69</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CIX, p. 695; Durán no registra las preguntas del gobernante al pintor.

y todo el cuerpo, y de muy largas barbas, y los vestidos de muchas diferencias y maneras, y de muchas colores, y éstos serán los más primeros que después vinieren.<sup>70</sup>

Ciertamente, el texto es oscuro. Primero declara que se trata de una antigua tradición guardada por los viejos teomamas o cargadores de los dioses, lo que parece darle autoridad y veracidad; después habla de la llegada de cuatro diferentes gentes, primero unos con caras de serpiente y de pez, con pies en forma de gusanos que vendrían montados en águilas, caballos o grandes serpientes y llegarían por el oriente, luego vendrían otras “personas” de un solo pie y después gente sin cabeza y, finalmente, otros más en “venados poderosos”, estos últimos son sin duda los españoles, pues vendrían por mar, serían blancos y barbudos, ellos serán los “más primeros que después vinieren”, esto parece decir que serían los últimos de estas cuatro “gentes” en llegar a tierras nahuas.

La versión que el padre Durán presenta del pasaje está depurada; en ella el viejo pintor de códices anuncia la llegada de un solo tipo de gente, los españoles; tanto los hombres con cara de serpiente como los que no tienen cabeza han desaparecido del relato. En esta versión la identificación de los españoles con la referida “antigua tradición” de personas que vendrían a tierras nahuas es muy fuerte, pues se les describe con toda claridad.

Le dijo cómo la noticia que tenía era que a esta tierra habían de aportar unos hombres que habían de venir caballeros en un cerro de palo y que había de ser tan grande, que en él habían de caber muchos hombres y que les había de servir de casa y que en él habían de comer y que en ellas habían de andar y jugar, como en tierra firme y recia, y que éstos habían de ser hombres barbados y blancos, vestidos de diferentes colores, y que en sus cabezas habían de venir otros hombres, caballeros en bestias a manera de venados, y otros en águilas que volasen por el viento.<sup>71</sup>

<sup>70</sup> *Ibidem*, cap. CIX, p. 695-696.

<sup>71</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXX, p. 515.

De manera significativa, Durán agrega algo que está ausente en la obra de Tezozómoc; una tradición según la cual esos hombres llegarían para dominar el territorio y ser los poseedores de las riquezas de los indígenas: “Y que éstos habían de poseer la tierra y poblar todos los pueblos de ella, y que se habían de multiplicar en gran manera y que de éstos habían de ser el oro y la plata y las piedras preciosas, y ellos lo habían de poseer”.<sup>72</sup> Los matices de la versión de Durán modifican lo presentado por Tezozómoc. Para el dominico, los españoles son los únicos seres que son esperados y son descritos de manera inconfundible (salvo lo de volar en águilas), agregándose la idea de dominación y posesión permanente de las tierras y riquezas indígenas. El matiz tiende a fortalecer los intereses españoles. Depura las tradiciones indígenas quitando de ellas lo que parece accesorio para justificar el dominio español sobre los territorios y posesiones indígenas.

Los detalles que aparecen en las obras de Tezozómoc y Durán permitían identificar a los castellanos con los personajes mencionados por los pintores de códices; pero hay que resaltar que en ellos no se habla de ninguna deidad que regresaría, ni tampoco de divinidades, y explícitamente se dijo que no eran los personajes de la tradición del regreso de Quetzalcóatl. Se habla de gente, ciertamente extraña y maravillosa, pero no de dioses.

Los españoles de la expedición de Grijalva se fueron de las costas prometiendo volver y tiempo después regresaron con Hernán Cortés. El capitán extremeño también es recibido por el sacerdote *tlillancalqui*, quien los atiende a ellos y a un nuevo elemento extraño, los caballos.

Hasta este punto de la narración no es claro si Motecuhzoma, según la tradición de la “Crónica X”, creía o no que los españoles eran dioses. En cualquier caso, sí creía en su vulnerabilidad, lo cual se pone de manifiesto en su decisión de enviar magos en su contra. Estos magos eran especialistas en comer corazones humanos, en dominar a la gente provocándole sueño y también en transformarse

<sup>72</sup> *Idem.*

en fieras. El objetivo es intimidar a los recién llegados y, en caso de que no pudieran con ellos, los vencerían en Tenochtitlan.<sup>73</sup>

Los magos fallaron en su intento de dañar a los españoles. Cada grupo de magos especialistas intentó atacarlos por su cuenta. Los que se volvían fieras y devoraban corazones no pudieron hacerlo, primero “porque no les hallaban corazones”, luego “porque les pareció a ellos que los corazones tenían escurana [oscuridad] y humo, que les pareció á ellos no tener corazones”. Aquellos que mandaban animales ponzoñosos no pudieron hacerlo y quienes comían pantorrillas y corbas no encontraron parte alguna en el cuerpo de los españoles donde pudieran atacarlos, “porque entendían no tener corbas ni pantorrillas” y los que echaban sueño sobre la gente no pudieron actuar porque los castellanos tenían centinelas y guardias toda la noche. Todo lo intentaron en cuatro ocasiones y fracasaron.<sup>74</sup> Por su parte, en su crónica, el padre Durán dice que

la carne de aquellos dioses era dura y que no podían entrar en ellos, ni hacer impresión cosa de encantamiento, porque no les podían hallar el corazón, porque tenían las entrañas y pechos muy oscuros y que no les hallaban carne para poder hacer con ellos algún mal; y que por mucho sueño que les echaban no los dormían, y luego los querían tomar a cuestras para echarlos en el río o en algún barranco y, como pajarito que está en el árbol, luego despertaban y abrían los ojos.<sup>75</sup>

El fracaso de los magos venía a resultar en una prueba del carácter sobrehumano de los castellanos. Es particularmente interesante la descripción que se hace del interior de los españoles como

<sup>73</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CX, p. 700, dice: “que fuesen á empecer [dañar] á los venidos por la mar del cielo, porque ya no quieren volverse, y el remedio de ello es que vais y hagáis vuestros poderíos en tanta manera, que teman de llegar acá y se vuelvan, ó sobre ello echadles profundo sueño que los llevéis á media noche á cuestras y los despeñéis en unas hondas peñas y barrancas, ó comedles los corazones, y si no pudiéredes con ellos, dejadlos que llegan acá, que aquí haréis a vuestro gusto de ellos de manera que les pese haber venido”.

<sup>74</sup> *Ibidem*, cap. CX, p. 700-701.

<sup>75</sup> Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de tierra firme*, 2 v., estudio preliminar de Rosa Camelo y José Rubén Romero, paleografía de Francisco González Vera, notas de José Fernando Ramírez, México, Centro Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, v. I, cap. LXXI, p. 594

oscuro y de humo, que parecía ser de carne dura y no tener corazón, ni tampoco corvas ni pantorrillas. No está claro qué significado tienen estos curiosos atributos de los españoles.

Sin embargo, puede decirse que entre los antiguos nahuas el corazón era el sitio donde residía la fuerza anímica que recibía el nombre de *teoyolia*, y por ello era el órgano donde se daban las emociones. Según López Austin el corazón era conceptualizado como el principal centro vital y de conciencia que cubría “los campos de la vitalidad, el conocimiento, la tendencia y la afección. A este órgano pertenecen en forma exclusiva las referencias a la memoria, al hábito, a la afición, a la voluntad, a la dirección de la acción y a la emoción”.<sup>76</sup> Entonces, el no tener corazón quizá podría significar que se carecía de las características que se suponía residían en ese órgano, es decir, que se careciera de centro de conciencia.

Las menciones y alusiones sobre la carencia de corazón son de orden negativo e implican una falta importante de algún aspecto de la inteligencia o la moralidad. Así *amo yollo*, “sin corazón”, es registrado por Remi Simeón en su *Diccionario de la lengua náhuatl* como “inhábil, falto de inteligencia”. La misma expresión es registrada por López Austin como “desmemoriado”. Por otra parte, Simeón registra la expresión *aoccan ca iyollo*, “en ningún lugar está su corazón”, como una forma de referirse a una mujer disoluta y corrompida, y López Austin recoge las palabras *ochollo iyollo*, “huyó su corazón”, como otra forma de referirse a la mujer disoluta.<sup>77</sup>

La *Leyenda de los Soles* narra la presencia, en la caída de Tula, de un ser carente de corazón, llamado *tlacanexquimilli*, “envoltorio de cenizas humanas”, ente que devoraba a las personas y que fue capturado por los toltecas, quienes lo mataron y lo abrieron para descubrir que en su interior “nada tenía de corazón, nada de tripas, nada de sangre”.<sup>78</sup> Como puede verse, este extraño ser sin corazón

<sup>76</sup> López Austin, *Cuerpo humano e ideología*, v. I, p. 187, 207.

<sup>77</sup> *Ibidem*, v. II, p. 226, 228, 229.

<sup>78</sup> “Leyenda de los soles”, en *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles*, 3.<sup>a</sup> edición, introducción, traducción y notas de Primo Feliciano Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, p. 125.

es un monstruo comedor de hombres, un ser negativo; ciertamente superior a los hombres, pero no un dios y, además, vulnerable.

Es posible que la idea de no tener corazón aplicada a los españoles sea una forma metafórica de decir que eran unos desalmados, unos seres inmorales. Esto puede apuntarse con el testimonio de Cristóbal del Castillo quien afirma que Pedro de Alvarado sí tenía corazón, pero se trataba de un corazón malo, “*Yollo tlahueliloc* Pedro de Alvarado”, “el corazón malvado de Pedro de Alvarado”.<sup>79</sup> Es interesante señalar que Molina registra *Yollotlahueliloc* como “loco desatinado”; entonces, en el caso concreto de Del Castillo se estaría diciendo que el capitán Alvarado era un demente y que actuaba como tal.<sup>80</sup>

Respecto a la mención de que los españoles parecían no tener articulaciones, sólo se puede decir que éstas eran consideradas por los antiguos nahuas como puntos débiles del cuerpo humano, como lugares por donde el organismo podía ser atacado por las enfermedades.<sup>81</sup> Pero esto no aclara mucho el asunto.

Otro punto a favor del carácter sobrehumano de los españoles lo constituye el temor provocado por las armas de fuego. Así, con respecto al combate de Tecuac entre castellanos y otomíes, los segundos dijeron

que los dioses tiraban con rayos de fuego y que de cada tiro mataban muchos hombres. / Con lo cual fue tanto el temor que tomaron que no osaban menearse, y fue tanta su cobardía y temor, que huían de los españoles y se metían huyendo por las cavernas y montes y cuevas, y se despeñaban por no verlos, y esto hasta hoy les dura, pues aun de los religiosos que están entre ellos y los aman y acarician, huyen y se esconden de ellos, como enemigos mortales.<sup>82</sup>

<sup>79</sup> Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista...*, p. 172. La traducción es mía.

<sup>80</sup> Es notable que los cakchiqueles de Guatemala tuvieran una opinión similar sobre Alvarado, pues en el *Memorial de Sololá (Memorial de Tecpan-Atitlan)*, *Anales de los cakchiqueles. Título de los señores de Totonicapan*, edición, introducción y notas de Adrián Recinos, traducción de Adrián Recinos y Dionisio José Chonay, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 125, se dice: “No tenía compasión por la gente el corazón de Tonatiuh durante la guerra”.

<sup>81</sup> López Austin, *Cuerpo humano*, v. I, p. 177.

<sup>82</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXXII, p. 531.

La derrota de las tropas otomíes fue tan cruenta que quedó en la memoria de los autores de las crónicas de tradición indígena.

Los aspectos de la tradición de la “Crónica X” que permiten pensar a los españoles como dioses son, por principio de cuentas, lo extraños que resultan los europeos a los ojos de los nahuas, así como los raros objetos que portan. En otro orden de cosas es notable que la comida fuera considerada un elemento diagnóstico para establecer la divinidad de los castellanos, pero al no aceptar éstos de inmediato los alimentos que les son enviados hacen que la identificación sea ambigua. Por otra parte, está la aparente correspondencia de los españoles con una oscura tradición preservada por el *tlacuilo* de Xochimilco; aquí debe recordarse que se rechazó la correspondencia entre la llegada de los castellanos con la tradición del retorno del dios Quetzalcóatl; también es de hacer notar el fracaso de los magos enviados por Motecuhzoma en contra de los españoles, así como la descripción del cuerpo de los castellanos como oscuro, duro y sin corazón, aspectos que, al parecer, no sólo no corresponden a lo divino sino que son de un carácter francamente negativo.

A fin de contar con más matices en la discusión se pasará a analizar la tradición tlaxcalteca recogida por Diego Muñoz Camargo, en su *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*. En esta obra se afirma que los españoles fueron tenidos por dioses desde el arribo de la expedición de Hernán Cortés a las costas del Golfo de México. Se señala también que los señores de Tlaxcala tenían noticias de los españoles desde el viaje de Juan de Grijalva, gracias a unos pochtecas que traficaban en Xicalanco, Ulúa y Champoton.<sup>83</sup> Para este autor, la noticia pronto se difundió entre los pueblos nahuas del Altiplano, causando pánico entre sus habitantes, quienes pensaron que se trataba del fin del mundo.

Sabida y divulgada [la noticia] no sin gran temor y espanto, las gentes se turbaron, no por temor de perder sus tierras, reinos y señoríos, sino por entender que el mundo era acabado y que todas las generaciones del habían de perecer, y que era llegada al fin, pues los dioses

<sup>83</sup> Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala...*, p. 229, 450.

habían bajado del cielo: que no había que pensar en otra cosa, sino que era llegado el acabamiento del mundo y que todo había de perecer y acabarse.<sup>84</sup>

El texto es muy interesante pues aporta matices que no se encuentran en ninguna otra crónica. Se dice que los indígenas temieron el fin del mundo, esto es que la era del Sol de Movimiento se acercaba a su término y no que se tratara del retorno del dios Quetzalcóatl, y que por eso habían bajado los dioses del cielo. Por otras fuentes se sabe que los seres que descenderían del cielo en el fin del Quinto Sol eran los llamados *tzitzimime*, criaturas espantosas que devorarían a los hombres; al respecto dice la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*: “hay unas mujeres que no tienen carne, sino huesos y dícense tezauhcihuah [mujeres espantosas], y por otro nombre, *tzitzime*. Y éstas estaban allí para cuando el mundo se acabase, que aquéllas habían de comer a todos los hombres”.<sup>85</sup>

Para que los españoles pudieran ser tenidos por dioses que bajaban del cielo al fin del Quinto Sol tendrían que haber sido identificados con los *tzitzimitl*, pero esto es muy difícil, pues tenían carne y eran masculinos.

Según el cronista de Tlaxcala, los mexicas no se mostraron muy convencidos de la divinidad de los extraños, y por ello deciden investigar cuidadosamente la naturaleza de los recién llegados. “Visto por la república mexicana tanta novedad, procuró saber por razones evidentes si estas gentes eran los dioses del cielo o hombres humanos”.<sup>86</sup>

Al igual que en las anteriores tradiciones historiográficas, se dice que Motecuhzoma recurrió a los magos para saber con certeza qué clase de gente eran los castellanos; en la versión tlaxcalteca los magos llegaron a conclusiones contradictorias: “por sus hechiceros y encantadores y adivinos, sabían que eran gente nueva, y no dioses, sino hombres; aunque sus hechizos y encantamientos no los podían

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 229.

<sup>85</sup> *Ibidem*, p. 69; Véase Sahagún, *Historia general*, v. II, libro VII, cap. x, p. 490, dice: “y descenderían los *tzitzimitles*, que eran unas figuras feisimas y terribles, y que comerán a los hombres y mujeres”.

<sup>86</sup> Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala...*, p. 229.

comprender [¿dañar?], por cuya causa no se determinaban a decir que fuesen hombres: porque las fuerzas de sus encantamientos se perdían para contra estas gentes”.<sup>87</sup>

Por un lado, los recién llegados parecen ser sólo hombres y, por otro, su aparente inmunidad a los procedimientos empleados por los magos parece indicar una naturaleza sobrehumana. Así es como el asunto de la naturaleza de los españoles queda, de momento, en suspenso.

Otros elementos hacían dudar a los indígenas respecto de si se trataba de dioses o de hombres. Uno de ellos era el hecho de que en el viaje de la costa del Golfo al Altiplano sólo viniera con ellos una mujer, la Malinche: “Pero admirábanse mucho de que no trujesen mujeres, sino aquella Marina, que aquello no podía ser sino que fuese por arte de los dioses: que cómo sabía su lenguaje, ni era posible saberle [el idioma de los españoles]”.<sup>88</sup>

La admiración por la presencia de una sola mujer entre los españoles podría indicar que se le tomaba por un grupo de guerreros migrantes, un poco a la manera de los chichimecas de Xólotl, los tolteca chichimeca o los mismos mexica. Desde esa perspectiva sería notable —y desconcertante— que viniera con ellos una sola mujer. Pero en realidad la Malinche no era la única mujer que venía con los castellanos, pues en Tabasco recibieron a 20 mujeres, incluida la Malinche. Así mismo, en ese momento la Malinche aún no aprendía el castellano, y difícilmente pudo sorprender a los mexicas al hablar la lengua náhuatl y el maya yucateco. Nótese que el hecho parecía ser por “arte de los dioses” y no que los españoles fueran divinidades. Por otra parte, el pasaje está construido evocando el relevante papel que después tuvo la Malinche como intérprete de Cortés.

La presencia de los nuevos animales traídos por los españoles también fue un elemento a favor de su naturaleza divina;<sup>89</sup> fueron particularmente los caballos los que llamaron más la atención de los indígenas:

<sup>87</sup> *Ibidem*, p. 229-230.

<sup>88</sup> *Ibidem*, p. 230.

<sup>89</sup> *Ibidem*, p. 230, dice “entendían que eran dioses, porque venían en animales muy extraños y jamás en el mundo vistos ni oídos”.

entendían los naturales que el caballo y el hombre que iba encima era todo de una pieza, como los centauros u otra cosa monstruosa, y, así, daban ración, a los caballos, de gallinas, entendiendo que se sustentaban de pan y carne. El cual engaño duró poco, porque luego entendieron que eran animales irracionales y que se sustentaban de yerbas; aunque también estuvieran mucho tiempo en opinión de que eran animales fieros que se comían a las gentes, por cuya causa los hombres blancos les echaban frenos en las bocas y los traían con traillas de hierro.<sup>90</sup>

Estas informaciones no son necesariamente contradictorias, pues es posible que mientras algunos indígenas poco informados pensaran que los caballos eran fieras devoradoras de hombres, otros indígenas, con otras noticias, cuya relación con los españoles se dio durante más tiempo, pensaran que los caballos sólo eran un extraño medio de transporte. Si es posible que existieran dos juicios encontrados sobre los caballos, también es plausible que pudieran existir varios juicios sobre sus dueños.

Al igual que en las obras de Sahagún, Tezozómoc y Durán, en la *Descripción* de Muñoz Camargo la comida es un elemento importante para determinar la naturaleza de los recién llegados. Se refiere, en efecto, que los señores de Tlaxcala ofrecieron a Cortés trescientas mujeres destinadas al sacrificio humano “pareciendo a los naturales que no había dónde mejor las emplear, las dieron en ofrenda y sacrificio a los nuestros, las cuales iban llorando su desventura y pensando que las habían de sacrificar para, después, comérselas los dioses nuevamente venidos”.<sup>91</sup>

Si los extraños realmente eran dioses entonces debían comer alimentos propios de divinidades, es decir, la sangre humana, pero, como era de esperarse, los castellanos dieron otro destino a las 300 jóvenes, el de servir a los capitanes y soldados, destino que revelaba su carácter humano.

Otro aspecto importante del tema que examinamos es el miedo que provocaron los españoles con sus acciones militares, particu-

<sup>90</sup> *Ibidem*, p. 236-237.

<sup>91</sup> *Ibidem*, p. 237.

larmente el pánico causado por la matanza de Cholula. “Y así entendieron y conocieron que era de más virtud el Dios de los hombres blancos, y que sus hijos eran más poderosos”.<sup>92</sup>

Aquí no parece haber elementos para sustentar que los españoles eran dioses, sino que el dios que los protegía era superior al de Cholula, esto es, a Quetzalcóatl. Por otra parte, en términos generales todos los hombres eran hijos de los dioses y en lo particular eran hijos del dios patrón de su grupo étnico o social (así los mexicanos eran hijos de Huitzilopochtli, los pochtecas de Yacatecuhtli, etcétera). De esta forma se estaría negando, entre líneas, cualquier relación de los extraños con el dios Quetzalcóatl.

Finalmente, hay un recurso para conocer la naturaleza de los españoles, que es preguntarles directamente quiénes son, qué hacen, cuáles son sus propósitos; esto es justamente lo que, según Muñoz Camargo, hicieron los señores de Tlaxcala cuando los españoles llegaron a su ciudad.

Decidnos, ahora, la verdad: primeramente, si sois verdaderamente hijos de Dios, o si sois hombres mortales como nosotros, y de qué partes del mundo sois venidos y a dónde vais: qué viaje es el que habéis traído y si es cierto que habéis bajado del cielo. Desengañadnos desto, porque queremos estar desengañados, seguros y satisfechos, que, para todo lo que quisiéredes intentar, nos hallaréis muy prestos.<sup>93</sup>

La respuesta de Cortés se da en sentido negativo, no son dioses, sino hombres: “Y, en lo que toca a decir que si somos dioses o si somos hombres, sabed y tened por cierto que no somos dioses, sino hombres humanos y mortales como vosotros”.<sup>94</sup>

Sin embargo, a pesar de esta declaración, según Muñoz Camargo, los tlaxcaltecas siguieron llamando a los españoles “dioses blancos y barbudos”,<sup>95</sup> lo que parece ser una contradicción, puesto que

<sup>92</sup> *Ibidem*, p. 250.

<sup>93</sup> *Ibidem*, p. 239.

<sup>94</sup> *Ibidem*, p. 241, y a continuación agrega: “pero somos cristianos y servimos a un solo Dios verdadero, y la diferencia que hay entre nosotros es que vosotros servís a estatuas y a los demonios, y nosotros a Dios que crió el cielo y la tierra”.

<sup>95</sup> *Ibidem*, p. 243.

Cortés afirmó enfáticamente que él y los suyos eran seres humanos. Esto podría entenderse como que los indios los seguían pensando como entes sobrehumanos, pero lo más probable es que indique que el término *teteo* se siguió usando sólo como una manera de nombrarlos, sin que implicara su original significado de “dioses”, pues los habrían ya conceptualizado como humanos.

En síntesis, para Diego Muñoz Camargo los elementos que permiten pensar a los indígenas que los españoles eran dioses son: su rareza extrema, su aparente invulnerabilidad ante el ataque de los magos de Motecuhzoma, la presencia de la Malinche como intérprete; también los animales que trajeron, particularmente los caballos, su superioridad militar, así como la destrucción de Cholula que parece implicar la idea de que el dios de los castellanos era superior al dios patrón de aquella ciudad, es decir, a Quetzalcóatl.

En resumen, puede decirse que las crónicas de tradición indígena no son congruentes con respecto a la naturaleza divina de los españoles. Para algunas, particularmente la tradición histórica tlaxtelolca recogida por Sahagún, la llegada de los españoles fue considerada el retorno del dios Quetzalcóatl, aunque, como vimos, hay algunas contradicciones en esa tradición.

En lo que toca a la tradición tenochca transmitida por Tezozómoc y Durán, hay aún más contradicciones y puntos oscuros, ya que en algunos pasajes la identificación de los españoles como dioses se presenta como segura y en otros dudosa. Lo mismo pasa con la versión tlaxcalteca que presenta Muñoz Camargo.

El tratamiento de la posible naturaleza divina de los españoles en las crónicas presenta diversas contradicciones y lagunas de información, mismas que permiten plantearse la posibilidad de la otra naturaleza que se les pudiera haber atribuido, la naturaleza de hombres. Por ello es entonces necesario preguntarse por las características humanas de los españoles en las crónicas de tradición indígena (véanse cuadros 2 y 3).



Cuadro 2  
LA NATURALEZA DE LOS ESPAÑOLES Y CORTÉS

<i>Designación Fuentes</i>	<i>Dioses (teteo)</i>	<i>Hijos del Sol</i>	<i>Hermanos o hijos de Quetzalcóatl</i>	<i>Cortés como dios</i>	<i>Cortés como Quetzalcóatl</i>	<i>Cortés hijo de Quetzalcóatl</i>	<i>Cortés capitán Chalchiuhtl</i>
Sahagún, <i>Historia General</i>	X				X		
“Libro doce”	X				X		
<i>Relación de la conquista</i>	X				X		
<i>Anales de Tlatelolco</i>				X Al final			
Durán, <i>Historia</i>	X		X	X	X	X	
Tezozómoc <i>Crónica Mexicana</i>	X			X	X		
<i>Crónica Mexicáyotl</i>							
<i>Códice Aubin</i>	X						
<i>Códice Mexicanus</i>							
<i>Códice Azcatitlan</i>							
<i>Códice Vaticano A</i>			Regreso de Quetzalcóatl				



<i>Designación Fuentes</i>	<i>Dioses (teteo)</i>	<i>Hijos del Sol</i>	<i>Hermanos o hijos de Quetzalcóatl</i>	<i>Cortés como dios</i>	<i>Cortés como Quetzalcóatl</i>	<i>Cortés hijo de Quetzalcóatl</i>	<i>Cortés capitán Chalchihuitl</i>
<i>Manuscrito Tovar Códice Ramírez</i>	Dioses malos			X Enemigo de Quetzalcóatl	X En un primer momento		
<i>Ixtlilxóchitl Sumaria relación</i>					X Topiltzin		
<i>Relación sucinta</i>		X					
<i>Compendio histórico</i>		X					
<i>Historia de la nación chichimeca</i>	X o encan- tados		X sólo posible		X sólo posible		
<i>Muñoz Camargo Descripción</i>	X						X
<i>Lienzo de Tlaxcala y Pinturas de la descripción</i>							
<i>Chimalpain, 3.<sup>a</sup> relación</i>							



Cuadro 2. *Continuación...*

<i>Designación Fuentes</i>	<i>Dioses (teteo)</i>	<i>Hijos del Sol</i>	<i>Hermanos o hijos de Quetzalcóatl</i>	<i>Cortés como dios</i>	<i>Cortés como Quetzalcóatl</i>	<i>Cortés hijo de Quetzalcóatl</i>	<i>Cortés capitán Chalchihuitl</i>
<i>7.<sup>a</sup> relación</i>							
<i>8.<sup>a</sup> relación</i>				X			
<i>Memorial breve</i>						X	
<i>Anales de Cuauhtitlan</i>	X						
<i>Historia de los mexicanos por sus pinturas</i>	X “sus dioses”						
<i>Histoire du Mexique</i>							
<i>Del Castillo, Historia de la conquista</i>				X			

Fuente: Elaboración propia.



Cuadro 3  
CARACTERÍSTICAS DE LOS HOMBRES DIOSES Y DE LOS ESPAÑOLES

<i>Características de Martín Ocelotl, Andrés Mixcóatl y Xihuitlpopoca</i>	<i>Características sobrehumanas de los españoles</i>	<i>Características humanas de los españoles</i>
Control del clima		
Comunicación con otros dioses a través de psicotrópicos		
Poder de sanción		
Poder de causar enfermedades		
Inmunidad a las damas		
Inmortalidad		Considerados vulnerables a las armas indígenas y mortales
Poder de transformación en animales		
Adivinación del futuro		
Reconstrucción del cuerpo si se era descuartizado		
Cambiar de edad a voluntad		
Comer copal o sangre y corazones humanos	Rechazo a la sangre. Rareza de la comida española	Comen la comida humana normal
	Carácter extraño de los españoles	
	Rareza de objetos, armas y animales	Caballos mortales



Cuadro 3. *Continuación...*

<i>Características de Martín Ocelotl, Andrés Mixcóatl y Xihuitlpopoca</i>	<i>Características sobrehumanas de los españoles</i>	<i>Características humanas de los españoles</i>
	Invulnerabilidad frente a los magos	
	Superioridad militar y matanza de Cholula	
	Cuerpo de los españoles, oscuro, duro y sin corazón	
		Ayuda de otros grupos indígenas. Relaciones políticas con ellos
		Manipulación tlaxcalteca para la matanza de Cholula
		Lenguaje <i>popoloca</i> “bárbaro”
		Ambición del oro y desprecio de las plumas y el trabajo artístico
		Ignorancia de la cultura náhuatl
		Manifiestan debilidades físicas
		Pueden ser castigados por los dioses nahuas

Fuente: Elaboración propia.

### *Aspectos humanos de los españoles*

Al igual que en el apartado anterior, aquí, a fin de dilucidar este asunto se revisarán las obras históricas en el siguiente orden: primero, la tradición tlatelolca en la obra sahumantina; luego, la tradición tenochca de Tezozómoc y Durán; después, la tradición tlaxcalteca transmitida por Muñoz Camargo y, finalmente, la tradición acolhua de la que es exponente Fernando de Alva Ixtlilxóchitl.

El primer rasgo netamente humano, que aparece en la tradición tlatelolca recogida por Sahagún, es la ayuda que reciben los españoles de diferentes grupos. Como ejemplo de ello puede verse el apoyo que les brinda un funcionario de rango de *tlacochcácatl* de Cempoala: “Éste les viene preparando el camino, éste les viene haciendo cortar caminos, éste les viene dando el verdadero camino. Los guiaba, los traía viniendo por delante”.<sup>96</sup> En la variante de la *Relación de la conquista*, se dice que este personaje llevó a los españoles a Tecuac para que los otomíes los mataran: “Y no hay que dudar, sino que los guió por allí, para que aquel ejército de otomíes, matase luego a todos los españoles, sin quedar uno”.<sup>97</sup>

Si los españoles realmente hubieran sido dioses habría sido muy difícil aceptar que necesitaran de un simple mortal para indicarles los caminos, y para que les dijera cuál era la ruta más segura para llegar a Tenochtitlan. Por eso, éste es un aspecto que parece ser favorable al carácter humano de los españoles.

Según el “Libro XII” los tlaxcaltecas incitaron, con mentiras, a los conquistadores para que atacaran y dieran muerte a los cholultecas. Implícitamente se está diciendo que engañaron a los castellanos; de igual manera, es muy difícil aceptar que los hombres puedan engañar a los dioses contándoles mentiras y más aún cuando en el “Libro XII” se dice que se identificaba la llegada de los castellanos con el retorno del dios Quetzalcóatl, que tenía su principal santuario justamente en Cholula.<sup>98</sup>

<sup>96</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. x, p. 768.

<sup>97</sup> Sahagún, *Relación de la conquista*, cap. x, p. 171.

<sup>98</sup> “Pero los de Tlaxcala ha tiempo están en guerra, ven con enojo, ven con mala alma, están en disgusto, se les arde el alma contra los de Cholula. Ésta fue la razón de

Un ejemplo más del carácter humano de los castellanos es la alianza que establecen, tanto con Cempoala como con Tlaxcala. Ambos acontecimientos están soslayados en la tradición de Tlaxtecolco, pero pueden inferirse del apoyo que reciben los españoles de ambas ciudades. En todo caso, este aspecto no parece tener la mayor importancia para explicar los hechos de la Conquista, de acuerdo al tratamiento que se hace en el “Libro XII” de Sahagún.

Un buen indicio a favor del carácter humano de los europeos es la valoración que hacen los nahuas de su idioma, que es descrita como una lengua *popoloca*, “lenguaje bárbaro o de tartamudo” según Molina, esto es, que ignoran la lengua de los pueblos “civilizados”, la lengua náhuatl. *Popoloca* era una designación usada para referirse al habla de grupos considerados inferiores. En la obra sahaduntina se dice que los españoles *iuhquin tlapopoloca*<sup>99</sup> lo que a la letra es, “como que hablan las cosas de manera bárbara”.

En varios pasajes sahaduntinos se puede encontrar una imagen profundamente negativa de los españoles, ya que se pone énfasis en la ambición desmedida por el oro y las riquezas materiales; véase para ello el siguiente texto náhuatl en versión de Garibay:

Les dieron a los españoles banderas de oro, banderas de pluma de quetzal, y collares de oro. Y cuando les hubieron dado esto, se les puso risueña la cara, se alegraron mucho, estaban deleitándose. Como si fueran monos levantaban el oro, como que se sentaban en ademán de gusto, como que se les renovaba y se les iluminaba el corazón. / Como que cierto es que eso anhelaban con gran sed, se les ensancha el cuerpo por eso, tienen hambre furiosa de eso. Como unos puercos hambrientos ansían el oro.<sup>100</sup>

El comportamiento de los españoles se equipara al de los animales y al de los “bárbaros”. No es el comportamiento de los hom-

que les dieran hablillas (al conquistador) para que acabara con ellos”, Sahagún, “Libro doce”, cap. XI, p. 769.

<sup>99</sup> Véase Sahagún, “Libro doce”, v. II, libro XII, cap. XII, f. 17v., 424 v. La paleografía y la traducción son mías.

<sup>100</sup> *Ibidem*, cap. XII, p. 770.

bres nahuas de tradición tolteca. Esto se presenta con elocuencia al comentar el saqueo de las riquezas atesoradas en Tenochtitlan.

Y cuando hubieron llegado a la casa del tesoro, llamada *Teucalco* [en la casa de dios], luego se sacan afuera todos los artefactos tejidos de pluma, tales como travesaños de pluma de quetzal, escudos finos, discos de oro, los collares de los ídolos, las lunetas de nariz, hechas de oro, las grebas de oro, las ajorcas de oro, las diademas de oro. / Inmediatamente fue desprendido de todos los escudos el oro, lo mismo que todas las insignias. Y luego hicieron una gran bola de oro, y dieron fuego, encendieron, prendieron llama a todo lo que restaba, por valioso que fuera: con lo cual todo ardió. / Y en cuanto al oro, los españoles lo redujeron a barras, y de los *chalchihuites* todos los que vieron hermosos los tomaron; pero las demás de estas piedras se las apropiaron los tlaxcaltecas.<sup>101</sup>

Los españoles son presentados como bárbaros ignorantes que no saben apreciar el trabajo de las obras artísticas indígenas ni su valor simbólico ni tampoco el estético; despreciaban las plumas preciosas, sólo les importaba el oro, por eso destruyeron las piezas para separarlo y fundirlo en barras. Como se ha visto, esto causó una mala impresión entre los mexicas e implicó una valoración negativa de los europeos. Estos saqueos provocaron, a un mismo tiempo, temor y enojo entre los mexicas, quienes empezaron a dejar de abastecer a los españoles.<sup>102</sup>

Algunos indicios permiten pensar que para los mexicas los españoles eran mortales, como se puede inferir en el caso de la barrera de magueyes que Motecuhzoma mandó poner en los caminos para evitar el paso de los extraños cuando arribaron a la zona de los lagos, “para que los españoles llegando allí, no pasasen más adelante, so pena de muerte: porque tenían este uso antiguamente”.<sup>103</sup> Esta acción sólo pudo llevarse a efecto suponiendo dos cosas, primero

<sup>101</sup> *Ibidem*, cap. XVII, p. 776-777; véase cap. XVIII, p. 777.

<sup>102</sup> Sahagún, *Relación de la conquista*, cap. XVIII, p. 185, dice “aunque dio gran desabrimiento y desconsuelo a los mexicanos, y aún se puso a riesgo de padecer falta de sus bastimentos quotidianos”.

<sup>103</sup> *Ibidem*, cap. XIV, p. 179.

que los españoles conocían la costumbre de demarcar los límites con magueyes y la pena por no respetarlos; segundo, que pensaban que podían intimidarlos con aplicarles la pena capital. Bajo ambos supuestos, los españoles estarían conceptualizados como simples hombres.

Conforme a la tradición tlutelolca del “Libro XII”, los elementos a favor del carácter humano de los españoles son la ayuda que reciben de los grupos indígenas de Cempoala y Tlaxcala, así como la forma en que son manipulados por los tlaxcaltecas en contra de Cholula, además de su lenguaje que es equiparado al *popoloca* y su ambición por el oro, su desprecio de las obras de pluma y el trabajo artístico; finalmente, por todo esto, es muy posible que se les considerara seres mortales.

En lo que toca a la tradición tenochca recogida por Tezozómoc y Durán, se dice que Motecuhzoma pensaba que los castellanos eran —a pesar de su poderío militar— vulnerables y mortales; así, después del fracaso de los magos frente a los hispanos, decide esperarlos en Tenochtitlan para derrotarlos ahí. Durán dice que el *tlatoani* afirmó: “Dejadlos entrar en la ciudad, que acá buscaremos modos y maneras para destruirlos, y [que] se cumpla el deseo que tengo, para que *no quede hombre a vida*, ni vaya [regresen] nueve de ellos [allá] de donde salieron; por eso os encargo ahora de nuevo pongáis todo vuestro poder y saber y diligencia en vuestras artes”.<sup>104</sup>

Y más adelante el *tlatoani* agregó: “Aparejaos para cuando estén en la ciudad, que acá no es posible que escapen de morir a vuestras manos o las nuestras, vengan, entren en la ciudad”.<sup>105</sup>

En el mismo sentido refiere que estando los españoles en Chalco, siendo ya inminente su arribo a Tenochtitlan, Motecuhzoma aún no estaba seguro respecto de su naturaleza.

Otro ejemplo se encuentra cuando se dice que el jefe de la guarnición mexicana en Nautla guiaba a las huestes de Cortés por caminos peligrosos con la esperanza de que murieran en el trayecto y, según Durán, logró parcialmente su propósito cuando se despeñaron dos

<sup>104</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, cap. LXXI, p. 523. Las cursivas son mías.

<sup>105</sup> *Ibidem*, v. II, p. 525, cap. LXXII.

jinetes con sus cabalgaduras muriendo ambos; dice fray Diego: “trújolos a unos peñascos y derrumbaderos, donde queriéndolos bajar dos de a caballo que iban delante, cayeron por los peñascos abajo y se mataron ellos y los caballos”.<sup>106</sup>

En este caso, después de la caída de los jinetes, resultaba evidente que los castellanos eran seres humanos mortales que podían ser engañados por los mexicas y, sin embargo, estos acontecimientos no parecen afectar la idea general de la crónica de que eran tenidos por dioses.

Al contar el episodio de Tecoaac, Durán pone en boca del señor otomí de ese lugar un discurso en el que llama dioses a los castellanos, e inmediatamente incita a sus sujetos a enfrentarlos y darles muerte:

—Chichimecas, y valerosos tecoacas: tomad vuestras armas, espadas y flechas y defended vuestro partido, y *destruyamos y aniquilemos a estos dioses* que han venido, que tanto espanto y miedo ponen con verlos a todas las naciones. Veamos para cuánto son éstos que han aparecido en nuestra tierra; veamos si por ventura somos aquí sus vasallos o tributarios, que les hemos de proveer de tantas cosas como han menester. Apercibíos luego y *salgámosles al encuentro y destruyámoslos y desbaratémoslos* y celebremos nuestros nombres como valerosos.<sup>107</sup>

En este texto tal parece que para los jefes otomíes al servicio de Tlaxcala el uso del término “dioses” es sólo una expresión, una manera de referirse a los castellanos, sin que ello implique que los creían seres sobrehumanos. Otro punto a favor de esta idea es que los otomíes, en caso de derrota, quedarían en la condición de tributarios de los españoles, esto es, quedarían dentro de las relaciones normales entre grupos humanos que se enfrentaban en un conflicto bélico.

Los mismos tlaxcaltecas, después de acordar la alianza con los españoles, les previenen contra la maldad y mentiras de los mexicas, para que no crean en sus palabras y eviten traiciones que les puedan costar muy caro, tanto como la derrota y la muerte: “Donde los tlax-

<sup>106</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXII, p. 527.

<sup>107</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXII, p. 528-529. Las cursivas son mías.

caltecas y tepanecas y chalcas, mostrándose servidores de Su Majestad, avisaron al Marqués que no se fiase de Motecuhzoma ni de su gente, porque eran traidores y malvados, y gente tirana y belicosa, y que al mejor tiempo, cuando los viese más allegados y amigos, y se les mostrasen más afables, que entonces se fiase menos de ellos”.<sup>108</sup>

La misma alianza entre tlaxcaltecas y españoles es un buen indicador de la naturaleza de los segundos a los ojos de los primeros, ya que para los hombres sólo es posible establecer pactos políticos y militares con otros hombres, puesto que si efectivamente pensaban que eran dioses no sería posible aliarse con ellos, pues ¿para qué quieren los dioses pactos políticos con los hombres? La relación se establece entre los distintos grupos en términos políticos y no en términos religiosos.

En la tradición de la “Crónica X” los elementos que apuntan hacia una naturaleza humana de los españoles son, primero, el que se les considera vulnerables, y por lo tanto mortales, aunque hay grandes dudas acerca de su identidad; por su parte, las tretas en las que caen los españoles revelan en ellos ignorancia y debilidades, aspectos muy humanos, y se mantuvieron relaciones políticas con ellos y no vínculos de orden religioso.

También en la tradición tlaxcalteca presentada por Diego Muñoz Camargo se encuentran varios elementos que parecen favorables a la concepción del carácter humano de los españoles. El primer indicio importante lo constituye la muerte de un español y dos caballos a manos de las tropas otomíes de Tecuac; según este autor, los señores de Tlaxcala estaban al tanto de los acontecimientos y, con ello, de que los extraños y sus atemorizantes animales eran mortales.<sup>109</sup>

El siguiente indicio es la alianza que se establece entre españoles y tlaxcaltecas. Páginas atrás se vio que los señores de Tlaxcala preguntaron a Cortés si él y sus huestes eran hombres o dioses, lo que implicaría una duda, pero, en general, los términos en que se dirigen al capitán y a sus fuerzas parecen indicar que en todo momento los

<sup>108</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXIII, p. 536.

<sup>109</sup> Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala...*, p. 235, dice “donde mataron a un español y dos caballos [...] por los indios otomíes de Tecohuaczinco”.

pensaron como seres humanos: “ya que os tenemos por hermanos y muy verdaderos amigos, y aun por hijos”; además, la ayuda que les ofrecen es la que en un momento dado pueden necesitar los hombres y no los dioses: “Y, si habéis de pasar adelante, os daremos avío y matalotaje, o si tenéis intención de vivir entre nosotros, mirad adónde os parece buen sitio para acomodaros, y dar os hemos tierras, y aun os ayudaremos a hacer vuestras casas para que viváis”.<sup>110</sup>

Por un lado, les ofrecen abasto en caso de que siguieran internándose en el territorio (y se enfrentarían a los mexicas), es decir, les ofrecen comida y pertrechos militares, al tiempo que se los acepta como nuevos pobladores (o sea, se piensa en ellos como un grupo migrante), que necesitaría un sitio dónde vivir, dónde poner sus casas y cultivar sus tierras, “y dar os hemos tierras”. Los dioses no viven en casas comunes, ni trabajan ni labran la tierra, los hombres sí.

De acuerdo con Muñoz Camargo los mismos tlaxcaltecas hicieron uso de la imagen divina de los españoles en su propio beneficio; para ello acrecentaron los rasgos sobrehumanos de los extraños para poder atemorizar a otros pueblos: “Y los de Tlaxcala les decían más de lo que era, para poner temor y espanto a toda la tierra, como en efecto se puso, afirmando que eran dioses, y que no había poder humano contra ellos ni quien los pudiese ofender ni enojar”.<sup>111</sup> El texto da la idea de que los tlaxcaltecas propiciaron y difundieron la imagen de que los españoles eran dioses con claros fines políticos.

En otro lugar Muñoz Camargo deja entrever que, quizás, el término dioses sólo era una manera de llamar a los españoles y nada más, pues se decía “que los tlaxcaltecas se habían confederado con los dioses, que así eran llamados generalmente en toda la tierra, *sin poderles dar otro nombre*”.<sup>112</sup> Los diferentes grupos indígenas los llamaban dioses, pero es muy posible que en realidad los pensaran como hombres.

En este sentido, debe hacerse mención de cómo, ante la tentativa de Cortés de derribar y destruir las esculturas y representaciones de los dioses nahuas, los señores de Tlaxcala se niegan a participar

<sup>110</sup> *Ibidem*, p. 239.

<sup>111</sup> *Ibidem*, p. 237.

<sup>112</sup> *Ibidem*, p. 248. Las cursivas son mías.

y además advierten al capitán extremeño sobre el peligro de recibir el castigo de las deidades por su temeraria y sacrílega acción.

Mira, pues, señor y muy tenido caudillo de los dioses blancos y barbudos, lo que quieres emprender; que te queremos mucho, mira no lo hagas, no te suceda algún trabajo: porque tenemos por experiencia que, cuando alguno de nosotros llega con insolencia a algunas destas reliquias indignamente, caen sobre nosotros grandes relámpagos, y rayos y truenos del cielo, en castigo de tan gran osadía y atrevimiento.<sup>113</sup>

Si los españoles eran dioses sabrían las reglas para tratar con las imágenes de otras deidades, pero no las conocían, por ello en caso de actuar incorrectamente recibirían el mismo castigo que recibían los simples hombres. Todo en el mismo párrafo donde se dice que Cortés es el jefe de los “dioses blancos y barbudos”.

De acuerdo con Muñoz Camargo, para los cholultecas los españoles no sólo no eran dioses, sino que en realidad eran unos bárbaros atrevidos que sufrirían la ira del dios patrón de Cholula, Quetzalcóatl, que los destruiría con rayos de fuego venidos del cielo y con enormes corrientes de agua que saldrían de la gran pirámide de la ciudad; mientras que los aliados de los españoles, los tlaxcaltecas, son recriminados por ayudarlos y son acusados de homosexualidad y de servir de mujeres de los españoles.

—Dejad llegar a estos advenedizos; veamos qué poder es el suyo, que nuestro dios Quetzalcóatl está aquí, que en un imprevisto los acabará. Dejad llegar [a] los miserables; veamos y gocemos de sus devaneos y locuras. Y esotros sométicos, bardajas, mujeres desos barbudos, que se han rendido a ellos, dejadlos [que] lleguen, y veréis en qué paran. Oh, putos tlaxcaltecas, cobardes, mercedores de gran castigo, ¿cómo os habéis trocado en tan breve tiempo y os habéis sometido a gentes tan extrañas y no conocidas?<sup>114</sup>

<sup>113</sup> *Ibidem*, p. 243.

<sup>114</sup> *Ibidem*, p. 248.

En este texto, de manera implícita, se niega toda relación de los españoles con el supuesto retorno de Quetzalcóatl, pues se esperaba que precisamente este dios fuera quien los destruyera.

Por su parte, los mexicas enviaron espías y funcionarios para tratar de cerca a los españoles y saber su identidad e informar de ello a Tenochtitlan; según el cronista de Tlaxcala, los enviados mexicas informaron que los castellanos eran hombres. “Y, al fin, llegados los mensajeros y espías de Motecuhzoma, supieron muy de raíz cómo eran hombres, porque comían y bebían, y dormían y apetecían cosas de hombres, y hacían otras cosas como tales”.<sup>115</sup> Nuevamente la comida es un elemento importante para la determinación de la naturaleza de los recién llegados, quienes comían y bebían como hombres y el resto de su comportamiento también es descrito como propio de seres humanos.

A pesar de estos valiosos y en apariencia concluyentes informes, las notables características y peculiaridades reseñadas atrás hacían dudar a los mexicas entre dos posibilidades: que se tratara de hombres o de dioses. Así lo expresa Muñoz Camargo en un sugerente texto que quizá resuma el estado de la conciencia indígena frente a estos seres nunca vistos.

Y, finalmente, sobre este argumento de que si eran dioses o hombres no se sabían determinar, porque, si fueran dioses (decían ellos), que no derribaran ni maltrataran a nuestros dioses porque fueran sus hermanos, y, pues que los maltrataban y derribaban, no deben de ser dioses, sino gentes bestiales y bárbaras. Y, pues que ansí ofenden a nuestros ídolos, ellos les darán el pago.<sup>116</sup> Éstas, y otras cosas, trataban como hombres sin sentido; y, por otra parte, entendían que eran dioses.<sup>117</sup>

Según el cronista de Tlaxcala, los mexicas tenían muchos elementos a favor del carácter humano de los extraños, pero también otros a favor de su poder sobrehumano. A partir de esta premisa de

<sup>115</sup> *Ibidem*, p. 230.

<sup>116</sup> Se entiende que recibirían el pago por su acción, esto es, los dioses los castigarían.

<sup>117</sup> Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala...*, p. 230.

ambigüedad, de no saber en realidad de qué gente se trataba, se articula, en la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, la acción de Motecuhzoma y los jefes mexicas, quienes primero decidieron retenerlos en la costa del Golfo hasta saber quiénes eran; al respecto dice que “sobre lo cual hubo grandes juntas, y acuerdos varios y diversos pareceres, y, al fin, resuelto que no se entrasen hasta ver qué gentes fuesen, mandó Motecuhzoma se estuviesen en Cempualla, y que no les dejasen pasar de allí”.<sup>118</sup> Cuando Cortés movilizó a sus hombres hacia el Altiplano, Motecuhzoma decidió recibirlos porque no se preocupó mucho por ellos, ni les dio importancia, ya que si se hubiera tratado realmente de dioses podría recurrir entonces a los medios rituales y religiosos adecuados para congraciarse con ellos, en cambio, si eran hombres, podría vencerlos sin ningún problema:

Visto la poca copia de gente que era, Motecuhzoma no hizo caso dellos ni imaginó su perdición: antes, entendido que, si fuesen dioses, los aplacaría con sacrificios y oraciones y otros sufragios, y que, si fuesen hombres, que era muy poco su poder, finalmente no se le dio nada dellos, sino que consintió de que entrasen y que, si eran dioses o sus mensajeros, que él se avendría con ellos, y que, si fuesen hombres, muy en breve tiempo serían conocidos [por tales] y que los enviaría que se fuesen de sus tierras.<sup>119</sup>

Lo más valioso de la versión de Muñoz Camargo es que permite entender las acciones de la Triple Alianza sin recurrir a la postura tradicional que afirma que los españoles fueron tenidos por dioses, sino que, si bien no era claro quiénes eran, los mexicas estaban seguros de poder enfrentarlos y vencerlos, ya fuera en el terreno religioso o en el militar.

En las obras de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl las menciones a la divinidad de los españoles y el retorno del dios Quetzalcóatl son escasas. Para el cronista tetzcocano los acontecimientos se suceden

<sup>118</sup> *Ibidem*, p. 231.

<sup>119</sup> *Idem*.

siempre entre hombres y son de carácter político y militar, mientras que los aspectos religiosos tienen una presencia mínima.

Sólo en la *Historia de la nación chichimeca* se menciona la duda respecto de la identidad de los españoles; en ella se plantean dos posibilidades, que se trate del dios Quetzalcóatl y sus hijos que retornan o que se trate de embajadores de un gran y desconocido gobernante

y que si aquellos hombres orientales que habían llegado por ventura eran el dios Quetzalcóatl y sus hijos que tantos siglos esperaban, siendo así era fuerza que se habían de señorear de toda la tierra, y a ellos desposeerlos de ella, y que así sería bien atajarles los pasos, y no consentir que en su corte entrasen; o si como ellos decían, que eran embajadores de un gran señor del mundo en donde sale el sol, sería bien recibirlos y oírles su embajada.<sup>120</sup>

Las opiniones que recibe el *tlatoani* de parte de Cuitláhuac y Cacama, gobernantes de Itztapalapa y Tetzcoco respectivamente, no indican que pensarán que eran seres sobrehumanos o Quetzalcóatl, sino más bien que eran hombres, un grupo de guerreros potencialmente peligrosos según Cuitláhuac, o simples embajadores para Cacama. A Cuitláhuac se le atribuyen las siguientes palabras: “mi parecer es, gran señor, que no metáis en vuestra casa quien os eche de ella, y no os digo ni aconsejo más”.<sup>121</sup>

En tanto que se pone en boca del gobernante de Tetzcoco lo siguiente: “el mío es que si vuestra alteza no admite la embajada de un tan gran señor como dicen que es el de España, es muy gran bajeza suya y nuestra y de todo el imperio, pues los príncipes tienen obligación y es ley de dar auditorio a los embajadores de otros”.<sup>122</sup>

En cuanto a los peligros que pudiera representar la admisión de los extraños en Tenochtitlan, Cacama respondió a Motecuhzoma argumentando que, con el poder de sus guerreros, la Triple Alianza podría vencerlos sin dificultad, “que cuando ellos vengan con trato

<sup>120</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 200.

<sup>121</sup> *Ibidem*, p. 200; véase del mismo autor “Compendio histórico del reino...”, p. 451.

<sup>122</sup> *Idem*.

doble, por esto tienen en su corte soldados y capitanes y valerosos que lo defenderán, y muchos parientes y amigos que miren por su honra, y castiguen cualquiera traición y desacato”.<sup>123</sup> Si los españoles pueden ser vencidos por la fuerza de las armas es que se les consideraba seres humanos y no deidades.

En otro lugar Ixtlilxóchitl refiere que, una vez que se han enterado de la derrota de los otomíes en Tecoaac, los tlaxcaltecas preguntaron a Cortés si los castellanos eran “encantados” o dioses, a lo que el capitán respondió “que no era dios, sino hombre mortal como ellos”.<sup>124</sup>

La alianza entre Cortés y Tlaxcala es explicada como un movimiento estratégico para evitar que los mexicas unieran sus fuerzas con los españoles y así pudieran conquistar la ciudad. “La señoría de Tlaxcalan [...] entró en consejo a tratar cómo les convenía apresurar la venida de los españoles a su ciudad y confederarse con él [Cortés], porque si pasaba a México, sería su total destrucción y ruina, que de libres serían esclavos de los mexicanos, y en ellos ejecutarían la venganza de las contiendas que tuvieron”.<sup>125</sup>

Para Ixtlilxóchitl la posición de Tlaxcala se explica por completo en términos políticos y de estrategia militar y no por la creencia en la naturaleza sobrehumana de los europeos. De igual manera, las acciones de los mexicas para evitar dicha alianza se entienden desde la lógica de la política y la estrategia; uno de los argumentos que esgrimieron los tenochcas frente a los españoles en contra de los tlaxcaltecas fue que eran unos mentirosos que pretendían llevar a los castellanos a su ciudad para matarlos “y que les querían meter en sus casas para matarles como traidores”.<sup>126</sup> Los hombres sólo pueden engañar, traicionar y matar a otros hombres.

Así, para Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, pese a una duda inicial, tanto los gobernantes de Tlaxcala como los de la Triple Alianza pensaban que los españoles eran hombres, un grupo de poderosos guerreros de los cuales se podía sacar provecho, mediante alianzas políticas y militares, para sobrepasar a sus enemigos.

<sup>123</sup> *Ibidem*, p. 203; véase “Compendio histórico del reino...”, p. 451.

<sup>124</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 209.

<sup>125</sup> *Ibidem*, p. 209-221

<sup>126</sup> *Ibidem*, p. 211.

También dentro de la tradición histórica acolhua deben mencionarse los textos que se adicionan al final del *Códice Ramírez* y que reciben el nombre de *Fragmentos*; en ellos encontramos la narración de una visita de Cortés a Tetzcoco, antes de su primer arribo a Tenochtitlan. Hasta donde es posible establecer, tal visita no tuvo lugar, pero la mención de la misma reflejaría una versión historiográfica tetzcocana que sólo conocemos por dichos textos. Durante esta improbable visita se menciona la rápida y sincera conversión de Ixtlilxóchitl al cristianismo (que tampoco ocurrió realmente) y que mereció una fuerte recriminación de su madre Yacotzin, quien le reclamó el haberse dejado convencer tan rápidamente por unos salvajes desconocidos; ella le dijo “que debía de haber perdido el juicio, pues tan presto se había dejado convencer de unos pocos bárbaros como eran los cristianos”.<sup>127</sup>

Independientemente de la cuestión de si ese episodio ocurrió realmente o no, el interés del texto estriba en que se trata de una variante de la tradición histórica acolhua, en la que se expresa que los nahuas pensaban que los españoles no eran más que unos hombres bárbaros y no unas deidades.

#### COMENTARIO FINAL

Después de la revisión de diferentes obras representativas de distintas tradiciones históricas indígenas, no se pueden plantear conclusiones definitivas, pero sí alguna vía para la solución del problema que se planteó en este capítulo. A pesar de la uniformidad de un número importante de crónicas de tradición náhuatl en afirmar que los nahuas llamaban dioses a los españoles, el análisis de las mismas revela que los castellanos son presentados tanto con características sobrehumanas como plenamente humanas, y que las primeras presentan importantes contradicciones e inconsistencias, de las cuales la más notable es su alimentación propia de hombres y no de dioses. Igualmente, si se comparan los atributos de los castellanos

<sup>127</sup> Fragmentos del “Códice Ramírez”, p. 137.

en las crónicas con los de los hombres dioses Martín y Andrés Mixcóatl se encontrará que no coinciden en absoluto (véase cuadro 3). Así mismo, se constata que el trato que recibieron los españoles, y la forma de relacionarse con ellos, es la que se establecía entre grupos humanos, de carácter político y militar, y no de carácter ritual y religioso. En otras palabras, los llaman dioses pero los tratan como a hombres.

Esta conclusión preliminar abre otra interrogante, ya que si los saben seres humanos, y los tratan como tales, ¿por qué los siguen llamando dioses? Quizá porque el concepto náhuatl de *teotl* no sólo es “dios” y se haya aplicando alguna otra o varias de sus acepciones al referirse a los españoles.

En este sentido es necesario constatar que la palabra teules también fue usada por los españoles con significado bien diferente del de “dioses” o “cosas malas como demonios”; así tenemos menciones en textos del siglo XVI del grupo indígena de los “teules chichimecas”, grupo habitante de la región del Teul.<sup>128</sup> La designación, por parte de los españoles, de un grupo humano como de teules, aunque fueran chichimecas, nos indica que es probable que el término teul, en el contexto colonial no indique necesariamente a un dios; pero si no señala siempre una divinidad, entonces, ¿qué más puede denotar?

Al respecto es necesario recordar la propuesta de Clavijero y Eulalia Guzmán, en el sentido de que teules en realidad quisiera decir señores; al respecto hay algunas noticias que pueden indicar que acaso tuvieran razón, aunque no se trate de la castellanización de la palabra *teuchtli*, sino de otra. Pedro Arenas, en su *Vocabulario manual de las lenguas Castellana y Mexicana* registra la voz *teuhtli* con el sentido de señor,<sup>129</sup> el plural de esta palabra sería *teteuhtin*, ya muy cercano a teules; en primera instancia esto parece ser muy

<sup>128</sup> Véase Juan de Sámano, “Relación de la conquista de los teules chichimecas”, en *Colección de documentos para la historia de México*, 2 v., edición facsimilar, edición de Joaquín García Icazbalceta, México, Porrúa, 1971, p. 271; Motolinía, *El libro perdido*, p. 483, y Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, edición facsimilar, 2.ª edición, edición, noticias e índice por Joaquín García Icazbalceta, México, Porrúa, 1980, p. 402.

<sup>129</sup> Pedro de Arenas, *Vocabulario manual de las lenguas castellana y mexicana*, edición facsimilar, estudio introductorio de Ascensión H. de León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, p. 48, 145.

dudoso, ya que tanto Molina como Simeón registran *teuhtli* como polvo. Sin embargo, otros testimonios dan substancia a la información de Arenas; así, en la “Relación de las Cuatro Villas”, se dice que el gobernante de Huaxtepec era llamado Tultécatl *teutli* “Señor tolteca”.<sup>130</sup>

Por su parte, el regidor del cabildo de Tlaxcala, Faustino Maxicatzin, en su “Descripción del mapa historiógrafo”, al ir comentando las diferentes escenas del *Lienzo de Tlaxcala* registra en varias ocasiones el rango de Chichimecateutli “Señor de los chichimecas”,<sup>131</sup> y además registra un caso del uso de la voz *teuhtli* en composición: se trata de un edificio al que llama *teucalli*, “que quiere decir casa de señores”.<sup>132</sup> El ejemplo de mayor claridad está en el *Códice de San Toribio Xicotzinco*, proveniente del pueblo tlaxcalteca del mismo nombre; este documento tiene elementos genealógicos y glosas en náhuatl y de él se hizo una copia a tinta con la traducción de las glosas al español; en el código aparece la representación de Xicoténcatl, gobernante tlaxcalteca en el momento de la conquista, con un texto náhuatl que dice “*Teutli Xicotencatl*”, mientras que en la copia el texto castellano dice “el Señor Xicoténcatl”.<sup>133</sup> Algo más sobre esto puede encontrarse en el *Lienzo de Tlapa Azoyú*, en el que se registran los nombres de varios gobernantes indígenas, entre los que se encuentran Mácatl *teuhtli* y Xilomatziteuhtli, en donde el término *teuhtli* tendría el mismo sentido ya aludido de gobernante o señor.<sup>134</sup>

<sup>130</sup> “Relación de las Cuatro Villas”, p. 201; el editor de este documento, René Acuña, agregó entre corchetes las letras que supuso le faltaban; así en su edición se lee “Tultécatl Te[c]u[h]tli”.

<sup>131</sup> Nicolás Faustino Mazihcatzin y Calmecahua, “Descripción del mapa historiographo del muy ilustre Ayuntamiento de la nobilísima, insigne y siempre leal ciudad de Tlaxcala”, comentario introductorio y notas de Federico Gómez de Orozco, en *La escritura pictográfica en Tlaxcala, dos mil años de experiencia mesoamericana*, Luis Reyes García (coord.), México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1993, p. 67, 68, 70, también registra un Cihuacoateutli, “señor gemelo femenino”.

<sup>132</sup> *Ibidem*, p. 68.

<sup>133</sup> Luis Reyes, “Documentos pictográficos de Tlaxcala”, en *La escritura pictográfica en Tlaxcala, dos mil años de experiencia mesoamericana*, Luis Reyes García (coord.), México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1993, p. 205, lám. XVII. Documento A, y lám. XVII. Documento B.

<sup>134</sup> *Apud* Constanza Vega Sosa, *Códice Azoyú 1*, p. 60. No debe olvidarse la observación que hace Karen Dakin a propósito de que las variantes ortográficas bien pueden manifestar un desconocimiento del amanuense del náhuatl antes que una va-

Estos ejemplos parecen suficientes para proponer que posiblemente el término *teuhtli* fuera usado con el sentido de señor o gobernante y que su uso podría corresponder a una variante dialectal propia de una región o de un sector de la sociedad tlaxcalteca; pero debe reconocerse que estos indicios no son contundentes.

Ahora bien, es posible que esta palabra, al ser castellanizada durante el siglo XVI, se transformara hasta dar un curioso plural del cual informa Alonso de Zorita. Este autor, al describir los diferentes tipos de gobernantes indígenas en la Nueva España, habla de una categoría de señores que estaba sujeta a los supremos gobernantes, a los que da el nombre de teules.<sup>135</sup> El testimonio de Zorita reviste particular importancia puesto que, al haber sido oidor de la Real Audiencia de la Nueva España, seguramente estuvo en contacto con los problemas de legitimidad y posesión de tierra de la nobleza indígena y por ello sabía perfectamente de lo que estaba hablando.

Entonces, es posible que el uso del término *teuhtli* y su probable plural castellanizado, teules, haya sido fuente de malos entendidos en el proceso historiográfico al confundirse con la palabra *teotl* o “dios”. Además, si esta palabra realmente fue usada con el sentido de “señor” permitiría explicar buena parte de las contradicciones en las fuentes, ya que esto ayudaría a entender por qué los cronistas de tradición náhuatl llamaban “teutl” a los castellanos al tiempo que los presentaban como simples hombres. En esta discusión es interesante recordar un texto de Muñoz Camargo, ya citado atrás, que dice “los tlaxcaltecas [decían que] se habían confederado con los dioses, que así eran llamados generalmente en toda la tierra, sin

riante dialectal: “Las diferencias dialectales deben ser sistemáticas”; véase Karen Dakin “El náhuatl del Códice Azoyú 1 y el Lienzo de Tlapa”, en *Arqueología y etnohistoria del Estado de Guerrero*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986, p. 313.

<sup>135</sup> Alonso de Zorita, *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España*, 3.<sup>a</sup> edición, prólogo y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 28, donde menciona en dos ocasiones a los señores “teules”; véase también Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español 1521-1821*, 9.<sup>a</sup> edición, traducción de Julieta Campos, México, Siglo XXI, 1986, p. 157, donde dice que “teules” era una de las formas en las cuales se habla de los señores indígenas en los documentos coloniales.

*poderles dar otro nombre*".<sup>136</sup> Tal vez los tlaxcaltecas llamaron *teteuh-tin* "señores", a los castellanos a propósito, a sabiendas de que eso implicaría una confusión para otros pueblos nahuas que los tomarían como *teteu*, "dioses", para explotar a su favor la idea de que se aliaron con divinidades y no con invasores humanos. Esta posible confusión se vería favorecida por lo extraño de los españoles y el inusual poder de sus armas.

Esto también permitiría entender el uso que hacen Bernal Díaz del Castillo y Aguilar de teules como cosas malas, como demonios o dioses, al tiempo que describen cómo los indios los tratan como hombres y les hacen la guerra sin mayores consideraciones; probablemente los soldados cronistas estén usando conscientemente el sentido de dioses de teules para encarecer más sus méritos o desacreditar a los indígenas (véase cuadro 4).

Sin embargo, es necesario reconocer que la información reunida y manejada sobre el problema de la naturaleza de los españoles no es suficiente para dar cabal respuesta a las dificultades que presentan las crónicas de tradición indígena; la cuestión, pues, está todavía lejos de resolverse, pero cuando se retome el problema deberá tomarse en cuenta la posibilidad de que los dirigentes políticos de los distintos pueblos nahuas nunca pensarán que los españoles fueran dioses, sino un grupo de señores guerreros particularmente extraños y peligrosos.

<sup>136</sup> Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala...*, p. 248. Las cursivas son mías.

Cuadro 4  
POSIBLE ORIGEN Y DESARROLLO DE LA PALABRA “TEULES”

Náhuatl	“Señor” (singular) (plural) <i>Tecuhtli / Tetcuhtin</i> <i>Tecutli / Tetcutin</i> <i>Teuctli / Teteuctin</i>	“Dios” (singular) (plural) <i>Teotl / Teteo</i> <i>Teutl / Teteu</i>	“Señor” (singular) (plural) <i>Teuhtli / [Teteuhtin]</i>
		Teotle	[Teuhtle] / [Teuhtles]
Castellano	Tecutle / Tecutles Teoctle / Teoctles Tectle / Tectles / Tecuclis	Teul / Teules	[Teutle] / [Teutles] [Teul] / Teules

Fuente: Elaboración propia.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## MOTECUHZOMA ANTE LA CONQUISTA

*Esos reyes poderosos que vemos por escrituras ya pasadas, con casos tristes, llorosos, fueron sus buenas venturas trastornadas. Así que no hay cosa fuerte, que a papas y emperadores y perlados, así los trata la muerte como a los pobres pastores de ganados.*

Jorge Manrique

### EL PROBLEMA

Al igual que en el caso de los temas abordados en los capítulos anteriores, el de la personalidad de Motecuhzoma ha sido motivo de diversas opiniones a lo largo de casi 500 años de esfuerzo historiográfico.

En tanto que la figura de Hernán Cortés ha sido objeto de numerosos estudios, la de Motecuhzoma no ha merecido una igual profusión en las investigaciones ni la misma profundidad en ellas. Este contraste entre los dos personajes responde a una situación más general e importante en los estudios sobre la conquista de México, ya que mientras abundan las obras que abordan los aspectos ideológicos, jurídicos, tecnológicos, historiográficos, entre otros, de los conquistadores españoles, los estudios sobre sus aliados y sus oponentes mesoamericanos en el contexto de la Conquista son escasos, menos acuciosos y más teñidos de prejuicios. Es posible que una de las razones de esta diferencia se encuentre en la misma manera tradicional de abordar las fuentes, que busca “hechos” y “acontecimientos”, para lo cual los relatos de tradición indígena en general presentan más dificultades que los textos españoles para una pronta aprehensión. Esto significa que hay una distancia cultural —más que temporal— entre la noción de documento occidental y la preparación técnica de los historiadores frente a los textos de una cultura fundamentalmente distinta.

Por principio de cuentas, y para entender mejor este capítulo, hay que destacar los puntos principales que se señalan en la historiografía de la conquista española respecto de la actuación de Motecuhzoma ante ella, que son, en primer término, su aparente ambigüedad frente a los castellanos, ya que por una parte los recibe con obsequios y por otra trata de impedir su llegada a Tenochtitlan; en segundo término, el gran temor que parecen despertar en él los españoles, así como su aparente docilidad cuando Cortés lo apresa y, por último, la entrega del poder que se supone hace en favor de la corona española y de Cortés, al darse por vasallo de su majestad católica. Todos ellos constituyen temas críticos para la comprensión del proceso de conquista militar de los mexicas.

El problema que se plantea es cómo entendieron los autores que siguen la tradición historiográfica indígena la conducta del gobernante. Ello nos remite a una dimensión más general del problema: la de cómo se explicaron las acciones y actitudes de los grupos nahuas frente a los conquistadores españoles.

Los cronistas de la Conquista han visto a la figura de Motecuhzoma de diferentes maneras que dependen de la posición particular de cada uno de ellos respecto del acontecimiento. En términos generales, es posible hablar de un primer momento que, en lo general, corresponde al siglo XVI, en el acercamiento a la figura del *tlatoani* mexica, en el cual se le presenta como un gran señor derrotado, tal como lo comenta el historiador Francisco López de Gómara al hacer un balance favorable de la personalidad de Motecuhzoma, sin dejar de resaltar su enorme poder:

Una cosa sé decir, que nunca dijo mal de españoles, que no poco enojo y descontento era para los suyos. / Dicen los indios que fue el mejor de su linaje y el mayor rey de México. Y es una cosa que cuando los reinos más florecen y más encumbrados están, entonces se caen y pierden o truecan señor, según las historias cuentan, y como lo habemos visto en este Moteczuma y en Atabaliba [Atahualpa]. Más perdieron nuestros españoles con la muerte de Moteczuma que los indios, si bien consideraseis las muertes y destrozo que luego se siguió a los unos y el contentamiento y descanso de

los otros, porque muerto él, se quedaron en sus casas y tomaron nuevo rey.<sup>1</sup>

Aunque ya entonces había ciertas dificultades para explicar el comportamiento de Motecuhzoma, sobre todo en lo que se refiere a su aparente sumisión ante Cortés y la corona de Castilla, por lo cual el comentario de Gómara es un tanto amargo: “Cuentan que fue muy sabio: a mi parecer. O fue muy sabio, pues pasaba por las cosas así, o muy necio, que no las sentía”.<sup>2</sup>

Por su parte, el soldado cronista Bernal Díaz del Castillo, quien trató personalmente al personaje, al referir su muerte asienta: “Y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados; e hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, que tan llorado fue como si fuera nuestro padre; y no nos hemos de maravillarlo viendo que tan bueno era; y decían que había diez y siete años que reinaba y que fue el mejor rey que en México había habido”.<sup>3</sup>

En estos autores de la segunda mitad del XVI la estatura del señor vencido es proporcional a la grandeza de la empresa de la Conquista; la dimensión de su poder da la medida del valor y los méritos de los españoles al enfrentar y vencer a tan encumbrado gobernante.

En el siglo XVII Antonio de Solís vuelve a señalar la grandeza del personaje, pero también comienza a apuntar los supuestos defectos y los vicios del “emperador”, de entre los cuales sobresalen su soberbia y su vínculo con el demonio.

Destacaba el gran pecado de la soberbia, así como fue la soberbia su vicio capital y predominante: votaba por sus méritos cuando encajecía su fortuna, y pensaba de sí mejor que sus dioses, aunque fue sumamente dado a la superstición de su idolatría; y el demonio llegó

<sup>1</sup> Francisco López de Gómara, *Historia de la conquista de México*, 2 v., edición, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Pedro Robredo, 1943, v. I, cap. CVII, p. 302.

<sup>2</sup> *Ibidem*, v. I, cap. CVII, p. 302-303.

<sup>3</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición, índices y prólogo de Carmelo Sáenz de Santa María, México, Alianza, 1991, cap. CXXVI, p. 377.

a favorecerle con frecuentes visitas, cuya malignidad tienen sus hablas y visiones para los que llegan a cierto grado en el camino de la perdición.<sup>4</sup>

En seguida, el cronista de Indias refiere la prisión de Motecuhzoma por Cortés y se pregunta cómo fue posible que un “rey” soberbio y guerrero permaneciera cautivo de los españoles por su propia voluntad, y cree encontrar la respuesta en la intervención de la divina providencia. “Púdose dudar entonces la causa de semejante sujeción; pero de sus mismos efectos se conoce ya que tomó Dios las riendas en la mano para domar este monstruo, sirviéndose de su mansedumbre para la primera introducción de los españoles: principio de que resultó después la conversión de aquella gentilidad”.<sup>5</sup>

Para Solís la única explicación plausible de la aparente sumisión de Motecuhzoma ante los españoles radica en aceptar la intervención directa de la deidad en el curso de la historia. Dios apaciguó al “monstruo” para que los españoles cumplieran la misión providencial de la expansión del evangelio en tierras americanas.

En el siglo XVIII, Francisco Javier Clavijero desarrolló aún más la valoración negativa de Motecuhzoma, al considerarlo un personaje aterrorizado por las creencias supersticiosas de su religión que lo paralizaron ante los españoles, pues pensó que éstos eran dioses, situación que destaca con motivo de la matanza de Cholula, frente a la cual el gobernante no reaccionó de manera militar, “tan grande era el horror que aquel supersticioso principio había concebido de los españoles. No hubiera hecho mayor diligencia por evitar su visita si hubiera sabido todo el mal que le habían de hacer”.<sup>6</sup>

En otro lugar de su obra, el jesuita considera que los medios diplomáticos y los regalos de que se valía Motecuhzoma para alejar a los españoles, sólo revelan su incapacidad de gobernar y de reac-

<sup>4</sup> Antonio Solís y Rivadeneira, *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*, 5.<sup>a</sup> edición, prólogo y apéndices de Edmundo O’Gorman, notas de José Valero Silva, México, Porrúa, 1990, libro IV, cap. XV, p. 249.

<sup>5</sup> *Ibidem*.

<sup>6</sup> Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, 8.<sup>a</sup> edición, prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1987, libro VIII, cap. 30, p. 330.

cionar adecuadamente, puesto que se trataba de “esfuerzos inútiles de la pusilanimidad de aquel monarca; pues cuanto más oro expedía en obsequio de aquellos nuevos hombres, tanto más caras compraba las cadenas que debían oprimir su libertad”.<sup>7</sup>

Finalmente, para tratar de explicar la prisión de Motecuhzoma por los castellanos con la aparente complacencia de éste, Clavijero recurre, al igual que Solís, a plantear la intervención divina en el caso:

Bien conozco que los lectores percibirán al leer y reflexionar en las circunstancias de este extraordinario suceso, la misma displicencia que yo siento al escribirlo; pero es preciso adorar en éste y otros sucesos de nuestra historia los altísimos consejos de la Divina Providencia, que tomó a los españoles por instrumentos de su justicia y misericordia para con aquellas naciones, castigando en unos la superstición y la crueldad, e iluminado a los demás con la luz del Evangelio. No nos cansaremos jamás de inculcar esta verdad y de dar a conocer, aun en las acciones más desarregladas de las criaturas, la bondad, la sabiduría y la omnipotencia del creador.<sup>8</sup>

Tanto Clavijero como Solís explicaron la actitud que las fuentes atribuyen a Motecuhzoma en términos de una forma de comprensión que rebasaba el acontecimiento mismo y que era propia de su horizonte cultural. Si en primera instancia las acciones de los hombres parecen incomprensibles, esto se debe a que tanto su causa como su sentido profundo se encuentran en el cumplimiento del plan divino de la historia, un plan que es justo porque castiga a los tiranos, a los soberbios y a los crueles idólatras al tiempo que permite a los indígenas simples acceder a la salvación.

Ya en el siglo XIX comienza a abandonarse la visión providencialista de la historia y se trata de explicar la actitud de Motecuhzoma frente a los españoles en términos exclusivamente humanos y se juzga su personalidad conforme a los valores morales de esa centuria. Es en este contexto que Manuel Orozco y Berra emite uno de los juicios más severos contra Motecuhzoma, tildándolo de inepto,

<sup>7</sup> *Ibidem*, libro VIII, cap. 22, p. 321.

<sup>8</sup> *Ibidem*, libro IX, cap. 5, p. 344.

soberbio, fanático, cobarde y afeminado. Para Orozco y Berra se trata de un personaje dominado por dos grandes vicios, los “más ingratos de la humanidad”, el de la soberbia de ser el máximo gobernante y el de la superstición de un hombre que se había dedicado al culto de una falsa religión. Dominado por estos vicios, atemorizado por fenómenos naturales que tomó por anuncios del cielo y convencido de que los castellanos eran dioses, Motecuhzoma se debatió en torno a qué actitud asumir ante ellos.

Vacilaba, entre el deber que tenía que cumplir y la vergüenza de bajar al polvo. Sin voluntad firme, pasaba de la angustia de la flaca mujer que llora y gime, a la ciega confianza de un insensato. Era un menegado. Si se creía dios, debió combatir contra los dioses, encarar de poder a poder, agotar los recursos de su divinidad, contrarrestar a las estrellas y a los hados. Si, como pensaba, era el señor y dueño de la tierra, del cielo y del infierno, aconsejado por el temple varonil del guerrero debió combatir con brío, si no para triunfar, para morir con gloria. No le pasó por las mientes, [en] caso que el sino no pudiera ser contrarrestado, esperarle con faz serena, desplegar la confianza tranquila y estoica que los guerreros indios saben mostrar en los crueles tormentos que sus enemigos les aplican. Ante los embates de la fortuna se doblegó como débil caña; ante la desgracia quedó fascinado como el pájaro ante la boca de la serpiente; el orgulloso, el omnipotente, el dios, perdió la energía, bajóse él mismo de su alta dignidad, tornándose débil, cobarde y aun villano.<sup>9</sup>

Difícilmente se podrá encontrar una opinión más adversa al *tlatoani* mexica que la del erudito decimonónico.

Años más tarde Alfredo Chavero externó opiniones similares, aunque algo atenuadas. Por una parte, reconoce en Motecuhzoma dos dimensiones relevantes: la de un fuerte jefe guerrero y la de un gobernante fanático. “Estos dos elementos debían formar su carácter: como guerrero debía ser absoluto en el mandar y no admitir contra-

<sup>9</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, 2.<sup>a</sup> edición, 4 v., edición y estudio previo de Ángel M. Garibay, biografía y bibliografías por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1978, v. III, p. 445-446.

dicción, y como sacerdote severo é inflexible con los hombres y débil y humilde ante lo que él tomara como voluntad de los dioses”.<sup>10</sup>

Este doble carácter de la personalidad de Motecuhzoma hizo que entrara en conflicto ante la llegada de los españoles, pues estaba tan atemorizado por los fenómenos naturales que tomó como presagios que consideró que la llegada de los extraños se debía a la voluntad de los dioses.

Acaso espantado por la matanza de Cholula, en vez de rabia en el corazón, sintió Moteczuma la más triste de las cobardías, entregar á su patria, y consintió al fin en recibir a Cortés [...] sólo le ocurrió oponerse a los españoles con embajadas, presentes y engaños pueriles, con sortilegios y actos supersticiosos y con intentar la sorpresa de Cholóllan, sin ponerse valeroso al frente de sus guerreros, y concluyó por abrir inerme á los extraños la nunca profanada ciudad de Tenoch.<sup>11</sup>

Más adelante, al referir las pláticas entre Cortés y Motecuhzoma, en las que se dice que el segundo aceptaba sujetarse al poder y autoridad de los castellanos, Chavero señala que la única causa del hecho fue el fanatismo del gobernante: “Era la última protesta de Moteczuma contra su suerte y completa sumisión á sus supersticiones y al fatalismo de sus creencias. El pueblo valeroso veía á su rey como una divinidad, y calló ante su voluntad débil y enfermiza; pues se nos antoja que el cerebro de Moteczuma, trabajado por su fanatismo, no estaba sano del todo”.<sup>12</sup>

El otrora gran señor derrotado es, para los eruditos decimonónicos, un cobarde supersticioso y, acaso, un loco.

La animadversión de estos autores ante la figura de Motecuhzoma puede entenderse si se tiene en cuenta el momento histórico en que realizaron sus obras, pues a fines del siglo XIX, una vez alcanzada

<sup>10</sup> Alfredo Chavero, “Historia Antigua”, en Vicente Riva Palacio, Alfredo Chavero, Julio Zárate, Enrique de Olavarría y Ferrari, José María Vigil y Manuel Dublán, *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, 16 v., México, Cumbre, v. III, libro v, cap. VII, p. 227-228.

<sup>11</sup> *Ibidem*, v. III, libro v, cap. IX, p. 226.

<sup>12</sup> *Ibidem*, v. III, libro v, cap. IX, p. 267.

cierta estabilidad política en el país, los estudiosos eran conscientes de la necesidad de forjar la historia de la nación mexicana, una historia que respondiera tanto a las exigencias de la crítica histórica de su momento como a las que imponía la realidad política y social. Se trataba de hacer un discurso histórico en el cual se diera cuenta de los antecedentes y el surgimiento de la nueva nación; es en este contexto que tanto Orozco y Berra como Chavero se abocaron a escribir —y construir— la historia antigua de la nación mexicana con las armas de la erudición y de los nuevos documentos publicados. Como toda historia patria, era una historia que se concebía hecha por grandes héroes que con sus brillantes acciones forjaron las gestas fundadoras de la nación; en más de un sentido se trataba de una historia ejemplar.

En sus afanes por encontrar la verdad de los hechos realmente acontecidos se tropezaron con la figura de Motecuhzoma; la información de que disponían sobre el personaje simplemente no encajaba en los moldes heroicos de la historia patria, ni las acciones que se le atribuían fueron, desde su particular punto de vista, ejemplares; incapaces de comprenderlo desde una perspectiva nacionalista tampoco pudieron explicarlo y por ello lo vituperaron.

Al no encontrar, ni entender, ninguna lógica en las acciones que las crónicas le atribuían al personaje, optaron por pensar que no había ninguna lógica —al menos la lógica de los héroes— y lo dibujaron como un hombre absurdo, dominado por insanas pasiones y con sus facultades mentales disminuidas.

Ya en el siglo xx, los juicios sobre Motecuhzoma fueron más serenos y moderados aunque no por ello más comprensivos. Por ejemplo, para Carlos Pereyra, la actitud dubitativa y contradictoria de Motecuhzoma se explica por el carácter decadente de la sociedad indígena; “Motecuhzoma era el tipo de una sociedad en decadencia, moralmente agotada, sin resortes para la acción: Agonizaba el poderío azteca. Una sacudida, aun menos brusca que la española, habría bastado para derrumbarlo”.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, 2.<sup>a</sup> edición, prólogo de Martín Quirarte, México, Porrúa, 1976, p. 98.

El gobernante indígena tuvo una actitud reprochable, pero aunque hubiera reaccionado con más acierto, no habría podido evitar la destrucción de la sociedad mexicana, porque ésta se encontraba en un proceso de decadencia y disolución, y por ello le fue imposible resistir el impulso de la superior cultura española: “El imperio llevaba una existencia precaria. Aun sin la presencia de los europeos y sin los errores de Motecuhzoma, aun en las manos viriles de un héroe, se habría disuelto”.<sup>14</sup>

La posición de Pereyra nace de una profunda admiración de la empresa española en América y de un deseo de resaltar aquellos aspectos de la Conquista y colonización que a su juicio tenían valor universal, así como de ponderar la tradición hispana dentro de los países americanos.

No es sino hasta mediados de este siglo cuando puede encontrarse una imagen más favorable del *tlatoani* mexicana en la obra de Eulalia Guzmán. Como si fuera el reverso de Orozco y Berra y Pereyra, esta estudiosa indigenista buscaba resaltar los valores prehispánicos como forjadores de la nacionalidad mexicana. En su opinión, Cortés no era más que un malvado, mientras que Motecuhzoma se transforma en un gran personaje vencido por el pérfido capitán español y sus ambiciosas huestes.

Pero la profesora Guzmán fue aun más lejos y, apoyada en un exhaustivo trabajo de comparación de las *Cartas de relación* de Cortés con otras crónicas, sustentó que la imagen negativa de Motecuhzoma, según la cual era hombre soberbio, un gobernante déspota, cobarde y además fanático, se debe a las numerosas y grandes mentiras contenidas en las cartas del capitán extremeño.

Merecen comentario aparte las falsedades y alteraciones a la verdad, que se refieren a la personalidad de Motecuhzoma Xocoyotzin, 9° señor de Tenochtitlan, pues ellas constituyen la obra maestra de Cortés en la mentira, por la audacia y la habilidad en tramar y combinar los elementos que le fueron necesarios para lograr su objeto, y por el enorme alcance que tuvieron en el destino de los pueblos de América y España. / Tanto es así que, por una parte, a partir de las narraciones

<sup>14</sup> *Idem.*

de la Carta II de Cortés, la “cobardía”, la “tiranía” y la “superstición” de Motecuhzoma han sido proverbiales durante más de 430 años, no obstante los sesudos historiadores mexicanos y extranjeros que han examinado el caso, los cuales no sospecharon la mentira.<sup>15</sup>

Las mentiras y falsedades del malévolo Cortés tenían como fin justificar de manera política y jurídica su Conquista en los términos legales españoles de la época. Desde esa perspectiva, la profesora Guzmán afirmó que todo lo dicho por los historiadores acerca de Motecuhzoma era fundamentalmente falso, hasta el momento en que ella denunció el engaño. Posición tan extrema y tan preñada de prejuicios como la que quería combatir.

Posteriormente Michel Graulich, desde la perspectiva de la historia de las religiones y la mitología comparada, ha propuesto que, en realidad, no existen documentos que permitan acercarse al conocimiento ni de la situación de la sociedad mexicana antes de la Conquista ni de la figura de Motecuhzoma. “Ningún testimonio informa sobre lo que pasó exactamente en México en los años 1510-1519, ni tampoco sobre lo que sintió el soberano. Cuanto se ha escrito al respecto, lo ha sido después, ya cumplida la catástrofe, y después que los acontecimientos hubieran sido más o menos reinterpretados en términos míticos”.<sup>16</sup>

Según Graulich, la figura de Motecuhzoma fue modificada en las crónicas indígenas siguiendo el modelo del “mito” de la caída de Tula. Así, la imagen que dan las crónicas del gobernante mexicana corresponde a la del “mítico” señor tolteca Huémac.<sup>17</sup> De tal forma, para este autor, las crónicas de tradición indígena de la Conquista dicen más acerca de los “mitos” de Tula y de Quetzalcóatl que de los acontecimientos en ella, ya que éstos fueron ordenados y reinterpretados según el modelo de las tradiciones sobre la ciudad de los toltecas.

<sup>15</sup> Eulalia Guzmán, “Prólogo”, en *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*, edición de Eulalia Guzmán, México, Libros Anáhuac, 1958, p. LXXI.

<sup>16</sup> Michel Graulich, *Quetzalcóatl y el espejismo de Tollan*, Antwerpen, Instituut voor Amerikanistiek, 1988, p. 246.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 251-252.

Curiosamente, hay quien postula una idea muy parecida a la de Graulich, pero al revés: se trata de Susan Gillespie, para quien la historia de los señores de Tula y la de los gobernantes mexicas anteriores a Motecuhzoma Xocoyotzin, fue alterada para corresponder a un modelo “mítico” de la figura del último *tlatoani* de Tenochtitlan, quien marcaría una frontera entre la “historia” y el “mito”, en la cual todo lo anterior a él sería un “mito” y todo lo posterior sería “historia”, en tanto que en el propio personaje se confundirían el “mito” y la “historia”, y así, de entre todos los gobernantes mesoamericanos, sólo de él tendríamos alguna información fidedigna.<sup>18</sup>

Tanto Graulich como Gillespie niegan casi todo valor a las crónicas de tradición indígena como fuentes de conocimiento para la historia de la Conquista; lo único que puede conocerse es la estructura de los mitos principales con que los nahuas supuestamente reescribían y desfiguraban los relatos acerca de su pasado. Lo cual, por supuesto, deja sin explicar el problema, pues, entre otras cosas, debe preguntarse cómo es posible que personajes como Chimalpain e Ixtlilxóchitl, que escriben en pleno siglo XVII y hacen mención específica de su catolicismo sigan escribiendo sus obras conforme a los supuestos modelos míticos prehispánicos.

#### CARACTERÍSTICAS DEL *TLATOANI* MEXICA

El principal problema que impide la adecuada comprensión de la imagen de Motecuhzoma que presentan las crónicas de tradición indígena radica en que casi todos los autores que se han ocupado de él han tratado de ubicarlo desde la perspectiva occidental del buen y el mal gobierno, sin tratar de penetrar en la idea misma que los nahuas tenían del cargo de *tlatoani* y del ejercicio del poder; por ello es del todo pertinente, antes de abordar el análisis de la figura de este personaje en la historiografía de tradición náhuatl, presentar los elementos fundamentales del concepto nahua del gobierno.

<sup>18</sup> Susan D. Gillespie, *Los reyes aztecas. La reconstrucción del gobierno en la historia mexicana*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Siglo XXI, 1993, p. 178.

En esta sección, se trata de presentar unas notas acerca de las características del poder del *tlatoani* mexicana, con el objetivo de confrontarlo con la imagen que se maneja de Motecuhzoma Xocoyotzin en los relatos de la Conquista.

Para esto, el análisis está enfocado en tres puntos básicos. Primero, el de la naturaleza misma del poder del *tlatoani*. Después, los comportamientos específicos que se esperaban de él. Por último, las consecuencias que, de no cumplir con estas expectativas, podrían afrontar tanto el gobernante como la comunidad que presidía y representaba.

El análisis se basa en los *huehuetlatolli*, cierto género de discursos admonitorios y didácticos, que recogió Sahagún en el “Libro VI” de su *Historia general de las cosas de Nueva España*.<sup>19</sup> A este respecto hay que señalar que, al parecer, estos textos fueron recabados por el franciscano entre 1545 y 1548 en Tlatelolco, al mismo tiempo que preparaba un sermonario en lengua mexicana. En todo caso son anteriores a las pesquisas que dieron origen al conjunto de la *Historia general de las cosas de Nueva España*.<sup>20</sup>

Un par de referencias en los textos permiten suponer, con cierto grado de certeza, que la forma que conocemos de ellos es contemporánea de la conquista y colonización españolas; por ejemplo, en el discurso en el que a la muerte del *tlatoani* se pide un nuevo gobernante, son mencionados los dos *tlatoque* de nombre Motecuhzoma. En el discurso al pueblo del *tlatoani* recién electo se menciona la muerte de Tlachinoltzin, hermano del señor de Cuauhtitlan, ordenada por Motecuhzoma Xocoyotzin.<sup>21</sup> Se trata de material que si bien transmite la tradición prehispánica tiene algunos matices que pueden ser propios del tiempo de la conquista de México.

<sup>19</sup> Sobre los *huehuetlatolli*, véase Ángel María Garibay K., *Historia de la literatura náhuatl*, prólogo de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1992, p. 401-427; y Josefina García Quintana, “El *huehuetlatolli* —antigua palabra— como fuente para la historia sociocultural de los nahuas”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1976, v. XII, p. 61-71.

<sup>20</sup> Véase Luis Nicolau D’Olwer, *Fray Bernardino de Sahagún, 1499-1590*, edición facsimilar, México, Departamento del Distrito Federal, 1990, p. 47, y Jesús Bustamante García, *Fray Bernardino de Sahagún, una revisión crítica de los manuscritos y de su proceso de composición*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 404-405.

<sup>21</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro VI, cap. V, XIV, p. 319, 351.

### *La naturaleza del poder*

El primer aspecto que llama la atención de estos *huehuetlatolli* es la constante presencia de Tezcatlipoca, divinidad a la que pertenece totalmente el poder político. Ya sea con la denominación común de Tezcatlipoca o bajo el nombre de Tloque Nahuaque, este dios es quien presta la “estera y la silla” los gobernantes; esto significa que el poder sólo se tiene prestado en su nombre, y los señores deben reconocer que el cargo de *tlatoani* “sólo es un sueño”, una dádiva del dios.

El *tlatoani* es la manifestación humana, transitoria y terrenal del poder de la divinidad, pues aquel es como una flauta que toca el dios: “Ya me habéis hecho espaldar de vuestra silla, y vuestra flauta, sin ningún merecimiento mío”. Así mismo, él es la imagen de Tezcatlipoca entre los seres humanos, al tiempo que también es encarnación de los sentidos y órganos de la deidad: “Ya soy vuestra boca y vuestra cara y vuestras orejas y vuestros dientes y vuestras uñas”,<sup>22</sup> significando con ello que a través suyo habla la voluntad de la deidad. Lo que ve y oye es como si lo viera el dios, y los castigos que llegue a infligir con los dientes y las uñas del numen los aplicará en su nombre; por eso, al dirigirse al dios, el *tlatoani*, declaraba: “Quiero decir que indignamente soy vuestra imagen y represento vuestra persona, y las palabras que hablare han de ser tenidas como vuestras mismas palabras, y mi cara ha de ser estimada como la vuestra, y mis oídos como los vuestros, y los castigos que hiciere han de ser tenidos como si vos mismo los hiciédeses”.<sup>23</sup>

Sin embargo, no debe pensarse que el *tlatoani* era un dios en la tierra, pues claramente se dice que todos los hombres eran indignos de representar a Tezcatlipoca. Y a pesar de sólo ser un hombre, quien era elegido para ser *tlatoani* accedía, por medio de los ritos de investidura, a otra condición de la existencia, ya que participaba, en alguna medida, de las cualidades de la divinidad. Por medio del ritual de entronización, el gobernante se transformaba en la imagen viva del poder del dios Tezcatlipoca, y por ello era el máximo víncu-

<sup>22</sup> *Ibidem*, v. I, libro VI, cap. IX, p. 335.

<sup>23</sup> *Idem*.

lo entre su comunidad y lo sagrado; de ahí se derivan las importantes funciones sacerdotales y rituales que debía cumplir un *tlatoni*. Finalmente, sólo la divinidad sabe por qué lo ha elegido y sólo ella conoce su destino.

Además, se dice que el ejercicio del poder es penoso, que causa aflicción a quien lo realiza y exige continua penitencia; “que se dice con verdad que no hay paz en la jefatura, en el señorío, y aun se dice que no se bebe ni se come en paz, que no hay alegría en la estera y la silla, que no te alegrarás ni serás feliz, que sólo tendrás penas y tribulación y merecimiento”.<sup>24</sup> Visión de los sacrificios que debe hacer el gobernante para mantener el control de la sociedad.

Un aspecto importante que salta a la vista es la casi total ausencia de la figura de Quetzalcóatl de los discursos relacionados con el máximo gobernante; esto resulta sorprendente dado el consenso, entre los estudiosos, de presentar a este dios como el paradigma de gobernante, como el dios propio de los señores indígenas.<sup>25</sup>

### *Funciones del gobernante*

Las principales funciones encomendadas al *tlatoni* eran tres. La primera, cuidar de la relación entre los hombres y los dioses a través del culto y los ritos públicos; la segunda consistía en atender la realización de la guerra, y la tercera, velar porque se impartiera justicia entre la gente común.

En el lenguaje metafórico se presenta al gobernante como un sol que da luz y calor a la ciudad y al pueblo; así mismo, el *tlatoni* es el corazón de la ciudad, esto es, el centro anímico y de conciencia

<sup>24</sup> Bernardino de Sahagún, *Los once discursos sobre la realeza. Libro sexto del Códice florentino*, introducción, paleografía, traducción, notas e índice por Salvador Díaz Cíntora, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 79.

<sup>25</sup> Véase Thelma Sullivan, “Tlatoni and Tlatocáyotl in the Sahagún manuscripts”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980, v. 14, p. 229-230, en donde sólo se menciona como dios vinculado a los gobernantes a Tezcatlipoca, y a su lado llega a aparecer también Xiuhtecuhtli. Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro VI, cap. VII, p. 326, es el único lugar donde se menciona a Quetzalcóatl.

de la comunidad; de igual manera, era la cabeza de la ciudad y del pueblo. Prueba de ello son las frases que eran pronunciadas a la muerte de un gobernante: “Lo que es cargado, la carga permanece, la cola, el ala ya no tiene madre, no tiene padre, el agua, el cerro ya no tiene ojos, ya no tiene orejas, le falta su corazón. De este modo están como mudos, no hablan fuerte, no hablan; así, están como descabezados”.<sup>26</sup> El texto señala la enorme importancia del gobernante, pues es concebido como el centro de conciencia y de decisión de la población de la ciudad.

El gobernante es padre y madre de los macehuales, y por tanto debía cuidar de la ciudad como si se tratara de una criatura, según lo expresa un texto náhuatl del *Códice florentino* traducido por Josefina García: “En tu espalda, en tu seno, en tu lugar de cargar Nuestro Señor asienta lo que es cargado, la carga, la cola, el ala, los macehuales, los voluntariosos, los caprichosos [...] En tus piernas y en tus brazos colocarás el agua, el cerro, un poco los complacerás, un poco los tundirás”.<sup>27</sup>

El *tlatoani* lleva la carga que soportaron los gobernantes anteriores, que son los macehuales, el pueblo llano. Se trata de una concepción paternalista del gobierno, la cual considera que los dominados se encuentran en un estado de permanente minoría de edad, se les concibe como unos niños incapaces de decidir por sí mismos y a los que hay que cuidar y castigar.

En los discursos dirigidos al gobernante resalta el énfasis que se pone en los aspectos formales de su actividad pública, lo que revela el profundo interés que había para que el *tlatoani* observara estrictamente ciertas actitudes morales, y se abstuviera de incurrir en ciertos comportamientos que se consideraban particularmente negativos. En ese sentido, destacan como opuestos la humildad frente a la soberbia. En el primer aspecto el gobernante debía respetar de manera especial a los ancianos, a los guerreros

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 71.

<sup>27</sup> Bernardino de Sahagún, “Salutación y súplica que hacía un principal al Tlatoani recién electo”, introducción, traducciones y notas de Josefina García Quintana, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980, v. 14, p. 73.

y a los pobres. Debía abstenerse de burlarse de cualquier gente, tampoco debía decir bromas, y en todo momento debía guardar la seriedad y dignidad propias del cargo. En lo que toca al segundo aspecto, debía tener sumo cuidado en no envanecerse de su alto rango, pues no lo detentaba por méritos propios, sino por gracia divina. Hay que destacar que es casi obsesivo el señalamiento de que debe evitar a toda costa cometer actos de soberbia, ya que de incurrir en ella fácilmente estaría en situación de cometer otros errores como sería el menospreciar a las personas, el darse a los lujos, así como envanecerse de su linaje, o mostrarse ávido de tener aun más poder.

Así mismo, debía seguir el ejemplo de los anteriores señores, que eran una importante guía para el gobernante en turno. Entre las normas que debía guardar en todo momento estaba la de cuidar su lenguaje, éste debía ser un lenguaje elevado propio de señores y no hablar como un hombre del pueblo; también debía “acariciar” a los pillis, esto es, cuidar al grupo dominante al cual él mismo pertenecía, y poner especial atención en las formas externas de la religiosidad.

En los textos se previene enfáticamente al gobernante de los peligros que lo acechan en caso de caer en el pecado; así mismo, se le dice que debe tener especial cuidado para no entregarse ni a la pereza ni a la negligencia, ya que, de lo contrario, se correría el grave riesgo de ensuciar con el pecado y las faltas cometidas “la estera y la silla”, o sea, que el gobernante se vuelva indigno de ocupar el asiento del poder que le ha otorgado la divinidad, por eso los sacerdotes rogaban a Tezcatlipoca que el *tlatoani*

asosegadamente y cuerdamente rija y gobierne a aquellos de quien tiene cargo, que es la gente popular, y no permitáis, señor, que agravie ni veje a sus súbditos, ni sin razón y sin justicia eche a perder a nadie. Y no permitáis, señor, que mancille y ensucie vuestro trono y vuestro estrado con alguna injusticia o agravio, que haciendo esto pondrá también mácula en vuestra honra y en vuestra fama.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro VI, cap. IV, p. 318.

Según los textos, las faltas del gobernante constituyen un agravio en contra de las normas establecidas por la misma divinidad; de transgredir dichas normas podía romperse el vínculo existente entre la comunidad que preside y representa con lo sagrado, por lo que sería inminente un grave daño para los gobernados; por ello, era fundamental que el gobernante guardara en todo momento el control de sus emociones para así poder cumplir mejor con sus importantes obligaciones, por ello puede decirse que una de las principales cualidades de un buen *tlatoani* debía ser el autodomínio.<sup>29</sup>

### *Consecuencias del mal comportamiento de un tlatoani*

La manera como el hombre prehispánico concebía el comportamiento incorrecto del gobernante se desprende de un texto en el cual se pide a Tezcatlipoca que quite al *tlatoani* que no ha cumplido adecuadamente con las normas de su oficio. Sahagún se refiere a él como “oración o maldición del mayor sátrapa contra el señor”.<sup>30</sup>

El texto comienza señalando que el dios sabe los actos y pensamientos de todos los hombres; por ello conoce la altivez, la ambición y el corazón duro y cruel del *tlatoani*, quien usa de su cargo “como el borracho usa del vino, y como el loco de los beleños”,<sup>31</sup> está trastornado, fuera de sí y desobedece las normas de comportamiento sociales, rituales y, por ende, también las políticas.

Como ya se ha mencionado, la soberbia es la mayor falta en la que puede incurrir un *tlatoani*, que lo conduce a cometer otras, pues por su orgullo no toma en cuenta el consejo de ninguna persona, provocando con ello el descontento de la gente: “No cura de nadie, ni toma consejo de nadie. Vive según su parecer y según su antojo”.<sup>32</sup> La prosperidad que le ha dado la divinidad es causa de que menosprecie al resto de los hombres.

<sup>29</sup> Véase Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, traducción de Carlos Villegas, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 221-227.

<sup>30</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro VI, cap. VI, p. 321-324.

<sup>31</sup> *Ibidem*, v. I, libro VI, cap. VI, p. 322.

<sup>32</sup> *Idem*.

El gobernante ha olvidado que el poder viene de Tezcatlipoca y ya no honra a los dioses, ni piensa en sus propias faltas. Tampoco cuida del culto y los ritos públicos a las deidades, y no respeta los lugares sagrados. “Y esto le procede de haberse desatinado en los vicios como borracho. Anda como persona baldía y vacía y muy desatinada. No tiene consideración de quién es, ni del oficio que tiene”.<sup>33</sup>

Así mismo, los pochtecas no son cuidados ni atendidos como el dios quiere, y tampoco hay justicia para los macehuales. Con todo ello el *tlatoani* desdora el cargo que ostenta y con esto también deshonra a la misma divinidad.

Y ya que la deidad sabe que es cierto lo que se le dice, debe poner fin a la situación; se pide que inflija al culpable un castigo ejemplar: “A lo menos, señor, castigadle de tal manera que sea escarmiento para los demás, para que no lo imiten en su mal vivir”.<sup>34</sup>

Se suplica a la divinidad que lo castigue quitándolo del gobierno para poner en su lugar a un hombre religioso de buenas costumbres que sea humilde, devoto y penitente. La constante mención de estos contrastes tiene como función señalar y reiterar las faltas del *tlatoani*. Los errores del gobernante son de tal magnitud que se pide un gran castigo de la divinidad, tal como que le quite la condición de *tlatoani*, así como las riquezas materiales para que caiga en tanta pobreza y miseria que apenas tenga para comer, beber y vestir. El castigo también puede consistir en que el mal gobernante sufra el embate de terribles enfermedades, como sería el caso del tullimiento de su cuerpo o la pérdida de la vista, o que se le pudran los miembros, e incluso se pide que la divinidad le quite la vida. “Paréceme, señor, que esto le conviene más, para que descansen su corazón y su cuerpo”.<sup>35</sup>

Pero con estos castigos no acaba el problema, porque quizá Tloque Nahuaque decida destruir toda la ciudad, ya sea a través de una conquista militar, o de un hambre generalizada entre los habitantes, como lo señala un texto náhuatl del *Códice florentino* dirigido al *tlatoani*.

<sup>33</sup> *Idem.*

<sup>34</sup> *Ibidem*, v. I, libro VI, cap. VI, p. 323.

<sup>35</sup> *Idem.*

Él [el dios] te juzgará, en un momento cualquier cosa dispondrá sobre ti, pues en verdad dispone, se burla. / Te estragará o te lanzará *al lugar de los quelites, al bosque* [lo hará macehual]; o te arrojará, te empujará al llamado *estercolero, basurero* [la miseria]. O quizá venga sobre ti alguna cosa *de polvo, de basura* [pecado]; o tal vez venga a vivir sobre ti algo del polvo, de la basura, la ofensa sexual, la ofensa de la palabra. / En tu tiempo será tomada, *será devorada tu agua, tu cerro* [la ciudad]. Ya no serás estimado, en nada serás apreciado. O quizá en tu periodo vendrá *a moverse la flecha, el escudo* [la guerra] y serás odiado. O quizá también se den el hambre, la hambruna. ¿Cómo en forma vana se reventará en ti *la carga, lo que es cargado?* [la gente común] / Tal vez pueda venir incluso *el gran palo, la gran piedra de Nuestro Señor* [el castigo de la divinidad], la enfermedad. Vendrá a ponerse sobre ti la enfermedad. ¿Y cómo tan vanamente vendrá a resultar un lugar sin provecho *el agua, el cerro?* ¿Cómo permanecerá en tinieblas? ¿Cómo será ya un erial?<sup>36</sup>

Debe entenderse que al ser el *tlatoani* el máximo vínculo entre la comunidad que preside y la deidad suprema, todas sus acciones repercuten, en alguna medida, en la relación fundamental que se establece entre los hombres y lo divino. Las fuerzas sagradas que vivifican a su pueblo se ven perturbadas por sus equivocadas acciones, de tal manera que si el *tlatoani* falla en sus funciones de gobierno toda la ciudad se encontrará en grave riesgo. Un mal gobernante puede provocar una fractura en la relación entre la sociedad y lo sagrado, lo que puede traer como consecuencia el fin de estados, pueblos y ciudades, como lo recuerda la historia de Tula, la ciudad de los toltecas que es destruida después de las graves faltas que cometen sus más destacados personajes, Quetzalcóatl y Huémac, el primero por ser un sacerdote que falla al embriagarse y tener relaciones sexuales ilícitas, el segundo consintiendo en los apetitos sexuales de su hija.<sup>37</sup>

<sup>36</sup> Sahagún, “Salutación y súplica...”, p. 75.

<sup>37</sup> Véase Sahagún, *Historia general...*, v. I, libro III, cap. IV, v, p. 209-211.

## MOTECUHZOMA EN LAS OBRAS DE TRADICIÓN INDÍGENA

En este apartado seguiremos el siguiente orden: primero se analizará la tradición tlatelolca recogida por Sahagún, luego la tenochca transmitida por Tezozómoc y Durán, después la versión tlaxcalteca de Muñoz Camargo y, finalmente, el punto de vista de la tradición del Acolhuacan según las obras de Ixtlilxóchitl. Se han escogido estas tradiciones tanto por la prolijidad de algunas de ellas como por permitir un contraste entre los miembros de la Triple Alianza y sus adversarios indígenas.

### *La tradición tlatelolca de los textos sahoguntinos*

En la tradición tlatelolca preservada por Sahagún la primera nota sobre la actitud de Motecuhzoma frente a la llegada de los españoles es señalar el temor. Primero, al presenciar el séptimo de los presagios —el pájaro con un espejo—. Posteriormente, el vago temor inicial de que “algo malo va a pasar” parece concretarse con las primeras noticias sobre los españoles, pues los mensajeros que llevaron la nueva pensaron que se trataba del regreso de Topiltzin Quetzalcóatl.<sup>38</sup> Ante esta noticia, el *tlatoani* ordenó que se guardara el secreto bajo terribles penas y dispuso que se cuidaran las costas.

Cuando se supo del segundo contacto con los españoles, se dice que Motecuhzoma pensó que se confirmaban las primeras noticias, pues parecía tratarse del retorno de Quetzalcóatl. “Era como si pensara que el recién llegado era nuestro príncipe Quetzalcóatl”.<sup>39</sup> Esto desencadena toda una serie de temores y dudas en torno a los extraños.

<sup>38</sup> Bernardino de Sahagún, “Libro doce. En él se dice cómo se hizo la guerra en esta ciudad de México”, traducción y notas de Ángel M. Garibay, en Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 5.ª edición, proemio, introducción, numeración, notas y apéndices de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1982, cap. II, p. 761: “Tuvieron la opinión que era Nuestro Príncipe Quetzalcóatl”.

<sup>39</sup> *Ibidem*, cap. IV, p. 763. En la versión de la “Relación de la conquista...” es una reunión de los principales funcionarios mexicas, quienes después de discutir llegan a

En la tradición tlatelolca el temor de Motecuhzoma responde a este posible regreso de Topiltzin Quetzalcóatl que parece materializarse en el arribo de los españoles. Todas las acciones y determinaciones del *tlatoani* se articulan en torno a altas y bajas en su estado de ánimo, pues en algunas ocasiones lo domina el pánico y en otras parece aceptar resignadamente el arribo de la divinidad.

Pero, ¿qué es precisamente a lo que teme?, ¿cómo se asume Motecuhzoma frente al aparente retorno del dios?

El temor de Motecuhzoma parece responder al conocimiento de una antigua tradición, según la cual, Topiltzin Quetzalcóatl de Tula regresaría algún día para ocupar de nueva cuenta el poder que un día tuvieron los toltecas. Dice el *Códice florentino*: “*Ca iuh catca inyollo in zan oallaz in zan quizaquiuh, quioalmatiz in ipetl, in icpal*”.<sup>40</sup> “Pues así estaba en su corazón,<sup>41</sup> ‘sólo vendrá para acá, sólo vendrá a salir, vendrá a conocer su estera, su silla’”.

Poco a poco se va precisando que el temor de Motecuhzoma consiste en que el dios Quetzalcóatl regrese a conocer y, quizás, a ocupar “su estera y su silla”, esto es, que ocupe el mando y el poder político. Con esto, de manera implícita, se equipara el poder mexicana con el tolteca, y se les coloca en el mismo plano, ya que si Quetzalcóatl perdió el poder en Tula y prometió volver a ocuparlo algún día, cuando parece que regresa amenaza el poder de otro grupo. Sin embargo, en el texto no son claras las razones de esta equiparación de Tula con Tenochtitlan.

En lo que toca a la segunda pregunta tenemos un primer indicio en el mensaje que manda a Cortés con los embajadores; llama al

la conclusión de que se trata del retorno de Quetzalcóatl: “Los cuales en su consejo determinaron que su gran emperador Quetzalcóatl, el cual había ido por la mar hacia aquellas partes orientales, muchos años había que le estaban esperando y había llegado”, “Relación de la conquista de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes”, en *Conquest of New Spain, 1585*, revisión, edición, introducción y notas de S. L. Cline, traducción de Howard F. Cline, Salt Lake City, Universidad de Utah, 1989, cap. III, p. 158.

<sup>40</sup> Bernadino de Sahagún, *Códice florentino. Manuscrito 218-220 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenciana*, edición facsimilar, 3 v., México, Archivo General de la Nación, 1979, v. III, f. 5v., f. 412v., libro XII, cap. III. La paleografía y la traducción son nuestras.

<sup>41</sup> De Motecuhzoma, vale por “lo tenía en su mente”.

capitán *in totecuyo in teutl*, “nuestro señor el dios”, y se declara *in moteciuhcauh*, “tu gobernante”, de *mo-teciuh(qui)-cauh*, esta última es una partícula posesiva, por lo que puede decirse que Motecuhzoma se presenta, en el texto náhuatl, como un gobernante menor supeditado a Cortés.<sup>42</sup>

Por otra parte, la reacción psicológica de Motecuhzoma es muy importante en la tradición tlatelolca. La descripción que se hace de su estado anímico nos muestra a un personaje lleno de temores, profundamente angustiado ante la presencia de quien ha sido tomado como Quetzalcóatl. Los efectos sobre la personalidad del gobernante se describen en el texto náhuatl del *Códice florentino*, al referirse al regreso de la ya mencionada embajada ante Cortés.

*Auh in iquac in aoquicochiz, aoquitlaqual quimatia, aoc ie quilhuiiaia in zazo tlein quichioaia, za iuhquin nentlamatia, iuhquin achica elciciui, mocaauhquetza, mociauhpoa, aoc tle uelic, aoc tle tepac, aoc tle teauialt<sup>43</sup> ipan quimatia.*<sup>44</sup>

Y entonces no de sueño, no de alimento él conoce; ya nadie le habla; con cualquier cosa que hiciera estaba así como afligido; de esta manera continuamente suspira, se levanta cansado, se [encontraba] fatigado, agotado, ya no hay nada que lo alegre, ya nada placentero él conoce.

De acuerdo con esta tradición, Motecuhzoma se encontraba en un estado de gran tensión que le impedía comer, conciliar el sueño y lo mantenía sumido en la angustia. En este mismo sentido es pertinente ver un texto que ofrece una muy interesante descripción del interior del gobernante:

<sup>42</sup> Sahagún, *Códice florentino...*, v. III, libro XII, cap. IV, f. 7v, 414v; Bernardino de Sahagún, *Book 12. The Conquest of Mexico*, paleografía, traducción y notas de Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson, Santa Fe, Universidad de Utah, 1955, p. 13; Sahagún, en sus dos versiones castellanas usa siervo y vasallo, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. IV, p. 823, “Relación de la conquista...”, cap. 4, p. 160.

<sup>43</sup> Léase *teauialti*.

<sup>44</sup> Sahagún, *Códice florentino*, v. III, libro XII, cap. VI, f. 10r-10v, f. 417r-417v. La paleografía y la traducción son mías

*ipampa in quitoaia: "tlein ic topan muchioaz ac nel icac, ha ieppa nehoatl, uel pazmiqui in noyollo, iuhquinma chilatequilo, uel toneoa chichinaca campa nel totecue".<sup>45</sup>*

por eso decía [Motecuhzoma]: "¿Qué ocurrirá con nosotros? ¿Quién en verdad está en pie? ¡Ay, antes de ahora yo! intensamente oprimido de muerte es mi corazón, como empapado en chile, mucho arde,<sup>46</sup> duele<sup>47</sup> ¿A dónde, pues? ¡Oh, nuestro señor!"

Primero se encuentra la angustia ante un futuro que se presiente negativo, pero aún impreciso. A continuación, se hace un comentario sobre el corazón del *tlatoani*, el cual se encuentra *huel patzmiqui*, muy (huel) apretado (*patz*) de muerte (miqui), con lo que se describe una enorme presión y ansiedad en el corazón del *tlatoani*; Molina traduce la palabra *patzmiqui* como "congojarse y angustiarse mucho". Si recordamos que el corazón era considerado como el principal centro de conciencia del ser humano y que en él se encontraban las facultades de la voluntad, la decisión, el conocimiento y las emociones, podemos profundizar un poco más en la personalidad de Motecuhzoma según la tradición tlazolteca, ya que de esta manera tenemos la descripción de un hombre dominado por el temor, con la conciencia trastocada y, por lo mismo, con la voluntad alterada e incapaz de tomar determinaciones adecuadas. En ese sentido, retomemos la metáfora que se usa para explicar el estado de su corazón; "como empapado en chile, mucho arde, duele", expresión cuyo sentido es el de tener gran dolor, quebranto, aflicción y tristeza en su principal centro de conciencia, donde se toman las decisiones. A pesar de ello, en medio del pánico y la indecisión que lo dominan, Motecuhzoma termina por invocar a la suprema deidad y preguntarle si acaso hay algún lugar a donde poder esconderse, "¿A dónde pues? ¡Oh, señor nuestro!"

<sup>45</sup> Sahagún, *Códice florentino*, v. III, libro XII, cap. VI, f. 10v, f. 417v. La paleografía y la traducción son mías.

<sup>46</sup> *Toneoa*, en el sentido de tener una gran aflicción.

<sup>47</sup> *Chichinaca*, tener gran pena.

En el texto son frecuentes las referencias al temor que dominaba la voluntad de Motecuhzoma y lo hacía cometer toda clase de desatinos. Los enviados mexicas al hacer la descripción de los recién llegados y los extraños objetos que traen consigo sólo consiguieron aumentar el miedo del gobernante, “espantóse mucho y mudáronsele los colores; y mostró gran tristeza y desmayo”.<sup>48</sup>

Así, según el texto náhuatl del *Códice florentino*, al escuchar dichos informes, Motecuhzoma, *cenca momauhti iuhqujn iolmjc, moiolte-qujpachoa, moiollacoma*,<sup>49</sup> “mucho se espantó, así como que se le murió el corazón,<sup>50</sup> se le fatigó el corazón,<sup>51</sup> se le turbó el corazón.”<sup>52</sup>

Lo que el texto náhuatl señala con insistencia es el abandono, la ruina anímica y sobre todo el descrédito moral de Motecuhzoma, quien es presentado como un gobernante que se desmaya de pánico, que está triste y desalentado. Sin embargo, luego de esta descripción de un *tlatoni* acobardado se dice que decidió mandar a un grupo de magos en contra de los castellanos.<sup>53</sup>

Como ya se ha mencionado, los magos fracasaron en su intento por alejar a los españoles. Ante esto, el desánimo de Motecuhzoma se intensifica, “estaba preocupado; lleno de terror, de miedo: cavilaba qué iba a acontecer con la ciudad”.<sup>54</sup>

Tanto el pánico como el desánimo del gobernante se extendieron al resto de los mexicas, pues, de manera implícita, las noticias ya se habían difundido. En esas circunstancias, Motecuhzoma no atinó a actuar con decisión y sólo pudo ponerse a llorar,

comenzó á llorar amargamente, y luego todos los que con él estaban; y de allí se derivó este lloro a todos los chicos y grandes de su reino:

<sup>48</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. VII, p. 166.

<sup>49</sup> Sahagún, *Códice florentino*, v. III, libro XII, cap. VII, f. 11v, 418v. La paleografía y la traducción son mías.

<sup>50</sup> *Yolmic*, sentido de desmayarse de pánico.

<sup>51</sup> *Moyoltequipachoa*, literalmente “se le apretó el trabajo del corazón”, con el sentido de tener remordimientos, tener pena, descontento o tristeza.

<sup>52</sup> *Moyollacoma*, sentido de fatiga anímica.

<sup>53</sup> Según la versión de la “Relación de la conquista...”, cap. VIII, p. 166-167, el enviar a los magos fue una decisión conjunta de todos los altos funcionarios.

<sup>54</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. IX, p. 767.

luego comenzaron por las plazas y por las calles, á hacer corrillos, y llorar los unos con los otros, y los unos incitaban á llorar á los otros y se hablaban con gran tristeza, diciendo los unos á los otros, los grandes males que en breve se esperaban; que vendrían sobre ellos: por las calles todos andaban cabizbajos, y llorosos, por las casas, los padres lloraban con sus hijos diciéndoles “hay de mí y de vosotros hijos míos, que grandes males habéis de ver y de pasar”, lo mismo decían llorando las madres a sus hijos é hijas con otras lástimas que el gran temor y tristeza las enseñaba a decir<sup>55</sup>

Nótese como el estado de ánimo del conjunto de los mexicas es una reproducción, a nivel colectivo, del ánimo del gobernante, mostrando una actitud aparentemente pesimista, de inmovilismo político y militar que se contenta con la autoconmiseración y el llanto. La actuación del *tlatoani*, como el centro anímico y de conciencia de la sociedad mexicana, funciona más allá de lo meramente administrativo y aún de lo simbólico, teniendo un efecto directo sobre el ánimo social.

En esta dinámica, los temores de Motecuhzoma van en aumento y cuando se entera de que los españoles hacen preguntas sobre él, eso se convierte en un nuevo motivo para dejarse dominar por el pánico. Incapaz de enfrentar los hechos, el *tlatoani* piensa en escapar del mundo de los hombres: “Estaba para huir, tenía deseos de huir; anhelaba esconderse huyendo, estaba para huir. Intentaba esconderse, ansiaba esconderse. Se les quería esconder, se les quería escabullir a los ‘dioses’”.<sup>56</sup>

Motecuhzoma pensó en ocultarse dentro de una cueva y para lograr sus fines acudió a consultar a “aquellos en que tenía puesto el corazón, en quienes el corazón estaba firme, en quienes tenía gran confianza”.<sup>57</sup> Estos personajes en los que tenía depositada toda su confianza eran poderosos magos conocidos como *tlaciuhque*.

Ellos le dijeron que lo podían llevar a cualquiera de los siguientes lugares: el Mictlan, “el lugar de los muertos”; Tonatiuhichan, “la

<sup>55</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. IX, p. 169.

<sup>56</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. IX, p. 768.

<sup>57</sup> *Idem*.

casa del sol”; Tlalocan, “el lugar de Tláloc”, y Cincalco, “la casa del maíz”. Motecuhzoma decidió huir hacia este último sitio.<sup>58</sup>

Aunque por el momento no es posible comprender plenamente el significado de este pasaje, es importante señalar que estos lugares eran considerados como moradas de los muertos. El *tlatoani* no pudo realizar su plan y la tradición tlatelolca no especifica el porqué.

Es pertinente señalar también que, una vez más, el estado de la conciencia de Motecuhzoma era muy confuso, especialmente después de las esperanzas que le dieron los magos de poder escapar a su “destino”. El texto náhuatl del *Códice florentino* lo describe con estas palabras:

*Auh inin amo huelit amo huel motlati, amo huel minax, aoc iehuatl, aoc tletic, aoc iehuatic, aoc ie onneltic, aoc tle huel muchiuh in intlatol tla-ciuhque, inic quijolcuepca, inic quijollapanca, inic quijolmala cachoa, inic qujtlacuepilia, in qujmomachitocaca in ommati, in umpa omoteneuh; zan quimochielti, zan moyollotechiuh, moyollochichili, quyoalcentlamj, quyoalcentlanqua in iyollo*<sup>59</sup>

Pero esto no lo pudo hacer, no se pudo esconder, no se pudo ocultar, eso ya no fue; ya no tenía fuego, ya no tenía fuerza; ya no se verificaron, nada pudo hacerse [respecto de] las palabras de los magos, con las que dio vuelta su corazón,<sup>60</sup> con las que se desgarró el corazón,<sup>61</sup> con las que giró su corazón,<sup>62</sup> con las que dio vuelta su corazón; ellos fingían conocer, saber, allá, lo que se nombró;<sup>63</sup> solamente los aguardó

<sup>58</sup> En la versión de la Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. IX, p. 179, se dice que Motecuhzoma comunicó sus temores a los altos funcionarios mexicas, pues no sabía qué hacer y éstos consultaron con los magos quienes aconsejaron al *tlatoani* huir al Mictlan, al Tonatiuhichan o al Tlalocan, “estas vacilaciones las comunicó á sus principales, y todos ellos comunicaron ésta á los encantadores y nigrománticos: y su parecer fue que se abscondiese por que ellos le pondrían en seguro, en uno de los lugares que ellos le dijese”.

<sup>59</sup> Sahagún, *Códice florentino*, v. III, libro XII, cap. IX, f. 14v, 418v. La paleografía y la traducción son mías.

<sup>60</sup> *Quiyolcuepca*, en el sentido de cambió de opinión.

<sup>61</sup> *Quiyollapanca*, derivado de *qui-yol(tl)-(t)lapanca*. Posible sentido de atormentarse por la duda o el miedo.

<sup>62</sup> *Yolmalacachoa*: desatinó, cambió de parecer, cometió desatinos

<sup>63</sup> Se refiere a “la casa del sol”, al Tlalocan y al Cincalco.

[a los españoles], solamente hizo piedra su corazón,<sup>64</sup> hizo amargo su corazón,<sup>65</sup> al final vino a morder su corazón.<sup>66</sup>

Las esperanzas que dan los magos a Motecuhzoma, son, a los ojos de Sahagún y sus informantes, falsas, pues aquéllos, sin ser cristianos, sólo podían fingir conocer el más allá. Pero lo que destaca el texto es cómo esta falsa expectativa de evasión causó que Motecuhzoma cometiera aún más errores, que cambiara de opinión constantemente. Finalmente —sin que se digan los motivos— decide, una vez más, dominar su miedo para poder enfrentar las desgracias que se cernían sobre él. Según la *Relación de la conquista* Motecuhzoma se controló para no mostrar cobardía, ya que ésta se consideraba contraria al papel y funciones que debería cumplir un *tlatoani*, “y determinó varonilmente esperar a todo lo que se ofreciese, por no poner mácula de cobardía, y de poquedad en su persona real”.<sup>67</sup>

Es en este momento cuando la imagen de Motecuhzoma muestra un cambio importante, pues del hombre apocado, dominado por el miedo, se pasa al gobernante que fortalece su ánimo y logra dominar sus pasiones, pero no para enfrentar con las armas a los españoles, sino para recibirlos y presenciar serenamente lo que pasaría. Se trata de una actitud inmovilista, que se puede calificar de estoica y que corresponde a un hombre entregado a un sobrentendido “destino”.

Esta imagen de un Motecuhzoma resignado se refuerza al decir que abandonó el *tecpan*, la sede del gobierno y la administración de la ciudad, y se refugió en el que fue su hogar antes de ser *tlatoani*, su casa de pilli, como si aceptara dejar el gobierno de Tenochtitlan en favor de los extraños.<sup>68</sup> Pero aunque dejó físicamente el *tecpan*,

<sup>64</sup> *Yollotechiuh*: en Sahagún, “Libro doce”, cap. IX, p. 768, Garibay traduce como “resolverlo en su corazón”; en Sahagún, *Book 12*, p. 26, Dibble y Anderson traducen “only steel his heart”. Supongo que viene de *yollo(tl)-te(tl)-chiu*. Sentido: se esforzó.

<sup>65</sup> *Yollochichilli*, sentido de darse ánimo; Molina registra *Yolochichilia*. Nino: “Poner fuerzas o animarse mucho”.

<sup>66</sup> *Quioalcentlaqua in iyollo* posiblemente signifique afirmar la voluntad o el valor.

<sup>67</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. IX, p. 170.

<sup>68</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. X, p. 828: “Motecuzoma, teniendo ya por averiguado, así por las cosas que había oído de los españoles como por los pronósticos que había pasado y profecías antiguas y modernas que tenían, que los es-

al parecer, continuó ejerciendo las funciones administrativas y de gobierno propias de un *tlatoani*.

Con la salida de la sede de la administración no terminaron las cuitas de Motecuhzoma. Las noticias acerca de la matanza de Cholula le dieron nuevos motivos para asombrarse y abatirse: “y cuando oyó Moctezuma, lo que había pasado, y la gente que iba contra él, comenzó a temer grandemente, y temblaba como un azogado,<sup>69</sup> no solamente [él], pero todo su reino, oído las nuevas de lo que había pasado, y de la gente que iba, comenzaron a temer y a temblar, y no sabían que se hacer”.<sup>70</sup> De nueva cuenta, el temor del gobernante corresponde al miedo del resto de la población de Tenochtitlan.<sup>71</sup>

Las tres versiones señalan que, para ocultarse de los españoles, Motecuhzoma envió a un personaje que tenía gran parecido físico con él, llamado Tzihuacpopocatzin, con la encomienda de hacerse pasar por él frente a los castellanos;<sup>72</sup> éste trató de mostrarse ante los europeos como el *tlatoani*, pero los aliados tlaxcaltecas denunciaron la impostura y anunciaron que el gobernante no podría evitar ver a los recién llegados, “Tú no eres [...] ¡Allá está Motecuhzoma! No se podrá ocultar, no podrá esconderse de nosotros. ¿A dónde podrá ir? ¿Será ave y volará? ¿O en la tierra pondrá su camino? ¿Acaso en lugar alguno ha de perforar un cerro para meterse en su interior? / Nosotros hemos de verlo. No habrá modo de no ver su rostro. Nosotros oiremos su palabra, de sus labios la oiremos”.<sup>73</sup>

A través de las metáforas anteriores se dice que Motecuhzoma, sin importar lo que intentara hacer, no podría evitar enfrentar a los

pañoles habían de reinar en esta tierra, salióse de las casas reales y fuese a las casas que él tenía antes que fuese rey o emperador”.

<sup>69</sup> Enfermo por absorber mercurio, lo que provoca, entre otras cosas, temblores.

<sup>70</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. XI, p. 175.

<sup>71</sup> Según Sahagún, en “Relación de la conquista...”, cap. XII, p. 175, Motecuhzoma temía a los españoles porque pensaba que éstos venían para apresarlos y darle muerte, “y aunque ellos no traían pensamiento de prenderle ni matarle, él pensó que esto harían si le viesen”. Las otras dos versiones no señalan esta creencia del gobernante.

<sup>72</sup> De nueva cuenta para Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. XII, p. 175, ésta fue una decisión colectiva y no individual, como en las otras versiones, “con consejo de sus senadores y viejos, escogieron un principal de su corte, que tenía en el cuerpo y en la cara, la semejanza de Moctezuma [...] diese a entender á los españoles que aquel era Moctezuma, que iba a recibirlos de paz”.

<sup>73</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. XII, p. 771.

castellanos. El texto parece dar una cierta idea de destino, de que el resultado de los acontecimientos se encuentra ya decidido y que las tretas del *tlatoani* sólo son vanos intentos de huir de ese destino.

En contraste con esta aparente fatalidad, Motecuhzoma aún buscó la manera de eludir el peligro de los españoles. El *tlatoani* se muestra rebelde frente a ese supuesto trágico destino que se cernía sobre él; tal y como lo aclara la *Relación de la conquista* “crecióle á Moctezuma el temor e imaginación de lo que después le aconteció, pero no cesó de buscar remedios para escaparse de las manos y presencia de los españoles”.<sup>74</sup>

Una vez más recurrió a los magos para que fueran a enfrentar a los castellanos, envió a los ya mencionados *tlaciuhqui* y a los *nahualtin*, estos últimos eran magos con la capacidad de transformarse en fieras;<sup>75</sup> también fueron los *tlenamaque*, “intercambiadores de fuego”, sacerdotes de alta jerarquía.<sup>76</sup>

Pero los enviados no pudieron llegar hasta los europeos, pues presenciaron la portentosa aparición de Tezcatlipoca en la forma de un chalca borracho, quien les anunció la destrucción de Tenochtitlan y lo inútil de sus esfuerzos por evitarlo. Sin embargo, lo más importante para este capítulo son las críticas a la figura de Motecuhzoma, “¿para qué vosotros volvéis de nuevo acá? ¿qué es lo que Montezuma pretende hacer para vuestro remedio contra los españoles? tarde ha vuelto sobre sí, que ya está determinado de quitarle su reino, y todo cuanto tiene, y toda su honra, por las grandes tiranías que ha cometido contra sus vasallos; no ha regido como señor sino como tirano y traidor”.<sup>77</sup>

<sup>74</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. XII, p. 176.

<sup>75</sup> Véase Alfredo López Austin, “Cuarenta clases de magos en el mundo náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1967, v. VII, p. 95-99.

<sup>76</sup> Nuevamente, según Sahagún en la “Relación de la conquista...”, cap. XIII, p. 177, la decisión de enviar a los magos fue colectiva y no meramente individual: “Y así fue, que juntos los principales y sátrapas, con gran acuerdo platicaron entre sí, sobre este negocio, y determinaron de enviar todos cuantos pudieron hallar, nigrománticos y encantadores para que fuesen á desbaratar y espantar á los españoles”. A pesar de todo, aún los consideraban vulnerables.

<sup>77</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. XIII, p. 177

En el texto se comienza por señalar lo inútil de toda resistencia, porque “ya está determinado” que Motecuhzoma pierda el poder, sus posesiones y su honor. La causa de la pérdida se debe a su mandato injusto y despótico en contra de los hombres comunes, con lo cual se introduce un elemento moral. Los terribles acontecimientos militares de la Conquista ocurren a causa del mal comportamiento del máximo gobernante. Con esto, en cierta forma, se refuerza la idea de “destino” que ya se ha encontrado antes, pues un poder sobrehumano ya ha decidido la suerte de la ciudad. Además, el texto aporta un elemento nuevo e importante, una razón moral de la Conquista, que es la de vencer y apocar al tirano Motecuhzoma, visión en la cual los españoles son presentados —implícitamente— como instrumentos de la justicia de esa suprema voluntad divina.

Ante el nuevo fracaso de los magos y con el terrible mensaje de la divinidad, Motecuhzoma se sume, otra vez, en el desconsuelo y el temor, ya que al parecer no existe escapatoria posible. Sólo le resta aguardar la llegada de los españoles o, al menos, eso es lo que dice la tradición tlutelolca, “— ¿Qué remedio, mis fuertes? ¡Pues con esto ya fuimos aquí [...]! ¡Con esto ya se nos dio lo merecido [...]! ¡Acaso hay algún monte donde subamos? ¿O acaso hemos de huir? Somos mexicanos; ¿acaso en verdad se dará gloria a la nación mexicana?” También se compadeció del futuro de los macehuales, de la gente común de Tenochtitlan. “Dignos de compasión son el pobre viejo, la pobre vieja, y los niñitos que aún no razonan, ¿en dónde podrán ser puestos en salvo? Pero [...] no hay remedio [...] ¿Qué hacer? [...] ¿Nada resta? ¿Cómo hacer y en dónde? [...] Ya se os dio el merecido [...] Como quiera que sea [...] ya tendremos que verlo con asombro”.<sup>78</sup>

El texto da una idea generalizada de abandono, de resignación, de una actitud que asume que vendrán desgracias sin cuento sobre los mexicas y que es inútil ofrecer resistencia. En la *Relación de la conquista* hay unas líneas que agregan un matiz interesante, pues permiten entender que Motecuhzoma y los “principales” estaban decididos a resistir con las armas a los españoles, pues, a propósito de los ancianos e infantes que no pueden defenderse se afirma que

<sup>78</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. XIII, p. 772.

“ya tenemos determinado morir por la defensa de nuestra patria”.<sup>79</sup> Nótese que se trata de una defensa sin esperanza, puesto que todos habrían de morir.

Al igual que en las situaciones anteriores, la actitud de los habitantes de Tenochtitlan se describe como si fuera una prolongación colectiva del estado de ánimo del *tlatoani*, esto es, que los macehualles también esperaban la muerte, “—¡Sea lo que fuere...! ¡Mal haya! ¿Qué otra cosa habrá que hagáis? ¡Ya vamos a morir, ya vamos a dejar de ser, ya vamos a ver con nuestros ojos nuestra muerte [...]!”<sup>80</sup>

Éste es el estado de la conciencia y la voluntad de Motecuhzoma y los mexicas justo antes del arribo de Hernán Cortés a Tenochtitlan. En síntesis, la tradición tlatelolca nos presenta a un gobernante que ha tenido grandes altibajos anímicos y que al final logró dominar sus temores sólo para decidirse a esperar resignadamente la ruina de la ciudad, la pérdida de su mandato y su propia muerte. En la tradición que analizamos se muestra a un hombre vencido, derrotado, que no hará nada por cambiar el curso de los acontecimientos. Pero no sólo se trata del estado de ánimo de un hombre, sino que, en realidad, se trata del estado que presenta la dirección política tenochca, un grupo guerrero acobardado e incapaz de tomar la iniciativa para su propia defensa... bueno, eso al menos desde la perspectiva tlatelolca.

Así es como se presentó Motecuhzoma ante Cortés, un gobernante que estaba ya vencido antes de empezar a luchar. En este sentido, el encuentro entre ambos personajes no define ni decide nada, todo ha sido establecido por el mensaje funesto de los presagios y por el pánico del *tlatoani*. Lo que el gobernante hace durante y después del encuentro, según el “Libro XII”, es la inevitable consecuencia de su decisión de afrontar estoicamente los acontecimientos.

El discurso de recepción a Cortés por parte de Motecuhzoma ha despertado el interés de varios estudiosos, y ha sido presentado

<sup>79</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. XIII, p. 179.

<sup>80</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. XIV, p. 773. Pueden compararse los términos con los que la versión castellana de la *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. XIV, p. 833, refiere la misma actitud: “Estaban esperando la muerte, y desto hablaban entre sí, diciendo. ‘¿Qué hemos de hacer? Vaya por donde fuere, ya es venido el tiempo en que hemos de ser destruidos. Esperemos aquí la muerte’”.

como una prueba importante de las características más negativas del *tlatoani*, por lo que resulta del todo conveniente presentar dicho texto por entero:

*Totecuyoe oticmihiovilti, oticmociavilti, otlaltitech tommaxitico, oitech tommopachiviltico in matzin, in motepetzin mexico, oipan tommovetzitico in mopetlatzin, in mocpaltzin, in oachitzinca nimitzonopielili, in onimitzonnotlapielili, ca oiaque in motechiuhcaoan in tlatoque: in Itzcoatzin, in huehue Motecuzoma, in Axayaca, in Tizocic, in Avitzotl, in oc huel achic mitzommotlapielilico, in oquipachoco in atl, in tepetl in Mexico: in incuitlapan, inteputzco in ohualietia in momaceoaltzin, cujx oc huallamati in imonica, in inteputzco, ma ceme iehoantin quitztiani quimahuizotian, in nehoatl in axcan nopan omochiuh in ie niquitta, in za imonica, in teputzco totecujovan como zan nitemiquí, amo zan nicochitleo, amo zan njcchocitta, amo zan nictemiquí ca ie onjmjznottili, mixtzinco onjtlachix, ca ononntlamatticatca in ie macuil in ie matlac, in umpa nonitztica, in quenamjcan in otimoqujxtico in mixtitlan in aiauhitlan: anca iehoatl inin quiteneuhthui in tlatoque in ticmomachitiqujuh in matzin, in motepetzin in ipan timovetzitiquiuh in mopetlatzin, in mocpaltzin in tioalmovicaz. Auh in axcan ca oneltic, otioalmovicac, oticmihiovilti, oticmociavilti, ma tlaltitech ximaxiti, ma ximocevitзино, ma xoconmomachiti in motecpancaltzin, ma ximoceveli in monacaiotzn, ma tlaltitech maxitican in totecujovan.*<sup>81</sup>

¡Oh, señor nuestro! Te has dado fatiga, te has dado cansancio, a la tierra tú has llegado, te has acercado a tu venerable agua, tu venerable cerro.<sup>82</sup> Mexico. Tú has descendido sobre tu venerable estera, tu venerable silla, [que por] breve tiempo yo te he guardado, te he cuidado; los que se fueron, tus gobernantes, los *tlatoque*: Itzcóatl, Huehue Motecuhzoma, Axayácatl, Tízoc, Ahuízotl, por un momento vinieron a guardar para ti, gobernaron el agua, el cerro, Mexico; en sus espaldas, tras de ellos, [llevaron] aquí la carga de tus macehuales; ¿acaso ahora vendrán a saber lo que está<sup>83</sup> detrás de ellos? ¡Ojalá que uno de ellos estuviera viendo, se asombrara [con lo que] ahora en mi tiempo se

<sup>81</sup> Sahagún, *Códice florentino*, v. III, libro XII, cap. XVI, f. 25r o 432r. La paleografía y la traducción son nuestras

<sup>82</sup> Esto es, la ciudad.

<sup>83</sup> *Imonica*, traducción dudosa.

realiza, [lo que] ahora yo veo, solamente lo que está detrás de nuestros señores! Ciertamente no sueño, no despierto sobresaltado, no veo entre sueños, yo no estoy soñando, ya te he visto, he mirado tu rostro; estaba ya afligido hace cinco, hace diez,<sup>84</sup> yo tenía la vista allá, de cualquier manera en algún lugar,<sup>85</sup> [y] tú apareciste entre las nubes, entre la niebla; de manera que esto prometieron los *tlatoque*, que tú vendrías a mostrarte a ellos, a tu venerable agua, tu venerable cerro, que tú vendrías a descender sobre tu venerable estera, tu venerable silla, que tú vendrías. Pues ahora ya se realizó, llegaste, te has dado fatiga, te has dado cansancio, llega a la tierra, descansa, conoce tu venerable casa de gobierno, descansa tu cuerpo; lleguen a la tierra señores nuestros.

En el texto es posible señalar varios puntos relevantes que merecen ser comentados. Primero tenemos la forma de salutación, “¡Oh, señor nuestro! Te has dado fatiga, te has dado cansancio, a la tierra tú has llegado”, ésta es una forma tradicional de recibir a personajes notables o a quien ha realizado hazañas militares.<sup>86</sup> Por ello esta fórmula no indica ningún reconocimiento de divinidad o de sujeción hacia Cortés.

A continuación, tenemos la indicación de que ha llegado a su ciudad (*in matzin in motepetzin*) y a su asiento de poder político (*in mopetlatzin in mocpaltzin*), expresiones que han sido consideradas como una prueba de que se consideraba que Cortés era Quetzalcóatl, y que este dios regresaba para tomar posesión de la urbe y del mando político. Aunque en el texto náhuatl no se usan las partículas que indican posesión o propiedad, los sufijos *e* y *hua*, sino el prefijo

<sup>84</sup> Esto es, hace tiempo que está inquieto.

<sup>85</sup> *Quenamican*, Garibay, en “Libro doce”, cap. XVI, p. 775, tradujo “Región del Misterio”; Baudot, en “Códice Florentino”, p. 100, transcribió “el lugar desconocido del que saliste”; yo pienso que el sentido es que Motecuhzoma tenía la mirada perdida a lo lejos, esto es, que buscaba en lo desconocido el origen de los españoles. *Quenamican* también era un topónimo del inframundo.

<sup>86</sup> Véase Bernardino de Sahagún, *Vida económica de Tenochtitlan. I. Pochtecatoytl (arte de traficar)*, 2.<sup>a</sup> edición, prólogo de Josefina García Quintana, paleografía, traducción, introducción, notas y apéndices por Ángel M. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, p. 37, 39, donde los pochtecas que conquistaron Ayotlan son recibidos con expresiones semejantes, y cómo a Motecuhzoma Ilhuicamina, antes de ser *tlatoani*, se le habla de la misma manera.

mo que no implica posesión ni propiedad;<sup>87</sup> tanto la idea de que Cortés ha descendido sobre la ciudad, como de que Motecuhzoma le ha guardado la estera y la silla parecen implicar efectivamente un principio de sujeción.

Inmediatamente, el *tlatoani* habló del azoro causado por la presencia del capitán español, “ciertamente no sueño, no despierto sobresaltado”, expresión muy adecuada para el momento, pues ya se ha mencionado en varias ocasiones cuán extraños resultaban los europeos a los ojos de los nahuas.

También se habla de que los antiguos señores mexicas dejaron dicho que vendría un personaje a descender sobre la ciudad y el gobierno; igualmente se dice que los anteriores *tlatoque* guardaron el mando para este personaje, que se identifica con Cortés. Estos comentarios se han entendido como claras referencias a Quetzalcóatl que regresaba para ocupar el poder que tenía en Tula, pero si se ve con cuidado el texto se nota que, en realidad, no hay nada que pueda vincularse directamente con esta divinidad ni con la tradición acerca de los toltecas.

La expresión “conoce tu venerable casa de gobierno”<sup>88</sup> sí implica un principio de dominio, pues vemos en la *Quinta relación* de Chimalpain que una de las formas de dirigirse a un dios, gobernante de un lugar, era señalando que conociera el sitio de mando de los pueblos; así se dice que los chalcas suplicaron el regreso de Tezcatlipoca en estos términos: “venimos a llevarlo a que conozca su agua, su cerro, que se siente en su morada”.<sup>89</sup>

En esta discusión sobre si el texto del discurso implica reconocimiento de sujeción de Motecuhzoma hacia Cortés, es necesario tomar en cuenta las dos versiones castellanas de Sahagún; en la

<sup>87</sup> Véase Thelma Sullivan, *Compendio de gramática náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, p. 33-35.

<sup>88</sup> *Ma xoconmomachiti in motecpancaltzin*, que Garibay tradujo como “toma posesión de tus casas reales”.

<sup>89</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, *Primera, Segunda, Cuarta, Quinta y Sexta relaciones de las Diferentes historias originales*, edición de Josefina García Quintana, Silvia Limón, Miguel Pastrana y Víctor M. Castillo F., traducción del Taller de Estudio y Traducción de Textos Nahuas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, f. 138v.

primera, contenida en la *Historia general*, dice: “Esto es por cierto lo que nos dexaron dicho los reyes que pasaron que habíades de volver a reinar en estos reinos, y que habíades de asentaros en vuestro trono y a vuestra silla”.<sup>90</sup> Aquí la interpretación tradicional resulta más clara, se trata de tomar posesión del gobierno mexicana.

Sin embargo, en la *Relación de la conquista* este pasaje brilla por su ausencia, y el documento se limita a decir que “Montezuma habló al Marqués con gran reverencia y benevolencia, y desde que D. Hernando Cortés hubo entendido, por medio de sus intérpretes, lo que había dicho; respondió a Moctezuma con muy amigables palabras”.<sup>91</sup> ¿Cómo es posible que un discurso tan importante no aparezca en la segunda versión castellana de la historia de la Conquista? Al respecto conviene recordar las palabras de Sahagún al justificar la *Relación de la conquista*, pues dice que en la primera versión, la de la *Historia general*, “algunas cosas se pusieron en la narración de la Conquista, que fueron mal puestas: y otras se callaron, que fueron mal calladas”.<sup>92</sup> Entonces es posible que este discurso fuera una de las “cosas mal puestas” que el franciscano decidió excluir en la versión corregida, esto es, que en 1585 ya no consideraba pertinente este pasaje, aunque los motivos específicos de su exclusión sean desconocidos.

La discusión sobre este discurso no altera de manera significativa la imagen que se ha estado presentando de Motecuhzoma, pues sigue siendo un personaje entregado al curso de los acontecimientos. Sin embargo, no debe dejar de anotarse que justamente el pasaje donde debería mostrarse con claridad y precisión la relación que se establece entre Cortés y Motecuhzoma no sea del todo concluyente.

Acto seguido, según la *Historia general* y el texto náhuatl del *Códice florentino*, Cortés dijo a Motecuhzoma que no se preocupara, que más adelante hablarían con calma. En cambio, la *Relación de la conquista* aduce un largo discurso del capitán español, donde Cortés afirma que venía de parte de Carlos V y que, al visitar a los

<sup>90</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. XVI, p. 834.

<sup>91</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. XVI, p. 183.

<sup>92</sup> *Ibidem*, “Al lector”, p. 147.

tlaxcaltecas, tuvieron noticias de varios agravios sufridos a manos de los mexicas, y que por esa causa habían venido a Tenochtitlan a fin de indagar la verdad, ya que su propósito era el de impartir justicia. “Hemos venido aquí, a vuestra ciudad para saber de ellos y de vosotros, quien tiene la culpa de estos daños y desasosiegos, para poner remedio en ellos, y que viváis en paz, y os tratéis como hermanos y prójimos: y hasta saber este [negocio], y hacer esta paz, estaremos aquí con vosotros, como con señores y amigos”.<sup>93</sup>

Aquí los españoles se presentan como una autoridad que dirimirá los conflictos entre los pueblos nahuas. Se erigen como autoridad política superior que reorganizará las relaciones políticas y también como justicia general por encima de los conflictos particulares entre los estados indígenas. Lo cual podría tratarse de una cierta adecuación del texto para que estuviera más acorde con los intereses de las autoridades novohispanas. De acuerdo con la *Historia general* y el texto náhuatl del *Códice florentino*, en cuanto llegaron los españoles a los aposentos para ellos dispuestos apresaron a Motecuhzoma y al gobernante de Tlatelolco, Itzcuahtzin.<sup>94</sup>

Hasta este momento la narración es coherente con su propia dinámica, ya que con esto se muestra a Motecuhzoma en una escalada de su cobardía que llega al extremo de dejarse apresar sin oponer la menor resistencia. Pero también es ocasión de hacer una crítica de los gobernantes más importantes de la Triple Alianza, Cacama y Tettlepanquetzal, señores de Tetzcoco y Tlacopan respectivamente, por dejar solo al *tlatoani* mexica, “¡Cuando fue preso *Motecuhzoma*, no más se escondieron, se ocultaron, lo dejaron en abandono con toda perfidia [...]!”<sup>95</sup> Lo cual constituye claramente un reproche mexica, y no solo tlatelolca o tenochca, a los demás pueblos y mandatarios de la Triple Alianza, por haber dejado solos a los gobernantes de Tenochtitlan y Tlatelolco frente a los extraños.

<sup>93</sup> *Ibidem*, cap. XVII, p. 148.

<sup>94</sup> “Desque los españoles llegaron a las casas reales con Motecuzoma, luego le detuvieron consigo. Nunca más le dexaron apartar de sí. Y también detuvieron consigo a Itzcuahtzin, gobernador del Tlatilulco”, Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. XVII, p. 835. En “La Relación de la conquista...”, Sahagún no menciona la prisión de Motecuhzoma.

<sup>95</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. XVI, p. 776.

Es a partir de su prisión que Motecuhzoma pierde importancia en la tradición de Tlatelolco, pues su actuación se reduce a pedir abasto de alimentos para los españoles, en permitirles tomar oro y en tratar de calmar a los mexicas después de la matanza del Templo Mayor.

En el primer caso, el *tlatoani* preso dispuso que se enviaran alimentos, agua y otros bastimentos a los castellanos, pero los funcionarios ya no estaban conformes con obedecerle: “Y Motecuzoma ponía mucha diligencia en que traxesen todas las cosas necesarias. Y los piles y achcauhtles y otros oficiales a quienes concernía esta provisión no querían obedecer a Motecuzoma ni llegarse dél; pero con todo esto proveían de todo lo necesario”.<sup>96</sup> Se trata no sólo de la pérdida de autoridad de Motecuhzoma, sino del comienzo del desmoronamiento de la organización administrativa del gobierno mexica; así mismo, implica un distanciamiento entre el supremo gobernante y los funcionarios de menor rango, ya que si el *tlatoani* es la cabeza del cuerpo social, esta distancia implica un desmembramiento de la sociedad mexica.

A este respecto, la *Relación de la conquista* dice que al ver el saqueo de las riquezas del *tecpan* y de las casas de Motecuhzoma, muchas personas se escondían por temor de ser robadas y aún muertas por los españoles, ya que suponían “que el negocio no se había de parar allí, sino que habían de matar y robar á muchos más de los que habían robado”.<sup>97</sup> Situación que provocó el desabasto de los europeos, quienes ordenaron a sus aliados indígenas reorganizar el aprovisionamiento, lo que causó problemas y roces con los mexicas: “Y para hacer esto fue necesario dar ocasión de hartas injusticias y violencias y daños, que sucedieron, hasta tornar á concertar el estado de la república, como antes estaba: aun padeciéronse hartas necesidades de hambre y de enfermedades que de aquí recrecieron”.<sup>98</sup>

La raíz del problema radicaba en que una vez que la cabeza del gobierno y la administración habían dejado de cumplir con sus funciones, el resto del sistema político empezaba a fallar, se trataba de

<sup>96</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. XVII, p. 835.

<sup>97</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. XVIII, p. 185.

<sup>98</sup> *Ibidem*, cap. XVIII, p. 186.

una situación anómala, crítica, que se agudizó con la imagen del *tlatoani* cautivo que es forzado a indicar a los castellanos la ubicación de los metales preciosos:

Quando los españoles se hubieron instalado, luego interrogaron a *Motecuhzoma* tocante a los recursos y reservas de la ciudad: las insignias guerreras, los escudos; mucho le rebuscaban y mucho le requerían el oro. / Y *Motecuhzoma* luego los va guiando. Lo rodean, se apretaron a él. Él iba en medio, iba delante de ellos. Lo van apretando, lo van llevando en cerco.<sup>99</sup>

El máximo gobernante mexica no sólo ha dejado de ser el amparo y protección de la ciudad y sus habitantes, sino que también ahora es un cautivo de los castellanos, que lo obligan a servirles en la búsqueda de las ambicionadas riquezas materiales. Se está ante un personaje incapaz de actuar por sí mismo.

Y de nueva cuenta la actitud de la población de Tenochtitlan se presenta como un reflejo del estado del *tlatoani*, ya que los mexicas se muestran acobardados e incapaces de enfrentar a los extraños: “Estaban muy temerosos, el miedo los avasallaba, estaban miedosos, una gran admiración estaba sobre ellos, se había difundido sobre ellos. Ya nadie se atrevía a venir por allí [al *tecpan*]: como si estuviera allí una fiera, como si fuera el peso de la noche”.

Y, al igual que *Motecuhzoma*, a pesar de su miedo, siguen sirviendo y abasteciendo a los europeos: “Les entregaban cuanto habían menester, aunque con miedo lo entregaban. No más venían temerosos, se llegaban llenos de miedo y se entregaban las cosas. Y cuando se habían dejado, no más se volvían atrás, se escabullían de prisa, se iban temblando”.<sup>100</sup>

Debe reiterarse que el comportamiento del cuerpo social mexica se explica por el trastocamiento y confusión del centro de conciencia social, el *tlatoani*. Las últimas acciones de *Motecuhzoma* son particularmente desafortunadas. Primero dispuso que se realizara la fiesta de *Tóxcatl* a petición de Pedro de Alvarado, quien había

<sup>99</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. xvii, p. 776.

<sup>100</sup> *Ibidem*, cap. xviii, p. 777.

quedado a cargo de la ciudad mientras Cortés salía a enfrentar a Pánfilo de Narváez.<sup>101</sup>

Como es conocido, esta fiesta tuvo un desenlace trágico, los españoles perpetraron la llamada matanza del Templo Mayor que fue el motivo inmediato para que los mexicas se decidieran hacer la guerra a los extraños, pues: “La razón de haberse irritado tanto los mexicanos fue que hubieran matado a los guerreros, sin que ellos siquiera se dieran cuenta del ataque, el haber matado alevosamente a sus capitanes”.<sup>102</sup>

Los españoles se fortificaron en sus aposentos y pusieron grilletas a Motecuhzoma, mientras que los habitantes de la ciudad reaccionaron con rabia e ira ante los agravios sufridos y la actuación de su gobernante que ya no cumplía con sus obligaciones. Es por eso que aquellos que habían servido en el *tecpan* fueron perseguidos, acusados de llevar alimentos a los españoles:

Unos se acusaban a otros de haber entrado [a abastecer a los españoles], y así mataban muchos, en especial [a] los servidores o pajes de Motecuzoma [...] A todos acusaban, y decían que habían entrado a dar comida a su señor, y a decir lo que pasaba fuera, y a todos los mataban. Y de allí adelante hubo grande vigilancia que nadie entrase, y así todos los de la casa de Motecuzoma se huyeron y escondieron porque no les matasen.<sup>103</sup>

El rencor hacia Motecuhzoma es tan grande que se extiende hasta todos aquellos que en algún momento hubieran estado cerca de él. Después del regreso de Cortés a Tenochtitlan los españoles continuaron sitiados por los guerreros mexicas, por lo que los hispanos intentaron apaciguar los ánimos mandando a Motecuhzoma e Itzcuahtzin a hablar con los indígenas, “tuvieron consejo entre sí, los españoles y los indios que con ellos estaban, y determinaron que Moctezuma y otro principal de Tlatelulco, que se llama

<sup>101</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. XIX, p. 836, “Motecuzoma mandó que se hiciese esta fiesta para dar contento a los españoles”.

<sup>102</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. XXI, p. 781.

<sup>103</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. XXI, p. 838.

Izcuahtzin, se mostrasen por la azotea y hablasen de paz a los mexicanos, para que no los combatiesen”.<sup>104</sup>

Pero Motecuhzoma ya no habló, pues para ese momento había perdido toda entereza y autoridad frente a los mexicas, así como cualquier clase de poder efectivo; en su última aparición pública, según la tradición de Tlatelolco, ni siquiera se escuchó su propia voz, pues fue Izcuahtzin quien se dirigió a los guerreros con estas palabras:

—Mexicanos, *tenochcas*, *tlatelolcas*: Os habla el rey vuestro, el Señor, *Motecuhzoma*: os manda decir: Que lo oigan los mexicanos: / —Pues no somos competentes para igualarlos, que no luchen los mexicanos. Que se deje en paz el escudo y la flecha. Los que sufren son los viejos, las viejas dignas de lástima. Y el pueblo de clase humilde. Y los que no tienen discreción aún: los que apenas intentan ponerse en pie, los que aún de nada se dan cuenta. Pues no somos competentes para hacerles frente, que se deje de luchar. A él [Motecuhzoma] lo tienen cargado de hierros, le han puesto grillos a los pies.<sup>105</sup>

La degradación paulatina del gobernante hace que la reacción de los mexicas resulte predecible, sólo podía ser una oposición violenta, de ira, de vituperio y de rechazo de quien ha fallado por completo como gobernante. “Oídas estas voces por los mexicanos y tlatilulcas, comenzaron entre sí a bravear y maldecir a Motecuzoma, diciendo: “¿Qué dice el puto de Motecuzoma, y tú, bellaco con él? No cesaremos de la guerra” Luego comenzaron a dar alaridos y a tirar saetas y dardos hacia donde estaba el que hablaba, junto con Motecuzoma”.<sup>106</sup>

Finalmente, sin ninguna explicación en el texto náhuatl ni en la versión castellana de la *Historia general*, ocurre el deceso de Mote-

<sup>104</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. XXI, p. 190.

<sup>105</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. XXI, p. 781.

<sup>106</sup> Sahagún, *Historia general...*, v. II, libro XII, cap. XXI, p. 838. Garibay en “Libro doce”, cap. XXI, p. 781, traduce: “—¿Qué es lo que dice ese ruín de Motecuhzoma? ¿Ya no somos sus vasallos!”; esta última expresión parecía prometer algún matiz importante respecto de letra dice: “¿Qué viene a decir el bellaco de Motecuhzoma? ¿No eres tú su hombre?”, preguntando a Izcuahtzin si acaso él no era gente al servicio del *tlatoani*. No hay nada de vasallos ni de macehuales.

cuhzoma, pero, según la *Relación de la conquista*, fueron los españoles quienes mataron a todos los señores indígenas presos, “dieron garrote á todos los señores que tenían presos, y los echaron muertos fuera del fuerte”.<sup>107</sup>

Esta misma versión no hace ninguna mención de lo que pasó con el cadáver de Motecuhzoma, noticia que en cambio sí se encuentra en las otras dos versiones. Según éstas, se encontraron tirados los cuerpos de Motecuhzoma e Itzcuahtzin y después llevaron el cadáver del primero a un lugar llamado Copulco, donde procedieron a quemarlo; al hacer esto el cuerpo empezó a despedir un mal olor, “y el cuerpo de Motecuhzoma olía como a carne chamuscada, hedía muy mal al arder”. Lo cual parece ser una forma de indicar que se trataba de un cuerpo moral y físicamente corrupto, como una muestra final de la degradación, tanto social como política y, sobre todo ética, de Motecuhzoma. Un eco de esta situación se encuentra en los comentarios que se registraron a propósito de su muerte:

En tanto ardía con ira y sin afecto, decían zahiriéndolo: / —Ese infeliz en todo el mundo infundía miedo, en todo el mundo causaba espanto, en todo el mundo era venerado hasta el exceso, le acataban todos estremecidos. Ése es el que al que en lo más pequeño lo había ofendido, lo aniquilaba inmediatamente. Muchos fingidos cargos a otros atribuía, y nada era verdad, sino invenciones suyas. /Y muchos otros lo reprochaban y hablaban contra él entre dientes, lanzaban gritos de rabia, movían ante él la cabeza.<sup>108</sup>

Se le acusa de haber sido un mal gobernante, que sustentaba su poder en el terror y en hacerse rendir grandes honores, además de ser injusto e inflexible. El contraste entre el mal gobernante y el gobernante amado es muy fuerte al referirse el destino del cadáver de Itzcuahtzin de Tlatelolco:

Muchos se entristecieron, mucho sufrían sus corazones; sus lágrimas escurrían. Nadie lo censuraba, nadie sentía desprecio hacia él, sino

<sup>107</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. XXIII, p. 195.

<sup>108</sup> Sahagún, “Libro doce”, cap. XXIII, p. 784.

que decían: / —Fatigas pasó el *Tlacochehácatl Itzcuauhtzin*. Pasó angustias, fue desdichado en unión de *Motecuhzoma*. ¡Cuántas tribulaciones soportó por nosotros! ¡Al punto que hemos venido! ¡Qué cosas hemos visto! ¡Todo el tiempo que estuvo en ser *Motecuhzoma* [...]!<sup>109</sup>

Contraste que resulta significativo al provenir de un texto tlatlolca, ya que al afirmar que el gobernante de Tlatelolco fue bien amado y su desgracia fue encontrarse cerca de Motecuhzoma, con esto de alguna manera se achaca todo el peso de los errores políticos antes y durante la conquista militar al gobierno tenochca, exonerando con ello a los señores tlatlolcas.

### *La tradición tenochca en las crónicas de Tezozómoc y Durán*

Toca el turno de analizar las obras de Alvarado Tezozómoc y Diego Durán en relación con la imagen que presentan de Motecuhzoma. A diferencia de la obra de Sahagún refieren la vida de Motecuhzoma antes de la Conquista y por ello permiten contrastar varios momentos en la vida del personaje.

Se comienza el análisis con la elección y entronización de Motecuhzoma Xocoyotzin como *tlatoani* mexica. Destacan, en primer término, las cualidades que se reconocieron en él como idóneas para elegirlo como máximo gobernante, y que eran “ser de muy buena edad y muy recogido y virtuoso y muy generoso, de ánimo invencible, y adornado de todas las virtudes que en un buen príncipe se podían hallar; cuyo consejo y parecer era siempre muy acertado, especialmente en las cosas de la guerra, en las cuales le habían visto ordenar y acometer algunas cosas que eran de ánimo invencible”.<sup>110</sup> Se encuentra que tenía la edad apropiada, que era un buen guerrero, inteligente, valeroso y que poseía una recia voluntad, virtudes que, recuérdese, se encuentran mencionadas en los *huehuetlatolli* del “Libro VI” de la *Historia general* de Sahagún.

<sup>109</sup> *Idem*.

<sup>110</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LII, p. 398.

Nezahualpilli y Totoquihuaztli, gobernantes de Tetzco y de Tlacopan respectivamente, pronunciaron sendos discursos en presencia del *tlatoani* recién electo dándole a conocer sus obligaciones. El señor de Acolhuacan le recalcó sus deberes religiosos, expresándole que, como máximo representante de su comunidad ante los dioses, debía vigilar que esa relación se diera con el orden y el cuidado debidos “Todo lo has de proveer y tener presente. Y esto es lo que tengo que te encomendar y muy más en particular, las cosas del culto divino y reverencia de los dioses y honra de los sacerdotes y que su penitencia vaya muy delante, a la cual los debes animar y dar el favor necesario”.<sup>111</sup> Nezahualpilli le dice que debe poner atención de manera especial en las señales celestes nocturnas para prever los malos acontecimientos: “Y has de salir a ver las estrellas para conocer los tiempos y signos de ellas y sus influencias y lo que amenazan”.<sup>112</sup>

Por su parte, el señor de Tlacopan le recuerda que debe ser misericordioso con los débiles y velar por los pobres y los viejos. Sobre todo debía vigilar la impartición de la justicia y que se diera la honra debida a los guerreros que se hubieran destacado en el combate: “Pues has de ser pobre con los pobres y llorar con los afligidos, y poderoso con los poderosos y austero con los malos y pecadores, y piadoso y misericordioso con los que se humillaren ante ti”.<sup>113</sup> Destaca la obligación que tienen el *tlatoani* de ser justo dando a cada quien lo que le corresponda según sus merecimientos o faltas.

En el mando debía ser ante todo cauto y sereno, así mismo debía consultar la opinión de los viejos para evitar cometer errores, “el mandar con prudencia, mirada y recatadamente con aviso y con acuerdo de los mayores, para no caer en torpezas y desmanes”.<sup>114</sup> En contraste, desde su primer acto de gobierno, Motecuhzoma manifestó tener otra actitud sobre el ejercicio del poder. Lo primero que dispuso fue la reorganización del estado y de la administración de Tenochtitlan; para ello ordenó que todos aquellos que le sirviesen

<sup>111</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LII, p. 401.

<sup>112</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LII, p. 400.

<sup>113</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LII, p. 401.

<sup>114</sup> Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, edición facsimilar, 3.ª edición, edición de Manuel Orozco y Berra, México, Porrúa, 1980, cap. LXXXII, p. 575-576.

habían de ser de los linajes de los pillis y los gobernantes de la Cuenca de México

que éstos permanezcan y sean embajadores como principales que son, y entren en este real palacio principales y no macehuales, y también que estos hijos y principales pobres olvidados que permanezcan, y no que porque es *tequihua*, *cauhtli* o *cuachic*, otomíes siendo miserable macehual, valga y aventaje a los principales señores mexicanos, hijos de reyes que fueron.<sup>115</sup>

Su primera acción es reforzar la situación de los pillis a costa de menoscabar y despreciar a los macehuales que habían ascendido en la escala social por sus méritos militares. Esto implica la cancelación de la principal forma de ascenso social en la sociedad mexicana, lo cual, sin duda, tiene la mayor importancia.

Según Durán, Motecuhzoma fue encumbrándose más y más en el poder al tiempo que lo ejercía de manera despótica, llegando a extremos tales como el de matar a quien lo mirara a los ojos; igual pena tenía quien cometía algún error en la casa del gobernante, pues ésta era llamada “casa de dios”.<sup>116</sup> Esto señala una de las principales críticas que se le hacían al personaje, la de hacerse honrar en forma desmedida.

Después de estas reformas, el *tlatoani* emprendió diversas conquistas exitosas y todo parecía ir bien hasta que, un día, Motecuhzoma llamó a los señores de Tetzaco y Tlacopan para comunicarles el resultado de cierto enfrentamiento con Huexotzinco, pero cuál no sería su sorpresa cuando Nezahualpilli le manifestó que el conflicto con Huexotzinco era un anuncio, “por pronosticaciones de las estrellas”, de que la Triple Alianza ya no obtendría victorias frente a los estados del valle Puebla Tlaxcala, “que jamás saldrían con empresa contra los enemigos, antes saldrían vencidos, desbaratados, muertos los mexicanos, acolhuaques y tecpanecas”.<sup>117</sup>

<sup>115</sup> *Ibidem*, cap. LXXXIII, p. 578.

<sup>116</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LIII, p. 407.

<sup>117</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. XCIX, p. 649.

En la crónica de Durán, Nezahualpilli visitó a Motecuhzoma sin motivo aparente, para anunciar la determinación del “señor de los cielos” de poner fin al poder mexica y de destruir a Tenochtitlan. El señor de Tetzcoaco agregó que pronto se verían presagios de los terribles males que se acercaban; acto seguido, se despidió, no sin advertirle que debería fortalecer su ánimo: “Y más te digo, que antes de muchos días verás en el cielo señales que serán pronóstico de lo que te digo. Y no por eso te desosiegues ni inquietes, que lo que ha de suceder, es imposible huirle el rostro”.<sup>118</sup>

Según Durán, el anuncio de Nezahualpilli fue un primer motivo de abatimiento para Motecuhzoma, ya que con las palabras del señor de Tetzcoaco ambos gobernantes empezaron a llorar: “Motecuhzoma empezó a hacer unos clamores a los dioses y a pedir se le acabasen los días, por no ver lo que le anunciaban que en su tiempo había de acontecer [...] el rey Motecuhzoma quedó muy afligido y atemorizado y guardando en su pecho todo lo que le dijeron, sin dar a nadie parte de su secreto”.<sup>119</sup> Aquí el cronista dominico muestra por vez primera a otro Motecuhzoma, no ya al temible gobernante sino a un hombre temeroso de su futuro. Sin embargo, debe decirse que Tezozómoc todavía no hace mención de este aspecto del *tlatoani*.

Es a partir de este pasaje que el tono del relato cambia en ambas obras, pues pronto comienzan a sucederse los presagios funestos sobre Motecuhzoma y su ciudad. A consecuencia de estos sorprendentes acontecimientos, el gobernante fue aumentando su crueldad al tiempo que las guerras que emprendió la Triple Alianza fueron menos venturosas. Éste fue el primer anuncio de los males que se cernían sobre los mexicas, puesto que no se trata de una decisión humana sino divina, “del cielo”.

Según el cronista dominico, Motecuhzoma quiso poner a prueba la verdad de las palabras de Nezahualpilli y ordenó efectuar una guerra florida con Tlaxcala, pero los mexicas fueron derrotados con grandes pérdidas y sin haber hecho cautivos. El *tlatoani*

<sup>118</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXI, p. 459.

<sup>119</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXI, p. 460.

castigó severamente a los guerreros quitándoles insignias y distinciones. Al año siguiente dispuso un nuevo combate en el cual tlaxcaltecas y mexicas sufrieron pérdidas por igual, con lo que Motecuhzoma se mostró satisfecho. Por su parte Tezozómoc sólo comenta varias derrotas mexicas y los castigos impuestos a los guerreros.

El siguiente acontecimiento que pone de manifiesto el futuro de Tenochtitlan es la destrucción del templo de la diosa Toci, llamado *Tocititlan*, y ubicado en las afueras de la ciudad. Los huexotzincas lo destruyeron aprovechando el descuido de los sacerdotes encargados del templo, lo cual constituía una muy grave falta sacerdotal, pues las obligaciones de los sacerdotes incluían el cuidar de los recintos sagrados y velar durante la noche. Motecuhzoma montó en cólera y castigó a las sacerdotes con gran severidad por su desidia, por eso mandó traer a todos los sacerdotes de los templos y el *calmecac*, y

mandólos llevar á todos á la cárcel que llaman *cuauhcalco* [“en la casa de madera”], que era a manera de caja (como cuando entapian ahora á alguna persona, que le dan a comer por onzas) así a éstos los echaron á todos allí, y mandó Moctezuma, que pues era su oficio guardar los templos, y las noches hacer oración á las estrellas, y que también que sembrasen de *tezontal* [tezontle], de canto menudo que pican las carnes [...] que no les diesen de comer, si no fuera muy tasado, y el agua por lo consiguiente.<sup>120</sup>

Nótese que el castigo es aplicado a toda la institución sacerdotal de Tenochtitlan y no sólo a los encargados directos del santuario de Toci. El incidente se concibe como un error de todo el sacerdocio y no como el de unos cuantos individuos.

Tezozómoc no dice que pasó con los sacerdotes, pero podemos inferir que posteriormente fueron liberados porque poco después los vemos recibiendo a los guerreros de la Triple Alianza. Por su parte Durán agrega ciertos matices que tienden a acrecentar el carácter despótico de Motecuhzoma y su crueldad: dice, por ejemplo,

<sup>120</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. XCIX, p. 650.

que en el piso de las jaulas en lugar de tezontle molido se pusieron navajas y se dejó morir de inanición a los sacerdotes.<sup>121</sup>

Poco después, ante la aparición del primer presagio, la “bandera de nubes” en Tezozómoc o el cometa, en Durán, que ha sido comentado atrás, Motecuhzoma pidió a los sacerdotes y a los magos que le explicasen su significación, pero éstos declararon no estar enterados de ninguna aparición celeste. Esta respuesta enfureció a Motecuhzoma, quien ordenó que fueran encerrados y que no se les diera ningún alimento hasta que murieran. Según Tezozómoc, llamó a un funcionario llamado *Petlacacatl* y le dijo: “¿Quiénes son estos bellacos que en tan poco me tienen? Llevádmelos á vuestras cárceles y entapiádmelos en *cuauhcalco*, y mueran de hambre allí [...] ¿no saben estos bellacos que soy rey y señor absoluto?”<sup>122</sup>

Debido a estos sucesos Motecuhzoma se vio obligado a acudir a Nezahualpilli para pedirle que le aclarara el significado del portento. El señor de Tetzoco le anunció el próximo fin del poder mexica por la voluntad de los dioses y, a su vez, le pidió que afrontara el porvenir con valor y determinación, pero Motecuhzoma en lugar de hacerlo que le pedía el señor del Acolhuacan cayó en un estado de angustia y desesperación, en el que sólo pensaba en huir; como lo dice Tezozómoc: “Comenzó luego el rey Moctezuma á llorar amargamente: él le respondió [a Nezahualpilli] llorando: ‘Señor y padre mío, mucho agradezco vuestra buena voluntad: ¿y yo adónde iré, heme de volver pájaro, he de volar ó esconderme? ¿Habré de aguardar á lo que sobre vosotros el cielo quisiese hacer?’”<sup>123</sup>

En la versión de Durán se insiste en el valor que debía demostrar Motecuhzoma ante la adversidad, “no te desmayes, ni te aflijas, ni te desesperes: haz el corazón ancho y muestra ánimo y pecho varonil contra los trabajos de la fortuna”. Pero también en esta variante el *tlatoani*, en vez de ser firme y valeroso, llora y se aflige ante

<sup>121</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXII, p. 464, dice que los metieron “en jaulas, llenas de navajas pequeñas, o de pedazuelos de navajas, de que mandó cubrir el suelo para siempre, hasta que muriesen, estuviesen y durmiesen en ellas. Y mandó que les diesen de comer por medida, como acá decimos ‘por onzas’, hasta que muriesen”.

<sup>122</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. C, p. 654.

<sup>123</sup> *Idem*.

el funesto anuncio revelado por Nezahualpilli, suplica a los dioses por su situación:

—Oh, señor de lo criado, oh dioses poderosos en quien está el matar y dar vida, ¿cómo habéis permitido que habiendo pasado tantos reyes y señores poderosos, me cupiese a mí en suerte la desdichada destrucción de México, y que vea yo la muerte de mis mujeres e hijos, y que me vea yo desposeer de mis poderosos reinos y señoríos y de mis vasallos y de todo lo que los mexicanos han conquistado y ganado con su poderoso brazo y con la fuerza y ánimo de su pecho? ¿Qué haré? ¿Dónde me esconderé? ¿Dónde me iré a meter? Oh, si me pudiera en este punto volver piedra, o palo, o convertir en otra cualquier vil materia, antes que no ver lo que con tanto sobresalto espero [...] Pero, ¿qué se puede hacer, poderoso rey, sino esperar lo que me anuncias? Por lo cual, te beso las manos y te lo agradezco, pues no puedo ser en este punto pájaro para poder volar a los montes y meterme en lo más áspero de ellos.<sup>124</sup>

En la versión de Durán, el discurso de Motecuhzoma pone mayor énfasis en el temor del *tlatoani*, así como en aspectos concretos de su miedo, tales como la muerte del linaje gobernante, la pérdida del poder y de las posesiones tenochcas. Todas éstas, situaciones que efectivamente ocurrieron con la conquista española. Puede decirse que los matices que agrega Durán acrecientan la imagen de un Motecuhzoma atemorizado y señala los resultados materiales y políticos de la Conquista. Por otra parte, al poner en boca del gobernante la frase de “¿qué se puede hacer [...] sino esperar lo que me anuncias?” y ver las posteriores acciones de Motecuhzoma, puede decirse que a partir de este pasaje la historia que se narra es la de un hombre que no termina de aceptar su suerte.

En Tezozómoc, las primeras alusiones al carácter cruel y despótico de Motecuhzoma aparecen cuando este autor dice que después del encuentro con Nezahualpilli el gobernante ordenó la muerte de los magos que estaban presos. No conforme con esto, Motecuhzoma ordenó además que las casas de los magos fuesen destruidas, que

<sup>124</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXIII, p. 469.

sus mujeres echadas de ellas y que sus hijos fueran repartidos entre diferentes personas, “fue hecho así, y después de saqueado, desbarataron las casas y repartieron las criaturas: cosa de tanta crueldad inhumana de príncipe, sólo por una tilde en que los miserables erraron”.<sup>125</sup> Con esto, por primera vez Tezozómoc se une a las críticas a Motecuhzoma por su crueldad y extrema severidad en la imposición de castigos.

Por su parte, Durán confirma la noticia de la pena impuesta a los magos y aclara que sus hijos fueron dados por “esclavos perpetuos”. Para el dominico estos terribles castigos eran comúnmente aplicados por el *tlatoani* a todos los que fallaban aun en las cosas más nimias: “Y éste era el cruelísimo castigo que Motecuhzoma hacía con todos los que se descuidaban en las cosas que les eran encomendadas y él les mandaba, y así era temido y obedecido con tanta diligencia y cuidado que no faltaba punto”.<sup>126</sup>

Pasó algún tiempo sin otras manifestaciones de portentos, mas no por ello Motecuhzoma olvidaba las palabras de Nezahualpilli, antes las recordaba de vez en vez y lo mantenían en un estado de continuo sobresalto, nerviosismo y tensión, “a cuya causa —dice Durán— instituyó que todas las veces que fuesen a las guerras hubiese grandes oráculos, largas y prolijas oraciones a los dioses y muchos y muy abundosos sacrificios y ofrendas y derramamientos de sangre de los sacerdotes y de sí mismo”.<sup>127</sup>

El gobernante había perdido la seguridad y la confianza en sí mismo, por ello trató de congraciarse con las deidades a través de un culto más exuberante y sangriento; pero al mismo tiempo, buscaba conocer el futuro y tener informes más precisos sobre los males que le anunció el señor de Tetzoco. Para conseguirlo recurrió al uso de psicotrópicos entre los sacerdotes y los ancianos, buscando que entraran en estados alterados de conciencia a través de los cuales pudieran comunicarse con las divinidades y así conocer el porvenir; algunos le anunciaron noticias desfavorables, pero el gobernante no las soportaba, por lo que mandó matar a quien lo

<sup>125</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. C, p. 655.

<sup>126</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXIII, p. 470.

<sup>127</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXV, p. 484.

hacía; según Durán “desdichados de los que le anunciaban mal suceso, porque luego eran mandados matar, sin ningún remedio. Y así, escarmentados y temerosos los viejos y sacerdotes y agoreros jamás le decían la verdad de lo que el demonio les declaraba y mostraba en los cercos y sueños que tenían, temerosos de que no les matase”.

Poco a poco, en su afán de conocer el futuro, Motecuhzoma se fue quedando solo, pues todos temían decirle la verdad, ya que no era capaz de aceptarla, pero el silencio tampoco les valía, ya que igualmente eran objeto de la ira del gobernante, pues

si acaso estos agoreros y oradores del demonio le respondían con alguna equivocación, o decían que no sabían nada, ni el demonio les había querido revelar cosa alguna, luego los mandaba matar, diciendo que ya el demonio o los dioses no hacían caso de ellos, ni les querían decir nada por su mala vida y costumbres, y así los mandaba matar y asolar sus generaciones y casas.<sup>128</sup>

Durán insiste en el carácter tiránico, cruel e injusto del mandato de Motecuhzoma. Además, hay un claro contraste entre los consejos dados al gobernante durante su entronización y sus acciones. En aquel momento se le señalaron, entre otras obligaciones, la de respetar a los ancianos y la de honrar a los sacerdotes. En este pasaje en cambio se presenta haciendo exactamente lo contrario, faltando con ello a parte de sus obligaciones como un buen *tlatoani*. Es de resaltar que Tezozómoc, en su obra, no haga mención de estos pasajes de temor y crueldad recurrente.

Después de esto ocurre el episodio del portento de la piedra parlante que ha sido tratado en otro lugar. Tezozómoc dice que Motecuhzoma pensó que no había dejado ningún monumento importante que perpetuara su recuerdo.<sup>129</sup> Por lo que ordenó traer una gran roca para hacer una escultura monumental. Pero la versión de Durán dice que el motivo para traer la piedra fue el de superar todas las obras de los anteriores gobernantes,

<sup>128</sup> *Idem*.

<sup>129</sup> “Acordó Moctezuma que en su tiempo había hecho labor alguna que hubiese de él memoria”, Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CII, p. 662.

siempre fue Motecuhzoma muy amigo de que sus cosas fuesen aventajadas y nombradas en todo el mundo, y todo lo que los demás reyes habían hecho le parecía baladí [de poca importancia] y muy poco, para lo que su magnánimo corazón aprehendía en cosas de grandeza y nombradía. Y así, pareciéndole que la piedra que su abuelo había puesto era chica y baladí y que no era conforme a la grandeza de la solemnidad y de la autoridad de México y conforme a lo que él quería.<sup>130</sup>

El cronista dominico insiste en presentar la imagen de un gobernante orgulloso y soberbio, para quien las obras de todos sus antecesores eran de poca monta en relación con su propia grandeza; con estos pasajes se continúa dibujando el perfil de Motecuhzoma como un gobernante injusto y negativo.

Como se vio atrás, la piedra se reveló como un prodigio que podía hablar y anunció que era inútil tratar de llevarla a Tenochtitlan. En la crónica de Tezozómoc se dice que la piedra declaró que pronto ocurrirían cosas negativas y que ya no era tiempo de realizar aquella obra, “porque ya ha llegado su término de él, ya no es tiempo, y el Moctezuma ha de ver por sus ojos lo que será presto, porque está ya dicho y determinado, porque quiere aventajar a nuestro señor, que hizo el cielo y la tierra”.<sup>131</sup>

En la crónica del padre Durán se trata del fin del gobierno de Motecuhzoma por la voluntad divina; la piedra manda a los oyentes que le avisen al *tlatoani* que “ya se le acaba su mando y oficio; que presto lo verá y experimentará lo que ha de venir sobre él, a causa de que se ha querido hacer más que el mismo dios tiene determinadas estas cosas, y así, dejadme, porque si paso adelante, será por vuestro mal”.<sup>132</sup>

En esta ocasión ambas versiones coinciden al hablar de una suprema deidad que ha establecido el fin del gobierno de Motecuhzoma, pero esto tiene una causa, y es que el *tlatoani* ha tratado de hacer más que la divinidad, “quiere aventajar a nuestro señor”, ha llegado al extremo de la soberbia al tratar de ser como un dios, con

<sup>130</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXVI, p. 485.

<sup>131</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CII, p. 664.

<sup>132</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXVI, p. 488.

lo cual se da un nuevo elemento para la justificación moral de la Conquista: la gran soberbia del máximo gobernante.

De acuerdo con Durán, el presagio de la piedra fue un motivo más para el abatimiento del *tlatoani*, cuando éste decide esperar la muerte; esto se puede ver en el pasaje donde Motecuhzoma reúne a los principales de la ciudad y les dice: “—Verdaderamente, hermanos míos, que ahora creo que nuestros trabajos y aflicciones han de ser muchos y que nuestra vida ya es poca, y así, yo determino dejarme morir; de mí, como mis antepasados, y haga el señor de lo criado lo que fuere servido”.<sup>133</sup>

Este abandono de Motecuhzoma a su suerte, con la decisión de dejarse morir recuerda mucho lo que se dice al respecto en la tradición tlatelolca recogida por Sahagún, pero cabe resaltar que en la crónica Tezozómoc no se registra esta determinación. Después del episodio de la piedra parlante, Motecuhzoma ordenó que se labrara su efigie en Chapultepec. Sus servidores cumplieron su trabajo labrando su figura en una peña. Al concluir el trabajo dieron aviso al gobernante; éste, al ver la obra comenzó a llorar y en palabras de Tezozómoc exclamó:

jamás se perderá ésta mi figura porque está en buena peña, ¿cuándo ha de venir á perderse esta figura jamás? Porque yo he de morir y dejar este mundo y jamás mi renombre será perdido, ni mi fama, porque mi buen padre y tío Nezahualpilli rey ¿no entendía y sabía seiscientas cosas y artes de encantamientos y caracteres? Ya murió: ¿y no dejó su memoria también hecha junto a su casa el principal y señor de Cuitláhuac Tzompanteuctli? ¿No sabía y entendía otras seiscientas artes de nigromancia? También murió y no hay ahora memoria de él.<sup>134</sup>

La hechura del relieve de Chapultepec aparece como un acto de despedida de Motecuhzoma, quien parece aceptar el ambiguo fin anunciado por Nezahualpilli y sólo se preocupa por dejar una obra que sirva para guardar la memoria de su poder y persona.

<sup>133</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXVI, p. 489.

<sup>134</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CII, p. 667.

En la crónica de Durán se dice que al regresar de ver la peña de Chapultepec Motecuhzoma reunió a los principales y les contó acerca de los anuncios que le hizo Nezahualpilli, con lo cual empezó a llorar y les dijo “¿cómo puedo yo consolarme, pues me veo cercado de tantas angustias y sobresaltos?”; en seguida se comparó de manera muy desfavorable con el señor de Tetzcoco y con Tzompantecutli, sabios gobernantes que poseían grandes conocimientos mientras que él era un hombre ignorante, “¿qué será de mí, que soy ignorante y sin ciencia ninguna? ¿cómo me podré evadir de la calamidad y mal que espero?”<sup>135</sup> El énfasis de Durán está en resaltar, precisamente, las carencias de Motecuhzoma frente a otros señores indígenas, particularmente su ignorancia y su falta de sabiduría. Es un gobernante que destaca desfavorablemente por su injusticia reiterada y su falta de conocimiento.

Los elementos negativos de la personalidad del *tlatoani* se refuerzan en el relato del siguiente presagio, el rapto de un macehual por un águila que lo lleva a una cueva en la que se presenta una figura de Motecuhzoma recostada y dormida.

Según Tezozómoc al macehual se le apareció un “principal gran señor” que le ordenó herir a la figura de Motecuhzoma con un sahumador en el muslo; así lo hizo y la figura no se inmutó porque el gobernante estaba “borracho perdido” y no sentía ya nada. El macehual fue enviado de regreso con el siguiente mensaje para Motecuhzoma “dile lo que te dije de que le hirieres en un muslo, y dile que cese ya lo que está haciendo, que ya es acabado su término, que él lo buscó por sus manos, que tal prisa dio a su voluntad y deseo”.<sup>136</sup> Mensaje congruente con la imagen que se ha ido dibujado de Motecuhzoma como un gobernante injusto, por lo que la suprema divinidad ha determinado el fin de su mando.

En su versión, Durán insiste en las malas acciones de Motecuhzoma; según este autor el macehual escuchó en la cueva una voz que le dijo: “Toma y descansa y mira ese miserable de Motecuhzoma cual está, sin sentido, embriagado con su soberbia e hinchazón,

<sup>135</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXVI, p. 490.

<sup>136</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CIII, p. 669.

que a todo el mundo no tiene en nada [...]. Y, si quieres ver cuán fuera de sí le tiene ésta su soberbia, dale con ese humazo ardiendo en el muslo y verás que no siente”.

Efectivamente, la figura de Motecuhzoma no se movió ante la quemadura que le hizo el macehual, quien fue regresado a su pueblo con la encomienda de llevar un mensaje al *tlatoani*: “Y dile que tiene enojado al dios de lo criado y que él mismo se ha buscado el mal que sobre él ha de venir y que ya se le acaba su mando y soberbia; que goce bien de esto poquito que le queda y que tenga paciencia, pues él mismo se ha buscado el mal”.<sup>137</sup>

Lo que en Tezozómoc sólo era una alusión general a las malas acciones de Motecuhzoma se transforma en Durán en la clara mención de que el gobernante ha incurrido en el pecado de soberbia, pues ya no valora en nada al resto del mundo, su soberbia le ha hecho perder el juicio como a un borracho y estas acciones han enojado “al dios de lo criado”, y por ello su gobierno llegará a su fin. Los matices de Durán parecen tener un cierto contenido cristiano y una cierta intención de presentar a un gobernante que cae en uno de los pecados capitales, el de la soberbia, de creerse más que la misma divinidad, motivo por el cual recibirá su justo castigo: la pérdida del poder.

Después de estos presagios, Motecuhzoma decide huir del mundo de los hombres en compañía de los enanos y corcovados que estaban a su servicio; el objetivo de su huida es llegar al Cincalco “la Casa del maíz”, lugar fuera del mundo normal y que se pensaba presidido por Huémac, el señor tolteca, al cual se creía que era posible acceder desde algún punto de Chapultepec. Para lograr su propósito, mandó a unos magos como embajadores ante Huémac con un presente de pieles de hombres desollados, para solicitar su admisión en la “Casa del maíz” en calidad de simple sirviente. Tezozómoc asienta que Motecuhzoma dijo a sus enviados lo siguiente, “si allá entramos jamás moriremos, sino vivir para siempre, á donde hay cuantos géneros de comida hay en el mundo, bebidas y todo género de rosas, y todo género de árboles frutales, porque todos los

<sup>137</sup> Durán, *Historia de las Indias*, v. II, Historia, cap. LXVII, p. 492.

moradores que allá están, se hallan los más contentos del mundo, que es el Huémac, está el más ufano y contento del mundo; allá hemos de ir y estar en su compañía”.<sup>138</sup>

En la primera embajada, los magos y los servidores de Motecuhzoma llevan como presentes cuatro pieles de hombres desollados. Una vez que hubieron llegado ante Huémac le dieron el mensaje del *tlatoani*, “señor, te envía estos cueros y te envía á besar los reales pies y manos, y te envía á rogar que lo quieras recibir en tu servicio, para que te sirva de barrendero y de todo lo demás que es a tu real servicio”.<sup>139</sup>

Huémac respondió de forma negativa a la petición y, en cambio, pidió que le dieran mayores informes sobre las causas por las cuales Motecuhzoma pedía entrar al Cincalco. Los embajadores regresaron ante el *tlatoani* comunicándole la respuesta de Huémac, por lo cual se enfureció y mandó que los magos fueran muertos a pedradas.

Después de esto, mandó otra embajada con idénticos presentes y mensaje. Una vez que los enviados llegaron ante Huémac le repitieron el ruego y agregaron que Motecuhzoma quería huir de los males que le había pronosticado Nezahualpilli; la respuesta del señor del Cincalco fue desalentadora:

¿qué es lo que dice Moctezuma? ¿Piensa que es como allá en el mundo de la manera que reina? no lo ha de poder sufrir una hora, cuando más un día. ¿Piensa que yo acá como ni visto jamás ni todos los que aquí están? Porque ya no son como cuando en el mundo estaba, sino de otra forma y manera, que cuando estaban en el mundo tenían alegría, descanso y contento; ahora es todo tormento; que no es este lugar como allá el refrán dice, que es un deleitoso paraíso de contento, sino un continuo tormento: decidle esto á Moctezuma, que si viese este lugar, de puro temor huyera, hasta meterse en una dura piedra; que ahora se puede glorificar en gozo, alegría y placer y gozar de las piedras preciosas, oro, plumería rica, géneros de lindas

<sup>138</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CIII, p. 671; hasta donde hemos podido cotejar, este pasaje de la huida al Cincalco es el único en el que Tezozómoc se muestra más prolijo que Durán.

<sup>139</sup> *Ibidem*, cap. CIV, p. 672-673.

mantas, y las preciosas comidas y bebidas, que no cure de saber más: id, y contádselo.<sup>140</sup>

Ésta es la visión del Cincalco como un lugar de tormento en el cual los que ahí se encuentran no son de la misma manera que cuando estaban en la tierra, esto es, que ya no disfrutaban ni de las riquezas materiales ni de los placeres, sólo sufren pena y dolor. Se trata de la visión cristianizada de este “otro mundo” prehispánico, ya que para un autor cristiano toda creencia de vida después de la muerte que no se enmarque en la tradición judeocristiana sólo puede ser falsa o un engaño del demonio y así, es probable que a fines del siglo XVI se vislumbrara al Cincalco como una especie de infierno. Tal posibilidad se refuerza con la imagen del lugar que proporciona Durán en su *Historia*.

Y decidle que éstos que están en mi compañía, que también fueron hombres como él, y que gozaron de lo que él goza y ahora padecen lo que veis. Miradlos y consideradlos, cuán diferentes figuras tienen aquí de las que allá tenían que no piense que aquí tenemos ningún contento y alegría, sino todo trabajo y miseria, y que a este lugar no venimos nosotros de nuestra voluntad, sino traídos por fuerza, y estamos con la voluntad del muy alto<sup>141</sup>

Los habitantes de la “Casa del maíz” alguna vez fueron hombres y “gozaron de lo que él goza”, esto es, fueron principales y gobernantes indígenas, pero en lugar de continuar con los privilegios que tuvieron en vida, sufren privaciones y fatigas, ya que están en ese lugar por la fuerza y la voluntad del “muy alto”, de la divinidad. Se trata de un lugar de castigo después de la vida, por ello es muy probable que Durán considerara que el Cincalco era en realidad el infierno.

Moteczuhzoma no se contentó con esta respuesta y, antes de enviar otra embajada, mandó matar a los mensajeros de la anterior. Una vez frente a Huémac, la nueva embajada le entregó el presente

<sup>140</sup> *Ibidem*, cap. CIV, p. 674.

<sup>141</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXVII, p. 494.

de pieles de los desollados pidiendo que admitiera como su sirviente a Motecuhzoma, “porque no quiere ver lo que le sucederá en vida, con tanta vergüenza y deshonra”. Se trata de un gobernante que quiere huir, evadirse del cumplimiento de las disposiciones divinas. Según Tezozómoc, Huémac respondió a los enviados que lo que se acercaba “él propio se lo quiso y se lo buscó en la manera de subir, y es, que ya está dicho y nombrado su propio nombre; que ello fue demasiada soberbia y crueldad suya con sus prójimos, quitándoles la vida inhumanamente”.<sup>142</sup>

Huémac acusa a Motecuhzoma de cometer el pecado de soberbia en grado superlativo, de ser cruel al aplicar la pena de muerte, razón por la cual una no bien definida voluntad superior ha “nombrado su nombre” y lo que le pasará es el resultado de todos sus errores e injusticias como gobernante. A pesar de ello, Huémac parece dispuesto a admitir a Motecuhzoma en el Cincalco, pero para eso es necesario que primero cumpla con una rigurosa penitencia,

que ayune, y no coma las preciadas comidas que comía, y todo cuanto señorío y mando tenía, poco á poco lo vaya dejando: las preciadas rosas, flores y perfumes adobadas, que se vaya desviando de ello y lo que comiere sean unos bollos de *michihuauhtli* [huatli de pescado], y que el agua que bebiere se la cuezan primero, y una cucharada de frijol cocido, y sobre todo se vaya quitando y apartando de sus mujeres, que no llegue á ellas, y con esta penitencia que hiciere, volverse ha, lo sentenciado contra él, y si no, yo seré con él de cuando en cuando: decidle esto.<sup>143</sup>

Todos los aspectos de su penitencia son propios de quienes buscan tener un contacto cercano con los dioses y así podemos encontrarlos como costumbres de los sacerdotes. Todas estas acciones tenían como fin alejar al penitente del contacto con lo impuro, al tiempo que lo iban “limpiando” de sus faltas morales; lo separaban

<sup>142</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CIV, p. 674.

<sup>143</sup> *Ibidem*, cap. CIV, p. 675. Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXVII, p. 495, agrega que “no se sentase en el asiento real, ni en el lugar del señorío, ni se pusiese manta real, ni otra riqueza ninguna, sino todo ropas y traje de penitente”.

de lo mundano para poder entrar en el ámbito de los dioses.<sup>144</sup> Sentido que captó, con toda propiedad, Tezozómoc, “y así poco a poco el rey Moctezuma iba dejando el mundo y su soberbia”.<sup>145</sup>

Una vez cumplida la penitencia, Motecuhzoma envió una nueva embajada ante Huémac; este contestó que en el plazo de cuatro días iría por el *tlatoani* a la cima de Chapultepec, un sitio de nombre *Tlachtonco*, “el juego de pelota”, o *Tlachtitlan* “lugar donde se hace el juego de pelota”.

Llegado el día, los sirvientes deformes vieron encima de Chapultepec una piedra blanca que relumbraba. Motecuhzoma dispuso que sus enanos adornaran ese sitio con hojas y ramas de zapote; después, a la media noche, se vistió con plumas ricas y joyas de oro e igual hicieron los enanos. Una vez en el sitio señalado, vieron venir a lo lejos a Huémac, quien “venía relumbrando, como si fuera medio día; cada vez que relumbraba, se aparecían las casas y las sierras todas”.<sup>146</sup>

Sin embargo, Motecuhzoma ya no pudo escapar a la voluntad de la suprema deidad, pues ocurrió que uno de los penitentes que representaba a Tezcatlipoca o Huitzilopochtli, de nombre Tzoncoztli, que estaba dormido, fue despertado por una entidad que le llamó por su nombre y lo puso sobre aviso de la huida de Motecuhzoma, en la versión de Tezozómoc con estas palabras:

ven acá, mira cual está Moctezuma, ¿cuál es su pretensión? Maldita la vergüenza que tiene, ¿qué han que decir de él todos los pueblos que están a la redonda de este imperio? ¿Qué dirán ahora nuestros enemigos de nosotros y de Moctezuma? Más en especial los de Huexotzinco, Cholula, Tlaxcala, Tliluhquitepec, Meztitlan, Mechoacan y Yopitzinco, es muy grande afrenta y vergüenza, pues ha de ver suceder y venir sobre él lo que vendrá que presto será, que está prometido y se ha de cumplir, que no puede ser menos ni ser revocado; y que allá

<sup>144</sup> Véase Miguel Pastrana, *Entre los hombres y los dioses. El sacerdocio prehispánico en el Altiplano Central Posclásico*, tesis de licenciatura en historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1992, p. 65-68.

<sup>145</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CIV, p. 676.

<sup>146</sup> *Ibidem*, cap. CV, p. 678. Para Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXVII, p. 495, era “una cueva tan encendida que con su luz se parecían las casas de la ciudad y los cerros y árboles como si fuera de día”.

á donde quiere ir, no es posible que él allá vaya, que á eso me envía acá el Señor de los aires, tierra, mar, ríos, montes, para darle este aviso, que á esto vine, á atajar á Huémac, que acá no llegase, porque luego que me vido se volvió.<sup>147</sup>

La entidad que habla al penitente Tzoncoztli es una deidad vinculada estrechamente a los mexicas, pues habla de “nuestros enemigos”, además, se trata de una divinidad sometida a una suprema voluntad, la del “Señor de los aires, tierra y mar”, que lo envió para dar un mensaje al *tlatoani* y a Huémac. El contenido de dicho mensaje reitera lo ineludible e inminente de los males anunciados “lo que vendrá presto será”; también se insiste en la mala conducta de Motecuhzoma, puesto que, si su huida se hubiera logrado, habría causado una gran vergüenza a los mexicas, a la Triple Alianza y a la misma divinidad, “¿Qué dirán ahora nuestros enemigos de nosotros y de Moctezuma?”

Después de oír el mensaje de esa misteriosa entidad, Tzoncoztli se llegó hasta Chapultepec y, al encontrar a Motecuhzoma lo increpó, e hizo hincapié en su alto rango y la gran responsabilidad que por ello tenía ante los mexicas,

¿no es muy grande la afrenta que vos, señor, queréis tomar y causar á todo este imperio? Apartaos del camino que queréis tomar, que todo el mundo tiembla de vos, ¿y queréis darles osadía á que vengan extraños á arruinar la monarquía de esta cabeza del mundo, por sólo vuestro apetito? ¿Qué tenéis, señor? ¿Qué vano y que bajo pensamiento queréis tomar, habiendo sido el primer pensamiento vuestro de juzgar á fuerza de vuestro gran corazón y hasta los límites del cielo? ¿Y ahora lo habéis puesto en la mayor poquedad y bajeza del mundo? ¿Qué dirán los grandes señores de vuestro desaparecimiento? ¿Qué os queréis meter secretamente en el infierno? En echándoos menos los principales mexicanos, ¿en qué turba multa y escándalos se pondrán á buscaros? No sólo para vuestra persona, sino para la descendencia de reyes, es la afrenta y vergüenza, de puro temor de lo que

<sup>147</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CV, p. 679.

por vos ha de venir, y es fuerza que haya de ser, porque está mandado que lo habéis de ver; y ahora con esto, tomad valeroso esfuerzo.<sup>148</sup>

El punto central de la severa crítica de Tzoncoztli a Motecuhzoma es la cobardía que muestra ante el futuro, ya que de llegar a manifestarse públicamente sería motivo de gran vergüenza y escarnio para todos los mexicas y, principalmente, para el linaje gobernante. Esta cobardía es una grave falta de cara a las funciones que debería cumplir un *tlatoani*, quien debía ser amparo de las personas, padre protector de los pobres y el mejor ejemplo de las virtudes guerreras del pueblo mexica. En ese sentido, tanto el temor como la indecisión son dos de las conductas más reprobables que podía asumir un gobernante, puesto que con ellas provocaría el descrédito y la falta de legitimidad de la cúspide del poder.

En la versión de Durán se insiste en la idea de que el *tlatoani* debe mostrarse valeroso frente a los acontecimientos y no ser un cobarde.

—¿Qué es esto, señor poderoso? ¿Qué liviandad tan enorme es ésta de una persona de tanto valor y peso como la tuya? ¿Dónde vas? ¿Qué dirán los de Tlaxcala y los de Huexotzinco y los de Cholula y de Tlilihquitepec, y los de Mechuacan y Metztitlan? ¿En qué tendrán a México, a la que es corazón de toda la tierra? Cierto, gran vergüenza será para tu ciudad y para todos los que en ella quedamos que suene la voz y se publique tu huida.<sup>149</sup>

En ambas versiones del mismo episodio se refuerza la imagen que se ha estado construyendo de un mal gobernante. En este caso se nos pinta a un hombre acobardado que está dispuesto a huir fuera del mundo de los mortales con tal de no enfrentar lo que le tiene deparado la suprema deidad; trata de escapar aun a costa de

<sup>148</sup> *Ibidem*, cap. CV, p. 680

<sup>149</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXVII, p. 496. Y agrega “Si te murieras y te vieran morir y enterrar, es cosa natural, pero [...] ¿huirte? ¿Qué diremos? ¿Qué responderemos a los que nos preguntaren por nuestro rey? Responderles hemos, con vergüenza, que se huyó [...] ¡Vuélvete, señor, a tu estado y asiento y déjate de semejante liviandad, y mira la deshonra que nos haces a todos!”

llenar de oprobio a toda Tenochtitlan. Por otra parte, también se refuerza el carácter inevitable de la caída de Motecuhzoma, pues no hay escapatoria posible, e incluso en el caso de que lo intentara, la suprema divinidad mandará a sus emisarios para evitarlo.

Después de este portentoso incidente, Motecuhzoma regresó a la ciudad y permaneció encerrado un tiempo; al cuarto día Tzoncoztli fue a verlo y dialogó con él, el gobernante le pidió que guardara el secreto de lo sucedido. La *Crónica* de Tezozómoc atribuye al primero un extraño parlamento:

¿a quién dejábades vuestro señorío y gobierno?, y pues está dicho y prometido el venidero tiempo, y en donde se dijo y prometió, no tenáis de esto tristeza, desechadlo: si no, mirad, señor, lo que se trata [dice] de este Ceteuctli, que era un señor principal este Ceteuctli, que llevó consigo Quetzalcóatl ¿no fueron á morir á Tlapalan, por la mar del cielo arriba y sus principales de ellos llamados Matlaxóchitl y Ozomatli y Tímal, que fueron estos mayores nigrománticos de el mundo en Tula, y al cabo no vinieron á morir, que los llevó su rey y señor Quetzalcóatl, ni están ahora en el mundo?<sup>150</sup>

Lo primero que señala Tzoncoztli es lo inevitable del fin del mando de Motecuhzoma y de la caída de la ciudad, “está dicho y prometido el venidero tiempo”. A continuación, le dice que no tema por su fin ni por la destrucción de Tenochtitlan, pues en el pasado otros importantes gobernantes han muerto, como los grandes señores toltecas Ce Teuctli, Mátlac Xóchitl, Ozomatli y Tímal, los tres últimos poderosos magos, pero aun con eso a los cuatro se los llevó Quetzalcóatl a Tlapalan y ahí murieron todos ellos.

Es interesante señalar que, al parecer, no hay ninguna conexión entre esta mención de Quetzalcóatl y los toltecas con el anuncio del fin del poder de los mexicas. Sólo es un ejemplo de otros grandes señores que enfrentaron la muerte y la destrucción, cosa que ahora le toca enfrentar a Motecuhzoma. Es por ello que Tzoncoztli termina su discurso arengando al *tlatoani* para que fuera feliz con lo que tenía por el tiempo que le quedaba: “Ahora, señor, de qué te fatigas, vuelve

<sup>150</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CV, p. 681.

en ti y ten ahora más alegría que nunca tuviste en la vida: ahora goza de tu juventud florida: y ese ánimo ahora mayor que nunca lo tuviste, ahora mucho regocijo, fiestas, alegrías en jardines y huertas”.

Estas palabras logran poner calma en el corazón de Motecuhzoma, quien parece haberse convencido de esperar el ineluctable fin anunciado de las deidades, sin otra preocupación que preguntarse por la suerte de sus hijos, “habeisme hecho mucho placer, y me habéis dado mucho consuelo; quién me consolará como ahora me habéis consolado, pues ha de ser, y no puede ser otra cosa; consuélome de ello, que la pena que tengo es de mis hijos, lo que será de ellos”.<sup>151</sup> Desde ese momento Tzoncoztli y Motecuhzoma fueron inseparables, hasta que ocurrió la muerte del primero.

Por su parte Durán agrega ciertos matices que acentúan los rasgos negativos del personaje. Por ejemplo, escribe que Motecuhzoma le suplicó llorando a Tzoncoztli que guardara el secreto de lo sucedido en su intento de huida, y que éste cumplió con el ruego por temor a las posibles represalias del gobernante, “aunque creo que lo hacía más por el temor de ser muerto y destruida su generación”.<sup>152</sup> Para el cronista dominico, Motecuhzoma no podía dejar de ser un cobarde y cruel gobernante.

Después de este episodio, sin mediar transición alguna, se dice que Motecuhzoma mandó traer a los funcionarios menores de la ciudad a fin de saber si habían soñado con él en alguna ocasión. Ante la respuesta negativa que recibió dispuso que se preguntara lo mismo a todas las personas que hubieran soñado algo, especialmente a las mujeres ancianas “porque son grandes adivinatoras”. Poco después, llevaron ante él a unos hombres y mujeres de edad avanzada que habían soñado varias cosas; una vez ante el gobernante refirieron los sueños que fueron comentados en el capítulo dedicado a los presagios, los cuales desagradaron profundamente al *tlatoani*, motivo por el cual llamó al funcionario *Petlacalcatl* y le mandó apresar a los ancianos, le dijo: “llevad luego á la cárcel a estos bellacos viejos, y mueran allí de hambre”.<sup>153</sup>

<sup>151</sup> *Idem.*

<sup>152</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXVII, p. 497.

<sup>153</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVI, p. 683.

Ésta es otra grave falta de Motecuhzoma, puesto que en el momento de su elección se le dijo que uno de sus deberes era el de honrar a los ancianos y a las ancianas, así como tomar consejo de sus mayores, y aquí lo vemos ordenando su muerte por haberle informado la verdad de lo que él mismo preguntó. Estas muertes son claramente injustas.

Este arbitrario y cruel acto causó un fuerte impacto entre sus servidores, al grado de ya no informarle nada respecto de sueños y presagios por temor de sufrir la misma suerte de los ancianos; dice Tezozómoc que “muchos otros viejos y principales y sahumadores, le soñaban, mas no osaban decírselo, porque no los echase en las cárceles y les cortasen las vidas”.<sup>154</sup> Al respecto Durán dice que los sacerdotes se organizaron para que ninguno informara a Motecuhzoma de sueños y prodigios a fin de evitar ser castigados con la muerte, al igual de lo que había pasado con los ancianos.<sup>155</sup>

Con esto se hace evidente que el mismo ejercicio del poder de manera despótica y cruel por parte de Motecuhzoma hace que ya no sea obedecido. En cierta forma se va quedando solo, pues ya no tiene cerca de sí a los sacerdotes, encargados del contacto entre los hombres y los dioses. El *tlatoani* no se contentó con la respuesta negativa de los sacerdotes y los mandó apresar, ordenando que se les diera el mismo trato que a los ancianos soñadores,<sup>156</sup> quienes le suplicaron tanto por su libertad que Motecuhzoma sacó a los sacerdotes de su encierro, al tiempo que mandó que le trajeran magos de diferentes lados con el fin de preguntarles lo mismo que a los ancianos y a los sacerdotes, “¿habéis visto algunas cosas en los cielos,

<sup>154</sup> *Idem*.

<sup>155</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXVIII, p. 501, dice: “Los sacerdotes de los templos, que también habían sido avisados que hiciesen memoria de los sueños de los soñasen, de las visiones que vieses en los montes, en los collados, en las cuevas, en los ríos o en las fuentes, viendo lo que pasaba con los viejos y viejas, habiendo soñado muchas cosas y visto y oído otras en sus oráculos y sacrificaderos, hiciéronse de concierto entre todos de no declarar cosa ninguna, temiendo no les sucediese lo que a los viejos y viejas”.

<sup>156</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVI, p. 683. “Con este enojo llamó á Petlacácatl mayordomo, y díjole: ‘llevadme á todos estos bellacos á la cárcel’: Y todos le rogaban á Petlacácatl, que para [qué] tenerlos allí con dolor, que más valía que luego concluyese con ellos, y los matasen a todos, y no sufrir estar allí entapiados con dolor”.

ó en la tierra, en las cuevas, lagos de agua honda, ojos, puentes ó manantiales de agua, algunas veces [gritos], como de mujer dolorida, ó de hombres; visiones, fantasmas u otras cosas de éstas.<sup>157</sup>

Los magos respondieron que no habían visto ni oído nada de lo que se les inquiría, razón por la cual Motecuhzoma montó en cólera y ordenó que fueran apresados. Poco después se les volvió a preguntar sobre las visiones que hubieran presenciado, la respuesta de los magos fue la siguiente según Tezozómoc:

¿Qué podemos decir? Que ya está dicho y tratado en el cielo lo que será, porque ya se nombró su nombre en el cielo, y lo que se trató de Moctezuma, que sobre él y ante él, ha de suceder y pasar un misterio muy grande: y si de esto quiere nuestro rey Moctezuma saber, es tan poco, que luego será entendido, porque á quien se mandó presto vendrá, y esto es lo que decimos nosotros, para que esté satisfecho; y pues ello ha de ser así, aguárdelo.<sup>158</sup>

La respuesta de los magos reitera el inevitable futuro de Motecuhzoma, ya que todo ha sido dispuesto en el “cielo” para que ocurra un “misterio muy grande” el cual no es otro que la Conquista; de igual manera, es inminente que ocurra lo que se ha anunciado porque ya viene alguien que “presto vendrá” a realizar la determinación de los dioses. El *tlatoani* quiso saber más detalles de este anuncio, pero cuando el *petlacatli* fue a ver a los magos éstos habían desaparecido.

Ante este nuevo prodigio, Motecuhzoma ordenó que se diera muerte a las familias de los magos desaparecidos, “fueron á las casas de ellos, y mataron á sus mujeres, que las iban ahogando con unas sogas, y á los niños iban dando con ellos en las paredes haciéndoles pedazos, y hasta el cimientto de las casas arrancaron de raíz”.<sup>159</sup> Este pasaje es una muestra más del carácter cruel e injusto del máximo gobernante mexica.

<sup>157</sup> *Idem.*

<sup>158</sup> *Idem.*

<sup>159</sup> *Ibidem*, cap. CVI, p. 684.

Como era de esperarse, en la obra de Durán hay ciertos matices que vale la pena comentar. Primero, los magos dieron a Motecuhzoma la siguiente respuesta a sus preguntas:

Que había de venir sobre él una cosa tan prodigiosa y de tanta admiración, cual nunca había venido sobre hombre, y mostrando enojo e ira uno de los más ancianos que allí estaba preso, dijo que lo oyeron todos: “Sepa Motecuhzoma que en una sola palabra le quiera decir lo que ha de ser de él. Que ya están puestos en el camino los que nos han de vengar de las injurias y trabajos que nos ha hecho y hace. Y no le quiero decir más, sino que espere lo que presto ha de acontecer”.<sup>160</sup>

Los magos señalan, sin entrar en detalles, que se avecinaba un hecho extraordinario de enormes proporciones “cual nunca había venido sobre hombres”, comentario apropiado para designar a la conquista de México, acontecimiento que abrió un proceso que modificó de manera radical a las sociedades indígenas. Además, se señala la inminencia de ese acontecimiento, pues se dice que ya se había enviado a quienes lo realizarían, “nos han de vengar de las injurias y trabajos que nos ha hecho y hace”, lo que pasará será un acto de justicia divina que hará posible el castigo de Motecuhzoma por sus iniquidades en el mando del Estado mexicana, por sus continuas crueldades y abusos hacia la gente del común. Posiblemente se trata de un elemento cristianizador de la Conquista introducido por Durán.

Y después, como se ha visto, cuando los magos desaparecen misteriosamente de su prisión, Motecuhzoma ordena la muerte de sus familias y el saqueo de sus casas. Con estos acontecimientos Durán señala que el gobernante cayó en un estado de profundo abatimiento moral. “Desde este día reinó en el corazón de Motecuhzoma tanta tristeza y aflicción que jamás le veían el rostro alegre, antes huyendo toda conversación se encerraba en su recogimiento y secreto con el *texiptla* [Tzoncoztli], comunicándole lo que aquestos hechiceros y sortílegos le habían declarado”.<sup>161</sup>

<sup>160</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXVIII, p. 502.

<sup>161</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXVIII, p. 503. Agrega: “mostrando grandísimo pesar y congoja de que se le hubiesen huido, creyendo que si algún tiempo más se detuvieran,

Este estado de ánimo que se le atribuye a Motecuhzoma recuerda inmediatamente lo que se dice sobre el asunto en la obra de Sahagún. En este aspecto la tradición es similar, al mostrar a un gobernante entristecido y solitario frente a la angustia de los funestos anuncios del futuro. Pero debe hacerse notar que Tezozómoc no hace ninguna mención de este peculiar estado de ánimo.

En esas circunstancias llegó a Tenochtitlan, con una inquietante noticia, un hombre al cual le faltaban los dedos de los pies. Se trataba del primer avistamiento de las embarcaciones españolas en las costas del Golfo. El hombre decía ser de un pueblo llamado Mictlan-cuauhtla, “bosque del Mictlan”, nombre que Durán tradujo como “bosque infernal”, dando con ello al incidente un ligero toque de ambiente fantástico, muy apropiado para una narración en donde lo divino y lo humano se conjugan.

Motecuhzoma envió al *tlilancalqui* a la costa para que verificara la noticia, mientras que se mantenía preso al informante. El enviado, en compañía de otros funcionarios mexicas, observó en la costa la presencia de extraños hombres y los curiosos artificios de los barcos. Con esa información regresó a Tenochtitlan a dar cuenta de ello. El *tlilancalqui* describió con detalle lo que pudo percibir de los españoles, lo cual preocupó mucho a Motecuhzoma pues, según Tezozómoc, “estaba cabizbajo, que no habló cosa ninguna”.<sup>162</sup>

Por su parte, Durán refuerza en su obra la idea del miedo del gobernante:

Motecuhzoma bajó la cabeza y, sin responder palabra, puesta la mano sobre la boca, se quedó por muy grande rato, como muerto o mudo, que no pudo hablar ni responder, y al cabo de mucho rato, dando un suspiro, o haciendo una espiración dolorosa, dijo al principal que le daba la relación: —“¿A quién puedo yo dar crédito mejor que a ti? ¿De qué me servirá tornar a enviar para que me satisfaga, pues viste por tus ojos lo que me dices? Lo mejor será buscar el remedio”.<sup>163</sup>

sacara de ellos todos los sucesos que esperaba, doliéndose de la poca culpa que sus mujeres e hijos habían tenido para hacerlos matar, y no habiéndole ofendido en ninguna cosa”.

<sup>162</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVI, p. 685.

<sup>163</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXIX, p. 506.

Si en la obra de Tezozómoc Motecuhzoma muestra cierto temor, en la crónica de Durán se observa al gobernante completamente abatido. Inmediatamente mandó liberar al hombre de Mictlancuauhtla, pero éste había desaparecido. Ante esto, Motecuhzoma ordenó a los funcionarios guardar silencio con respecto al caso bajo pena de muerte de ellos y sus familias. Después pidió que fueran llevados ante su presencia dos lapidarios y dos orfebres, a quienes encargó la confección de unas joyas con ciertas características; una vez terminadas llamó de nuevo al *tlilancalqui* y le ordenó que llevara las joyas a la costa como presente a los extraños, en el entendido que se trataba del regreso del dios Quetzalcóatl; según Tezozómoc, les dijo que

os habéis de partir á dar este presente á los que son ahora venidos, que entiendo que es el dios que aguardamos Quetzalcóatl, porque los viejos de Tulan tienen por muy cierto que les dejó dicho su dios Quetzalcóatl que había de volver á reinar a Tulan y en toda la comarca de este mundo, y que cuando se iba llevaba é iba dejando atrás de él los montes, ríos, los minerales de oro y piedras preciosas, que hoy las tenemos y gozamos, y pues se tiene por cierto que ha de volver de donde iba al cielo á ver al otro dios [?], que es llamado el lugar a donde iba Tlapalan [“lugar donde abunda el color”], que fue por la mar arriba, y en efecto, debe de haber vuelto á gozar lo que es suyo: pues este trono, silla y majestad suyo es, que de prestado lo tengo.<sup>164</sup>

Con este texto por primera vez se aclaran los temores de Motecuhzoma. El miedo reside en que se cumpla el regreso del dios Quetzalcóatl, quien ha de volver para gobernar de nueva cuenta Tula “y en toda la comarca de este mundo”, esto es, que recuperaría el antiguo poder tolteca y la extensión de sus dominios. De la misma manera, ya que él distribuyó en su huida las piedras preciosas y los metales finos, éstos le pertenecían y con su retorno debería volver a tomar posesión de ellos. En síntesis, el temor radica en que Quetzalcóatl recupere el poder y las riquezas que tuvo en Tula, “pues este trono, silla y majestad suyo es, que de prestado lo tengo”. A pesar de

<sup>164</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVII, p. 687.

estas afirmaciones no es del todo claro de qué forma y en qué medida puede considerarse a Tenochtitlan como la continuación de Tula.

Sin embargo, como se vio en el capítulo anterior, Motecuhzoma no estaba totalmente seguro de que se tratara de Quetzalcóatl, y por ello ordenó al *tlilancalqui* que verificara la identidad de los recién llegados a través de ofrecerles comida tradicional indígena y ver si la consumían. En caso de confirmarse la noticia, Motecuhzoma debería entregar el poder a la divinidad que regresaba pues, según Tezozómoc, encargó al *tlilancalqui* decirle al supuesto dios “que le ruego y suplico humildemente que venga á gozar su silla y trono que le tengo en guarda”.<sup>165</sup>

Para Diego Durán, el mensaje de Motecuhzoma es muy distinto, pues tendría la finalidad de rogar al supuesto Quetzalcóatl que esperara a su muerte para ocupar de nueva cuenta el poder, “y dile que le suplico yo —y que me haga este beneficio— que me deje morir, y que, después de yo muerto, venga mucho norabuena y tome su reino que es suyo y lo dejó en guarda a mis antepasados, y, pues lo tengo prestado, que me deje acabar y que vuelva por él y lo goce mucho de norabuena”.<sup>166</sup>

La variante de Durán respecto de la crónica de Tezozómoc nos habla de un gobernante que a pesar de haber sido advertido por los presagios no se ha resignado aún a perder el poder, se trata de un hombre que se resiste a acatar el designio de la divinidad. Mensaje que está acorde con la imagen de gobernante soberbio que el dominico ha ido construyendo.

Es necesario recordar que, como se vio en el capítulo anterior, la actitud de Motecuhzoma con respecto a la identidad de los españoles es ambigua, pues en algunos pasajes se le presenta convencido de que los españoles son dioses y en otros se le presenta dudando de ello e incluso suponiendo que sólo se trata de simples hombres.

Muestra de esto es el pasaje visto en el capítulo anterior en donde Motecuhzoma ordenó indagar entre varios tlacuilos si tenían noticias en los códices sobre seres parecidos a los extraños para

<sup>165</sup> *Ibidem*, cap. CXVII, p. 688.

<sup>166</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXIX, p. 507-508.

poder identificarlos. Para ello, se elaboró una pintura de los españoles, de acuerdo con la descripción hecha por el *tlilancalqui*, para confrontarlo con los documentos preservados por los pintores de códices. La pintura asombró al *tlatoani*, “que quedó bien admirado y espantado, especial de el gran humo que salía de los tiros gruesos de campo y arcabuces, y la manera de los arcabuces, ballestas y lanzas”.<sup>167</sup>

Como ya se ha visto, la identificación no fue fácil, ya que los españoles no guardaban parecido con los seres que aparecían en los códices. Recuérdese que llama particularmente la atención cuando se dice que algunos de los tlacuilos consultados mencionaron expresamente la tradición del retorno de Quetzalcóatl y que el códice donde se refería esta narración no “conformaba” con la descripción de los españoles hecha por el *tlilancalqui*, y que, a pesar de ello, se siguió hablando del retorno del dios Serpiente Emplumada.

Al respecto es interesante transcribir el texto de Tezozómoc en el que se habla de la tradición sobre Quetzalcóatl, pues cuando los tlacuilos de Mizquic y Cuitláhuac respondieron a las preguntas de Motecuhzoma,

dieron en respuesta que los antiguos viejos predestinaron como sabios que eran, que había de volver Quetzalcóatl en otra figura, y los hijos que había de traer habían de ser muy diferentes de nosotros, más fuertes y valientes, y de otros trajes y vestidos, y que hablarán muy cerrado, que no los habremos de entender, los cuales han de venir á regir y gobernar esta tierra, que es suya, de tiempo inmemorial, y éstos han de venir á abrir sus haciendas de entre todas las sierras, montes, ríos, y que jamás se irán, que harán asiento perpetuamente: y esto dejaron declarado los antiguos.<sup>168</sup>

El texto ofrece la oportunidad de identificar a los recién llegados con el dios Quetzalcóatl y sus hijos, ya que habrían de regresar muy cambiados, serían muy valientes y poderosos, con otra forma de vestir y con un lenguaje “muy cerrado” que no se podría entender,

<sup>167</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CVIII, p. 692.

<sup>168</sup> *Ibidem*, cap. CVIII, p. 693-694.

personajes que vendrían a dominar a los indígenas para siempre. Sin embargo, en seguida se dice que esta tradición “no conformaba con lo dibujado, dijo [Motecuhzoma] á *tlilancalqui* que aquello no conformaba”.<sup>169</sup> Por su parte Durán reitera que no había concordancia entre la tradición y las pinturas de los tlacuilos de Cuitláhuac y Mizquic y la descripción de los españoles.

Esta discrepancia en la identificación de los españoles con las tradiciones acerca de Quetzalcóatl plantea un problema, pues resulta extraño que tanto Tezozómoc como Durán no intenten compaginar la llegada de los españoles con la tradición del retorno de Quetzalcóatl, puesto que en sus obras constantemente refieren que los nahuas en general, y en particular Motecuhzoma, creían que se trataba del regreso de esta deidad.

A continuación, se presentó ante Motecuhzoma el *tlacuilo* de Xochimilco, de nombre Quilaztli, quien mostró pinturas que concordaron con la descripción de los recién llegados, por lo cual el miedo y la tristeza invadieron al gobernante; al respecto dice Tezozómoc que “comenzó a enmudecer Moctezuma y llorar amargamente”.<sup>170</sup> Luego, cuando el gobernante le preguntó si los extraños volverían, el *tlacuilo* le repuso que lo harían a más tardar en cuatro años. Preocupado, Motecuhzoma mandó poner vigías en las costas que cuidasen el regreso de los españoles.

Al pasar el tiempo y al no recibir noticia alguna de los extraños, el *tlatoani* volvió a sus andanzas como gobernante injusto. Dice Tezozómoc que “al cabo de un año, y cerca de dos, estando quieto y pacífico, teniendo entendido que jamás volverían, puso Moctezuma por señores a sus hijos y sobrinos”.<sup>171</sup> Ahora el *tlatoani* no se conforma con sojuzgar a los pueblos conquistados, sino que se entromete con las ciudades aliadas de la Cuenca de México.

Pocos días después de esta acción “pasados ya los dos años”, Motecuhzoma recibió noticias de la costa del Golfo que referían el regreso de los españoles; al escuchar la noticia, el gobernante

<sup>169</sup> *Ibidem*, cap. CVIII, p. 695.

<sup>170</sup> *Ibidem*, cap. CVIII, p. 696.

<sup>171</sup> *Idem*.

enmudeció de terror, “se puso cabizbajo con gran tristeza en su corazón, á pensar lo que haría, y no halló palabra ninguna”.<sup>172</sup>

Tal parece en la *Crónica Mexicana* que lo que desencadena la Conquista es, justamente, esta última acción de Motecuhzoma de imponer a sus parientes en los señoríos de la zona de los lagos; es como si la responsabilidad de la Conquista recayera en las malas acciones del máximo gobernante, y que ésta sólo fuera la última de una serie de equivocaciones e injusticias, que paso a paso fueron generando el castigo de la divinidad.

En Durán estos elementos son aún más claros, pues se dice que una vez que hubieron pasado dos años de la partida de la expedición de Grijalva, el *tlatoani*, lleno de orgullo, volvió a cometer las habituales injusticias de su gobierno y a imponer a sus parientes en los señoríos circundantes, pues “Motecuhzoma tornó a cobrar el brío endemoniado que solía tener y a ensoberbecerse de tal manera que ya a los mismos dioses no temía”.<sup>173</sup>

Motecuhzoma olvidó los portentosos mensajes de lo sagrado y, en lugar de enmendarse, volvió a cometer agravios a todos los pueblos dominados, hasta que Dios dispuso poner fin a sus tiranías. “Pero, atajándole Dios los pasos, cuenta la historia que al tercer año, estando con todo el olvido del mundo, le trajeron nuevas cómo en la mar se veía un cerro que andaba de aquí para allá, y luego le dijeron que dos, y luego que tres y que no podían llegar a la tierra, ni estar quedos. Él, asombrado, tornó a acuitarse y a temer lo que le sucedió”.<sup>174</sup>

El sentido que el dominicano atribuye a los acontecimientos es el de un castigo divino que cae sobre Motecuhzoma, causado por su gobierno injusto y despótico. Es un gobernante soberbio que ante la adversidad sólo pudo acobardarse. A partir de este momento ya todo está decidido, pues Motecuhzoma se ha forjado y merecido su

<sup>172</sup> *Ibidem*, cap. CVIII, p. 697.

<sup>173</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXX, p. 516. Y agrega: “Y así, empezó a tiranizar los señoríos de los pueblos y ciudades y a darles señoríos a sus parientes y quitarlos a los que de derecho les venían. Y era tanto el descuido que tenía en pensar que habían los españoles de volver, que, no acordándose de ello, mataba y destruía y tiranizaba todo lo que podía”.

<sup>174</sup> *Idem*.

trágico destino al obrar en contra de los principios morales del ejercicio del poder, por lo que se ha hecho acreedor al castigo de la divinidad; por ello su futuro y el de los mexicas ya se encontraba decidido, el fin del mando mexica ocurriría de manera inevitable.

De esta forma, Motecuhzoma parece estar plenamente convencido de dejar el poder en manos de Cortés, a quien ha tomado por el dios Quetzalcóatl, y así le manda decir a través del *tlilancalqui*, que “le aguardará como á tan valeroso señor como es el capitán, especialmente ser suyo el imperio como por él lo tiene, que será tenido por dichoso de verle, y adorarle y ponerle su persona en su lugar”.<sup>175</sup> El mensaje de Motecuhzoma señala que acepta dejar el poder político que, según piensa, le pertenece a aquel personaje que ha confundido con Cortés. Aparentemente, Motecuhzoma se asumió como un gobernante menor sujeto a Quetzalcóatl.

De acuerdo con Tezozómoc, Motecuhzoma se aprestaba a dejar el mando porque estaba convencido de que ésa era la voluntad de la suprema deidad, de la cual no había ninguna manera de evadirse, “ya que los dioses se cansaron y nos dejaron en poder de extraños, estos nuestros dioses, el tiempo y señor Tloquee yn Nahuaque nuestro señor, la noche, el aire á su albedrío, cuyos esclavos somos Titlacahuan. Pues sea dicho de norabuena vengan los que han venido: ¿dónde podemos ir?”<sup>176</sup>

A Motecuhzoma sólo le resta poner en orden sus asuntos, y por ello encomienda al *tlilancalqui* que cuide de sus hijos, pues teme por su vida una vez que él haya perecido, “mirad que cuando yo sea muerto á manos de los que ahora vienen, que los mexicanos como malos y crueles, con este enojo los han de matar, que los escondáis, y abriguéis y amparéis, porque después de muerto yo, ni misericordia han de tener con ellos, antes los acabarán de matar, y para esto, desde ahora los pongo en vuestro poder”.<sup>177</sup>

Éste es un texto que presenta, bajo la forma de una premonición de Motecuhzoma, la suerte de sus hijos varones después del deceso del *tlatoani*, los que efectivamente fueron muertos tanto por los

<sup>175</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CIX, p. 698.

<sup>176</sup> *Ibidem*, cap. CX, p. 699.

<sup>177</sup> *Ibidem*, cap. CX, p. 699-700.

españoles como por los mexicas. Motecuhzoma terminó su discurso anunciando el futuro de los mexicas, quienes ya nunca más serían grandes gobernantes, sino subalternos de los castellanos, “y mirad lo que os digo, que los rigieren y gobernaren por mandato de ellos, que no es ni ha de ser señoría, sino que os tendrán sujetos como esclavos, y si los dioses os dieren vida os acordaréis de lo que aquí os digo”.<sup>178</sup>

Las palabras de Motecuhzoma son una prefiguración de la situación que afrontó la nobleza indígena en la Nueva España, en la que ya no tenían un auténtico poder, sino que de ser grandes señores pasaron a convertirse en unos pobres dominados.

Como siempre, Durán agrega matices interesantes. Por principio de cuentas, señala como causa profunda de la Conquista la voluntad de Dios que se propone castigar a Motecuhzoma por sus innumerables faltas morales en el ejercicio del poder, “pero pues mi suerte y ventura así lo han ordenado y el señor de lo criado se ha enojado y airado contra mí, cúmplase su voluntad, pues no la puedo huir”. También pidió al *tlilancalqui* que cuidara de sus hijos, “que después que sean venidos los dioses y yo sea muerto por sus manos —que yo sé que me han de matar—, que tomes mis siete hijos que dejo a tu cargo, y los amparares y escondas de las manos de estos dioses y de los mexicanos, que ya sabes cuán malos y perversos son, y, creyendo que yo los he entregado a éstos que vienen, tomarán venganza en mis mujeres e hijos”.<sup>179</sup>

Parecería que el tono y el sentido es el mismo que el de Tezozómoc, pero nótese cómo Durán dice que Motecuhzoma pensaba que los españoles eran dioses mientras que Tezozómoc se limita a hablar de gentes extrañas. Acusa a la sociedad mexicana de aquello que Tezozómoc sólo atribuye al gobernante: la crueldad y la injusticia.

Tanto Tezozómoc como Durán coinciden en presentar a un gobernante temeroso que presiente su muerte y el fin de su linaje; es la imagen de un hombre entregado a los acontecimientos. Pero poco después, ambos autores señalan que Motecuhzoma decidió

<sup>178</sup> *Ibidem*, cap. CX, p. 700.

<sup>179</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXXI, p. 520.

emprender un último intento por detener a los castellanos, en esta ocasión, a través de los poderes de ciertos magos,

todavía favorezcamos y ayudemos á estos miserables indios, pobres de ellos que á más no poder, en sus manos de los dioses estamos, y para esto tengo acordado que hay muchos nigrománticos en la tierra caliente [...] grandes hechiceros y encantadores que comen los corazones de los hombres vivos, y los llevan á cuestras de noche, durmiendo, que van encantados: probemos con ellos, quiérolos enviar á llamar.<sup>180</sup>

Cuando parece que la figura de Motecuhzoma es diáfana, se encuentra un nuevo elemento de ambigüedad, puesto que la ofensiva mágica supone que el gobernante no estaba resignado a aguardar un futuro negativo, ni estaba convencido de que los extraños eran divinidades; sobre esto debe notarse que envió magos especialistas en comer el corazón de “hombres vivos”. Al respecto, Durán señala que Motecuhzoma envió varias embajadas con suntuosos presentes y una vez más a los magos ya mencionados para detener a los españoles. Ante el fracaso de esta tentativa el *tlatoani* reaccionó negativamente; al respecto, el cronista dominico pone las siguientes palabras en boca del gobernante: “Dejadlos entrar en la ciudad, que acá buscaremos modos y maneras para destruirlos, y [que] se cumpla el deseo que tengo, para que no quede hombre a vida, ni haya nueva de ellos [allá] de donde salieron”.<sup>181</sup>

El texto señala una actitud ambigua de Motecuhzoma con respecto a la postura que debería asumir frente a los españoles, esto reflejaría una actitud de duda acerca de la naturaleza de los españoles; ya que unas veces se presenta al gobernante plenamente convencido de que se trata del retorno del dios Quetzalcóatl y, en otras, se lo presenta tratando a los castellanos como a hombres comunes, aunque potencialmente peligrosos.

<sup>180</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CX, p. 700.

<sup>181</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXXI, p. 525, agrega “por eso os encargo ahora de nuevo pongáis todo vuestro poder y saber y diligencia en vuestras artes”.

Y aún más, a pesar de la ineficacia de los magos para contener a los españoles, uno de los guías que envió Motecuhzoma los llevó por unos malos caminos, donde algunos de ellos cayeron y perecieron, “y llevólos una madrugada por una senda honda a donde se fueron á morir en unas barrancas más de diez soldados”.<sup>182</sup>

Las obras que estamos analizando señalan a un gobernante despótico que poco a poco se acobarda, quien, finalmente, se muestra vencido antes de enfrentar cara a cara a los españoles; pero algunas de las acciones que se le atribuyen pueden hacer pensar en una actitud más bien de duda que de aceptación respecto del “destino” anunciado por los presagios y de la condición divina de los castellanos. Para Durán la razón más importante de la incapacidad de Motecuhzoma para enfrentar a los españoles fue su cobardía: “Pero con estos fieros, tenía el corazón tan pusilánime y acobardado que no supo, ni se dio maña para poder inventar traición ninguna, siendo en esto tan mañoso y de tantos ardides como el que más, pero se entorpeció el entendimiento para hacer mal”.<sup>183</sup>

Este concepto está muy cercano a lo expresado en la tradición tlotelolca, la cual, como se vio atrás, afirma que el miedo perturbó el entendimiento y la voluntad del *tlatoani* y evitó que éste reaccionara adecuadamente frente a la amenaza de los españoles. Pocas líneas después del episodio de la caída de los españoles en la barranca, Tezozómoc da fin a su crónica con las siguientes palabras: “Hizo [Motecuhzoma] llamamiento de todos los principales de sus comarcas para hacer acuerdo y cabildo, como adelante se dirá en otro cuaderno”.<sup>184</sup> Se desconoce ese otro “cuaderno” y no es seguro que el cronista indígena llegara a escribirlo.

En cambio, la crónica de Durán continúa la narración de la Conquista hasta la muerte de Cuauhtémoc. Es por ello que en esta parte del relato del dominico no tenemos posibilidades de confrontar

<sup>182</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CX, p. 701. Para Durán, Motecuhzoma no tuvo ninguna responsabilidad en el incidente, ya que después ordenó que se apresara al responsable y que fuera entregado a Cortés, Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXXII, p. 528.

<sup>183</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXXII, p. 525.

<sup>184</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CX, p. 701.

su versión y a falta del texto de Tezozómoc no es posible saber con certeza hasta dónde la crónica náhuatl, que es fuente común a ambos autores, continuaba la narración de la Conquista.

Sin embargo, es posible hacer dos afirmaciones con respecto al relato de Durán en esta última parte. Primero, el dominico utilizó, con más frecuencia que en otras partes de su obra, otras fuentes, destacando los informes de su hermano de hábito Francisco de Aguilar, quien fue conquistador, así como el relato de otros soldados y diferentes testimonios indígenas. Segundo, en algunas partes Durán hace mención explícita de estar siguiendo la misma historia indígena que ha sido la fuente principal de su crónica; la menciona, en particular, en ciertos pasajes de interés respecto de la muerte de Motecuhzoma, parte fundamental para cerrar el análisis de la visión del personaje en la tradición que recogieron estas dos importantes obras.

En el punto que dejó Tezozómoc su crónica, Durán dice en la suya que Motecuhzoma convocó a los gobernantes de Tetzaco y Tlacopan para que juntos recibieran a los castellanos; una vez reunidos los tres jefes de la Triple Alianza, Motecuhzoma dijo llorando el siguiente discurso:

Poderosos señores, lo que os quiero [decir] es, después de que es justo que todos tres recibamos a los dioses, consolarme con vosotros y saludaros y despedirme de vosotros y consolar vuestros pechos atribulados. / Ya veis cuán poco hemos gozado de nuestros reinos y señoríos, los cuales nos dejaron nuestros antepasados reyes y señores, saliendo de esta vida con paz y concordia, sin pena ni pesadumbre [...] Pero, ¡ay, desdichados de nosotros [...]! ¿Qué merecimos? ¿En qué ofendimos a Dios? ¿Cómo fue esto? ¿De dónde vino esta calamidad y zozobra y este desasosiego? ¿Quiénes son estos que han venido? ¿De dónde han venido? ¿Quién los enseñó acá? ¿Cómo no sucediera esto en tiempos de nuestros antepasados? El remedio que hay es, señores, que os esforcéis y animéis a sufrir.<sup>185</sup>

En este pasaje, Motecuhzoma —al igual que en la tradición tlaltelolca— se abandona a sí mismo, declara nula toda resistencia per-

<sup>185</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXXIII, p. 535.

sonal y de la Triple Alianza, pues los otros dos gobernantes lloraron junto con Motecuhzoma, mientras que éste terminó su discurso quejándose del desamparo de los dioses a pesar de haberles servido y honrado. El abandono de los tres señores también constituyó el desamparo moral del pueblo mexicana, pues, según Durán, esta arenga fue pública y escuchada por la gente común. “Esta lamentosa plática y querella hizo delante de los dos reyes y delante de todo el pueblo, con muchas y abundosas lágrimas, dando a entender a todo el pueblo la pena que recibía de la venida de estas nuevas gentes, pidiéndoles a esos mismos dioses se apiadasen de los pobres, de los huérfanos y de las viudas, de los niños y de los viejos y viejas”.<sup>186</sup>

Antes del encuentro entre Motecuhzoma y Cortés todo parece estar ya decidido: el *tlatoani* ha abandonado toda posibilidad de resistencia tanto militar como política y así sólo espera lo peor, la destrucción de la ciudad, la opresión del pueblo y su propia muerte. Concepto similar al manejado por la tradición tlatelolca que rescató Sahagún.

Más adelante, al narrar el encuentro entre Motecuhzoma y Cortés, Durán refiere los temas tocados por el *tlatoani* en su discurso de recepción del capitán extremeño:

Le dio la buena venida a aquella su ciudad de cuya visita y presencia tanto holgaba y se recreaba y que, pues él había estado en su lugar y reinado y regido el reino que su padre el dios Quetzalcóatl había dejado, en cuyo asiento y estrado él indignamente se había asentado y cuyos vasallos había regido y gobernado; que si venían a gozar de él, que allí estaba a su servicio y que él hacia dejación de él, pues en las profecías de sus antepasados y relaciones lo hallaba profetizado y escrito; que lo tomase mucho de norabuena, que él se sujetaba a su servicio y que si no había venido a verle que él se lo tenía en muy gran merced y que en ello había recibido mucho gusto y contento y suma alegría de su corazón y que descansase y mirase lo que había menester, que él se lo daría y proveería con mucha abundancia.<sup>187</sup>

<sup>186</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXIII, p. 536.

<sup>187</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXIV, p. 541.

Es necesario señalar algunos puntos importantes en este texto: primero, Motecuhzoma ha gobernado sin merecerlo; el poder le corresponde al dios Quetzalcóatl; si Cortés (identificado con la deidad) venía a recuperar el poder, Motecuhzoma se lo dejaba, pues así estaba prescrito en las tradiciones y si acaso sólo venía a visitar sus dominios, se lo agradecía.

Esta decisión de Motecuhzoma de entregar el poder a su “legítimo poseedor”, concuerda con la imagen que se ha ido construyendo de un gobernante atemorizado ante los presagios y las noticias sobre los extraños. La imagen que se da de Motecuhzoma en la tradición de la “Crónica X” —al igual que en el “Libro XII” de Sahagún— es la de un hombre que se encontraba ya vencido antes de recibir a Cortés. Las últimas acciones del *tlatoani* son verdaderamente irrelevantes para el desarrollo de la Conquista; de hecho, el personaje ya no manifiesta ni iniciativa ni voluntad propia.

Así, Durán dice que Cortés pidió a Motecuhzoma que se sujetara y diera obediencia al rey de España y que aceptara la religión católica, a lo que “Motecuhzoma se le sujetó y se rindió al servicio de Su Majestad desde aquella hora, y deseó ser industriado en las cosas de la santa fe católica”.<sup>188</sup> El sometimiento de Motecuhzoma a la corona española es el último eslabón de la cadena de acciones que presentan su imagen de gobernante injusto y despótico que es castigado por los dioses y que al final se muestra como un cobarde. En este punto cabe preguntarse si esta aparente sumisión de Motecuhzoma a Carlos V a través del capitán español es propia de la “Crónica X” o es expuesta por Durán con base en otros informes, particularmente de tradición española; por el momento no es posible contestar esta pregunta.

Se pueden plantear algunos aspectos concretos sobre la información de la “Crónica X” respecto del *tlatoani*; primeramente no se mencionaba nada acerca del supuesto bautismo del personaje: “De éste, la historia no hace mención ni cuenta tal cosa”.<sup>189</sup> A propósito del llamado “tesoro” de Motecuhzoma éste dijo a los españoles

<sup>188</sup> *Idem.*

<sup>189</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXXIV, p. 542.

que no era de su propiedad, sino que eran objetos que cada *tla-toani* dejaba “como cosa sagrada y de dioses”<sup>190</sup> de las que nadie podía disponer. También el dominico refuta ciertas versiones según las cuales Motecuhzoma ofreció una especie de tributo anual a Cortés para que regresara a España (lo cual, además es contradictorio con la supuesta sumisión del gobernante como vasallo de la corona española): “Y así lo he oído decir, aunque no lo hallo en esta historia”.<sup>191</sup>

Después, ocurre la matanza del Templo Mayor, respecto de la cual Durán, con base en el relato en náhuatl que sigue, afirma que Pedro de Alvarado actuó por orden expresa de Cortés, quién le ordenó matar a los principales señores indígenas, para lo cual prepararon una trampa aprovechando la realización de la fiesta de *Toxcatl*, “ordenaron una traición, que en buen romance esta historia así la llama, aunque escrita por la mano de un indio”.<sup>192</sup>

Según Durán, Cortés no sólo planeó junto con Alvarado la cruel acción, sino que se encontraba presente cuando ocurrió y fue él quien pidió a Motecuhzoma que la celebración de la fiesta se hiciera en el patio del Templo Mayor y que reuniera a “todos los señores y principales de la provincia y todos los más valerosos hombres de ella”, con el propósito encubierto de matarlos.

La emboscada se llevó a efecto y causó gran estupor e indignación a los mexicas; así, cuando el *tla-toani* se dio cuenta de los hechos, en lugar de preocuparse por los mexicas, se puso a llorar, temeroso de su propia suerte

viendo la traición que los españoles habían cometido y cómo lo habían engañado, empezó a llorar amargamente y pidió a los guardias que le guardaban que le matasen, porque los mexicanos eran malos y vengativos y creyendo que él había sido en aquella traición y cometida por

<sup>190</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXIV, p. 543.

<sup>191</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXIV, p. 544, agrega que: “Motecuhzoma y los demás señores de la provincia prometían al Marqués y a los demás que les darían gran suma de riquezas porque se volviesen a su tierra, tanto que les daban tanto tesoro cuanto un navío pudiese llevar por lastre”.

<sup>192</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXV, p. 546.

su consejo, le matarían a él y a sus hijos y mujeres. Lo cual les pedía con mucho ahinco él y todos los demás que estaban presos.<sup>193</sup>

Son los últimos actos de un gobernante pusilánime, al menos en la visión de Durán, que no se atreve a actuar valerosamente y se conforma con llorar y pedir su muerte, ya que con la matanza había perdido lo poco que le quedaba de autoridad y legitimidad frente a su pueblo, tanto era así que el dominico informa que los mexicas, tanto tenochcas como tlatelolcas, eligieron un nuevo gobernante estando aún vivo Motecuhzoma.<sup>194</sup>

En su última actuación, cuando aparece en público tratando de calmar a los enardecidos mexicas, Motecuhzoma sólo recibió muestras de odio y desprecio por su cobardía frente a los españoles

Los capitanes que estaban en delantera le empezaron a denostar con palabras muy feas, diciéndole que era mujer de los españoles y que, como tal, se había confederado y concertado con ellos para haberlos muertos, como les mataron, a sus grandes señores y valientes hombres y que ya no le conocían por rey, ni era su señor y que [a] él y [a] sus hijos y mujeres y su generación le[s] habían de matar y raerlos de la tierra, porque no quedase memoria de él, ni de su generación y juntamente con él a los traidores malvados de , los, españoles que tan grande traición habían usado con ellos.<sup>195</sup>

Este pasaje refiere la pérdida total de autoridad y de dignidad del *tlatoani*; debe resaltarse lo grave que es que en una sociedad en la que se exalta el valor guerrero y los caracteres de la masculinidad se tilde de mujer al máximo gobernante. Con esto, Motecuhzoma se ha hecho acreedor a una terrible pena infamante, la de acabar con su vida y con la de todo su linaje, al igual que él lo había ordenado con los magos. También es una ruptura social, el desprecio

<sup>193</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXV, p. 549.

<sup>194</sup> *Ibidem*, “porque luego los mexicanos y los de Tlatelulco se confederaron y alzaron por rey al señor del Tlatelulco”. Si bien el texto se refiere a Cuauhtémoc, hay que aclarar que no fue él el nuevo *tlatoani*, sino Cuitláhuac, hermano de Motecuhzoma y gobernante de Iztapalapa. En Tlatelolco no había señor propio, sino un mandatario designado por los tenochcas.

<sup>195</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXV, p. 551.

público de la “cabeza” que regía la sociedad y el “corazón” que tomaba las decisiones colectivas.

Al fracasar el intento por apaciguar a los mexicas, unos días más tarde Cortés ordenó la retirada de los españoles, en lo que se conoce como la “noche triste”; después de la huida española, los mexicas entraron en las casas que ocuparon los españoles para ajustar cuentas con Motecuhzoma:

Dice esta historia que entraron los mexicanos a los aposentos a buscar a su rey Motecuhzoma para ejecutar en él no menos crueldades que en los españoles habían ejecutado y que, andándole a buscar por los aposentos, le hallaron muerto, con una cadena a los pies y con cinco puñaladas en el pecho, y junto a él, a muchos principales y señores, que juntamente estaban presos en su compañía, todos muertos a puñaladas, los cuales mataron a la salida que salieron de los aposentos.<sup>196</sup>

La última noticia que da Durán sobre Motecuhzoma corresponde a sus exequias, de las que “esta historia no dice sino que su cuerpo y los demás fueron quemados y hechos polvo, sin honra ni solemnidad ninguna, y que, para más vengarse de él, fueron buscados sus hijos y mujeres para matarlos”.<sup>197</sup> Lógica e inevitable conclusión para la vida de quien ha sido presentado como un hombre cruel y como un gobernante injusto y cobarde; pero debe notarse que el odio no sólo era contra Motecuhzoma, pues tampoco los demás señores fueron objetos de honores. El rencor era contra toda una capa de la estructura de poder indígena.

#### *La tradición tlaxcalteca en la obra de Muñoz Camargo*

Llama la atención que sólo en escasas ocasiones se mencione al *tlatoani* mexica en la obra del cronista de Tlaxcala. Para entender esto debe recordarse la intencionalidad de la obra, que era la de informar a Felipe II tanto de las condiciones materiales como de la

<sup>196</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXVI, p. 556.

<sup>197</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXVI, p. 556-557.

lealtad de la provincia de Tlaxcala y, en lo que toca a la Conquista, resaltar los méritos de los señores tlaxcaltecas como aliados de Hernán Cortés. Es por ello que el interés de Muñoz Camargo gira en torno a los gobernantes y guerreros de Tlaxcala y no de sus contrincantes indígenas. Esta actitud puede percibirse con toda claridad cuando menciona el recibimiento que hizo Motecuhzoma a Cortés, pues dice: “Y, dejando el suceso desta historia a los que dello escriben, proseguiremos en lo que vamos tratando”.<sup>198</sup>

A pesar de la escasa información al respecto, es posible hacer algunos comentarios sobre quién era Motecuhzoma para Diego Muñoz. Así, cuando refiere una dudosa conquista mexicana de los nicaraos<sup>199</sup> afirma que, no pudiendo vencerlos por las armas, recurrieron al ardid de fingir retirarse para tomarlos desprevenidos; éste sería un ejemplo de los medios habituales de los que se valían los mexicanos para dominar a otros grupos: “Y, por esta orden, maña y astucia, fue Motecuhzomatzin muy gran señor de la mayor parte deste nuevo mundo”. Además, tal parece que para Muñoz Camargo el uso de las artimañas y de la fuerza militar no eran necesariamente reprobables, pues parece que las consideraba como parte normal del ejercicio del poder en todo el mundo, “Finalmente, aunque bárbaros, se conservaban, en su modo, en pujanza y poder con disciplina militar, la cual sustentó y sustenta la monarquía universal de todo el universo”.<sup>200</sup>

Algunos textos señalan a Motecuhzoma como el más grande de entre los gobernantes indígenas, pues el último *tlatoani* de Tenochtitlan “era tan temido, adorado y reverenciado como dios, teniendo señorío y poder y mando en este remoto imperio y monarquía sobre todas las naciones destas partes”.<sup>201</sup>

En el mismo tenor hay unos parlamentos que se atribuyen a Cortés donde éste declara que viene a castigar las injusticias del

<sup>198</sup> Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, p. 251.

<sup>199</sup> Hasta donde se sabe los mexicanos nunca conquistaron a los nicaraos.

<sup>200</sup> Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, p. 185.

<sup>201</sup> *Ibidem*, p. 236.

dominio de los mexicas y las iniquidades de Motecuhzoma, pues llegó para: “ayudaros y dar muy cruel guerra a Motecuhzoma, vuestro mortal enemigo, y vengar vuestras injurias. En cuya venganza y castigo, veréis que mi amistad es firme y verdadera, para, después de vengado de vuestros capitales y crueles enemigos, vivir con descanso entre vosotros”.<sup>202</sup>

La imagen de gobernante injusto de Motecuhzoma, que con rasgos tan fuertes hemos visto dibujada tanto en la tradición tlatelolca como en la tenochca, es francamente débil en el cronista de Tlaxcala, al tiempo que tampoco encontramos en su obra los rasgos de temor, cobardía y abandono moral que están presentes en las obras anteriores.

Para dar razón de la actitud mexica frente a los castellanos, Muñoz Camargo, recurre —como se mencionó en el capítulo anterior— a afirmar que éstos no estaban seguros de la naturaleza de los recién llegados, pues en algunas cosas parecían ser hombres y en otras dioses, por lo que la posición más sensata y práctica fue la de detener a los castellanos en la costa hasta que estuvieran seguros de su identidad e intenciones. Es más, afirma que, considerando el escaso número de los españoles, “Motecuhzoma no hizo caso de ellos ni imaginó su perdición”.<sup>203</sup> No sólo no se acobardó, sino que pensó que si eran hombres podría vencerlos fácilmente por las armas y si eran deidades podría aplacarlos a través de la realización de ritos adecuados.

En lo que toca a la estancia de los españoles en Tenochtitlan, Diego Muñoz se limita a decir que “el capitán Cortés fue muy bien recibido y de paz de Motecuhzomatzin y de todos los mexicanos”.<sup>204</sup> No hace la menor alusión a la supuesta entrega del poder del *tlatonni* mexica, ni de que se diera por vasallo del rey de España, lo cual no deja de ser interesante, dada la gran importancia tanto jurídica como política de esa supuesta sumisión, como hizo al justificar la campaña militar contra los mexicas después de la “Noche Triste”, como una guerra justa en contra de vasallos que se rebelaban contra

<sup>202</sup> *Ibidem*, p. 240.

<sup>203</sup> *Ibidem*, p. 230.

<sup>204</sup> *Ibidem*, p. 251.

la autoridad de la corona, y más tomando en cuenta que esta crónica es, en cierta forma, una relación de los méritos y servicios de la ciudad de Tlaxcala para con la corona española.

Muñoz Camargo tampoco toca el espinoso asunto de la matanza del Templo Mayor, limitándose a decir que Cortés, al regresar a Tenochtitlan después de enfrentar y vencer a Pánfilo Narváez en la costa, se encontró con la ciudad en armas en contra de los españoles. En este trance Motecuhzoma aparece tratando de calmar a los mexicas, pero en lugar de tranquilizarse “antes, como gente desvergonzada, se volvieron contra su rey, llamándole bujarón y de poco ánimo, con otros denuestos y vituperios; teniéndole en poco, le comenzaron a apedrear con hondas y a tirarle, de que vino a morir el desdichado rey”.<sup>205</sup>

En esta versión los insultos a Motecuhzoma aparecen sin ninguna justificación, pues no se han externado juicios adversos ni pasajes en los cuales el gobernante haya sido presentado de manera negativa; pero el solo hecho de poner este texto (similar a las versiones tlaxcaltecas), demuestra que Muñoz Camargo conocía tradiciones en las que Motecuhzoma era presentado como un déspota, aunque él, por las particularidades de su obra, no se hiciera eco de esas críticas. Debe recordarse que Muñoz Camargo conocía el “Libro XII” de Sahagún en alguna de sus versiones, pues lo usó en lo que se refiere a los presagios.

Y no sólo no repite las acusaciones contra Motecuhzoma, que seguramente conoció, sino que su opinión acerca del personaje es muy favorable, “habiendo gobernado este nuevo mundo con la mayor prudencia y gobierno que se pueda imaginar, habiendo sido el más temido, reverenciado y adorado señor que ha habido en su linaje, como es notorio en toda la máquina de este nuevo mundo”.<sup>206</sup>

La muerte de Motecuhzoma significó el fin del más importante linaje de gobernantes, así como el término de los gobiernos indígenas en el territorio de lo que será Nueva España, ya que “con la

<sup>205</sup> *Ibidem*, p. 252.

<sup>206</sup> *Idem*.

muerte de tan gran señor, se acabaron los reyes culhuaques mexicanos y su mando”.<sup>207</sup> Tocaba el turno de mando a España.

Finalmente, para el cronista de Tlaxcala, Motecuhzoma murió bautizado, pues “de personas fidedignas antiguos conquistadores, de quienes fuimos informados, supimos cómo murió cristiano”.<sup>208</sup> Si Muñoz Camargo, al no repetir las críticas al *tlatoani* no pudo salvar su memoria, al menos creyó que el gobernante había salvado su alma.

### *La tradición chalca en las obras de Chimalpain*

Tampoco en las diferentes obras históricas de Chimalpain encontramos muchas noticias sobre Motecuhzoma, y dentro de las pocas referencias no hay elementos de crítica o censura al personaje. Como se vio atrás, en el *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacán*, Chimalpain afirma que Cortés y sus hombres fueron recibidos de paz en Tenochtitlan porque fue confundido con el dios Quetzalcóatl que regresaba: “Fue así como pensaron en él [Quetzalcóatl] cuando vino acercándose el capitán Hernando Cortés. Ciertamente, cuando llegó, fue por eso que con bondad y franqueza lo recibieron aquí en Mexico Tenochtitlan”.<sup>209</sup> Referencia que no es corroborada en las obras que tratan expresamente de la conquista de México y del encuentro entre Cortés y Motecuhzoma.

En la *Tercera relación* Chimalpain narra el recibimiento que hizo Motecuhzoma a Cortés con la siguiente salutación: “Te fatigaste, te cansaste, ciertamente te dignaste venir a conocer tu silla y tu estera en tu venerable morada, y en todas partes entre los *tlahtoque* de los pueblos”.<sup>210</sup> Esta salutación es similar al inicio del discurso de

<sup>207</sup> *Idem.*

<sup>208</sup> *Idem.*

<sup>209</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuauitzin, *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, estudio, paleografía, traducción, notas e índice analítico por Víctor M. Castillo F., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, p. 35.

<sup>210</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuauitzin, *Primer amoxtli Libro. 3° relación de las Diferentes historias originales*, estudio, paleografía, traducción, notas, repertorio y apén-

recepción que se le atribuye a Motecuhzoma en el “Libro XII” de Saha-  
gún, por lo que merece el mismo comentario: los términos del saludo  
no implican sujeción alguna del mexica respecto del capitán español,  
es sólo una forma tradicional de saludar a gobernantes importantes y  
a guerreros victoriosos. En esta obra la matanza del Templo Mayor es  
narrada sin hacer mayores comentarios sobre el personaje.

En algunos párrafos de la *Séptima relación* tienen un cierto tono  
de recriminación hacia los españoles por el trato que le dieron al  
*tlatoani*; así, respecto de la prisión de Motecuhzoma dice que: “ape-  
nas llegaron a México, a pesar de que no se les combatía, en segui-  
da dispusieron que el Motecuhzomatzin fuera atado y encarcelado,  
encerrado en su casa por cárcel y le pusieron unos fierros en los  
pies, y lo mismo fue hecho con su hermano Cacamatzin el de Tetz-  
cuco, y con Itzcuahtzin, Tlacochealcatl de Tlatilulco”.<sup>211</sup>

Se critica la prisión de los señores de la Triple Alianza porque  
no había un motivo, ni un estado de guerra que justificara tal ac-  
ción. Sobre la muerte de Motecuhzoma, el cronista chalca se mues-  
tra parco, pero su laconismo no deja de tener tintes dramáticos. “En  
Tecuilhuitontli los españoles mataron a Moteuhczomatzin, lo es-  
trangularon apresuradamente. Entonces los españoles huyeron por  
la noche y también mataron apresuradamente a Cacamatzin, tlaho-  
huani de Tetzcuco, y a Itzcuahtzin, tlaochcatcatl, teuhctlato de  
Tlatilulco. Los tres fueron estrangulados al salir los españoles”.<sup>212</sup> Si  
bien las referencias son pocas y breves no se puede dejar de percibir

dice por Víctor M. Castillo F., México, Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, p. 233. Por su parte, Silvia Rendón tradu-  
jo de muy distinta manera la misma salutación: “Habéis tenido coraje para saber andar  
sobre los caminos, pero no os importunéis más, ésta no es vuestra patria, ni mi trono  
real es vuestro, ni mi estera real es vuestra. No enojéis a los legítimos Señores de los  
pueblos que por doquier se encuentran”, Domingo Chimalpain Cuauhtlehuauitzin,  
“Séptima relación”, en Domingo F. Chimalpain, *Relaciones originales de Chalco Amaque-  
mcan*, introducción y traducción por Silvia Rendón, prefacio por Ángel M. Garibay,  
México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 121; en el texto náhuatl no hay nada que  
justifique semejante versión.

<sup>211</sup> Chimalpain, “Séptima relación”, p. 235.

<sup>212</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuauitzin, *Séptima relación*, introducción, paleo-  
grafía, traducción, notas, índice temático y onomástico y apéndices por Josefina García  
Quintana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investiga-  
ciones Históricas, 2003.

un cierto toque de censura hacia los conquistadores por la muerte de los gobernantes de la Triple Alianza, ya que huyeron después de haberles dado muerte.

*La tradición acolhua en las obras de Ixtlilxóchitl*

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl sólo se ocupa de la Conquista y de Motecuhzoma en dos obras, el *Compendio histórico del reino de Texcoco* y la *Historia de la nación chichimeca*. Respecto de la primera, debe recordarse que es una relación de los méritos y servicios que los señores de Acolhuacan prestaron a los conquistadores españoles y a la corona; por ello tampoco es posible encontrar mucha información respecto del *tlatoani* mexica. En ella están presentes algunos de los rasgos de la imagen negativa de Motecuhzoma que se ha visto en otras crónicas.

Lo primero que hay que notar es un sutil juego de contrarios entre las figuras de Nezahualpilli y Motecuhzoma, ya que el primero es presentado —al igual que su padre Nezahualcóyotl— como un ejemplo de las virtudes de un gobernante indígena. “Gobernó con grandísima quietud y paz, aumentando siempre lo que su padre le había dejado. Fue muy misericordioso con los pobres y gran justiciero, trasladó a su padre; fue también muy valeroso”.<sup>213</sup>

En tanto que en Motecuhzoma se descubren grandes ambiciones de poder, justamente después de la muerte del tetzcoco: “Muerto Nezahualpiltzintli creció más la soberbia de Moteczuma que mandaba lo suyo y lo ajeno”.<sup>214</sup> Y el primer acto de soberbia sería, precisamente, el imponer a su sobrino Cacama en el gobierno de Tetzco a la muerte de Nezahualpilli.

Después de insinuar este contraste entre un gobernante virtuoso y otro vicioso se inicia el relato de la Conquista. Las primeras

<sup>213</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Compendio histórico del reino de Texcoco”, en Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2.ª edición, 2 v., edición, estudio introductorio y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 449.

<sup>214</sup> *Ibidem*, p. 450.

noticias de la presencia de extraños en las costas del Golfo llegan a los grupos nahuas del Altiplano y pronto son relacionadas con el cumplimiento de supuestas profecías de la llegada de los “hijos del sol”, o sea que se los vincula con los toltecas, quienes vendrían a dominar el territorio. Pero Motecuhzoma se encontraba en la cúspide de su poder y por ello no se preocupó, en un principio, por las nuevas.

Aunque de todo esto no le daba mucha pena, por hallarse en el mayor trono que jamás él y sus pasados se había visto, y tener debajo de su mano todo el imperio, porque lo que era de Tezcuco y sus reinos y provincias lo mandaba todo, porque el rey Cacama era su sobrino y puesto por su mano, y el rey de Tacuba era su suegro y hombre muy antiguo, y que ya no tenía fuerzas para poder gobernar, y así con este gran poder que tenía, no creía que pudiese ser sujeto de ningún príncipe, aunque fuese el mayor del mundo.<sup>215</sup>

La concentración de poder de Motecuhzoma, al dominar a los estados de Tlacopan y Acolhuacan, se concibe como la mayor en la historia prehispánica, y ocurre justamente cuando la historia indígena independiente está a punto de terminar por la conquista española. El gobernante comienza a inquietarse cuando ve la representación de los extraños en los códices que ha mandado pintar en la costa, por lo que decidió ganar tiempo mientras tomaba una determinación respecto de qué hacer con ellos, para lo cual envió presentes a Cortés y mandó decirle que el camino hasta Tenochtitlan era difícil y lleno de incomodidades.

En tanto se entretenía a los españoles se reunieron los grandes gobernantes de la Triple Alianza para deliberar en torno al caso: “Moteczuma entró muchas veces en consejo, si sería bien recibir a los cristianos. Cuitlahua, su hermano, y otros señores fueron de parecer, que por ninguna vía no convenía, Cacama fue de muy contrario parecer, diciendo que era bajeza de príncipes, no recibir a los embajadores de otros”.<sup>216</sup>

<sup>215</sup> *Ibidem*, p. 450-451.

<sup>216</sup> *Ibidem*, p. 451.

Prevalció la opinión de Cacama y todo fue dispuesto para recibir a los castellanos en calidad de embajadores de ese gran señor del que hablaban (Carlos V). Nótese que para nada se ha mencionado la supuesta condición divina de Cortés y los suyos, ni el abatimiento moral del gobernante mexica.

Moteczuhzoma recibió a Cortés de buen grado “y le hizo muchas mercedes, y se ofreció a ser amigo del emperador, y recibió la ley evangélica”.<sup>217</sup> Éste es un pasaje lacónico que no aclara el carácter de la relación establecida entre el *tlatoani* y el capitán español. Además, no hay nada sobre la supuesta entrega del poder mexica en favor de Carlos V.

Al relatar la prisión de Moteczuhzoma, Ixtlilxóchitl refrenda la opinión sobre la cobardía del gobernante que hemos visto en otras obras, pues dice que “en él se cumplió lo que de él se decía, que todo hombre cruel es cobarde”.<sup>218</sup> Pero no dice por qué motivo era un cobarde, aunque es posible pensar que lo afirmara en razón de que no hizo nada para liberarse de la prisión a que lo sometieron los castellanos.

A partir de este episodio, Moteczuhzoma se convierte en un instrumento de los españoles para lograr sus objetivos, puesto que primero lo vemos rogando “con hartas lágrimas” a Cacama para que no actuara contra sus captores y después se narra cómo Cortés se valió de él para apresarse “por engaños” al señor de Tetzaco.<sup>219</sup>

Ya presos ambos gobernantes, Moteczuhzoma pide permiso a Cortés para realizar la fiesta de *Toxcatl*, con la intención de dar gusto a su pueblo que estaba inquieto, tanto por la prisión de los señores como porque los castellanos habían derribado imágenes de los dioses y prohibido los sacrificios humanos.

Estando ya próxima la celebración de la fiesta, los tlaxcaltecas intrigaron en contra de los mexicas informando falsamente a Alvarado que se estaba preparando una trampa contra los españoles. Como se sabe, Alvarado realizó la matanza del Templo Mayor, lo que ocasionó una reacción militar generalizada de los mexicas “y cierto

<sup>217</sup> *Ibidem.*

<sup>218</sup> *Ibidem*, p. 452.

<sup>219</sup> *Ibidem.*

que esta vez los mataran sin que escapara ninguno, si Motecuhzoma no les aplacara su ira”.<sup>220</sup> El gobernante ya no defendía a su propio pueblo sino a los extraños.

Al regresar Cortés del enfrentamiento con Narváez, los mexicas reiniciaron su ataque contra los españoles, por lo que Motecuhzoma trató de calmarlos, pero fue recibido con menosprecio por los guerreros mexicas, “los cuales lo trataron mal de palabras, llamándole cobarde y enemigo de su patria y aun amenazándole con las armas, en donde dicen que uno de ellos le tiró una pedrada de la cual murió, aunque dicen sus vasallos que los mismos españoles lo mataron y por las partes bajas le metieron la espada”.<sup>221</sup>

Aunque escasos, los pasajes del *Compendio histórico* remiten a tres temas comunes en la imagen de Motecuhzoma: primero, su soberbia y ambición de poder como gobernante; segundo, su cobardía e incompetencia frente a los españoles, y, por último, el desprecio final que recibe de sus gobernados. Cabe señalar que el segundo tema carece de explicación en el texto y no se vincula con la creencia en la divinidad de los españoles, ni con el supuesto retorno del dios Quetzalcóatl.

En la *Historia de la nación chichimeca*, Ixtlilxóchitl afirma que a la muerte de Ahuizotl se reunieron los jefes de la Triple Alianza para decidir quién había de sucederle en el gobierno de Tenochtitlan; al respecto hubo dos pareceres: el de quienes apoyaban a Macuil Malinatzin y el de Nezahualpilli, que propuso a Motecuhzoma “persona que tenía las partes y requisitos para la majestad real; aunque después le salió a los ojos”.<sup>222</sup> Fue esta opinión la que al final prevaleció.

Cinco años después de asumir el gobierno, Motecuhzoma pactó con los señores de Atlixco la muerte de Macuil Malinatzin “por evitar excusar alteraciones y persona que se le anteponía”, hecho que causó un gran pesar en el señor de Tetzcoco, quien se dio cuenta de

<sup>220</sup> *Ibidem*, p. 453.

<sup>221</sup> *Ibidem*, p. 454.

<sup>222</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, en *Obras históricas*, 2.ª edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, v. II, p. 177.

que había cometido un gran error en poner en el poder “a un hombre que debajo de piel de oveja era lobo carnicero”.<sup>223</sup> Aquí se inicia el trabajo de degradación de la figura de Motecuhzoma con expresiones más claras y fuertes de sus faltas que las usadas en el *Compendio histórico*.

La muerte de Macuil Malinatzin es concebida por el cronista tetzcocono como el primer paso en una política en la que no se tienen miramientos para lograr su afán de concentrar el poder en una sola persona, ya que a partir de ese momento comenzó “a mostrar su soberbia muy conforme a su nombre”.<sup>224</sup> Prueba de ello es —para Ixtlilxóchitl— la orden de cambiar a todos aquellos personajes que atendían la administración y la guerra que fueran de origen macehual y no del linaje de los pillis,

todo a fin de hacerse señor absoluto; y fue en tanto modo su gravedad y presunción, que no se dignó servirse de algunos hombres que por sus virtudes habían subido a ser capitanes y soldados valerosos y otros oficios de dignidades y preeminencias porque eran de la gente plebeya, sino que antes procuró ir matando a unos, y a otros desterrando de su corte.<sup>225</sup>

Poco después, comienzan los portentos que anuncian la Conquista. Motecuhzoma y Nezahualpilli, inquietos por los fenómenos deciden entrevistarse para tratar ése y otros asuntos. Ya reunidos “trataron muy largamente sobre lo que el cielo les amenazaba, y el rey de Tetzcuco dijo que todo se cumpliría sin que tuviese remedio alguno”.<sup>226</sup> El cronista de Tetzcocono no aclara cuál es ese “todo” que se cumpliría irremediamente, pero queda sobreentendido que se trata de la conquista española.

Como prueba de la verdad de sus palabras, Nezahualpilli ofreció apostar “su reino y señorío” contra tres aves en un juego de pelota

<sup>223</sup> *Ibidem*, p. 179.

<sup>224</sup> *Idem*.

<sup>225</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 179-180.

<sup>226</sup> *Ibidem*, p. 181.

frente a Motecuhzoma; como es natural, el señor del Acolhuacan ganó el juego.

Después del incidente el *tlatoani* de Tetzcocho decide que sus tropas no deben emprender más guerras y sólo tienen que proteger las fronteras de lo que ya se tiene; así mismo cesan las guerras rituales con Tlaxcala (la *xochiyaoyotl* “guerra florida”) para obtener cautivos para el sacrificio humano que se hacía a los “falsos dioses”. En cambio, Motecuhzoma, a pesar de la advertencia de Nezahualpilli, no deja de tener una gran ambición por lograr el mayor poder posible pues, según Ixtlilxóchitl, estaba dominado por la soberbia: “Era tanta y tan insaciable la codicia que el rey Motecuhzoma tenía de mandar y ser señor absoluto, que pareciéndole menos valor tener en el imperio compañeros e iguales a él, todo se le iba en maquinando y buscar modos y ardidés y trazas para conseguir su intento”.<sup>227</sup>

Tiempo después, el ambicioso Motecuhzoma planeó una traición para supeditar a Tetzcocho a Tenochtitlan. La trampa que urdió consistió primero en presionar a Nezahualpilli para que reiniciara las guerras rituales con Tlaxcala, con el pretexto de que los dioses estaban disgustados porque no les hacía sacrificios humanos. Los dos gobernantes acordaron el día y el lugar en el cual se realizaría el combate ritual.

Por su parte, Motecuhzoma notificó secretamente a los tlaxcaltecas que los tetzcochanos, en realidad, no querían entablar un combate ritual como estaba acordado, sino que iban “con intento de destruir y asolar toda la provincia y señorío, y hacerse señor de ella, cosa digna de gran castigo”.<sup>228</sup> Por ello los tlaxcaltecas acordaron emboscar a los acolhuas en el lugar que Motecuhzoma les informó que estarían. Los guerreros de Tlaxcala cayeron sobre los tetzcochanos por sorpresa causando la destrucción de su ejército, mientras que el *tlatoani* mexica al frente de sus fuerzas observaba la acción desde un cerro cercano sin intervenir: “no se movió ni los socorrió, sino que estuvo quedo con sus gentes, gloriándose de ver la matanza

<sup>227</sup> *Ibidem*, p. 185.

<sup>228</sup> *Ibidem*, p. 186.

y cruel muerte de la flor de la nobleza tetzcucana, donde se echó de ver ser cierta su traición”.<sup>229</sup>

No conforme con la destrucción de las fuerzas acolhuas, Motecuhzoma procuró hacer mal a Nezahualpilli a través del poder de unos magos, pero éste “como hombre sabio y astuto se había defendido de él por medio de otros que tenía en su corte”. Una vez que Motecuhzoma hubo logrado maniatar militarmente a Tetzcoco, ordenó a los pueblos de la Cuenca de México, que estaban sujetos al Acolhuacan, no obedecerlo más ni entregarle tributo y también “hizo otras cosas, con que de todo punto mostró su saña”.<sup>230</sup>

Cuando Nezahualpilli se enteró de la situación mandó embajadores para que requirieran a Motecuhzoma el cumplimiento de las viejas costumbres y de los acuerdos entre Tetzcoco y Tenochtitlan, pero el gobernante mexica respondió sin comedimiento alguno, sin hacer caso del tetzcocano, e incluso amenazándolo con castigarle si continuaba insistiendo; según Ixtlilxóchitl, Motecuhzoma dijo: “que ya no era el tiempo que solía ser, porque si en los tiempos atrás se gobernaba el imperio por tres cabezas, que ya al presente no se había de gobernar más que por una sola, y que él era el supremo señor de las cosas celestes y terrestres”.<sup>231</sup>

Tal fue el impacto que recibió Nezahualpilli por la respuesta de Motecuhzoma y, sabiéndose incapaz de enfrentarlo militarmente, se deprimió tanto que se retiró de la vida pública para dejarse morir, “y así se recogió a lo más interior de sus palacios, donde triste, pensativo y con harta pena acabó la vida”.<sup>232</sup>

El contraste entre ambos gobernantes es muy notable, pues mientras Nezahualpilli es presentado como un hombre sabio que intuye el próximo fin de los estados indígenas y que procura pasar sus últimos días en paz tratando de ya no realizar sacrificios humanos, Motecuhzoma es dibujado como un hombre ambicioso, capaz de recurrir tanto a la intriga como a la traición con tal de lograr la

<sup>229</sup> *Ibidem*, p. 187.

<sup>230</sup> *Idem*.

<sup>231</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 188, “y que nunca más le enviase a requerir y comunicar negocios, porque si así lo hacía castigaría el atrevimiento”.

<sup>232</sup> *Idem*

consecución de sus ilegítimos propósitos. Con esto encontramos el mismo juego de contrarios planteado en el *Compendio histórico* entre el bueno y el mal gobernante.

Después de la muerte de Nezahualpilli, Motecuhzoma intervino en la designación del nuevo gobernante de Tetzcoco, imponiendo en el cargo a su sobrino Cacama, y a pesar de alguna oposición y disidencia “pudo tanto el poder del rey Motecuhzoma, que de fuerza o de grado fue admitido en el reino su sobrino Cacama”.<sup>233</sup>

Con estas injustas acciones y otras más, Motecuhzoma iba imponiendo su voluntad en los dominios de la Triple Alianza, aumentando los tributos y las cargas de trabajo entre los pueblos dominados, lo que provocó cierta resistencia de los grupos sometidos, pues “se alteraron muchas provincias que querían negar la obediencia a Motecuhzoma por las demasiadas imposiciones de tributos que cada día les imponía, usando más de crueldad y tiranía que de piedad, como había sido costumbre entre los reyes pasados”.<sup>234</sup>

El mensaje de Ixtlilxóchitl es que el gobierno de Motecuhzoma se fue volviendo poco a poco ilegítimo al hacer uso de intrigas y traiciones para ir quitando del camino a quienes podrían oponérsele, como ocurrió con Macuil Malinatzin y los guerreros tetzcoicanos; también procuró despojar a los legítimos señores de sus dominios como es el caso de Tetzcoco, y además se le responsabiliza de provocar la muerte de Nezahualpilli al romper con los acuerdos y las normas tradicionales de regir la Triple Alianza; también al imponer a individuos manipulables en el gobierno por encima de los derechos de otros, tal como fue el caso de Cacama, así como sus crueldades y tiranías al establecer fuertes tributos. Todo esto a la vez que restaba legitimidad a su mando fue creando un clima de inestabilidad política con lo cual “parece que su Divina Majestad iba disponiendo la entrada de su santa fe católica en este nuevo mundo”.<sup>235</sup> Para Ixtlilxóchitl todo se enmarca, de una u otra forma, en el plan divino de la historia.

<sup>233</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 191.

<sup>234</sup> *Ibidem*, p. 192.

<sup>235</sup> *Idem*.

Puestas así las cosas, los españoles arribaron a las costas del Golfo y las noticias acerca de ellos pronto circularon entre los gobernantes indígenas y “fue grande la confusión y temor que causó al rey Motecuhzoma, viendo que ya se empezaban a cumplir las profecías de sus pasados”.<sup>236</sup> Ésta es una gran diferencia con el *Compendio histórico*, donde se dice que Motecuhzoma no dio importancia a la llegada de los extraños.

En la *Historia de la nación chichimeca*, el temor de Motecuhzoma ante los recién llegados es el motivo que lo impulsa a reunir a todos los señores de la Triple Alianza para discutir con ellos si la llegada de los extraños era el regreso del dios Quetzalcóatl y sus hijos, que venían a tomar posesión de los territorios indígenas, o si sólo eran, como ellos mismos decían, embajadores de un gran y desconocido gobernante.

Hubo, como ya se ha dicho, dos opiniones, la de Cuitláhuac, totalmente opuesta a la entrada de los españoles, “mi parecer es, gran señor, que no metáis en vuestra casa quien os eche de ella”, y la de Cacama, que era favorable a recibirlos en el supuesto de que eran embajadores, y en el caso de que trataran de traicionar a la Triple Alianza serían derrotados por los guerreros indígenas, “por esto tiene en su corte soldados y capitanes valerosos que le defenderán”.<sup>237</sup>

La opinión de Cacama fue apoyada por varios señores, pero Motecuhzoma procuró seguir el consejo de Cuitláhuac y así trató de evitar la llegada de los españoles; ésta es otra diferencia importante con respecto al *Compendio histórico*, pues ahí se dice que prevaleció el juicio de Cacama, de tal manera que en esa obra las embajadas de Motecuhzoma para detener a los españoles en la costa tenían el objetivo de ganar tiempo en tanto se decidía qué hacer con ellos, mientras que en la *Historia de la nación chichimeca* esas mismas embajadas son resultado del temor del *tlatoani* mexicana, sutil diferencia entre ambas obras que ayudaría a desarrollar la imagen de Motecuhzoma como un gobernante acobardado.

<sup>236</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 200.

<sup>237</sup> *Idem*.

Mientras los mexicas decidían qué hacer con los españoles, éstos recibieron a grupos que les daban la bienvenida y se quejaban de los agravios sufridos a manos de Motecuhzoma; particularmente se mencionan las embajadas del antepasado homónimo del cronista, también llamado Ixtlilxóchitl de Tetzco y del señor de Cempoala. Cortés aprovechó las diferencias entre los estados indígenas y preparó una alianza entre los españoles y los cempoaltecas.

Al dirigirse hacia Tenochtitlan los españoles enfrentaron a las tropas otomíes de Tlaxcala, las derrotaron y comenzaron a negociar una alianza con los tlaxcaltecas, al tiempo que Cortés recibió una embajada mexica según la cual Motecuhzoma ofrecía ser vasallo del rey de España y le mandaba suntuosos presentes con tal de que no continuara avanzando.<sup>238</sup> Dice la crónica de Ixtlilxóchitl que los enviados mexicas trataron de evitar el acuerdo entre castellanos y tlaxcaltecas, lo que motivó un intercambio de palabras entre éstos y los tenochcas; el enviado de Tlaxcala recriminó a su similar mexica las injusticias que había cometido su pueblo:

Y mira que nadie te da en el rostro con las tiranías que has hecho en alzarte con los señoríos ajenos, comenzando desde Cuitláhuac, y prosiguiendo por la provincia de Chalco, Xantetelco, Cuauhquecholan, Itzacan, Quauhtinchan, Tecamachalco, Tepeyácac y Cuextlan hasta llegar a la costa de Cempoala, haciendo mil agravios y vejaciones, y desde el un mar al otro, sin que nadie os lo dé en cara ni estorbe; y que por vuestra causa, por vuestras traiciones y dobleces, por ti haya aborrecido a mi sangre el huexozincatl, causado todo del temor de vuestras tiranías y traiciones, sólo por gozar espléndidamente el vestido y la comida.<sup>239</sup>

Se refrenda la ilegitimidad del poder mexica, pues su expansión se logró cometiendo “mil agravios y vejaciones”, y ocasionando conflictos entre quienes se consideraban hermanos como Tlaxcala y

<sup>238</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 209, “En este medio tiempo recibió Cortés otra embajada de Motecuhzoma con un rico presente, ofreciéndose por amigo y feudatario del rey de Castilla, con tal que de allí se volviese Cortés sin pasar a México”.

<sup>239</sup> *Ibidem*, p. 210.

Huexotzinco. Con este parlamento, puesto en boca de un tlaxcalteca, Ixtlilxóchitl extiende la crítica que se hace de Motecuhzoma a todo el estado mexica; nótese que, sutilmente, se excluye del reproche al resto de la Triple Alianza, particularmente a Tetzcoco, pues se ha descrito cómo el señorío de Acolhuacan también ha sufrido los agravios del mando mexica.

Los enviados de Motecuhzoma no pudieron evitar la alianza entre castellanos y tlaxcaltecas, ni tampoco lograron que Cortés abandonara su decisión de ir a Tenochtitlan. En el trayecto pasaron por la ciudad de Cholula, donde ocurrió la ya mencionada matanza realizada por los españoles sobre los habitantes de esta ciudad, acción que impactó en gran manera los ánimos indígenas, pues “fue tan grande el temor y espanto que causó este hecho, que fue sonado por toda la tierra”.<sup>240</sup>

De esta manera se llega al encuentro entre Motecuhzoma y Cortés. Pero este encuentro no está ya definido como en otras crónicas, en esta obra lo que se ha resaltado es la ilegitimidad del mando mexica en general, y el de Motecuhzoma en particular, y se hacen sólo algunas alusiones al temor del gobernante. Según el cronista de Tetzcoco las palabras de Motecuhzoma fueron:

Que se holgaba mucho de tener en su casa y corte una gente tan principal y honrada, y tenía pena que se presumiese que jamás los habría de maltratar; dio muchas disculpas de lo que había porfiado por estorbar la entrada en México; y al cabo le vino a decir cómo sus pasados tenían pronosticado, que un gran señor que en tiempos antiguos había estado en esta tierra, había de volver a ella con los suyos a dar leyes con nueva doctrina, y que la poseerían y serían señores de ella; y que así creía que el rey de España había de ser aquel señor que esperaban.<sup>241</sup>

Es muy posible que la versión que da Ixtlilxóchitl del discurso de Motecuhzoma a Cortés abreve directamente del que escribió

<sup>240</sup> *Ibidem*, p. 216.

<sup>241</sup> *Ibidem*, p. 218.

Gómara; para verificarlo confróntese su versión del discurso del *tlatoani* justamente cuando habla de ese “gran señor”:

Nuestros pasados y reyes de quien yo desciendo no fueron naturales de esta tierra, sino advenedizos, los cuales vinieron con un gran señor, y que de allí a poco se fue a su naturaleza [...] y les dijo a su partida que enviaría sus hijos a que los gobernasen y mantuviesen en paz y justicia, y en las antiguas leyes y religión de sus padres. A esta causa pues hemos siempre esperado y creído que algún día vendrían de aquellas partes a nos sujetar y mandar, y pienso yo que sois vosotros, según de donde venís, y la noticia que decís que ese vuestro señor gran rey emperador que os envía, ya de nos tenía.<sup>242</sup>

Consta que Gómara fue conocido y consultado por el tetzcocano, al tiempo que le reconoció mayor veracidad que a otros autores.<sup>243</sup> Esta muestra de sumisión por parte de Motecuhzoma está ausente de sus otras obras, particularmente del *Compendio histórico*, y del apéndice número 6 de la *Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España*.

Por lo demás, la versión de la *Historia de la nación chichimeca* se ciñe por completo a la posición española con respecto a la sumisión de Motecuhzoma como vasallo de la corona de Castilla, sin aportar nada nuevo al tema.<sup>244</sup> Después de este pasaje de la entrega del

<sup>242</sup> Gómara, *Historia de la conquista...*, v. I, p. 211. También es posible que se inspirara en el testimonio del propio Cortés, quien escribió: “tenemos asimismo que a estas partes trajo nuestra generación un señor cuyos vasallos todos eran, el cual se volvió a su naturaleza [...] y siempre hemos tenido que los que de él descendiesen habían de venir a sojuzgar esta tierra y a nosotros como sus vasallos; y según de la parte que vos decís que venís, que es a do sale el sol y las cosas que decís de ese gran señor o rey que acá os envió, creemos y tenemos por cierto, él sea nuestro señor natural”, Hernán Cortés, “Segunda carta”, en *Cartas de relación*, 13.<sup>a</sup> edición, nota preliminar de Manuel Alcalá, México, Porrúa, 1983, p. 52.

<sup>243</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 193, 234. Véase del mismo autor la “Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España”, en *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 351, donde, a propósito de las exequias de Tezozómoc de Azcapotzalco, dice: “De todos los que han escrito, el que algo acertó acerca de esto fue Gómara”.

<sup>244</sup> Véase José Valero Silva, *El legalismo de Hernán Cortés como instrumento de su conquista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investiga-

poder, Motecuhzoma se convierte en esta crónica en un personaje indolente que ya no muestra ni decisión ni voluntad, que se deja prender sin ofrecer mayor resistencia. La primera manifestación de esto fue su supuesta colaboración en la muerte de algunos españoles a manos de Quahpopoca, encargado de la guarnición costera de Nautla; para Alva Ixtlilxóchitl el *tlatoani* nada tuvo que ver en esto.

El gobernante mexica sólo parece reaccionar ante la prohibición de efectuar sacrificios humanos y la destrucción de las imágenes de los dioses que pretende realizar Cortés a la vista de los habitantes de Tenochtitlan, pero se limita a manifestar su temor por la reacción del pueblo. “Motecuhzoma se alteró, porque los suyos estuvieron en términos de matarle porque lo consentía, y con él a Cortés porque lo mandaba”.<sup>245</sup> Por lo cual cesaron en su intento por derribar las imágenes de los dioses del Templo Mayor y decidieron posponer la oportunidad de predicarles la fe católica. Este episodio no es mencionado en ninguna otra obra de tradición indígena, pero sí en la crónica de Gómara.<sup>246</sup>

Cacama reaccionó en contra de los abusos de los españoles, primero arengando a los señores mexicas: “reprendió ásperamente a la nobleza mexicana, porque consentía hacer semejantes desacatos a cuatro extranjeros, y que no los mataban”; los señores mexicas se disculparon argumentando que no actuaban para no disgustar a Motecuhzoma “que tan amigo y casado estaba con ellos”.<sup>247</sup> Es la imagen de un gobernante entregado a los españoles, sin mostrar el orgullo del guerrero ni la dignidad del máximo gobernante.

Los graves defectos de Motecuhzoma se resaltan al hacer el sutil contraste —una vez más— con los gobernantes del Acolhuacan, en este caso Cacama, quien “era esforzado, atrevido y de muy gran

ciones Históricas, 1965, p. 49-50; y sobre todo a Silvio Zavala, “Hernán Cortés ante la justificación de su conquista”, en Toribio Esquivel Obregón, *Hernán Cortés y el derecho internacional en el siglo XVI*, 2.<sup>a</sup> edición, presentación de Silvio Zavala, México, Porrúa, 1985, p. 127-128.

<sup>245</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 221.

<sup>246</sup> Este episodio de tratar de quitar las imágenes de los dioses es uno de los motivos más importantes que aduce Gómara para explicar la animadversión mexica hacia los españoles, *Historia de la conquista*, v. I, p. 253: “Moteczuma se turbó reciamente, y se azoraron los suyos muy mucho, con ánimo de tomar armas y matarlos allí”.

<sup>247</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 223.

valor”, tanto así que sólo otro tetzcocano era capaz de detenerlo en su intento por organizar una rebelión contra los españoles, su hermano Ixtlilxóchitl, “y Cortés y su tío Motecuhzoma no fueran bastantes para atajarle sus pasos y designios, si no fuera por la amistad que Ixtlilxóchitl siempre tuvo a Cortés y a los españoles”.<sup>248</sup>

Una vez presos los más importantes gobernantes de la Triple Alianza, Cortés reunió al resto de los gobernantes notables para hablarles de las razones de su llegada, a continuación, Motecuhzoma habló y

vino a decir que daba muchas gracias a Dios por haberle hecho tanta merced, que haya alcanzado a ver a los cristianos, y tener noticia de aquel gran rey que sus pasados de años muy atrás deseaban que viniese, y que no podía creer que fuese otro, sino este que había enviado a aquellos españoles que estaban en su corte; y que si estaba determinado de lo alto que tuviese fin el imperio de las tres cabezas, culhuas, acolhuas y tepanecas, no quería resistir la voluntad de Dios, sino de muy buena gana y con gran voluntad dar obediencia al rey de Castilla, y tenerle por su cabeza y supremo señor, bajo de cuyo amparo y protección quería vivir y reconocerle por tal, y que les rogaba muy encarecidamente a ellos que hiciesen lo mismo, porque entendía que a todos les cumplía hacerlo así. [...] hizo Motecuhzoma un solemne juramento dando la obediencia al rey don Carlos nuestro señor (de gloriosa memoria), y tras de él Cacama su sobrino, Totoquihatzin, rey de Tlacopan, y con ellos todos los grandes y señores del imperio que allí estaban, prometiendo de serle buenos y leales vasallos.<sup>249</sup>

Solamente en esta obra Alva Ixtlilxóchitl hace mención de este acto colectivo de sumisión al emperador, además es la única obra de tradición indígena que recoge el pasaje. Es muy posible que aquí también el cronista de Tetzcocho haya seguido de cerca la versión de Gómara; por ejemplo, véase lo que dice el capellán de Cortés.

Creed por cierto que el rey que esperamos tantos años ha, es el que ahora envía [a] estos españoles que aquí veis, pues dicen que somos parientes, y tienen de gran tiempo noticia de nos. Demos gracias a

<sup>248</sup> *Ibidem*, p. 224.

<sup>249</sup> *Ibidem*, p. 225.

los dioses, que han venido en nuestros días los que tanto deseábamos. Haréisme placer que os deis a este capitán vasallos del emperador y rey de España, nuestro señor, pues yo ya me he dado por su servidor y amigo: ruégoos mucho que desde en adelante le obedecáis bien y así como hasta aquí habéis hecho a mí, y le deis y paguéis los tributos, pechos y servicios que me soléis dar, que no me podéis dar mayor contento.<sup>250</sup>

La inspiración de Ixtlilxóchitl en el texto de Gómara resulta más clara si se percibe que, para ambos autores, después de su discurso Motecuhzoma comenzó a llorar junto con los demás señores y llenando de sentimiento a los españoles. Si se pone atención se notará cómo el cronista de Tetzcoaco ha introducido ciertos toques cristianos en su versión, y así tenemos a Motecuhzoma dando gracias a Dios (Tloque Nahuaque) y no a los dioses como en Gómara.

Por otra parte, el hecho de que Fernando de Alva use más a los cronistas españoles que a las fuentes de tradición indígena, en estos pasajes donde afirma la sumisión de Motecuhzoma como vasallo del rey de Castilla, tendría el sentido de resaltar la fidelidad de Tetzcoaco y de su homónimo antepasado Ixtlilxóchitl a la corona española, marcando un contraste con la “infidelidad” mexicana, cuando Tenochtitlan se rebela con motivo de la matanza del Templo Mayor.

Esto es de particular interés, porque el cronista agrega una frase que no aparece en ninguna otra versión de la entrega del poder, y es la que dice que “estaba determinado de lo alto que tuviese fin el imperio de las tres cabezas, culhuas, acolhuas y tepanecas”; con ello, el cronista tetzcocano asienta claramente que era el fin del gobierno de tres sedes, que el poder no sólo era de los mexicas, que Tetzcoaco estaba al mismo nivel de Tenochtitlan, con las mismas preeminencias y honores, y así como Cacama fue el segundo en dar obediencia al rey, su hermano Ixtlilxóchitl fue el primero en mantenerla y cumplirla.

Un poco más adelante nuestro cronista cae en contradicción respecto de la sumisión al emperador cuando afirma que Motecu-

<sup>250</sup> Gómara, *Historia de la conquista de México*, v. I, p. 267. Véase Cortés, “Segunda Carta”, en *Cartas de relación*, p. 60.

hzoma pidió a Cortés que se retirara del territorio con motivo del arribo de la armada de Narváez; la contradicción radica en que primero se ha planteado una completa sumisión de Motecuhzoma y los señores de la Triple Alianza, al aceptar ser vasallos del rey de Castilla, para en la primera oportunidad pedir al capitán español que se retire: “No hubo bien llegado esta flota a la Veracruz, cuando luego tuvo Motecuhzoma el aviso de ella, de que dio luego parte a Cortés, y le dijo que aparejase luego su partida porque ya otra vez se lo tenía pedido”.<sup>251</sup>

Tampoco encontramos mención de esta petición en ninguna otra de las crónicas de tradición indígena. Diego Durán menciona el episodio, pero aclara que no era parte de la historia indígena que seguía en su relato; en cambio sí lo mencionan las crónicas españolas. Lo que aquí hace Ixtlilxóchitl es aprovechar la información de los cronistas españoles para resaltar aquellos aspectos de Tetz-coco que le interesan; es decir, hace suya la tradición historiográfica española transformándola y enmarcándola dentro de sus propios intereses y de su producción.

Cortés tuvo que ausentarse de la ciudad para enfrentar a las tropas de Narváez; en ese tiempo ocurren importantes acontecimientos, en particular la matanza del Templo Mayor, misma que, para el cronista tetzcocano, se desencadenó debido a las intrigas de los tlaxcaltecas contra los mexicas, con el fin de vengarse de los sacrificios humanos de españoles, hechos en las fiestas tenochcas, y para lograr despojarlos de sus riquezas materiales y, también, a la gran ambición de Pedro de Alvarado.

Después de este hecho se produce el levantamiento de la población de Tenochtitlan contra los españoles. Al regreso de Cortés a la ciudad las hostilidades prosiguieron, por lo que el capitán pidió a Motecuhzoma que apaciguara a los enardecidos mexicas

y él lo hizo de buena gana, rogando a sus vasallos muy ahincadamente que dejaran la guerra: estaban encolerizados y tan corridos y

<sup>251</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 226. Véase Gómara, *Historia de la conquista de México*, v. I., p. 271- 272.

afrentados de ver la cobardía de su rey y cuán sujeto estaba a los españoles, que no le quisieron oír, antes le respondieron palabras muy descompuestas, afrentándole su cobardía, y le tiraron muchos flechazos y pedradas; y le acertaron con una en la cabeza, que dentro de cuatro días murió de la herida.<sup>252</sup>

Este texto coincide con otras fuentes en los aspectos del desprecio generalizado hacia el gobernante, y también coincide con el manejo que Ixtlilxóchitl ha hecho de su imagen, cuya idea central es mostrar cómo un hombre soberbio y poderoso se acobarda y recibe su justo castigo con la pérdida de su poder, en el desprecio de aquellos a quienes gobernaba y con su muerte afrentosa. Pero a pesar de todo esto, el balance final que hace de la figura del tlatoani es muy favorable y por lo mismo es un tanto contradictorio.

Así acabó desastrosamente aqúeste poderosísimo rey; que antes ni después hubo en este nuevo mundo, quien le igualase en majestad y profanidad, tanto que casi quiso hacerse adorar, y se vido en la mayor prosperidad, grandeza y riqueza que hubo en el mundo. [...] En las mismas armas y modo de su gobierno fue muy justiciero; en las cosas tocantes a ser estimado y temido en su majestad real, de condición muy severo, aunque cuerdo y gracioso.<sup>253</sup>

Fernando de Alva Ixtlilxóchitl manifiesta importantes cambios de criterios en las dos obras analizadas; así, el Compendio histórico es más mesurado en sus juicios, pues aunque Motecuhzoma aparezca como un gobernante ambicioso nunca es presentado como cruel ni como un cobarde; en cambio, en la Historia de la nación chichimeca, se puede apreciar una mayor severidad para con el tlatoani mexica, que es dibujado como un hombre ávido de poder, así como cruel y miedoso. Otra diferencia importante es que en la segunda obra Ixtlilxóchitl sigue más de cerca las crónicas españolas y se aleja de la tradición indígena.

<sup>252</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 229.

<sup>253</sup> *Ibidem*, p. 230.

## COMENTARIO FINAL

La comparación entre los elementos consignados en los huehuetlatolli del “Libro VI” de Sahagún con las críticas que se hacen a Motecuhzoma en las crónicas de tradición indígena, revelan notables semejanzas. Resalta en primer lugar el concepto según el cual el gobernante sólo es un instrumento de la divinidad, “una flauta que sopla el dios” y que cuando ya no le sirve a la divinidad ésta se deshace de él. Sobre esto véase el cuadro 5 donde se contrasta el comportamiento adecuado de un *tlatoanai* con las críticas de las que es objeto Motecuhzoma.

El *tlatoani*, con todo su poder, está sujeto a las normas de gobierno que ha impuesto Tloque Nahuaque. El gobernante debe seguir dichas normas de conducta, que le señalan una actitud paternalista para con los dominados, debe ser “su padre y su madre” y como tal protegerlos o castigarlos según sea el caso. Está obligado a respetar siempre la dignidad de las personas, y de manera especial debe hacerlo con los ancianos y los sacerdotes. Así mismo, debe dominar sus pasiones y mostrar gran humildad para no caer en la peor de las faltas, la soberbia, que podría llevarlo a vejar a los habitantes de la ciudad y ser altivo frente a la misma divinidad. De no acatar estas normas, el gobernante pone en riesgo su propia vida, el bienestar de la gente común y la existencia misma de la ciudad.

Pues bien, todas las críticas a Motecuhzoma tienden a señalar graves transgresiones a las normas del buen gobierno: se le acusa de ser soberbio, de ser cruel con los ancianos y los sacerdotes, de cometer injusticias sobre los macehuales, de mostrar cobardía e incapacidad de mando, faltas todas que lo alejan del buen gobierno y de la divinidad. Por ello se hizo acreedor a un terrible castigo.

Hasta este punto, todo parece estar conforme a los valores tradicionales de la cultura náhuatl con respecto al ejercicio del poder, pero seríamos muy ingenuos si pensáramos que estos relatos están exentos de manifestar matices cristianos.

No debe perderse de vista que la descripción que se hace de la figura de Motecuhzoma es la historia de cómo un máximo gobernante pierde, paulatinamente, legitimidad con sus desarregladas



Cuadro 5  
COMPORTAMIENTO DE MOTECUHZOMA ANTE LOS ESPAÑOLES

<i>Conducta correcta según libro VI</i>	<i>Conducta incorrecta según libro VI</i>	<i>Sahagún, "Libro XII" y relacionados</i>	<i>"Crónica X" Tezozómoc y Durán</i>	<i>Muñoz Camargo</i>	<i>Ixtlilxóchitl</i>
Cuidar de la religión	Descuida la religión		Implanta un culto más sangriento		
Cuidar de la guerra		Evade el combate	Evade el combate		Evade el combate
Impartir justicia	Es injusto con todos	Es injusto	Es injusto y cruel	Es injusto	Es injusto
Corazón de la ciudad Centro de conciencia	Está fuera de sí como un borracho	Está fuera de sí como un borracho	Está fuera de sí como un borracho		
Seriedad y austeridad en el mando	Ensucia el cargo	Es tirano Abandona la casa de gobierno	Quiere abandonar el mando		No respeta a otros gobernantes
Vida recta y moral	Es duro y cruel	Es un traidor y homosexual	Se le honra como a un dios		Es traidor y asesino
No ser soberbio	Es soberbio		Es soberbio		Es soberbio



<i>Conducta correcta según libro VI</i>	<i>Conducta incorrecta según libro VI</i>	<i>Sahagún, “Libro XII” y relacionados</i>	<i>“Crónica X” Tezozómoc y Durán</i>	<i>Muñoz Camargo</i>	<i>Ixtlilxóchitl</i>
No querer más poder ni riqueza	Es ambicioso		Concentra el poder. Tiene muchas riquezas	Ambiciona más poder	Ambiciona más poder
Ser valiente en la guerra		Es un cobarde Piensa en huir	Es un cobarde Piensa en huir		Es un cobarde
Respetar a los sacerdotes	Menosprecia a todos		Los manda matar Los menosprecia		
Respetar a los ancianos	Menosprecia a todos		Los manda matar Los menosprecia		
Respetar a los pobres	Menosprecia a todos		Los menosprecia		
Respetar a los guerreros	Menosprecia a todos		Los menosprecia		
Seguir el consejo de los ancianos	No toma el consejo de nadie		No toma el consejo de nadie		
Seguir el ejemplo de los antepasados	No toma el ejemplo de nadie		No toma el ejemplo de nadie		

Fuente: Elaboración propia.



acciones, primero al concentrar el poder de los estados indígenas en un solo grupo —el mexica— y en una sola persona —él—, luego, cometiendo todas clase de atropellos en contra de la gente común y de los demás señores indígenas, después mostrando cobardía e indecisión en el mando al arribar los extraños, pero, sobre todo, ignorando los mensajes que en forma de presagios la suprema divinidad le envió para señalarle sus graves errores, así como el próximo fin de una forma de poder político que se había manifestado como injusta. En cierto sentido puede pensarse que el gobierno de Motecuhzoma es la preparación para la llegada de ese “misterio muy grande”, que ningún hombre había presenciado; este misterio no es, como podría pensarse, el de la conquista militar, sino lo que llega detrás de ella, la evangelización.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## EL SENTIDO DE LA CONQUISTA

*los hombres, cuando les viene una y otra vez  
la suerte en contra, se acostumbran al Mal  
y terminan por cambiarle de nombre, lo  
llaman Destino o Fatalidad.*

Odiseas Elitis

### EL PROBLEMA

La conquista de América ha sido uno de los acontecimientos históricos que más han atraído a los estudiosos de todo el mundo. Desde el momento mismo del contacto entre Europa y los pueblos indígenas, el debate surgió por diferentes motivos, mismo que ha girado en torno a diversos temas y ha corrido por infinidad de cauces. Ya los hombres del siglo XVI se percataron de la gran trascendencia de este proceso histórico y, quizá, fue Francisco López de Gómara quien mejor expresó esa importancia al escribir que: “La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias”.<sup>1</sup>

La impactante realidad humana de las tierras recién descubiertas contó con dos épicas empresas: las conquistas de México y de Perú. Pronto, ambas fueron objeto de conocimiento y de confrontación entre las más diversas posiciones. Se discutió su legitimidad, el sentido que podrían tener dentro del plan divino de la historia, su importancia en la formación de los mercados mundiales y muchos otros aspectos. Pero pocas veces se ha tratado de indagar cuál pudo ser el significado de la conquista española desde la perspectiva de los pueblos indígenas y cuál fue el sentido que le dieron. Tal es el

<sup>1</sup> Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, 2 v., notas prologales de Emiliano M. Aguilera, modernización del texto de Pilar Guibelalde, Barcelona, Orbis, 1985, v. I, p. 25.

problema que, a propósito de las crónicas de tradición indígena del Altiplano central de México, se trata de plantear y, en lo posible, de resolver en este capítulo.

En términos generales puede decirse que desde el punto de vista occidental el problema ha atravesado por varias etapas, las cuales son, fundamentalmente, las mismas que se han visto en los anteriores capítulos. Primero se encuentran los autores que desde una óptica providencialista captaron el tema que nos ocupa; en ese momento de interpretación de la Conquista se encuentra el tratamiento de varios temas que fueron comunes a casi todos los autores de esta etapa y también a los de momentos posteriores. El argumento central de esta perspectiva es el de la misión providencial de España para el descubrimiento, la conquista y la conversión de los indígenas, como lo dijo Gómara al dirigirse a Carlos V:

Nunca jamás rey ni gente anduvo tanto y dominó tanto en tan breve tiempo como la nuestra, ni ha hecho ni merecido lo que ella, así en armas y navegación, como en predicación del Santo Evangelio y conversión de idólatras, por lo cual son los españoles dignísimos de alabanza en todas las partes del mundo. ¡Bendito sea Dios, que les dio tal gracia y poder!<sup>2</sup>

Para Gómara los indígenas recibieron enormes beneficios gracias a la conquista española, como fueron las mejoras materiales al conocer el uso del hierro y animales de tiro, así como avances en el terreno intelectual al enseñarles la escritura alfabética y, sobre todo, recibieron el beneficio espiritual de ser evangelizados y alejados de la idolatría en la que se encontraban sumidos.

Buena loa y gloria es de nuestros reyes y hombres de España, que haya hecho a los indios tomar y tener un Dios, una fe y un bautismo, y haberles quitado la idolatría, los sacrificios de hombres, el comer carne humana, la sodomía y otros grandes y malos pecados, que nuestro buen Dios mucho aborrece y castiga. Les han quitado también la muchedumbre de mujeres, vieja costumbre y deleite entre

<sup>2</sup> *Ibidem*, v. I, p. 312-313.

todos aquellos hombres carnales; les han mostrado las letras, pues sin ellas los hombres son como animales, y el uso del hierro, que tan necesario es al hombre; asimismo les han enseñado muchas buenas costumbres y policía para pasar mejor la vida.<sup>3</sup>

Todos estos elementos aportados a través de la Conquista son tan valiosos que con uno solo de ellos los españoles pagan con creces las riquezas materiales que tomaron a los indígenas: “Todo lo cual, y hasta cada cosa por sí, vale, sin duda ninguna, mucho más que la pluma, ni las perlas, ni la plata, ni el oro que les han tomado”.<sup>4</sup>

Es importante hacer notar que buena parte de los aspectos señalados por Gómara como beneficios de la Conquista para los indígenas serán retomados, en el transcurso del tiempo, por muchos otros autores de las más diversas corrientes de pensamiento, pero que tienen un rasgo común con él: el eurocentrismo.

Así, por ejemplo, Bernal Díaz del Castillo señaló tres grandes beneficios que recibieron los indígenas gracias a la acción de los españoles. El primero de ellos fue la conversión al cristianismo, pues “se han bautizado desde que los conquistamos todas cuantas personas había, así hombres como mujeres, y niños que después han nacido, que de antes iban perdidas sus ánimas a los infiernos”.<sup>5</sup>

El segundo beneficio fue que los españoles enseñaron a los indígenas diversos oficios de origen europeo, como la herrería, la pintura, y otros, con los cuales se pudieran ganar la vida y mejorar sus habilidades, “los más indios naturales destas tierras han aprendido muy bien todos los oficios que hay en Castilla entre nosotros, y tienen sus tiendas de los oficios y obreros, y ganan de comer a ello”.<sup>6</sup>

También las labores del campo se enriquecieron con la llegada de los nuevos cultivos y animales procedentes de Europa, cuyo aprovechamiento muy pronto fue aprendido por los indígenas, “y

<sup>3</sup> *Ibidem*, v. I, p. 313.

<sup>4</sup> *Idem*.

<sup>5</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición, índices y prólogo de Carmelo Sáenz de Santa María, México, Alianza, 1991, cap. CCIX, p. 877.

<sup>6</sup> *Ibidem*, cap. CCIX, p. 878.

ahora crían ganado de todas suertes y doman bueyes, y aran las tierras y siembran trigo, y lo benefician y cogen, y lo venden, y hacen pan y bizcocho, y han plantado sus tierras y heredades de todos los árboles y frutas que hemos traído de España, y venden el fruto que procede de ello”.<sup>7</sup>

Con la Conquista los españoles implantaron la justicia y mejores formas de gobierno entre las comunidades indígenas, “y diré de la justicia que les hemos enseñado a guardar y cumplir, y como cada año eligen sus alcaldes ordinarios y regidores y escribanos y alguaciles, fiscales y mayordomos, y tienen sus casas de cabildo, donde [...] hacen justicia con tanto primor y autoridad como entre nosotros, y se precian y desean saber mucho de las leyes del reino por donde sentencien”.<sup>8</sup>

Claro que para los españoles del siglo XVI todo el proceso de la Nueva España se enmarca dentro del plan divino de la historia; en ese sentido la conquista militar es vista sólo como el medio del que se había valido la Providencia para hacer llegar a los indios la fe cristiana. El carácter providencial de la Conquista se hacía patente al considerar las maravillas obradas en ella por la divinidad, pues, como dice José de Acosta:

Sucedieron en esta conquista de México muchas cosas maravillosas, y no tengo por mentira ni por encarecimiento, lo que dicen los que escriben, que favoreció Dios el negocio de los españoles con muchos milagros, y sin el favor del cielo era imposible vencer tantas dificultades y allanarse toda la tierra al mando de tan pocos hombres. Porque [...] la causa de Dios y gloria de nuestra fe, y bien de tantos millares de almas como de aquellas naciones tenía el Señor predestinadas, requería que para la mudanza que vemos, se pusiesen medios sobrenaturales y propios [...] del que llama a su conocimiento a los ciegos y presos, y les da luz y libertad con su sagrado evangelio.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> *Ibidem*, cap. CCIX, p. 879.

<sup>8</sup> *Ibidem*, cap. CCIX, p. 879-880.

<sup>9</sup> Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias. En que se trata de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*, prólogo, notas y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 371.

Para el padre Acosta los indígenas vivían inmersos en los engaños del demonio, quien, en lo espiritual, los mantenía sumidos en un sangriento culto idolátrico, y en lo temporal los oprimía con un gobierno tiránico. Es por ello que la Conquista, al permitir a los indios conocer el evangelio, fue una empresa de liberación. “El yugo pesadísimo e insoportable de las leyes de Satanás, y sacrificios y ceremonias [...] los mismos indios estaban ya cansados de llevarlo, que consultaban entre sí de buscar otra ley y otros dioses a quienes servir. Así les pareció y parece, la ley de Cristo, justa, suave, limpia, buena, igual, y toda llena de bienes”.<sup>10</sup>

Sin embargo, no todos los autores dejaron de señalar los problemas y carencias que la Conquista trajo para la población indígena. Por ejemplo, fray Toribio Motolinía escribió acerca de lo que llamó las “diez plagas que asolaron a los indios” de Nueva España. Entre estas plagas mencionó las pestes, las muertes ocurridas durante la Conquista, los tributos, la explotación de minas, los trabajos excesivos impuestos por los españoles y la esclavitud indígena. Penalidades con las cuales la divina providencia castigó a los indios: “Por los pecados de estos naturales fue Dios movido a ira contra ellos, y los castigó, como dicho es, e su saña e ira se indignó contra ellos”.<sup>11</sup>

Aunque, claro está, todas las penalidades de los indígenas tuvieron su premio en la conversión al cristianismo y en la consecuente salvación de sus almas, “Estos indios que casi no tienen estorbo que les impida para ganar el cielo [...] porque su vida se contenta con poco, y tan poco, que apenas tienen con qué se vestir ni alimentar”.<sup>12</sup> Justamente la miseria de las condiciones materiales de existencia de los indígenas es lo que les daría la posibilidad de alcanzar la vida eterna.

A principios del siglo XVII Juan de Torquemada hizo suyos varios de los conceptos vertidos en la centuria anterior. En primer término, destaca la elección divina de Hernán Cortés para realizar la conquista militar, que a su vez hiciera posible allanar el camino a la

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 376.

<sup>11</sup> Toribio de Motolinía, *El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de fray Toribio*, edición de Edmundo O’Gorman, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 53

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 163.

propagación del evangelio en tierras indias. “Pero lo que yo quiero aquí ponderar y encarecer es que parece sin duda haber elegido Dios a este animoso capitán don Fernando Cortés para abrir por industria suya la puerta de esta gran tierra de Anahuac y hacer camino a los predicadores de su evangelio, en este nuevo mundo”.<sup>13</sup>

La obra providencial realizada por medio de Cortés tuvo el fin último de subsanar, con la conversión de los indígenas, la pérdida de las almas de aquellos que en Europa habían seguido la Reforma protestante, “de suerte que lo que por una parte se perdía, se cobrase por otra en más o menos número”.<sup>14</sup>

En otro lugar, el cronista franciscano reconoce los aspectos más negativos de la Conquista y explica todos los males que padecieron los indígenas como un castigo de Dios, por los múltiples y grandes pecados que cometía toda la sociedad indígena prehispánica. “Una de las razones que se pueden dar acerca de haber Dios entregado estos indios a los españoles, con tanto rigor y tan a fuego y sangre como los llevaron, es la abundancia de pecados que cometían, no sólo en lo secreto y oculto de sus casas sino también en lo manifiesto y público de la ciudad y plazas”.<sup>15</sup>

La gravedad y cantidad de los pecados cometidos por los indígenas en el plano individual y en el colectivo justificaban, a los ojos de Torquemada, el castigo divino a través de la Conquista y que el poder político pasara de los señores indios a los españoles. A cambio de los males que trajo aparejados la Conquista, los indígenas recibieron la posibilidad de salvar sus almas a través de la labor evangélica de las órdenes mendicantes, “y el bien que se les recreció a los que quedaron en el beneficio que recibieron en ser cristianos en mano de la inmensa misericordia de Dios”.<sup>16</sup>

<sup>13</sup> Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana, de los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra firme*, 7 v., 3.<sup>a</sup> edición, edición de Miguel León-Portilla et al., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, v. II, libro IV, p. 7.

<sup>14</sup> *Idem*.

<sup>15</sup> *Ibidem*, v. II, libro IV, cap. CVI, p. 321.

<sup>16</sup> *Ibidem*, v. II, libro IV, cap. CVI, p. 326.

En el siglo XVIII Francisco Javier Clavijero daba fin a su *Historia antigua de México* mencionando las ominosas condiciones de vida de los indígenas en la Nueva España, pero consideraba que éstas eran el justo castigo de Dios por los pecados de los antiguos indios.

Los mexicanos, con todas las demás naciones que ayudaron a su ruina, quedaron [...] abandonados a la miseria, la opresión y al desprecio, no solamente de los españoles sino aun de los más viles esclavos africanos y de sus infames descendientes, vengando Dios en la miserable posteridad de aquellas naciones la crueldad, la injusticia y la superstición de sus mayores. Funesto ejemplo de la Justicia Divina y de la inestabilidad de los reinos en la tierra.<sup>17</sup>

Si bien el jesuita ya participaba de los elementos críticos de la historiografía ilustrada, algunos de sus pilares conceptuales seguían siendo los del providencialismo. Otro gran momento en la interpretación de la Conquista lo constituye el siglo XIX, centuria que está marcada por la independencia de México, la formación de un estado nacional y la llegada de nuevas maneras de hacer historia, como el cientificismo y el positivismo. En este contexto era inevitable que los historiadores miraran al pasado buscando los “orígenes” de la nueva nación. Algunos vieron en el movimiento de independencia el nacimiento de México, al tiempo que condenaron a la Nueva España como una etapa de oscurantismo y opresión; otros, en cambio, encontraron en la Conquista el hito fundador de la mexicanidad.

Como ejemplo de la primera postura puede verse la severísima opinión de Lorenzo de Zavala, quien pensaba que: “La conquista de los españoles en América redujo a los indios a tal estado de esclavitud que cada hombre blanco se consideraba con el derecho de servirse de los indígenas, sin que éstos tuviesen ni valor para oponerse ni aun la capacidad de explicar algún derecho”.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, 8.ª edición, prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1987, p. 417-418.

<sup>18</sup> Lorenzo de Zavala, “La dominación española”, en José María Muriá, *Conquista y colonización de México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1982, p. 172.

Inevitable situación dentro de un sistema político y social que basaba su dominio principalmente en el terror, la ignorancia y el fanatismo religioso.<sup>19</sup> Un ejemplo notable de la segunda postura lo encontramos en la obra de Lucas Alamán, quien pensaba que con la Conquista se implantaron en el territorio los valores europeos y católicos que, andando el tiempo, forjarían a la nación mexicana.

La conquista, obra de las opiniones que dominaban en el siglo en que se ejecutó, ha venido á crear una nueva nación en la cual no queda rastro alguno de lo que antes existió: religión, lengua, costumbres, leyes, habitantes, todo es resultado de la conquista y en ella no deben examinarse los males pasajeros que causó, sino los efectos permanentes, los bienes que ha producido y que permanecerán mientras exista esta nación.<sup>20</sup>

Resulta interesante, y revelador, que Alamán no haga ninguna alusión, en sus juicios sobre la Conquista, a la situación de los grupos indígenas, ni mencione alguna aportación del pasado prehispánico en la formación de México; para él los valores constitutivos de la nación mexicana son exclusivamente aquellos de raigambre europea y católica.

Casi 40 años después Manuel Orozco y Berra volvía a preguntarse acerca de las consecuencias y el significado de la Conquista. En este autor ya se nota una cierta influencia de las ideas de progreso, pues señala que al entrar en contacto la cultura europea con la indígena la primera tenía que terminar por imponerse debido a su más alto desarrollo, “De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial”.<sup>21</sup>

Orozco y Berra reconocía la parte negativa de la Conquista con su violencia, sus muertes, la opresión de los indígenas, pero trató

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 176-177.

<sup>20</sup> Lucas Alamán, “Segunda disertación”, en *Disertaciones sobre la república mexicana. Antología*, estudio introductorio y selección de Leopoldo Solís y Guillermina del Valle, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, p. 102-103.

<sup>21</sup> Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, 2.<sup>a</sup> edición, 4 v., edición y estudio previo de Ángel M. Garibay, biografía y bibliografías por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1978, v. IV, p. 83.

de ubicar el problema en perspectiva histórica y preguntarse si “¿El inmenso cúmulo de desdichas sufridas por los pueblos de América trajeron algún provecho para la civilización?” Y considerando como civilización sólo los elementos culturales europeos declaraba: “Nos apresuramos a responder afirmativamente”.<sup>22</sup>

Por otra parte, luego de reconocer algunos valores morales en las creencias religiosas indígenas, señalaba lo que para él era inaceptable, los sacrificios humanos, a los cuales consideraba verdaderos horrores, por lo que se vio impulsado a aprobar la introducción del cristianismo, pues:

Cualesquiera de las religiones en que se suprime tal barbarie, es más humana y aceptable que ésta. Borrarla de la faz de la tierra fue un inmenso beneficio; sustituirla por el cristianismo, fue avanzar una inmensa distancia en el camino de la civilización. Esta conclusión es para nosotros axiomática, evidente, clara como la luz meridiana.<sup>23</sup>

Después, Orozco y Berra pasaba a señalar algunas de las mejoras materiales que a su juicio trajo consigo la Conquista, como la escritura alfabética, el uso del hierro, las ciencias europeas, la introducción de los animales de tiro, así como los nuevos productos alimenticios tanto vegetales como animales. Elementos todos que permitían afirmar que la “conquista trajo bienes para el adelanto progresivo de la humanidad”.<sup>24</sup> Por lo que podemos decir que para este autor, al igual que para Alamán, la constitución de la nación mexicana excluía todo aporte indígena.

Ya en el siglo XX Carlos Pereyra continuó la línea de pensamiento trazada por pensadores como Alamán y Orozco y Berra. Este autor básicamente señaló los mismos aportes españoles que ya habían sido mencionados en el siglo XIX e incluso desde el XVII:

Cortés llevó a México lo que enviaba Europa, que eran los animales de tiro y de carga, de labranza y de alimentación, cuya falta estrecha-

<sup>22</sup> *Ibidem*, v. IV, p. 579.

<sup>23</sup> *Idem*.

<sup>24</sup> Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista...*, v. IV, p. 582.

ba la base de la vida económica, imposibilitando la formación de grupos humanos extensos. El cereal panificable y el arado dilataron los territorios de la nueva sociedad, que llegó hasta donde antes nunca hubiera soñado hacerlo ningún conquistador indígena. Esto por sí solo era un factor de paz que ponía fin a las eternas contiendas de tribus. Cortés entregó también a México el presente valioso de la rueda y el de la bóveda. Todas las artes volaron en donde antes se arrastraban. La arquitectura dominó el espacio. La escultura dio a conocer formas bellísimas que desalojaron el ídolo deforme. La pintura exaltó los espíritus hasta la contemplación de una belleza no soñada. El alfabeto dejó sin empleo las torpes representaciones del jeroglífico. Sobre un país en que se hablaban incontables idiomas y dialectos, imperó una de las lenguas universales. Y finalmente, arrasado el teocalli, se oyó la palabra de unción que pronunciaba el santo de la Pobreza, Fr. Toribio de Benavente.<sup>25</sup>

De nueva cuenta se ve enunciada la completa superioridad de la cultura europea respecto de la indígena, lo cual es, sin duda, expresión de los prejuicios eurocentristas de este importante autor.

En contraste con esta visión se encuentra la postura de Salvador Toscano, para quien, al contrario de lo que otros habían postulado, la sociedad mexicana, al momento de la Conquista, no se encontraba en situación de decadencia o inferioridad respecto de Europa sino que —haciendo suyos los conceptos de Spengler— había sido asesinada por los castellanos: “La civilización azteca no concluyó a consecuencia de su edad senil, sino asesinada trágicamente”.<sup>26</sup> Para Toscano la tragedia y el heroísmo fueron los aspectos comunes en la Conquista de los diferentes pueblos indígenas “y este dramático final lo sintieron y lo vivieron desde el valle de México hasta las tierras altas y bajas de los mayas”.<sup>27</sup>

Pero lo que constituyó la destrucción de la civilización indígena, en tanto que un conjunto cultural estructurado, no fue la violencia

<sup>25</sup> Carlos Pereyra, *Hernán Cortés*, 2.<sup>a</sup> edición, prólogo de Martín Quirarte, México, Porrúa, 1976, p. 186.

<sup>26</sup> Salvador Toscano, *Cuauhtémoc*, prólogo de Rafael Heliodoro Valle, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 16.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 19-20.

militar de los conquistadores, sino la desaparición del grupo dominante durante la época colonial.

La imagen que nos produce la Nueva España en el siglo XVI con relación a los indígenas es la de un gigante cuyo cuerpo colosal se mueve acéfalo, ciegamente, decapitado en el más cruel de los destinos. En efecto, la muerte de aquella cultura se inició con el cercenamiento de la cabeza, y al producirse ese dramático vacío sólo sobrevivió parte del pueblo; pero con los sacerdotes murieron la poesía, las ciencias astronómicas, la belleza de la plástica y las ciencias del pasado.<sup>28</sup>

A pesar de la pérdida del grupo dominante, creador y depositario del conocimiento y las artes del mundo indígena prehispánico, este pasado permeó de mil maneras a la nueva sociedad, la cual se formó del ayuntamiento de las culturas española e indígena, “aquella cultura [...] tenía derecho a vivir y sobrevivió con una fuerza incontrastable: injertando su sangre, marcando el lenguaje, penetrando en el arte, modelando el carácter, transformando el gusto alimenticio”.<sup>29</sup>

Por su parte, Eulalia Guzmán trató de reivindicar plenamente a las culturas indígenas, aunque en su intento las idealizó al tiempo que calificó de tiránicas e injustas la conquista española y a la Nueva España. En su obra llegó a enumerar nada menos que 22 perjuicios causados por la Conquista y que se habían perpetuado en el país desde entonces.

Entre esos 22 males que señala la profesora Guzmán pueden mencionarse la destrucción de una cultura, el caudillismo y el militarismo, el caciquismo, la corrupción de la justicia y la violación de las leyes, el comportamiento despótico y arbitrario de los gobernantes, el latifundismo, la ignorancia, la propagación del alcoholismo y otros vicios como el robo, el juego y “el desenfreno sexual”, la

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 20.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 23.

explotación de los grupos indígenas por extranjeros, criollos y mestizos, la miseria de ciertos grupos y el malinchismo.<sup>30</sup>

Un año después de la publicación de los trabajos de Guzmán apareció una antología preparada por Miguel León-Portilla llamada *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. El subtítulo del libro aclaraba que se trataba de la presentación de textos nahuas traducidos por Ángel María Garibay.

Debido al carácter eminentemente divulgativo de la obra, en ella no hay un análisis histórico propiamente dicho de la “visión de los vencidos” que anuncia el título, sino que más bien el libro pretendía llamar la atención sobre la posibilidad de realizar estudios sobre la perspectiva náhuatl de la Conquista: “El estudio de las relaciones indígenas de la Conquista abre las puertas a posibles investigaciones de profundo interés histórico”.<sup>31</sup> En ese sentido se plantearon algunas interrogantes tales como: “¿Qué pensaron los indios al ver llegar a sus costas y pueblos a los descubridores y conquistadores? ¿Cuáles fueron sus primeras actitudes? ¿Qué sentido dieron a su lucha? ¿Cómo concibieron su propia derrota?”<sup>32</sup> El objetivo de enunciar estos problemas era lanzar un reto y una invitación al análisis más que emprender un primer intento de respuesta.

### EL SENTIDO DE LA CONQUISTA EN LAS OBRAS DE TRADICIÓN NÁHUATL

Toca en este apartado revisar las diferentes crónicas y tradiciones indígenas nahuas para encontrar en ellas los elementos que permitan esbozar cuáles fueron las ideas y los conceptos que se forjaron sus autores respecto de la importancia, sentido y significación de

<sup>30</sup> Eulalia Guzmán, “Prólogo”, en *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*, edición de Eulalia Guzmán, México, Libros Anáhuac, 1958, p. CXXIV-CXXV.

<sup>31</sup> Miguel León-Portilla, “Introducción general”, en *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, edición facsimilar, introducciones, selección y notas de Miguel León-Portilla, traducción de Ángel M. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, p. XXV.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. VI-VII.

la conquista española para los distintos pueblos y grupos de los que formaban parte.

### *La tradición tlatelolca*

En primer término, corresponde revisar la tradición de Tlatelolco según dos obras de suma importancia: los *Anales de Tlatelolco* y el “Libro XII” de la *Historia general* de Sahagún.

La primera obra que se abordará es el quinto documento que constituye los *Anales de Tlatelolco*. Como se recordará este documento aparece fechado en 1528; de aceptar esta fecha, y no hay motivos para no hacerlo, éste se ubica como el documento más temprano, no sólo sobre la Conquista, sino de todos los escritos en lengua náhuatl.

De este dato es posible inferir algunos aspectos de la mayor importancia para la comprensión de la obra. Primero, por su fecha no es posible pensar que los frailes intervinieran de manera significativa en el contenido de la misma, puesto que aún no dominaban el náhuatl; segundo, su temprana elaboración implica necesariamente la participación de testigos oculares de los hechos que se narran y, tercero, es el texto menos trabajado de cuantos tenemos, pues a sólo siete años de la toma de Tenochtitlan y a cuatro del arribo de los primeros “doce” franciscanos es obvio que no se tuvo el tiempo suficiente para elaborar y estructurar una cabal interpretación de la Conquista.

La corroboración de estas inferencias se encuentra en el tratamiento que se hace de tres temas que son centrales en el resto de la historiografía de tradición indígena, mismos que han sido objeto de los capítulos anteriores. Por principio de cuentas los presagios están ausentes del texto; en segundo término, si bien se llega a decir que Cortés y los suyos eran dioses, las menciones que se hacen de ello son unas cuantas y no tienen ninguna implicación ni trascendencia de orden político, militar o religioso; finalmente, la aparición de Motecuhzoma es mínima, breve y con una elaboración prácticamente nula de su imagen.

Tenemos así que tres de los temas que son nodales en el estudio de la Conquista son mencionados de pasada o simplemente no aparecen en esta obra. En mi opinión esto pone de manifiesto el poco tiempo para la estructuración y elaboración de un discurso explicativo de la Conquista desde el punto de vista de Tlatelolco.

El carácter e importancia de esta obra en la parte que habla de la Conquista es sobre todo testimonial. Así lo revelan las expresiones en el texto de “nosotros lo vimos”, como puede constatarse en la descripción y comentarios que se hacen de la matanza del Templo Mayor y la posterior reacción mexicana:

*Nos dieron empellones, nos maltrataron por tres horas. [...] / Cuando llegó acá el capitán [Cortés] ya nos había matado El Sol [Alvarado]. Hacía veinte días que el capitán había partido para la costa cuando nos mató a traición El Sol. [...] / En consecuencia luego salieron de noche. En la fiesta de Tecuilhuitl salieron; fue cuando murieron en el canal de los toltecas. Allí furiosamente los atacamos.*<sup>33</sup>

Estos ejemplos bastan para dar una idea del valor testimonial del texto. Y también para poner de relieve su carácter de memoria colectiva, ya que se usa la primera persona del plural, “nosotros”, y no la primera persona del singular, “yo”. En la obra encontramos un juego de contrarios entre los valores de los valientes y leales guerreros que son los tlatelolcas, frente a los hombres cobardes que son los tenochcas. En los primeros se encuentran todas las virtudes del guerrero; entre ellas la valentía de quienes deciden enfrentar a los castellanos hasta el final. Mientras que los segundos se acobardan y ocultan para no hacer frente a los extraños.

El juego de virtudes y defectos comienza cuando los castellanos dan inicio al sitio de Tenochtitlan y ocupan Tetzcoaco, y los tenochcas empiezan a hacerse daño entre ellos mismos dando muerte a

<sup>33</sup> “[Anales de Tlatelolco] Relatos de la conquista por un autor anónimo de Tlatelolco”, traducción de Ángel M. Garibay, en Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, 5.ª edición, proemio, introducción, numeración, notas y apéndices de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1982, las cursivas son mías, p. 814.

unos señores: “los tenochcas se pusieron a pleitear unos con otros y se mataron unos a otros”.<sup>34</sup>

Es en el grupo dirigente tenochca donde se dan los casos de cobardía y los primeros intentos de capitulación frente a los españoles. Los guerreros tenochcas se deshonraron a sí mismos y a su pueblo al quitarse las insignias y distinciones de diversos rangos con el fin de ocultarse y de no ser reconocidos por el enemigo: “los capitanes tenochcas allí [en Tlatelolco] se cortaron el cabello, y los de menor grado, también allí se lo cortaron, y los chuachiques y los otomíes, de grado militar, que suelen tener puesto su casco de plumas; ya no se vieron en esta forma durante todo el tiempo que estuvimos combatiendo”.<sup>35</sup>

La idea de la cobardía de los señores y los guerreros de Tenochtitlan se refuerza con el contraste que se hace con la valentía de sus similares tlatelolcas: “Y todo el tiempo que estuvimos combatiendo, en ninguna parte se dejó ver el tenochca; en todos los caminos de aquí [...] en todas estas partes fue obra exclusiva nuestra, se hizo por los tlatelolcas. De igual modo, [la defensa de] los canales fue obra nuestra exclusiva”.<sup>36</sup>

Y por si quedara alguna duda respecto de quién es quién en la salvaguarda de las dos ciudades lacustres, en el texto se narra la confrontación entre gente del pueblo tlatelolca y los señores tenochcas: “los de Tlatelolco rodearon a los principales de aquellos y sus mujeres todas los llenaron de oprobio y los apenaron diciéndoles: —¿No más estáis allí parados [...]? ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara para vosotros [...]! / Y las mujeres de ellos andaban llorando y pidiendo favor en Tlatelolco”.<sup>37</sup>

Éste es el primer elemento importante en los *Anales de Tlatelolco* respecto de la Conquista: la comparación entre el valor guerrero tlatelolca y la cobardía deshonrosa de los tenochcas. En este sentido

<sup>34</sup> “[Anales de Tlatelolco] Relatos de la conquista...”, ed. Garibay, p. 815, y agrega: “Ésta es la razón porque fueron matados estos principales: conmovían, trataban de convencer al pueblo para que se juntara maíz blanco, gallinas, huevos, para que dieran tributo a aquéllos [los castellanos]”.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 816.

<sup>36</sup> *Idem*.

<sup>37</sup> *Idem*.

son particularmente significativos los pasajes en los cuales los tlatelolcas son instados por los españoles y sus aliados indígenas a abandonar a su suerte a los tenochcas, pero ellos se niegan en un trágico y supremo acto de lealtad. Así lo expresan los *Anales* en tres ocasiones, de las cuales se citan pasajes del segundo intento, en el cual la Malinche da a conocer a los señores de Tlatelolco un mensaje de Hernán Cortés para que dejen de luchar al lado de Tenochtitlan:

Venid acá: Dice el capitán: ¿Qué piensan los mexicanos? ¿Es un chiquillo Cuauhtémoc? ¿Qué no tiene compasión de los niñitos, de las mujeres? ¿Es así como han de perecer los viejos? / [...] —¿Acaso de las gentes se está burlando el tenochca? También su corazón sufre por el pueblo en que nació. Que dejen solo al tenochca; que solo y por sí mismo [...] vaya pereciendo

Y más aún, Cortés manda preguntar a los tlatelolcas a través de la Malinche por qué razón deberían los tlatelolcas apoyar a quienes los han oprimido: “¿Se va a angustiar acaso el corazón del tlatelolca, porque de esta manera han perecido los mexicanos, de quienes él se burlaba?”<sup>38</sup>

Los señores de Tlatelolco se reúnen con los tenochcas para discutir la propuesta y tomar una determinación al respecto. “Y de esta misma manera se fue a decir delante de los tenochcas. Allá con ellos se hizo junta. Desde las barcas no más se gritó. No era posible dejar solo al tenochca”. Decisión que traerá consigo terribles consecuencias y que es expresada con el mayor laconismo: “Así las cosas, finalmente, contra nosotros se disponen a atacar. Es la batalla”.<sup>39</sup>

Otro gran aspecto de la narración tlatelolca es el recuerdo fresco, directo, aún vivo de la catástrofe, de la toma de las ciudades de Tlatelolco y Tenochtitlan: “Y todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos: con esta lamentosa y triste suerte, nos vimos angustiados”.<sup>40</sup> El dolor de la Conquista estaba aún a flor

<sup>38</sup> “[Anales de Tlatelolco] Relatos de la conquista...”, ed. Garibay, p. 817.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 818.

<sup>40</sup> *Idem*.

de piel, como lo refleja con toda claridad el siguiente canto intercalado en los *Anales*:

En los caminos yacen dardos rotos, / los cabellos están esparcidos. / Destechadas están las casas, / enrojecidos tienen sus muros. / Gusanos pululan por calles y plazas, / y en las paredes están salpicados los sesos. / Rojas están las aguas, están como teñidas, / y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua de salitre. / Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe, / y era nuestra herencia una red de agujeros. / Con los escudos fue su resguardo, / pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.<sup>41</sup>

Los *Anales de Tlatelolco* refieren de manera épica y trágica la degradación que padecieron los habitantes de la que fuera, en su momento, la ciudad más poderosa de Mesoamérica: “Se nos puso precio. Precio del joven, del sacerdote, del niño y de la doncella. Basta: de un pobre era el precio sólo dos puñados de maíz, sólo diez tortas de mosco; sólo era nuestro precio veinte tortas de grana salitrosa”.<sup>42</sup>

Es particularmente importante señalar el estado de los valientes guerreros tlatelolcas al término de la contienda: “El que era gran capitán. El que era gran varón solamente por allá va saliendo y no lleva sino andrajos”.<sup>43</sup> Para una sociedad cuyo máximo timbre de gloria era la guerra y para la cual la mejor —y casi única— forma de ascenso social era el distinguirse en el campo de batalla, ver a los hombres que habían sido señalados con grandes honores vueltos en un estado miserable debe haber sido impactante. La derrota fue el fin de una forma de concebir la vida social y la muerte del orgullo de un pueblo; pues “fue cuando quedó vencido el tlatelolca, el gran tigre, el gran águila, el gran guerrero”.<sup>44</sup> La derrota implicó la pérdida del poder indígena y su concentración en las urbes de los lagos. “Éste fue el modo como feneció el Mexicano, el Tlatelolca. Dejó abandonada su ciudad”.<sup>45</sup> La

<sup>41</sup> “[Anales de Tlatelolco] Relatos de la conquista...”, ed. Garibay, p. 818-819.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 819.

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 820.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 818.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 820.

guerra había sido el medio por el cual el Estado mexica se había expandido y llegado a la grandeza, ahora, la condición misma de ser un pueblo guerrero ha llegado a su fin.

Los nuevos amos son los españoles, los gobernantes indígenas de Tlatelolco y Tenochtitlan son sus sujetos; por eso, para evitar la venganza de otros pueblos los mexicas se ven obligados a acudir ante Cortés y suplicar su protección:

—Capitán, señor nuestro, amo nuestro: Te mandan suplicar los señores tus vasallos los grandes de Tlatelolco. Dicen: / —Oiga por favor el señor nuestro amo: Están afligidos sus vasallos, pues los afligen los habitantes de los pueblos en donde están refugiados por los rincones y esquinas. Se burlan de ellos, el habitante de Acolhuacan o el Otomí, los matan a traición.<sup>46</sup>

Los otrora grandes señores de Mesoamérica sólo son ahora unos lugartenientes de los nuevos amos. En el texto náhuatl se puede apreciar la idea de la condición de Cortés ante los vencidos, ya que se le llama “Capitan totēcuiyoe tlatohuanie”,<sup>47</sup> que a la letra es “Oh! Capitán, señor nuestro, tlatoani”; de esta forma se inviste al conquistador de los máximos títulos de poder político de los antiguos nahuas; así, los mexicas quedan como dominados, como macehualles de los castellanos. Pero aún no hay precisión en las nuevas condiciones materiales de la naciente Nueva España, por el poco tiempo que ha pasado desde la toma de Tenochtitlan. Lo que es indudable es que la Conquista es el fin del poderío hegemónico de la ciudad indígena y del pueblo mexica.

En esta obra sólo encontramos un pasaje que sugiere, más que indica, cuál pudo ser la causa profunda de la Conquista para los autores de los Anales de Tlatelolco; se trata de un pasaje en el cual, durante los últimos días del sitio, los principales de Tenochtitlan y

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 821.

<sup>47</sup> *Unos annales históricos de la nación mexicana. Manuscrito n. 22, Manuscrito n. 22 bis de la Biblioteca Nacional de París*, edición facsimilar, edición de Ernest Mengin, Copenhague, Sumptibus Einar Munks-gaard, 1945, p. 98, la paleografía es nuestra.

Tlatelolco consultan a los sacerdotes acerca de una oferta española para rendirse. Los sacerdotes dijeron:

Príncipe mío: Oíd lo que de verdad diremos: / Solamente cuatro días y habremos cumplido Ochenta. Y acaso es disposición de Huitzilopochtli de que ya nada suceda. ¿Acaso a excusas de él tenéis que ver por vosotros? Dejemos que pasen estos cuatro días para que se cumplan ochenta. / Y hecho esto, no se hizo caso [de las palabras del sacerdote]. Y también [de] nueva cuenta empezó la batalla.<sup>48</sup>

Si bien la expresión es vaga, es posible que los tlatelolcas consideraran que su derrota estaba determinada por el dios Huitzilopochtli, y que lo único que deberían hacer era esperar a que se completaran cuatro veintenas, lo cual tendría alguna significación que aún no es posible entender, aunque quizá fuera la de señalar el término de algún tipo de ciclo temporal o ritual. Lo más significativo es que en el texto no encontramos ninguna alusión de carácter occidental o cristiano al sentido de la Conquista. Entonces, tenemos que en el primer relato de la conquista de México el sentido del proceso se enmarca por completo en conceptos nahuas.

<sup>48</sup> “[Anales de Tlatelolco] Relatos de la conquista...”, ed. Garibay, p. 820. Versión de Georges Baudot, “Anales de Tlatelolco”, en *Relatos aztecas de la conquista*, edición de Georges Baudot y Tzvetan Todorov, traducción de Guillermina Cuevas, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 202: “Entonces, el sacerdote, el que conoce los libros, dijo: ‘¡Oh mis amados señores! ¡Escuchen pues lo que diremos con toda verdad! En sólo cuatro días habremos pasado las cuatro veintenas de días. Y como lo dice el precepto de Huitzilopochtli, ya no sucederá nada. ¿Qué, verán todo eso a escondidas? Dejemos aún pasar sólo los cuatro días para contar las cuatro veintenas de días.’ Y entonces, como eso no fue entendido bien, entonces, por eso, la guerra empezó de nuevo”. La versión de Ernst Mengin y Heinrich Berlin en *Anales de Tlatelolco. Unos Annales históricos de la nación mexicana y Códice de Tlatelolco*, prefacio, traducción y notas de Heinrich Berlin, interpretación del códice por Robert H. Barlow, México, Rafael Porrúa, 1980, p. 73, dice: “Después dice el Tlacochohcácatl Coyoueuetzin: ‘Que nos aconseje nuestro vecino (el patrón del Uitznáuac).’ Le dicen: ‘Venid: ¿Cómo veis, como miráis vuestro depósito [el mensaje]?’ el sacerdote, el sabio en libros, declara: “Nobles señores, que escuchéis lo que presagiamos: ‘Faltan solamente 4 días, entonces tendremos pasados 80 días’. Y así dice la resolución [el oráculo] del Huitzilopochtli, que [entonces] no sucederá nada. Quizás lo veréis secretamente. Dejemos pasar todavía 4 días, porque ya dentro de 4 días terminaremos 80 días. Y si así no lo aceptan favorablemente, empezará la guerra de nuevo”.

En cuanto a la versión tlutelolca recogida por Sahagún conviene señalar que existen notables diferencias respecto de los *Anales de Tlatelolco*. Primero, es un relato que habla exclusivamente de la Conquista y no de una narración de toda la historia del pueblo tlutelolca. Segundo, se trata de un texto mucho más elaborado en el cual se encuentran muy desarrollados los temas objeto de los capítulos anteriores: los presagios, la naturaleza de los españoles y la personalidad de Motecuhzoma.

El “Libro XII” comienza con la irrupción de lo divino en la historia de los mexicas. La sucesión de funestos prodigios que anuncian y prefiguran la destrucción de Tenochtitlan y Tlatelolco, los cuales son un mensaje enviado por fuerzas sobrehumanas. Por consiguiente, la lógica de la Conquista se enmarca dentro de un esquema de determinación divina de los acontecimientos humanos.

Pero ¿cuál divinidad?, ¿un dios mesoamericano o el dios cristiano? Tal parece que se trata del poder de una deidad indígena, ya que, como se ha visto atrás, el significado de los presagios aquí analizados se encuentra en la tradición religiosa náhuatl y no en la europea. Por otra parte, cuando Tezcatlipoca se manifiesta a los magos de Motecuhzoma señala el inevitable fin de su ciudad: “—¿Por qué en vano habéis venido a pararos aquí? ¡Ya México no existirá más! ¡Con esto, se acabó para siempre!”<sup>49</sup>

Estos elementos portentosos señalan la participación de una gran voluntad sobrehumana que encauza los acontecimientos hacia la pérdida del poder de Motecuhzoma, la muerte de los gobernantes indígenas y la destrucción de la ciudad de los mexicas. El mensaje de los presagios prefigura el resultado inmediato de la conquista española.

Estas ideas generales, expresadas a través de los presagios, son reforzadas mediante la elaboración de una imagen muy negativa de Motecuhzoma, según la cual —como se ha visto— el tlatoani se muestra cobarde y falto de carácter frente a los extraños; con ello

<sup>49</sup> Bernardino de Sahagún, “Libro doce. En él se dice cómo se hizo la guerra en esta ciudad de México”, traducción y notas de Ángel M. Garibay, en Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 5.<sup>a</sup> edición, proemio, introducción, numeración, notas y apéndices de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1982, cap. XIII, p. 771.

rompe con las normas propias del buen gobierno y deja de lado las cualidades de autodomínio que eran exigidas a los máximos gobernantes. La inapropiada conducta de Motecuhzoma implica una ruptura en las relaciones entre él y sus gobernados, pero sobre todo una ruptura entre la cabeza política de la sociedad y la fuerza de los dioses. Por eso Tezcatlipoca dijo a los magos “ya está determinado quitarle su reino y todo cuanto tiene, y toda su honra, por las grandes tiranías que ha cometido contra sus vasallos; no ha regido como señor sino como tirano y traidor”.<sup>50</sup> En el texto castellano de la Historia general se aclara aún más el sentido de la aparición de la divinidad cuando dice: “Por demás habéis venido. Nunca más haré cuenta de México. Para siempre os dexo. No tendré más cargo de vosotros ni os ampararé”.<sup>51</sup> Las fuerzas sagradas que han sustentado el poder de los gobernantes mexicas y su ciudad los han abandonado y sin ellas todo el edificio social se vendrá abajo.

Las constantes faltas y los graves errores que se atribuyen a Motecuhzoma son el principal recurso de que se valieron los redactores del “Libro XII” para explicar la Conquista como una ruptura entre lo divino y lo humano; al perder el favor de los dioses Motecuhzoma pierde su papel de intermediario frente a su comunidad. El castigo a los pecados del tlatoani caerá sobre toda la sociedad. De ahí la importancia narrativa y explicativa de describir el estado de su conciencia trastocada por el miedo, con la consecuente incapacidad para gobernar.

La importancia de la figura de Motecuhzoma se hace evidente si se constata que es el único individuo cuya personalidad se dibuja en el relato. Todos los demás personajes sólo son descritos en los aspectos externos, mientras que el tlatoani lo es en su interior. Por ello el núcleo de la trama histórica del “Libro XII” lo constituye la

<sup>50</sup> Bernardino de Sahagún, “Relación de la conquista de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes”, en *Conquest of New Spain, 1585*, revisión, edición, introducción y notas de S. L. Cline, traducción de Howard F. Cline, Salt Lake City, Universidad de Utah, 1989, cap. 13, p. 177.

<sup>51</sup> Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v., introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza, 1989, v. II, libro XII, cap. XIII, p. 832.

figura de Motecuhzoma, pues en ella se entrecruzan todos los temas y asuntos más relevantes de la narración de la Conquista; de este modo, los presagios son percibidos por él o tienen mensajes dirigidos a su persona y a su condición de gobernante; si hay dudas y temores en relación a la naturaleza de los españoles es él quien las tiene y las expresa.

En general puede decirse que la historia que cuenta el “Libro XII” es la historia de cómo un hombre y su pueblo son señalados por los dioses y de cómo ocurre el derrumbe moral y político de ese hombre, lo que trae como consecuencia la ruina total de los mexicas.

En el “Libro XII” se señalan las consecuencias inmediatas de la Conquista, destacando en primer término la destrucción de la ciudad y los terribles padecimientos de los vencidos. Sobre el punto véase, por ejemplo, el siguiente texto que describe los últimos días de la resistencia mexica.

Estaban los tristes mexicanos, hombres y mujeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos, en un lugar bien estrecho, y bien apretados unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol y al frío de la noche, y cada hora esperando la muerte, no tenían agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer, bebían el agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles y otras cosas no comestibles: y de esta causa enfermaron muchos, y murieron muchos, y de los niños no quedó nadie, que las mismas madres y padres los comían (que era gran lástima de ver, y mayormente de sufrir).<sup>52</sup>

La rendición trajo consigo que los grupos indígenas enemigos trataran de cobrarse todos los antiguos agravios, lo cual “comenzó el capitán [Cortés] con sus españoles a defender a los mexicanos y tlatlulcanos para que no fuesen robados ni cautivados de sus enemigos”.<sup>53</sup>

La gente huyó de la destruida urbe y fue objeto de la codicia por los artículos suntuarios que aún pudieran poseer, “y como salieron a tierra algunos soldados, comenzaron á robarlos, y á cautivarlos,

<sup>52</sup> Sahagún, “Relación de la conquista...”, cap. 39, p. 230.

<sup>53</sup> *Ibidem*, cap. 40, p. 233-234.

solamente buscaban el oro que llevaban, y para esto, les buscaban las vestiduras á los hombres, y á las mujeres y aún hasta hacerles abrir las bocas para ver si llevaban oro en ellas, y escogían mozos y mozas, los que mejor les parecían, y los tomaban por esclavos”.<sup>54</sup>

Tanto en el texto náhuatl del Códice florentino como en la versión castellana de la Historia general, se dice que Cuauhtémoc se entregó a los españoles sin entrar en ningún detalle ni hacer aclaración alguna, pero la Relación de la conquista aclara que los gobernantes y funcionarios mexicas sobrevivientes negociaron con los españoles su rendición con el propósito de evitar ser apresados por los tlaxcaltecas y buscando con ello salvar algo de su posición social y económica. “Desde ellos entre sí hubieron platicado el modo de rendirse con menos daño de sus personas y haciendas, determinaron de ponerse en las manos del capitán Don Hernando Cortés: con que no les dexase en las manos de los tlaxcaltecas y los demás indios, ni permitiese que fuesen saqueados ni cautivados de ellos”.<sup>55</sup>

Esto último es altamente significativo pues representa con claridad la pérdida del poder de la Triple Alianza, ya que los grandes gobernantes son ahora prisioneros de Cortés y sus hombres, al tiempo que esperaban mayor benevolencia de los españoles que de los otros grupos nahuas. Esto revela, en el marco de la derrota, una profunda división entre los grupos indígenas del centro de México. Por una parte, están los grupos que conformaban a la Triple Alianza y por otra están los grupos que estaban sujetos y opuestos a ella, los cuales fueron los aliados de Cortés.

En primera instancia, la derrota es la destrucción del poder hegemónico de la Triple Alianza y en especial del dominio de los mexicas, tanto tenochcas como tlatelolcas. Esto puede constatarse porque entre los primeros actos de gobierno que se atribuyen a Cortés está el de designar a los nuevos señores indígenas, y de manera particular el de Tlatelolco: “Y la primera y principal cosa fue hacer

<sup>54</sup> *Ibidem*, cap. 40, p. 235 y agrega “los tlaxcaltecas con los demás indios que los ayudaban dieron rebate en el fuerte de los mexicanos, y hubo muertos y robos, y mucha confusión entre los unos y los otros”.

<sup>55</sup> *Ibidem*, cap. 40, p. 232.

señor del Tlaltuilco, con sucesión de hijos y nietos, a un principal que se llamaba Aveliztoctzi [sic].<sup>56</sup>

El segundo asunto fue informarse acerca de cuál era la forma de recoger el tributo de la Triple Alianza para seguir haciéndolo de la misma manera. Se trata de poner al servicio de los castellanos las viejas instituciones nahuas de control político y económico.

La nueva condición política de los señores de la Triple Alianza se resume en las palabras con que se dirigen a Cortés: “*in tlacatl in totecuyo in Capitan*”,<sup>57</sup> “la persona, nuestro señor el capitán”. Los grandes gobernantes indígenas han pasado a ser sujetos de los españoles. Ésta es la consecuencia más importante de la Conquista y quizás indique su sentido más profundo: el cómo un pueblo hegemónico y su grupo dominante son señalados por los dioses y por los errores de su gobernante para perder en una cruenta guerra todos sus privilegios.

### *La tradición tenochca*

Al tratar de las obras que recogen la tradición histórica de Tenochtitlan abordaremos de manera separada a Tezozómoc y a Durán, además de estudiar algunos textos del Códice Aubin. Para comprender la manera cómo Alvarado Tezozómoc narra y explica la conquista de México es necesario contemplar el conjunto de su obra, pues en ella es posible encontrar elementos que dan luz con respecto a los relatos posteriores.

En principio, la *Crónica Mexicana* es una obra que trata de la historia de los mexicas de Tenochtitlan, en particular de “la gloria y la fama” que el grupo dominante obtuvo mediante la realización de brillantes hechos militares y de grandes conquistas. De esta manera, después de los capítulos introductorios que narran la migración de los mexicas y los primeros años del asentamiento en el

<sup>56</sup> *Ibidem*, cap. 42, p. 237.

<sup>57</sup> Bernardino de Sahagún, *Book 12. The Conquest of Mexico*, paleografía, traducción y notas de Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson, Santa Fe, Universidad de Utah, 1955, p. 122. La traducción es mía.

islote, se pasa a hablar de la guerra con los tepanecas, cuando “comienza el memorial de los valerosos soldados, conquistadores de Atzacaputzalco”.<sup>58</sup> Se está refiriendo al comienzo del estado mexica como poder expansionista y hegemónico, que es concebido como obra del poderoso brazo de los jefes guerreros mexicas.<sup>59</sup>

De esta forma podemos percibir que la esencia misma de los mexicas es la de ser un pueblo guerrero y conquistador, el cual, por la fuerza de las armas, será merecedor de grandes riquezas, así como de la fama y el poder, todo esto con la ayuda de su dios, el Tetzáhuitl Huitzilopochtli, como la propia deidad había prometido a su pueblo

de cuatro partes cuadrantes del mundo habéis de conquistar, ganar y avasallar para vosotros, tened cuerpo, pecho, cabeza, brazos y fortaleza, pues os ha de costar así mismo sudor, trabajo y pura sangre, para que vosotros alcancéis y gocéis las finas esmeraldas, piedras de gran valor, oro, plata, fina plumería, preciados colores de pluma, fino cacao de lejos venido, lanas de diversos tintes, diversas flores olorosas, diferentes maneras de frutas muy suaves y sabrosas, y otras muchas cosas de mucho placer y contento.<sup>60</sup>

Por otra parte, se presenta esta vocación como un destino hegemónico ineludible, que incluso los enemigos notables reconocen; así, se ponen en boca de Tezozómoc de Azcapotzalco las siguientes palabras: “¿qué os parece vosotros de estos mexicanos? ¿Cuán arduos belicosos y muy sospechosos? Verdaderamente tened por cierto, que en algún tiempo éstos han de prevalecer y ser señores de nosotros de todas estas comarcas y serranías de toda calidad de gentes que somos, si no miradlos por las obras”.<sup>61</sup>

<sup>58</sup> Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, edición facsimilar, 3.ª edición, edición de Manuel Orozco y Berra, México, Porrúa, 1980, cap. IX, p. 249.

<sup>59</sup> Véase José Rubén Romero Galván, “Hernando Alvarado Tezozómoc”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003 (*Historiografía Mexicana*, I), p. 313-330. Sobre el concepto de historia en este autor sigo de cerca los argumentos de Romero.

<sup>60</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. II, p. 228-229.

<sup>61</sup> *Ibidem*, cap. III, p. 232.

Según Alvarado Tezozómoc así es como los mexicas logran escalar el poder entre los diferentes pueblos, a través del ejercicio de la guerra y en ocasiones con el uso de la magia, pero siempre cumpliendo el destino hegemónico que les anunciara Huitzilopochtli.

Sin embargo, tal parece que los mexicas tenían ciertas dudas respecto de la solidez de su dominio; por ejemplo, a Motecuhzoma Ilhuicamina se atribuyen las siguientes palabras: “sabiendo [que] somos venedizos, y naturales de estas partes, y de esta laguna de México, y estamos por ahora aguardando cuando vendrán contra nosotros”.<sup>62</sup> De igual significado son las palabras que se ponen en boca de Ahuítzotl: “y nosotros con el tiempo hemos de venir á sujeción, que así está pronosticado por el mismo Huitzilopochtli, el cuándo y el cómo, él solo lo sabe, y no otro”.<sup>63</sup>

Así como el ascenso al poder de los mexicas estuvo anunciado, así también su derrota; pero hay que aclarar que éstas son las únicas menciones que encontramos en la obra sobre tal acontecimiento. En la parte que habla de la Conquista es evidente que la figura de Motecuhzoma Xocoyotzin es el eje en torno al cual se articulan tanto la narración de los acontecimientos como la explicación de los mismos. Esto se refleja claramente en dos puntos: primero, a través de los presagios se pone de manifiesto la participación de lo sagrado que señala el fin del poder mexica y, segundo, las constantes menciones a las faltas del tlatoani, que inducen a pensar en su pérdida de autoridad.

Como hemos visto en el capítulo anterior, a lo largo del texto se resalta la idea de las faltas morales de Motecuhzoma, pues se comporta como un borracho, mata a mucha gente, y es un soberbio. Su mala actuación como gobernante es una de las causas de la destrucción que se acerca. Es por ello que entre los presagios se señala la aparición de una entidad que se comunica a uno de los jóvenes que encarnaban a los dioses de los templos, para que evite la huida de Motecuhzoma al Cinalco diciéndole

<sup>62</sup> *Ibidem*, cap. XXXVII, p. 356.

<sup>63</sup> *Ibidem*, cap. LXXIX, p. 556.

mira cual está Moctezuma, ¿cuál es su pretensión? Maldita la vergüenza que tiene, ¿qué han de decir de él todos los pueblos que están a la redonda de este imperio? [...] es muy grande afrenta y vergüenza, pues ha de ver y suceder y venir sobre él lo que vendrá que presto será, que está prometido y se ha de cumplir, que no puede ser menos ni ser revocado; y que allí á donde quiere ir, no es posible que él vaya, que á eso me envía acá el Señor de los aires, tierra, mar, ríos, montes, para darles este aviso, que á esto vine.<sup>64</sup>

Para huir de lo determinado por la suprema voluntad, Motecuhzoma trató de fugarse del ámbito de los hombres y refugiarse en el Cincalco, pero al intentarlo incurrió en otra grave falta al tratar de eludir sus obligaciones como gobernante; no podía abandonar ni a su pueblo ni su ciudad; al no escuchar los anuncios, al negarse a aceptar los designios de la divinidad incurre en otra falta, en este caso de soberbia.

A pesar de todos los avisos, Motecuhzoma continúa en su soberbia, y mantiene una actitud contradictoria, pues por una parte desea saber qué es lo que va a pasar, y manda que se le comuniquen todos los sueños, y por otra, cuando éstos no le son favorables castiga a los soñadores con la muerte. Los sacerdotes, ante esta situación, se ponen de acuerdo para no comunicarle nada de lo que han soñado y visto. Es así que Motecuhzoma en su pretensión de saber, actuando despóticamente, sólo consigue que no le digan nada y ser desobedecido. Motecuhzoma ha cortado los canales de comunicación con la gente de la ciudad, es temido, aplica severas penas, pero ya no es obedecido cumplidamente.

Aunque la Crónica mexicana, como ya se ha señalado, termina abruptamente antes de la llegada de Cortés a Tenochtitlan, no aborda toda la Conquista; es posible encontrar elementos que señalan cuál pudo ser la consecuencia más importante y trascendente de la Conquista para Fernando Alvarado Tezozómoc. El texto más revelador son unas palabras, a manera de premonición, que se ponen en boca de Motecuhzoma en un diálogo que éste mantiene con el tlilancalqui, en el cual le encomienda que cuide a sus

<sup>64</sup> *Ibidem*, cap. CV, p. 679.

hijos, pues teme la venganza de los mexicas contra él y sus descendientes:

y mirad lo que os digo, que los que rigieren y gobernaren por mandato de ellos [los españoles], que no es ni ha de ser señorío, sino que os tendrán sujetos como esclavos, y si los dioses os dieren vida os acordaréis de lo que aquí os digo, y si todavía escapare yo con la vida, ya no seré rey sino tequitlato<sup>65</sup> y en mí se vendrán á consumir los señores, tronos, sillas y estrados que los antiguos reyes vieron y gozaron; porque en mí, que soy Moctezuma, se acabará todo.<sup>66</sup>

En este texto podemos percibir con toda claridad la situación de la nobleza indígena en la Nueva España: es el fin de los linajes gobernantes y su poder, pues, aunque tuvieran cargos administrativos y políticos menores, tales como gobernador o juez, estaban supeditados a la autoridad de los castellanos.<sup>67</sup>

Esto es más evidente si lo comparamos con la vida del propio Tezozómoc, ya que él era descendiente en línea directa del linaje de los grandes gobernantes; por el lado materno era nieto de Motecuhzoma y por el lado paterno nieto de Axayácatl; en contraste con esta ascendencia gloriosa él tan sólo era un simple intérprete de la Real Audiencia. Así puede imaginarse al propio Alvarado Tezozómoc viéndose reflejado en las palabras que la tradición ponía en boca de su abuelo Motecuhzoma, último *tlatoni* digno de ese nombre, respecto de la situación de sus descendientes “que los que rigieren y gobernaren por mandato de ellos, que no es ni ha de ser señorío, sino que os tendrán sujetos como esclavos”.

Al respecto, pueden encontrarse interesantes matices en la otra obra de Tezozómoc, la *Crónica Mexicáyotl*. Esta obra dedica unas cuantas líneas a los hechos de la Conquista, pero en cambio ocupa varias páginas para registrar las genealogías de los gobernantes prehispánicos y sus descendientes coloniales, especialmente el linaje

<sup>65</sup> “El que manda el trabajo”, funcionario menor encargado de vigilar el trabajo en obras públicas.

<sup>66</sup> Tezozómoc, *Crónica mexicana*, cap. CX, p. 700.

<sup>67</sup> Véase Romero Galván, “Hernando Alvarado Tezozómoc”.

de quienes habían ostentado el cargo de tlatoani y al cual él mismo pertenecía.<sup>68</sup>

Por otra parte, vemos el constante interés en resaltar que la historia que narra es la verdadera tradición de los antiguos gobernantes tenochcas.

*Auh ynin tlahtollo Tenochtitlan pielli, yn oncan omotlatocatillico ynizquintin yn huehueytin, yn tlazohuehuetque yn Tenochca teteuhctin yn Tenochca tlatoque. Reyesme.*<sup>69</sup>

Pues este discurso es depósito de Tenochtitlan, de cuando gobernaban los grandes, los viejos preciosos, los señores tenochcas, los gobernantes tenochcas, reyes.

La tradición histórica que preservó Tezozómoc era patrimonio del grupo dominante, una verdadera memoria del poder que trata de la continuidad de los linajes gobernantes y de su conciencia histórica que les daba cohesión e identidad como grupo.

Aunque los ascendientes de Tezozómoc fueron grandes y agueridos gobernantes, no conocían al verdadero Dios, y fue justamente la Conquista la que hizo posible que abandonaran las antiguas costumbres para poder ser evangelizados: “somos los nobles a quienes entonces se nos honró y se nos hizo merecer con primacía sobre todos cuando llegó el espíritu, el verbo y la luz de nuestro verdadero señor Jesucristo, hijo verdadero de Dios. Ved bien que aquí concluye la relación de los ancianos nobles quienes primeramente fueron cristianos, fueron catequizados”.<sup>70</sup>

Con estos elementos puede proponerse que, en las obras de Tezozómoc, el sentido profundo de la Conquista está en cuatro puntos fundamentales: primero, el fin de la historia tenochca como pueblo hegemónico y conquistador; segundo, el fin del gran poder del noble linaje de los tlatoque mexica; tercero, el advenimiento de la

<sup>68</sup> Véase Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, introducción, paleografía y traducción de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, p. 160-177.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 5, la traducción es mía.

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 6.

evangelización y de la fe cristiana; finalmente, el cuarto, la continuidad de la tradición histórica como vínculo e identidad del grupo social disminuido, el cual ha sido irreversiblemente desplazado de su antigua posición de privilegio.

Por eso, respecto de esa tradición histórica escribió: “Oídla y comprendedla bien, vosotros, los hijos y nietos, los mexicanos, los tenochcas, y todos quienesquiera que de vosotros provengan, quienes nazcan, vivan y sean de vuestro linaje”.<sup>71</sup> Podríamos decir que tanto la *Crónica Mexicana* como la *Crónica Mexicáyotl* están empapadas de una verdadera nostalgia del poder perdido.

En el caso de la *Historia de las Indias de la Nueva España* es necesario constatar que, si bien Diego Durán transmite la tradición histórica tenochca sobre la Conquista, elaboró también una vigorosa interpretación cristiana de los hechos, la cual expresa con la mayor sutileza.

Para descubrir dicha interpretación debemos recurrir a otras partes de la obra en donde el dominico manifiesta su convicción de haberse topado con múltiples indicios, entre las creencias indígenas, de que la religión cristiana había sido propagada anteriormente en la Nueva España, pero que con el tiempo ésta había sido adulterada y mezclada con la idolatría a través de engaños demoniacos.

Todo esto que he dicho aquí, con lo demás demuestra haber tenido esta gente noticia de la ley de Dios y del Sagrado Evangelio y de la bienaventuranza, pues predicaban haber premio para el bien y pena para el mal. Yo pregunté a los indios de los predicadores antiguos y escribí los sermones que predicaban, con la misma retórica y frasis suyo y metáforas, y realmente eran católicos [...] Pero iba esto tan mezclado de sus idolatrías y tan sangriento y abominable que les desdoraba todo el bien que se mezclaba, pero dígolo a propósito de que hubo algún predicador en esta tierra que dejó la noticia dicha.<sup>72</sup>

<sup>71</sup> *Ibidem*, p. 9-10.

<sup>72</sup> Diego Durán, “Libros de los ritos”, en *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 v., 2.ª edición, introducción, paleografía, notas y vocabularios de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1984, v. I, cap. IX, p. 102.

Durán centró sus sospechas acerca de quién pudo ser este enigmático “predicador” en tierras americanas en uno de los más extraordinarios personajes de la antigüedad indígena, nada menos que Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl de Tula. Cabe aclarar que el dominico hacía una distinción entre Topiltzin, quien fue una persona de carne y hueso “muy venerable y religiosa, a quien ellos tuvieron en gran veneración y le honraban y veneraban como a persona santa”<sup>73</sup> y el dios Quetzalcóatl, quien era un falso ídolo de una religión demoníaca y por lo tanto no podía ser ningún predicador del evangelio.

Durán atribuye a Topiltzin una vida ejemplar dentro de las normas cristianas, pues vivió en la mayor virtud que pueda imaginarse, haciendo cotidianamente penitencia, al tiempo que era casto y puro; también enseñó a orar a los indios y edificó altares y esculpía imágenes; por todo ello era el mejor candidato para hacer recaer en su persona la sospecha de haber sido un antiguo preevangelizador: “gran fuerza me hace su vida y obras a pensar que, pues éstas eran criaturas de Dios racionales y capaces de la bienaventuranza que no los dejaría sin predicador, y si lo hubo, fue Topiltzin”. Y más adelante agrega: “Y así podemos probablemente tener que este varón fue algún apóstol de Dios”.<sup>74</sup>

Topiltzin hizo discípulos entre los indios, los cuales recibieron el nombre de toltecas, quienes: “Predicaban en los valles y hacían algunas cosas maravillosas, que debían de ser milagros, que admirada la gente, les puso este nombre de ‘tulteca’”.<sup>75</sup> De esta manera, los toltecas no son —a los ojos de Durán— un pueblo indígena habitante de un lugar llamado Tula, sino los seguidores de la doctrina evangélica propagada por el santo varón Topiltzin.

Sin embargo, Topiltzin y su doctrina, que no era otra que la cristiana, fueron perseguidos por los indios fieles a la idolatría encabe-

<sup>73</sup> *Ibidem*, v. I, cap. I, p. 9.

<sup>74</sup> *Ibidem*, v. I, cap. I, p. 10, 11. Sobre el tema de la preevangelización en Diego Durán véase a Rosa Camelo y José Rubén Romero, “Estudio preliminar”, en Durán, *Historia de las Indias*, ed. Ramírez, v. I, p. 23-24, y a Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, prólogo de Octavio Paz, traducción de Ida Vitale y Fulgencio López Vidarte, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 231-241.

<sup>75</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. I, cap. I, p. 10-11.

zados por Tezcatlipoca. Al fin, cansado de ser perseguido, Topiltzin reunió a sus discípulos en Tula y partió de tierra de indios, no sin antes profetizar la futura llegada de gente extraña que conquistaría a los indígenas y los dominaría. “Estos han de ser vuestros señores, y a estos habéis de servir y os han de maltratar y echar de vuestras tierras, como vosotros lo habéis hecho conmigo”.<sup>76</sup>

Aquí, Durán expresa su opinión de la conquista española; es un acto de justicia sobre aquellos que conociendo la verdadera fe renegaron de ella. Los males de la Conquista son el justo castigo para quienes expulsaron a un apóstol.

Por otra parte, Durán dice que el mando político de los pueblos indígenas había sido instaurado tanto por Topiltzin, el hombre santo, como por los falsos ídolos Quetzalcóatl y Huitzilopochtli: “El cual [mando] no se te da más [que] de prestado; no para siempre, sino por algún tiempo”.<sup>77</sup> El poder legítimo deviene de ese extraño preevangelizador, aunque no es del todo ajeno a los ídolos Quetzalcóatl y Huitzilopochtli.

Ya en la historia de la Conquista, Durán siempre refiere que los indígenas pensaban que se trataba del retorno del dios Quetzalcóatl; pero en un solo lugar el dominico hace claro su pensamiento. Presenta a Motecuhzoma dando instrucciones al tlillancalqui para que indagara quiénes eran los recién llegados y particularmente quién era su jefe o señor: “que sepas de raíz si es el que nuestros antepasados llamaron Topiltzin, y, por otro nombre, Quetzalcóatl”.<sup>78</sup>

El misterioso preevangelizador no es otro que Quetzalcóatl. Así, Motecuhzoma y los indígenas aguardaban su retorno para regresarle el poder sobre los pueblos indígenas que, recordemos, proviene precisamente de Topiltzin Quetzalcóatl. Si Quetzalcóatl y Topiltzin son el mismo personaje, esto significa que el poder legítimo sobre los indígenas corresponde a los cristianos. Luego, Cortés y sus hombres no hacen sino traer el evangelio de vuelta a casa y el dominio español sobre los pueblos indios es legítimo y justo porque es cristiano.

<sup>76</sup> *Ibidem*, v. I, cap. I, p. 12.

<sup>77</sup> *Ibidem*, v. II, cap. XXXIX, p. 302.

<sup>78</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXIX, p. 507, las cursivas son mías.

El control político de los indios implica necesariamente el disfrute de las riquezas que el evangelizador Topiltzin Quetzalcóatl había dejado al partir, pues dejó dicho que “había de volver a reinar en esta tierra, él o sus hijos, y a poseer el oro y plata y joyas que dejó encerradas en los montes y todas las demás riquezas que ahora poseemos”.<sup>79</sup>

En resumen, de acuerdo con esta interpretación el apóstol Ce Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl predicó el evangelio y sus discípulos fueron los toltecas. Topiltzin y sus seguidores tuvieron que huir de la persecución que realizó en su contra Tezcatlipoca. Al partir, el evangelizador profetizó su regreso y el de sus seguidores, esto es, el regreso de los cristianos con el evangelio. La Conquista fue justamente el cumplimiento de esa profecía, el retorno de la verdadera fe y del gobierno legítimo a tierras indias.

Por otra parte, o más bien entrelazado con la interpretación anterior, en la crónica del padre Durán se encuentra el eco, fuerte y claro, de la tradición histórica tenochca acerca de la conquista española. Así, en esta obra encontramos ampliamente desarrollados los principales temas de la historiografía de tradición indígena, como son la presencia de los presagios, los problemas en torno a la naturaleza de los españoles y, sobre todo, el de la personalidad de Motecuhzoma.

Sin duda el eje de la historia de la Conquista en la crónica de Durán es la figura de Motecuhzoma, tal y como puede constatarse en el siguiente texto: “sólo iré poniendo [aquello] hasta venir al fin y muerte de Motecuhzoma —cuya vida e historia yo escribo— aquello que, al relatarlo me forzare para venir a poner el fin y muerte de un rey tan poderoso, tan temido y servido y obedecido de todo este nuevo mundo”.<sup>80</sup>

La historia de la Conquista es la historia del “fin y muerte de Motecuhzoma”. En esta frase se conjugan la tradición histórica humanista y la renacentista que ponían énfasis en la vida de los personajes notables, conforme a la fórmula “la historia es la biografía

<sup>79</sup> *Idem.*

<sup>80</sup> Durán, *Historia de las Indias...*, v. II, cap. LXXIV, p. 540.

de los grandes hombres”, con la concepción indígena de la historia que centra su discurso en los personajes que son depositarios tanto de la fuerza de los dioses como de la identidad de los pueblos que representan ante lo sagrado.

Durán recoge en los presagios la concepción náhuatl de que todo gran acontecimiento implica la participación de lo divino en la historia de los pueblos. Después de lo señalado no es posible dudar que para el dominico detrás de los portentos se oculta la mano del Dios cristiano, que se valía de ellos para anunciar a los indígenas el fin de su mundo; conjuntando en la aparición de los portentos la irrupción de lo sagrado con las alusiones a las faltas de Motecuhzoma, como en el caso del macehual raptado por un águila que dijo lo siguiente al tlatoani: “diciendo cuán insensible estabas y cuán soberbio y cómo ya se te acababa tu reinado y se te acercaban los trabajos que has de ver y experimentar muy en breve, buscados por tu propia mano y merecidos por tus malas obras”.<sup>81</sup>

En este punto es posible plantear que en la obra de Durán se dio la confluencia de dos tradiciones que señalaban al máximo gobernante como responsable de su pueblo ante la divinidad. Por un lado, la tradición indígena en la cual, como ya se ha visto, el tlatoani era el mayor vínculo entre los dioses y los hombres y en caso de fallar esto se revertiría en contra del gobernante y de toda la colectividad; y por otro lado la tradición judeocristiana del Antiguo Testamento que señala una idea muy similar respecto de las obligaciones y responsabilidades del gobernante ante su pueblo y la divinidad; como prueba de ello puede citarse un pasaje del Eclesiástico:

El rey ignorante pierde a su pueblo, y la ciudad prospera por la sensatez de los príncipes. / En manos del Señor está el gobierno de la tierra, y en cada tiempo pone sobre ella a quien le place. / [...] La soberbia es odiosa al Señor y a los hombres, y contra ambos peca quien comete injusticia. / [...] Los tronos de los príncipes derriba el Señor, y en lugar suyo asienta a los mansos.

<sup>81</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXVII, p. 493.

El Señor arranca de raíz a los soberbios, y planta en su lugar a los humildes.

(Eclesiástico 10, 3, 4, 7, 17,18.)

Es por ello que Durán ve en la muerte de Motecuhzoma la mano de la providencia, que se encargó de castigar los innumerables abusos e injusticias del despótico gobernante indígena, por lo que puede hablarse de un acto de justicia divina.

Y éste fue el desastrado fin y muerte de Motecuhzoma y de los demás reyes y señores que estaban presos con él en los calpules; con lo cual se le cumplieron los pronósticos que él de sí mismo había profetizado y dicho. Cosa que admira y se conoce ser verdaderamente permisión del muy Alto; en quien quiso ejecutar riguroso castigo por sus intolerables tiranías y crueldades y vicios nefandos y sucios en que estaba; en los cuales estaba tan encenegado y metido más que cuantos hombres en el mundo ha habido.<sup>82</sup>

A través de esta interpretación Durán logra conjuntar en su crónica dos visiones de la historia, la de tradición náhuatl y la de tradición cristiana.

Al igual que Tezozómoc, Durán transmite fielmente la perspectiva de la nobleza indígena a fines del siglo XVI frente a la conquista española; para ellos fue el evento que marcó el fin del poder y la gloria de los linajes gobernantes. Esto se ve con suma claridad en la autoprofecía de Motecuhzoma sobre su propia muerte y el fin de su linaje como cabeza de gobierno:

Y de una cosa te quiero avisar, y es que, sin duda, seremos todos muertos y destruidos a manos de estos dioses y serán todos los que quedaren esclavos y vasallos suyos, y ellos han de reinar, y yo soy el postre rey que habrá de nuestra nación en esta tierra, porque aunque queden algunos de nuestros hijos y deudos y los hagan gobernadores, y los pongan en algunos señoríos, no serán verdaderamente reyes ni señores; sino como prepósitos y mandoncillos, o como alcabaleros y

<sup>82</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXVI, p. 556.

cobradores de tributos de estos que yo y mis antepasados tuvimos, y sólo servirán de hacer y cumplir los mandatos y provisiones tuyas. Y así, me cupo en suerte de que deje envuelto y arrollado para siempre el asiento que mis antepasados me dejaron, para que ninguno de mis hijos ni deudos lo tornen a desenrollar, ni se sienten en él.<sup>83</sup>

Los descendientes de los grandes gobernantes mexicas serán sólo subalternos de los españoles. De esta manera, Durán muestra en su *Historia de las Indias* dos concepciones distintas de la conquista española, la suya propia de misionero cristiano que interpreta el devenir del hombre indígena a través del marco de conceptos europeos, y la memoria indígena, según la cual la Conquista fue el fin de la “gloria y la fama” de un orgulloso pueblo de guerreros.

Para terminar con la tradición tenochca pasaremos a ver el análisis de la versión que presenta el Códice Aubin. La parte que nos interesa en este capítulo, al parecer, fue elaborada en 1576, aunque hay que advertir que el documento tiene adiciones de fecha posterior.

En esta obra encontramos un curioso pasaje sobre el porqué los españoles arribaron a tierras indias. Comienza señalando la aparición de dos portentos en el año 4 Calli, correspondiente a 1509, el ya mencionado mixpantli o “bandera de nubes” y la caída de una columna de piedra; según el texto náhuatl esto aconteció, precisamente, “*yquac ualleuaque in Xpianime ynic quinmoyollotilli totecuyo ynic nican aciqui*”,<sup>84</sup> “cuando venían hacia acá los cristianos, porque los inspiró nuestro señor para que aquí vinieran a llegar”, esto es, los presagios se vieron precisamente en el tiempo que los castellanos partieron para llegar a la futura Nueva España; entonces los portentos que presenciaron los indígenas eran anuncios de la voluntad de Dios.

La presencia española es consecuencia directa de la intervención divina, Dios puso en los corazones de los castellanos (*quinmoyollotilli*) la necesidad de ir a tierras americanas a permitir la

<sup>83</sup> *Ibidem*, v. II, cap. LXXI, p. 520-521.

<sup>84</sup> “Códice Aubin”, en *Geschichte der azteken. Codex Aubin und verwandte dokumente*, edición facsimilar, edición, paleografía, traducción y notas de Gerdt Kutscher y Walter Lehmann, introducción de Gunter Vollmer, Berlin, Gebr. Mann Verlag, 1981, p. 26, la traducción es mía.

entrada del evangelio; dice el texto: “*Auh ca ycpac ullalacuillouaya*<sup>85</sup> *in teocalli*”,<sup>86</sup> “pues vinieron a acrecentar el templo”, lo que probablemente quiera decir que los españoles vinieran a extender el templo por antonomasia, esto es, la iglesia cristiana.

Con esto, los autores del *Códice Aubin*, insertarían a la Conquista dentro de un concepto general de historia universal. Las acciones de indios y españoles estarían regidas por la voluntad del dios cristiano. Esto se refuerza en el texto náhuatl del año uno *ácatl* 1519:

*Nica miqco yn Moteuhcgomatzin yhuan yquac agico yn Marques. In iquac quimpeuhque yn mexica in Xpianome. Camo zan nen uallaque ca ytenicapatzinco in totecuyo ca quimonauatilli in Sancto Padre quimouilli: “xiquinauatican in cavallelosme oc centetl tlalli ypan yazque ynic acico yn nican XII frayles”.*<sup>87</sup>

Aquí vino a morir Motecuhzoma y fue cuando vino a llegar el Marqués. Entonces vencieron los cristianos a los mexicas. No sin razón vinieron, pues por mandato de Nuestro Señor, les mandó el Santo Padre, les dijo: “Dadles aviso a los caballeros en la otra tierra que partirán, para venir a llegar aquí, doce frailes”.

De esta manera, aunque indígena, el texto parece tener mucho cuidado en indicar una aparente aceptación del cristianismo, al señalar que el sentido profundo de la Conquista fue el de preparar el arribo de los primeros “doce” frailes franciscanos a propagar el evangelio. Muestra de esto es el uso de la palabra “diablo” para referirse a la imagen de Huitzilopochtli venerada en la fiesta de Toxcatl: “*In ipan in Toxcatl yn aco quizaya in diablo*”,<sup>88</sup> “Durante Toxcatl, en lo alto salía el diablo”. Es evidente que para un autor cristiano los dioses nahuas sólo podían ser demonios.

Por otra parte, el texto refiere la violencia de la Conquista en una sola ocasión y de manera muy breve en el caso de la matanza del Templo Mayor:

<sup>85</sup> Léase *huallaquillohuaya*.

<sup>86</sup> “Códice Aubin”, ed. Kutscher, p. 26, la traducción es mía.

<sup>87</sup> *Ibidem*, p. 27, la traducción es mía.

<sup>88</sup> *Ibidem*, p. 28, la traducción es mía.

Cuando el canto comenzó, en seguida, entonces, uno por uno, los cristianos empezaron a salir por delante de la gente, penetraron en medio de las gentes; en seguida, cuatro por cuatro, se apostaron en las entradas.

En seguida, entonces, fustigaron con un bastón al que guiaba a las gentes, Golpearon en la nariz a un hombre que era la imagen del diablo. En seguida vinieron a golpear al que tocaba los tamboriles. Eran sus dos tamboriles. Uno lo tocaba a orillas del agua. En seguida, entonces, los pisotearon, de esta manera fueron destruidos.<sup>89</sup>

Si comparamos esta narración de la matanza con las proporcionadas por los *Anales de Tlatelolco* y el “Libro XII” de Sahagún, nos daremos cuenta de que estamos ante una versión muy comedida y poco comprometida del acontecimiento; los autores se cuidaron mucho de señalar los abusos de los castellanos.

Los elementos que pueden dar una idea más completa del sentido profundo que tuvo la Conquista para los autores del *Códice Aubin* son dos breves textos. El primero de ellos es la glosa que corresponde al año 3 *calli*, 1521; dice el texto:

*yhuan oncan moyavuac*<sup>90</sup> *yn mexicayotl tenochcayotl yquac ualcencalac-que in españoles*<sup>91</sup>

Y entonces tomaron cautivo lo propio de los mexicas, lo propio de los tenochcas cuando vinieron a entrar por completo los españoles.

Los castellanos toman prisionera no a una persona o una institución, sino a la manera misma de ser de los mexica tenochca, la mexicayotl tenochcayotl, palabras formadas con los gentilicios mexica y tenochca combinados con el sufijo abstracto colectivo -yotl, con lo cual estos términos denotan el conjunto de características y rasgos que definían al pueblo mexica tenochca; con esto se quiere decir que los españoles tomaron cautiva la esencia misma

<sup>89</sup> “Códice Aubin”, traducción y notas de Georges Baudot, en *Relatos aztecas de la conquista*, edición de Baudot y Tzvetan Todorov, traducción de Guillermina Cuevas, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, p. 211-212.

<sup>90</sup> Léase *moyaoan*, del verbo *yaoana* “tomar cautivo”.

<sup>91</sup> “Códice Aubin”, ed. Kutscher, p. 33, la traducción es mía.

de ese grupo náhuatl, esto es que el gran pueblo guerrero y sus valerosos jefes ahora son cautivos de los extraños, la gran ciudad conquistadora se convirtió en prisionera de los españoles.

El segundo texto es el correspondiente al año 6 *tecpatl*, 1524, el cual: “*Nican tzintic in teoyotl yauac peuh in ye techmachtia padre-me*”,<sup>92</sup> a la letra dice: “Aquí empezó lo divino, cuando ya comenzó la enseñanza de los padres”. De manera implícita, la evangelización se presenta como el misterio que está detrás de todo el drama de la Conquista.

### *La tradición tlaxcalteca*

Dentro de las obras que permiten conocer el punto de vista de Tlaxcala respecto de la Conquista abordaremos tres documentos, el *Lienzo de Tlaxcala*, las *Pinturas tlaxcaltecas de la conquista* y la obra de Diego Muñoz Camargo.

Por principio de cuentas recordemos que el *Lienzo de Tlaxcala* es una relación de los méritos y servicios que la ciudad y provincia de Tlaxcala hicieron durante la conquista en favor de los españoles, tal y como ya lo percibía Alfredo Chavero: “los tlaxcaltecas pintaron este lienzo para conmemorar las campañas que hicieron como aliados de los castellanos”.<sup>93</sup>

Precisamente por su condición de relación de méritos y servicios del *Lienzo*, los tlaxcaltecas procuraron presentarse en él como un grupo que siempre fue amigo de los castellanos y que desde el primer momento los recibió de paz. Esto se ve claramente en la lámina IV (véase lám. 1), donde se muestra a cuatro emisarios de Tlaxcala dando la bienvenida con presentes a Cortés y los suyos en Tecuac, lugar donde todas las demás obras señalan enfrentamientos entre los castellanos y las tropas otomíes al servicio de la ciudad;

<sup>92</sup> *Ibidem*, p. 34, la traducción es mía.

<sup>93</sup> Alfredo Chavero, “Explicación del ‘Lienzo de Tlaxcala’”, en *Lienzo de Tlaxcala*, edición facsimilar [calcos de Diódoro Serrano], edición de Alfredo Chavero, Artes de México. La conquista de México, número especial, año XI, 1964, p. 16.

pero, dado que la intención del Lienzo es resaltar los méritos y no los problemas, la alusión a estos combates no tiene cabida.

El *Lienzo de Tlaxcala* trata de demostrar cómo los gobernantes de las cuatro cabeceras de la ciudad fueron los primeros y más fieles aliados de los españoles, tal como se representa en la lámina V (véase lám. 2), en la cual se pinta el recibimiento de Cortés por los señores de Tlaxcala. En esta escena se puede ver a tres de los gobernantes tlaxcaltecas recibiendo de manera pacífica a Cortés, quien toma del brazo a uno de ellos, mientras que en medio de la escena se alza una cruz con un cartel con la inscripción inri. La escena simboliza la alianza entre tlaxcaltecas y españoles y el lazo de unión entre ambos grupos, la llegada del cristianismo. Una glosa en náhuatl refrenda el contenido “*Ic monahuatecque Tlaxcalla*”, “Cuando se abrazaron en Tlaxcala”.

En la lámina VIII (véase lám. 3), se ve a los señores de Tlaxcala recibiendo el bautismo de parte de un sacerdote cristiano;<sup>94</sup> a los lados se ubican españoles y mujeres indígenas que contemplan la escena; a la derecha, Cortés, sentado, empuña un crucifijo; arriba, al centro hay un cuadro de la virgen María con el niño. Una glosa en náhuatl dice: “*Yc moquayatequique tlatoque*”, “Cuando se lavaron la cabeza los gobernantes”, esto es, que fueron bautizados. De esta manera los señores tlaxcaltecas se presentan como los primeros indígenas en aceptar el cristianismo; éste es un argumento justificador por medio del cual se trató de consolidar los intereses de la provincia de Tlaxcala a mediados del siglo XVI. Son católicos y leales aliados de los españoles desde el comienzo mismo de la Conquista.

Condición que refrendan en el momento más crítico de la Conquista, la derrota española en la llamada Noche Triste y la subsecuente huida de la ciudad. *El Lienzo de Tlaxcala* muestra a los guerreros tlaxcaltecas combatiendo al lado de los castellanos y guiándolos en su retirada. Particularmente reveladora es la imagen del arribo de los

<sup>94</sup> En esta lámina se ve al sacerdote sosteniendo un objeto circular que parece una hostia, pero en la copia de Juan Manuel Yllanez se ve que el objeto aludido es un ánfora, lo mismo se ve en las *Pinturas tlaxcaltecas* de la Conquista, lámina XXXIII.

derrotados españoles a Tlaxcala. En la lámina XXIX (véase lám. 4) se muestra a un señor de Tlaxcala recibiendo a Cortés y a sus hombres en son de paz y ofreciéndoles abundantes bastimentos. Arriba, al centro, encontramos un estandarte mexica capturado.<sup>95</sup>

De esta manera los tlaxcaltecas se presentan como quienes recibieron de paz a los españoles y se aliaron con ellos, además de convertirse al cristianismo. Se muestran como los más leales y valientes aliados de la corona en tierra de indios. Todo ello se ve en la lámina principal del *Lienzo*, la llamada alegoría (véase lám. 5). En ella encontramos expresada la idea tlaxcalteca de su relación con las autoridades españolas en el siglo XVI.<sup>96</sup> En los cuatro extremos de la lámina están representadas las cuatro cabeceras de Tlaxcala con sus respectivos señores y símbolos.

Hay que poner atención en los elementos que aparecen en el centro de la lámina. Arriba está el escudo de la corona española, abajo de ella un cerro en el cual está una iglesia, abajo de esto los señores de Tlaxcala contemplan cómo los españoles colocan una cruz con los símbolos de la pasión. Es la imagen de un grupo que con su ayuda hace posible la entrada de la verdadera fe, elemento fundamental en la extensión del cristianismo y en la expansión del imperio español. Se conciben como una provincia más del imperio, con sus derechos y obligaciones, dentro de un nuevo orden más amplio, cristiano y español, en el que ellos, indígenas, aliados leales y verdaderos cristianos, tienen un lugar como una parte del imperio de igual importancia que otras.<sup>97</sup>

Por su parte, las *Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista*, que acompañan a la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, de Muñoz Camargo, guardan estrecha relación con el *Lienzo de Tlaxcala* en estilo y contenido, comparten muchas escenas y tienen finalidades

<sup>95</sup> Chavero, "Explicación del 'Lienzo de Tlaxcala'", p. 54.

<sup>96</sup> Véase Carlos Martínez Marín, "Lámina principal-Alegoría", en *El Lienzo de Tlaxcala*, edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983, p. 58.

<sup>97</sup> Véase Josefina García Quintana, "Contexto histórico de Tlaxcala", en *El Lienzo de Tlaxcala* [facsimilar de los calcos de Diódoro Serrano], edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983, p. 33.

comunes.<sup>98</sup> El mensaje de ambas obras pictográficas es fundamentalmente el mismo: resaltar los méritos de Tlaxcala en la conquista de Tenochtitlan y otras regiones de la Nueva España. Pero cabe señalar que las Pinturas contienen información que no se presenta en el *Lienzo*; por ejemplo, las primeras registran más campañas militares en las que participaron los tlaxcaltecas que las que se encuentran en el *Lienzo*.

De particular importancia para este estudio son las láminas que apuntan ciertos aspectos de la evangelización en Tlaxcala. Como emblema de todo el proceso puede verse la lámina VII (véase lám. 6) en donde se muestra a los primeros “doce” frailes franciscanos de rodillas en torno a una cruz con símbolos de la Pasión; sobre la cruz revolotean una serie de figuras de demonios con atavíos de dioses prehispánicos. El sentido alegórico de esta lámina es el señalar que, con el advenimiento de la fe cristiana, los demonios que se hacían pasar por dioses fueron alejados. Es el triunfo de la fe católica sobre la idolatría.

Esta lámina tiene dos glosas, una en español y otra en náhuatl que refrendan el contenido de la escena. La primera dice: “La llegada de los doce religiosos, frailes de la orden del señor San Francisco, enviados a la Nueva España por el emperador Don Carlos, nuestro señor”. La glosa náhuatl dice: “Im can cruz tlacoyo huazquiquetzque teopixque”, que a la letra dice: “En donde afincaron y alzaron la cruz los sacerdotes”. Los religiosos al implantar la fe cristiana lograron que los diablos se alejaran de los tlaxcaltecas.

Esta idea del triunfo del cristianismo sobre los demonios se refuerza en otras láminas donde se ve a los frailes predicando y quemando templos e implementos del culto idolátrico (láminas V, VI, VII, X, XIII). Pero sobre todo con la imagen de la conversión de los

<sup>98</sup> Véase Carlos Martínez Marín, “Los orígenes del *Lienzo de Tlaxcala*. Fechas y fuentes”, *Históricas*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, octubre 1986, n. 20, p. 3-15, “La fuente original del *Lienzo de Tlaxcala*”, en *Primer Coloquio de documentos pictográficos de tradición náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, y Miguel Pastrana Flores, “Los códices anotados de tradición náhuatl”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, José Rubén Romero Galván (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.

gobernantes indígenas que se manifiesta en la lámina IX (véase lám. 7), donde se ve a un grupo de principales tlaxcaltecas de rodillas y con las manos en actitud de orar recibiendo el agua del bautismo de parte de un fraile; a la derecha, varias mujeres nobles observan la escena. El sentido de la lámina se ve confirmado por la glosa en español que dice: “Bautismo general y conversión de los naturales a nuestra santa fe católica, por predicación destes religiosos”. Aunque en realidad no se trata de un “bautismo general”, pues los atavíos de los personajes revelan su alto rango social, punto que es ratificado por la glosa en náhuatl, “*In quin quayatequique tlatoque*”, “Un poco después les echaron agua en la cabeza a los señores”. Con esto se reitera el concepto manejado ya por el *Lienzo de Tlaxcala*, la conversión de la cúpula del poder tlaxcalteca.

Un par de láminas muestra los severos castigos aplicados a quienes trataron de continuar las antiguas prácticas religiosas después de la Conquista. Entre los castigos vemos penas infamantes como el rapar a las personas e incluso el ahorcamiento. La representación de esos castigos podría ser entendida como un señalamiento de abusos por parte de los religiosos, pero no hay tal, ya que en estos casos aparecen las figuras de los señores de Tlaxcala aprobando los castigos. Esto puede apreciarse en la lámina XII (véase lám. 8) donde se ilustra el caso de un principal tlaxcalteca a quien primero se le ve en una cueva realizando ofrendas y sacrificios antiguos. A su izquierda está un fraile. Arriba al centro se ve al mismo principal ya ahorcado y a la izquierda aparecen varios señores de Tlaxcala contemplando su ejecución. La glosa castellana aclara que se trata de la “Justicia que se hizo de un cacique de Tlaxcala porque había reincidido en ser idólatra; habiendo sido cristiano, se había ido a unas cuevas a idolatrar”. La glosa náhuatl precisa su ejecución “*Quipilloque moztlahuqui*”, “Le colgaron en la mañana”.

Al igual que el *Lienzo*, las Pinturas muestran la importancia de la participación tlaxcalteca en la Conquista de distintos grupos y lugares. Esto se señala alegóricamente en la lámina XIX (véase lám. 9), en la cual se ve a varios hombres y mujeres indígenas portando banderas y con diferentes atavíos; al frente de ellos está un indio portando un estandarte con un castillo, con lo que se señala

la pertenencia a Castilla de los grupos que representan los hombres y mujeres que van atrás de él. Abajo de ellos corre una banda en la que se alternan topónimos pictográficos con mitras obispales. Posiblemente se trate de la unión, gracias a la Conquista y el cristianismo, de los grupos indígenas que antes se encontraban desunidos. Una glosa en español dice que se trata de las provincias de “Guatemala, Chiapa, Coixco, Mechuacan, Xalisco, Culhuacan, Totonacapan, Tlaxcala, Pánuco, Guaxaca. Estas son las provincias y reinos que conquistó Hernando Cortés, Marqués del Valle, y otras muchas que no se escriben”.

En la siguiente lámina, la XX (véase lám. 10) se muestra una alegoría de los méritos de Cortés. Al centro está Cortés a caballo con armadura, lanza y escudo empuñando un crucifijo, al pie del caballo está Motecuhzoma con grillos en los pies y con una corona tirada y rota al igual que un macahuitl, también aparece tirada la cabeza de un ídolo. Ésta es la representación alegórica de la derrota de los mexicas y el fin de su poder político y militar, así como el fin de la idolatría prehispánica. Atrás del caballo hay una mujer indígena que representa a la Nueva España, quien porta un estandarte donde están un castillo y un nopal; posiblemente indique que Tenochtitlan pertenece a Castilla. Es el señalamiento de los méritos de Cortés: el haber adquirido un nuevo reino para la corona española; de manera implícita está el concepto de que también son los méritos de sus principales aliados indígenas, los tlaxcaltecas.

En las láminas XXIII, XXIV y XXV (véanse láms. 11, 12 y 13) encontramos representada una alegoría del sentido profundo de la Conquista, no sólo de la Nueva España, sino la de todos los dominios americanos. En la primera de estas láminas (lám. 11) aparecen Francisco Pizarro y Hernán Cortés con una rodilla en tierra, acompañados respectivamente por la figura de un indio que tiene un cofre y la de una india. El indio representa al Perú y la india a la Nueva España. Al pie de la figura se encuentran cofres llenos de riquezas. Es la imagen de los territorios conquistados por ambos personajes y los bienes materiales obtenidos. Como las glosas aclaran, ambos capitanes castellanos ofrecen reinos y riquezas, “Pigarrus ofrece el Perú” y “Cortesiuss ofrece la Nueva España”. Ambos

personajes ofrecen tan grandes territorios y riquezas nada menos que a Carlos V, quien aparece a caballo en la lámina XXIV (lám. 12) recibiendo de Cristóbal Colón un globo terráqueo; la glosa dice que “ofrece a su majestad el Nuevo Mundo”. En la última lámina (lám. 13) está la imagen de Felipe II a caballo rodeado de soldados españoles y con una inscripción en latín: “*Philippus Hispaniarum et Indianorum rex*”, “Felipe, rey de españoles e indios”.

Las tres láminas constituyen una alegoría del imperio español, el cual domina a los reinos de la península ibérica y a los de ultramar gracias a tres hombres que realizaron grandes hazañas. Colón descubriendo el Nuevo Mundo, Cortés conquistando la Nueva España y Pizarro haciendo lo propio con el Perú. Los tres ofrecen el fruto de sus hazañas a la corona española representada por Carlos V y su sucesor Felipe II. Es la formación del imperio español y los tlaxcaltecas se presentan como parte fundamental de una de esas epopeyas, la conquista de la Nueva España; por lo tanto, parte de la gloria de Cortés les corresponde a ellos. Estas escenas implican una cierta conciencia de la inserción de la Conquista en la historia universal de Occidente, a partir de que la Nueva España era ya una parte integral del imperio español.

En el caso de la *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala* de Diego Muñoz Camargo, es necesario considerar cuál era la condición de Tlaxcala en el pasado prehispánico para encontrar aquellos elementos que nos lleven a plantear cuál pudo ser el sentido de la Conquista.

De acuerdo con Muñoz Camargo, la ciudad de Tlaxcala vivía en paz y prosperidad dedicándose a actividades de intercambio y conviviendo pacíficamente con otros pueblos indígenas: “Y ansí, poblada la muy insigne y no menos leal provincia de Tlaxcalla, tuvieron paz y concordia con todas las provincias comarcanas [por] grandes tiempos [...] En tanta manera, que vino a ser el reino de Tlaxcalla uno de los mayores reinos que hubo en estas partes del Nuevo Mundo”.<sup>99</sup>

<sup>99</sup> Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introduc-

Fue tanta la pujanza de Tlaxcala que causó la envidia de otras urbes indígenas, entre las que destacan Cholula, Huexotzinco, Huauquechula e Izúcar. Entonces ocurrió que los mexicas se expandieron y pronto dominaron a dichas ciudades; los habitantes de éstas hicieron lo posible para poner a los mexicas en contra de Tlaxcala contándoles mentiras. “Y para más incitar a los tenochcas mexicanos y moverles a ira, informaron los rendidos siniestramente contra ellos, diciéndoles cómo los tlaxcaltecas se iban apoderando de muchas provincias de las que ellos habían ganado, así por amistades como por contratos”.<sup>100</sup>

Debido a estas intrigas los mexicas y los tlaxcaltecas entraron en conflicto. Los tenochcas pidieron a Tlaxcala que aceptara sujetarse a ellos, pero los señores de la ciudad y provincia se negaron alegando defender la independencia que habían tenido desde siempre: “—Señores muy poderosos, Tlaxcala no os debe vasallaje ni, desde que salieron de las siete cuevas [Chicomóztoc], jamás reconocieron con tributo ni pecho a ningún rey ni principal del mundo, porque siempre han conservado su libertad. Y, como no acostumbrados a esto, no le querrán obedecer, porque, antes morirán, que tal cosa como ésta consentir”.<sup>101</sup>

Así, los señores de Tlaxcala se presentan como un grupo que no buscó el enfrentamiento con Tenochtitlan, pero que se vio obligado a ello para preservar su libertad. Nótese que declaran no haber estado sujetos a nadie y preferir la muerte antes que ser sometidos; estas características de la ciudad de Tlaxcala antes de la Conquista enaltecen más la alianza que posteriormente establecieron con los castellanos y su aceptación de sujetarse a la corona española.

Por otra parte, si bien el poder militar y la ambición mexicana era extremas, ésta era la norma entre los pueblos indígenas. Según Diego Muñoz había un estado de guerra constante cuya única motivación era la ambición de poder y de riquezas materiales, sin tener ningún ideal moral o político:

ción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, p. 175-176.

<sup>100</sup> *Ibidem*, p. 177.

<sup>101</sup> *Ibidem*, p. 178.

Y así, procuraban de sujetarse los unos a los otros por apoderarse de las riquezas que cada uno tenía y poseía, quitándoselas por fuerza, haciéndose temer con crueldades y tiranías sin razón alguna, gobernados tal solamente con este apetito de mandar, tener y señorear. Y así, unos huyendo de la sujeción, pretendiendo libertad, y otros encarnizados de ambición, procuraban supeditar a todo el género humano con guerras y crueldades; lo cual duró siempre, y durara hasta la fin del mundo, si los españoles no lo atajaran con su venida.<sup>102</sup>

Los españoles, a través de la Conquista impusieron un superior orden político que dio fin al estado de guerra permanente. El primer significado de la Conquista es el introducir el orden y la paz entre los pueblos indígenas.

Otro punto importante del pasado prehispánico, según la versión de Muñoz Camargo, lo constituye el carácter demoniaco de los dioses indígenas. Así lo afirma a propósito del dios Camaxtle, quien “no pudo ser sino el mismo Demonio, porque hablaba con ellos, y les decía y revelaba lo que había de suceder y lo que había de hacer”.<sup>103</sup> O en el caso del dios Tezcatlipoca, respecto del cual, después de hacer una curiosa etimología concluye que es posible que se trate del mismísimo Luzbel,<sup>104</sup> pues, al igual que los otros grupos indígenas, los tlaxcaltecas vivían engañados por el demonio que se hacía pasar por dios y, si se piensa bien, este reconocimiento hace aún más encomiable su aceptación del cristianismo y su apoyo a Cortés.

Según Muñoz Camargo, en vísperas del arribo de los españoles, Tlaxcala mantenía la tradición de libertad frente a la tiranía y ambición mexicana, y si bien estaban engañados por el demonio, los señores de Tlaxcala pudieron darse cuenta de su error y poner fin a esa situación. “Y así, es de creer que, pues nuestro señor fue servido que por mano destas gentes [los tlaxcaltecas] se ensalzase su santo nombre, que la guardó [a Tlaxcala] y tuvo guardada para

<sup>102</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>103</sup> *Ibidem*, p. 143.

<sup>104</sup> *Ibidem*, p. 131, “Y a mí me parece que quisieron llamarle Luzbel, como en efecto, por indecimiento del Demonio que los tenía sujetos y rendidos, pretendiendo ser adorado destas miserables gentes, lo llamaron los mexicanos y tlaxcaltecas “dioses de las batallas”, y a éste atribuían que daba las victorias”.

instrumento de tan heroica y santa obra, como esta que hemos visto y como, desde aquí adelante, diremos”.<sup>105</sup>

Tlaxcala cumplió con un papel importante en la Conquista dentro de un plan divino para la conversión de la Nueva España. Según esta interpretación providencialista de la historia de la Conquista, los indígenas vivían sumidos en los engaños del demonio, pero Dios, en su infinita misericordia, se apiadó de los naturales y decidió salvar las almas de los indios. La primera muestra de esta determinación divina fueron los presagios que anunciaron la llegada de los españoles, “comenzó [Dios] con su inmensa bondad de enviar mensajeros y señales del cielo para su venida, las cuales pusieron gran espanto a todo este nuevo mundo”.<sup>106</sup>

Dentro de esta lógica cristiana, el relato del recibimiento de Cortés en Tlaxcala es de particular importancia, pues en él se dan las bases del pacto entre castellanos y tlaxcaltecas. Según Muñoz Camargo, en esa ocasión el capitán extremeño señaló dos importantes misiones que venía a cumplir. La primera es la introducción del cristianismo y la destrucción del culto idolátrico; las palabras del capitán español fueron:

Soy venido a desengañaros del engaño en que habéis estado y a daros otra ley mejor que la vuestra, porque es la ley del verdadero Dios, limpia y clara, sin ningún género de engaño, ni tanta burlería de sacrificios crueles y abominables, como son los que usáis en vuestros ritos. Ansí mismo, os vengo a declarar y a decir cómo, después de esta vida, hay otra que es eterna e infinita, cuya claridad os será enseñada por los ministros de Dios para que estéis enterados en las cosas de nuestra santa fe católica, que, para ello, el gran señor que me envía [Carlos V], os enviará muy en breve.<sup>107</sup>

La segunda misión de Cortés es la de castigar los abusos de los mexicas e introducir la paz entre los diferentes pueblos indígenas a través de “dar muy cruel guerra a Motecuhzoma, vuestro mortal

<sup>105</sup> *Ibidem*, p. 186.

<sup>106</sup> *Ibidem*, p. 209.

<sup>107</sup> *Ibidem*, p. 204.

enemigo, y vengar vuestras injurias. En cuya venganza y castigo, veréis que mi amistad es firme y verdadera, para, después de vengado de vuestros capitales y crueles enemigos, vivir con descanso entre vosotros”.<sup>108</sup>

La prueba que pidió Cortés del pacto entre castellanos y tlaxcaltecas fue que los gobernantes indígenas se convirtieran al cristianismo y aceptaran bautizarse. “Y, con esto, tendré por cierto que me queréis bien y, con este vínculo de amor, quedará confirmada mi amistad para siempre jamás y llamaros heís cristianos, como yo me llamo y se llaman todos mis compañeros, que es el más alto blasón y renombre que podemos tener”.<sup>109</sup>

La alianza entre españoles y tlaxcaltecas se plantea más como un vínculo espiritual que como un convenio militar o político. Con la conversión de los señores, los indígenas pasan a ser parte de la misma comunidad cristiana. Por otra parte, el pacto es “para siempre jamás”, no es un acuerdo coyuntural sino permanente. Después de algunas dudas y discusiones los señores de Tlaxcala decidieron aceptar lo que Cortés les había propuesto, aunque Muñoz Camargo señala cierta oposición de algunos grupos y el ocultamiento de ídolos por unos cuantos individuos.

Y, en resolución, Maxiccatzin y Xicotencatl, y demás principales, dijeron a Cortés que no parase en cosa alguna, sino que absolutamente hiciese lo que le pareciese y bien le estuviese, porque ellos estaban determinados a creer en Dios y en Santa María, su santísima madre, y guardar sus santos y divinos preceptos; y que, desde luego, daban por ninguna y deshacían de sí la idolatría y engaño en que habían vivido, y que en esta ley nueva y santísima querían vivir y morir para siempre jamás; y que, desde luego, pedían agua de bautismo, y que querían ser bautizados.<sup>110</sup>

Los señores de Tlaxcala cumplen con la primera parte del pacto, su conversión al cristianismo, mientras que la otra parte, el ser alia-

<sup>108</sup> *Idem.*

<sup>109</sup> *Idem.*

<sup>110</sup> Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala*, p. 246.

dos militares se ve en toda la narración de la Conquista. Por ello, el hilo conductor de esta parte de la obra es el cumplimiento riguroso del pacto por parte de los señores de Tlaxcala, con su conversión y su apoyo a la justa guerra contra los idólatras y tiranos mexicas. Ésos son los méritos de Tlaxcala, establecer un temprano acuerdo con España a través de Cortés y cumplirlo en todo momento. Al respecto es importante señalar que el Lienzo de Tlaxcala y las Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista también enfatizan el cumplimiento de este pacto.

Muñoz Camargo hace hincapié en la disposición de los señores de Tlaxcala para apoyar siempre a las fuerzas de Cortés; con este fin hace el elogio de varios de ellos, por ejemplo, al hablar del señor de Tizatlan, Xicoténcatl “el viejo” dice que “fue el primero que recibió de paz a los cristianos, a quien, en este lugar y en sus propias casas y palacios los aposentó [...] (y aquí se puso la primera cruz de toda esta provincia)”. De Maxicatzin, señor de Ocotelulco dice que “fue cristiano, leal amigo de la cristiandad y fidelísimo señor, amparo y defensa de los españoles”. Y también de Citlalpopoca, señor de la cabecera de Quiahuiztlan, dice cosas muy favorables pues “fue leal amigo [de Cortés], y de todos los cristianos, y ayudó en la conquista contra los mexicanos valerosamente”.<sup>111</sup> De esta manera los señores de Tlaxcala son ensalzados por sus grandes méritos y virtudes. Primero, porque siendo idólatras decidieron abrazar la fe católica; segundo, por ser fieles aliados militares de los españoles y, finalmente, por cumplir su palabra y ser hombres valientes.

La fidelidad de los tlaxcaltecas se puso a prueba durante y después de la derrota de los españoles en la Noche Triste, ya que, en su huida del territorio de la Triple Alianza, al llegar los castellanos a las fronteras con Tlaxcala, perseguidos por los mexicas, los guerreros tlaxcaltecas enfrentaron a sus perseguidores salvándoles la vida. “Maxicatzin y señores de Tlaxcala salieron, con grandes ejércitos, de socorro de los españoles que venían de vencida y corridos de los mexicanos, hasta que les resistieron la furia infernal que traían para acabar a los nuestros, y les salieron al encuentro, haciendo gran

<sup>111</sup> *Ibidem*, p. 60, 165, 173.

destrazo y cruel matanza en los contrarios, hasta que los echaron de sus términos”.<sup>112</sup>

Con esto, los tlaxcaltecas salvaron la vida de los españoles y con ello también la empresa de la Conquista. Es en este punto que los mexicas enviaron emisarios para hacer una propuesta a Tlaxcala para unir sus fuerzas y acabar con los castellanos,

que acabasen de matar a los cristianos pues eran ya pocos, y éstos vencidos y heridos, y gente extranjera fuera de su nación, y que, en adelante partirían entre sí el mero mixto imperio de su señorío y que gozarían, reinando igualmente, toda la máquina deste Nuevo Mundo, y que harían perpetua paz y alianza con ellos, pues eran deudos y parientes y su pura sangre, y que no creyesen a tan falsos hombres ni se confederasen con ellos, porque eran corsarios y robadores, andrajosos, pobres, rotos y despedazados.<sup>113</sup>

Los tlaxcaltecas, fieles a su palabra, no sólo no atacaron a los españoles sino que los cuidaron y protegieron hasta que se restablecieron física y militarmente para continuar con la empresa de la Conquista: “los tlaxcalienses, por inspiración divina, ampararon a los nuestros: con mucho regalo y socorro de todo lo necesario, los tuvo en este lugar algunos días, hasta que, con alguna mejoría, los españoles heridos pudieran marchar para venirse a esta ciudad”.<sup>114</sup>

De esta forma, los tlaxcaltecas salvaron a los españoles de ser destruidos. Los señores de Tlaxcala renunciaron a un acuerdo con sus “deudos y parientes” mexicas para dividirse el gobierno de los territorios indígenas para continuar su alianza con los europeos. De este pasaje bien puede colegirse que en Muñoz Camargo existe una cierta idea de que los tlaxcaltecas pensaban, no sin ciertos fundamentos, que de no ser por ellos los españoles no hubieran podido conquistar Tenochtitlan.

<sup>112</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>113</sup> *Ibidem*, p. 94.

<sup>114</sup> *Ibidem*, p. 95, y agrega “trayendo a cuestras y en hamacas [a] los enfermos que estaban más heridos y maltratados a la cabecera de Ocotelulco, en las casas y palacios de Maxixcatzin, lealísimo amigo de los cristianos españoles”.

Con todos estos elementos es conveniente detenerse un momento en el título mismo de la crónica, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas*. El título revela el carácter informativo de la obra, además, por el contenido de la misma podemos pensar que estamos ante una “verdadera relación” hecha a Felipe II de los hechos y cosas de Tlaxcala para que ésta fuera mejor gobernada y ennoblecida conforme a sus méritos y necesidades en el entendido de que era una provincia más del imperio español.

Como es de pensarse, el eje de las peticiones de Tlaxcala a la corona son sus méritos durante la conquista de Tenochtitlan y en las expediciones posteriores de expansión de la Nueva España; méritos que han sido señalados de manera por demás elocuente en el *Lienzo de Tlaxcala* y en las *Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista*, mismas que acompañaban a la *Descripción* y que a un tiempo refrescaban y ampliaban la información de la crónica.

Al parecer, para la tradición tlaxcalteca el sentido profundo de la Conquista se encuentra en que, por el pacto entre tlaxcaltecas y españoles, ambos grupos se vincularon como partes integrantes de una comunidad espiritual, la cristiandad, y de una unidad política, el imperio español. Tlaxcala había cumplido con creces su palabra antes, durante y después de la Conquista de Tenochtitlan, con su apoyo militar y su conversión al cristianismo, ahora tocaba el turno de cumplir su parte a la corona española.

### *La visión histórica de las obras de Cristóbal del Castillo*

En el caso de Cristóbal del Castillo no es factible vincularlo con certeza a la tradición histórica de ningún pueblo debido a que sólo se conocen fragmentos de sus obras históricas, aunque es posible que tenga algún nexo con los pueblos del área de Tetzaco.<sup>115</sup>

<sup>115</sup> Véase Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*, estudio introductorio, paleografía, traducción y notas de Federico Navarrete Linares, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991, p. 157, y Federico Navarrete, “Cristóbal del Castillo”, p. 19-20. En todo lo concerniente

A pesar de esta condición fragmentaria, algunos pasajes de sus obras permiten apuntar hacia un posible sentido de la Conquista.

En primer término, tenemos su visión del pasado indígena en la *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos* caracteriza a los mexicas como un pueblo conquistador y amante de los sacrificios humanos en honor de su dios, el Tlacatecólctl Tezauhtéotl, “Y él, el *tlacatecolotl* de los mecitin, enseñó lo que no es bueno, lo que no es recto, pues enseñó la enemistad, el combate, el sacrificio humano, el canibalismo. Y todas las cosas que ordenó su *tlacatecolotl* a los mecitin no eran buenas, no eran rectas, eran espantosas, eran temibles”.<sup>116</sup> Recuérdese que en el contexto novohispano el término *tlacatecolotl*, “hombre búho”, fue usado para expresar el concepto cristiano de diablo y es muy probable que Del Castillo, al declararse abiertamente un autor cristiano, lo usara en ese sentido. De esa forma se tendría un pasado indígena teñido por las faltas cometidas por los mexicas al realizar un culto de carácter demoniaco.

En marcado contraste con los mexicas se encuentran los antiguos pobladores de los lagos de la Cuenca de México, quienes, antes de la llegada de los primeros, vivían pacíficamente, sin realizar sacrificios humanos ni entablar guerras entre sí,

todos los que habían poblado por doquier, no eran comedores de carne humana. Lo que ofrendaban ante los que eran sus dioses era sólo la sangre de los animales; y la ofrenda que superaba, la gran ofrenda, [era cuando] degollaban codornices ante los que eran sus falsos dioses. Porque en ningún lugar estaba extendida la guerra, el combate, en ninguna parte se habían levantado mojoneras, simplemente toda la gente estaba repartida en la tierra que habían merecido.<sup>117</sup>

Así se establece un pasado prehispánico con dos vertientes, por una parte, la de los antiguos pobladores que vivían en paz y tenían

a Del Castillo tomo en cuenta las opiniones de Navarrete en el texto citado y en el “Estudio preliminar”, en Del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos*.

<sup>116</sup> Del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos*, p. 139.

<sup>117</sup> *Ibidem*, p. 137-139. Sobre las diferencias entre los mexicas y los “pobladores” véase Navarrete, “Estudio preliminar”, en Del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos*, p. 48 y 77.

falsos dioses con un culto apacible y, por otra parte, los mexicas, seguidores de un demonio (*tlacatecolotl*) e instauradores de la guerra y los sacrificios humanos.

En el prólogo de su otra obra, la *Historia de la conquista*, Del Castillo señala en un solo pasaje su interpretación de la Conquista, dice:

que todas las cosas escritas en este libro son el fin, la destrucción, la terminación del ser de los mexicanos, desde que se extendió el agua divina, la hoguera hasta que los conquistó el capitán Hernando Cortés, Marqués del Valle, cuando él introdujo, hizo entrar por primera vez a México Tenochtitlan, de modo que entró, la divina luz, el divino resplandor solar de Nuestro Señor, el único teutl Dios, Jesucristo, su verdadera fe, su conocimiento, las divinas palabras de su fe.<sup>118</sup>

Hay puntos sumamente relevantes en el texto. Primero, se señala el fin de los mexicas no sólo como poder hegemónico, sino como forma de ser. Al respecto debe notarse que el texto náhuatl usa la palabra “*mexicayeliztli*”, de *yeliztli*, término que puede ser entendido, según el Vocabulario de Molina y el Diccionario de Simeón, como el ser, la naturaleza o el estado de algo; de esta manera la Conquista se revelaría como el fin de la naturaleza de los mexicas, de todo aquello que les era propio, según Del Castillo, esto es, el término de la guerra, la idolatría y los sacrificios humanos. En contraste con las creencias del pasado indígena está la entrada de la fe del verdadero Dios. Aquí, de manera implícita, se señala a Cortés como el instrumento de la providencia para traer la salvación a los indígenas, especialmente a aquellos que no dieron culto al demonio (*tlacatecolotl*) y no realizaban sacrificios humanos, los antiguos pobladores a los que parece adherir Cristóbal del Castillo.<sup>119</sup>

Conviene recordar un pasaje de la obra que sólo se conoce por un breve resumen hecho por Horacio Carocho, en el cual se dice que

<sup>118</sup> Del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos*, p. 163

<sup>119</sup> Cfr. “Las *Historias* de Cristóbal del Castillo”, en José Rubén Romero Galván *et al.*, *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, p. 24.

Huitzilopochtli mandó, a los mexicas, recoger su bulto sagrado y arrojarlo en el sumidero de Pantitlan.<sup>120</sup> No es claro el sentido de esta noticia, pero parece implicar el fin del culto demoniaco que Del Castillo atribuía a los mexicas. Sin embargo, la historia de la Conquista no acaba con la toma de Tenochtitlan, sino que incluye la llegada de los franciscanos y la fundación de su convento en la ciudad de México, esto significa que para Del Castillo la historia de la conquista militar y la evangelización forman una unidad. Posiblemente para este autor la derrota de los mexicas sólo fue un momento necesario en la historia de la redención de los indígenas.

*La tradición acolhua en las obras de Fernando  
de Alva Ixtlilxóchitl*

Las diversas obras históricas de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl constituyen una gran empresa historiográfica de reivindicación del pasado indígena y de legitimación de los señores de Tetzaco y, además, fueron concebidas como instrumentos para servir de apoyo a diversas peticiones dirigidas a la corona española sobre la base de los méritos realizados durante la Conquista por parte de su antepasado y homónimo Ixtlilxóchitl.

Para encontrar el sentido de la Conquista en este autor es necesario recorrer dos caminos que confluyen en el punto en que encara la situación novohispana de principios del siglo XVII.

Los primeros elementos sobre la Conquista se encuentran en un antiguo y prestigioso pueblo, los toltecas. Estos hombres se distinguieron por sus grandes conocimientos y sus extraordinarias habilidades en las artes, de tal manera que el término tolteca pasó a ser sinónimo de artista y sabio.<sup>121</sup> Y, por si fuera poco, los toltecas eran hombres blancos y barbados.

<sup>120</sup> Del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos*, p. 189

<sup>121</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, "Relación sucinta en forma de memorial de la historia de la Nueva España y sus señoríos hasta el ingreso de los españoles", en *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O'Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investiga-

Pero, sobre todo, este pueblo se distinguió por su creencia en una suprema deidad, Tloque Nahuaque, divinidad sin representación física que no exigía sacrificios humanos ni imágenes, era el creador del mundo y de “las demás cosas que hay en él, como son plantas, montes, animales, aves, agua y peces”.<sup>122</sup> En ese sentido, Ixtlilxóchitl afirma que los toltecas supieron cómo esta suprema deidad creó al hombre y a la mujer. Esto ya permite sospechar que, en el concepto de Fernando de Alva, Tloque Nahuaque sea en realidad el Dios cristiano con otro nombre.

También afirma que entre los toltecas vivió un hombre muy religioso, venido de oriente, llamado Quetzalcóatl o Huémac, quien era justo y virtuoso “y enseñó la ley natural y constituyó el ayuno evitando todos los vicios y pecados”.<sup>123</sup> Este hombre instauró el culto a la cruz dándole los nombres de Quiahuitltéotl “dios de la lluvia”, Chichahualiztéotl “dios del esfuerzo” y Tonacaquáhuitl “árbol de nuestro sustento”.<sup>124</sup> Siglos después, cuando llegaron los españoles y pusieron una cruz en Tlaxcala, los indígenas reconocieron que se trataba del antiguo símbolo divino: “estaban muy admirados los tlaxcaltecas que los cristianos adorasen al dios que ellos llamaban Tonacaquáhuitl, que significa árbol del sustento, que así lo llamaban los antiguos”.<sup>125</sup>

ciones Históricas, 1985, p. 397. “Tulteca quiere decir hombre artífice y sabio, porque [los de] esta nación fueron grandes artífices, como hoy en día se ve en muchas partes de la Nueva España en las ruinas de sus edificios”.

<sup>122</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España”, en *Obras históricas*, 2.ª edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 263.

<sup>123</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Sumaria relación de la historia general de esta Nueva España desde el origen del mundo hasta la era de ahora, colegida y sacada de las historias, pinturas y caracteres de los naturales de ella, y de los cantos antiguos con que la observaron”, en *Obras históricas*, 2.ª edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 529-530.

<sup>124</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, en *Obras históricas*, 2.ª edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, v. II, p. 8.

<sup>125</sup> *Ibidem*, p. 214.

Además de estas peculiaridades, Quetzalcóatl era un hombre blanco y barbado,<sup>126</sup> quien, al ver el escaso éxito de su prédica, decidió partir no sin antes pronosticar su propio regreso, “en un año que se llamaría Ce Ácatl, y que para entonces su doctrina sería recibida y sus hijos serían señores, poseerían la tierra y otras muchas cosas, que después muy a la clara se vieron”.<sup>127</sup> Esta profecía ha sido reelaborada para que coincida por completo con la en día se ve en muchas partes de la Nueva España en las ruinas de sus edificios”. conquista española pues, si los hijos de Quetzalcóatl dominarían el territorio, y su enseñanza religiosa sería aceptada, es que se trata del regreso de los cristianos y del cristianismo, como será del todo claro más adelante.

De esta manera, dibuja el perfil de un personaje que, aunque no lo diga explícitamente, tiene todos los rasgos de un preevangelizador. Además, al igual que Durán, deslinda diferentes aspectos del personaje; en su caso separa a Quetzalcóatl Huémac de Topiltzin, quien es presentado como un gobernante de Tula que vivió después del sospechoso evangelizador.<sup>128</sup>

Después de la ruina y dispersión de los sabios toltecas, la Cuenca de México fue ocupada por los grupos chichimecas al mando de su valeroso jefe guerrero Xólotl, quien “fue un hombre de buen cuerpo, blanco y barbado, aunque no mucho, valeroso y de altos pensamientos”.<sup>129</sup> El aspecto físico de Xólotl hace que el lector pronto sospeche cuál es la intención de Ixtlilxóchitl; sospechas que se ven acrecentadas al referir la boda del hijo del caudillo chichimeca, Nopaltzin, quien casó con una mujer de nombre Azcatl Xóchitl, hija del “príncipe” Póchotl, quien a su vez era hijo del “gran tolteca” Topiltzin.<sup>130</sup> De esta manera, los descendientes de Xólotl y de su hijo Nopaltzin son los legítimos herederos del “imperio” de los toltecas.

<sup>126</sup> *Ibidem*, p. 9.

<sup>127</sup> Ixtlilxóchitl, “Sumaria relación de la historia general...”, p. 530.

<sup>128</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 214; véase del mismo autor “Sumaria relación de la historia general...”, p. 531.

<sup>129</sup> Ixtlilxóchitl, “Sumaria relación de todas las cosas...”, p. 304.

<sup>130</sup> *Ibidem*, p. 301.

Además, en el Compendio histórico del reino de Texcoco, se afirma que los señores toltecas acordaron pedir al “monarca” chichimeca de entonces un hijo para casarlo con una hija de los gobernantes toltecas para que tuvieran un vástago al cual “lo jurasen por su rey y señor universal”.<sup>131</sup> Con estos dos matrimonios el linaje tolteca y el chichimeca se funden en uno solo. Con ello, los chichimecas heredaron los derechos sobre los territorios que ocupó el “imperio” tolteca. Además, se relatan actos de toma de posesión del territorio por parte de Xólotl y los principales jefes chichimecas.<sup>132</sup>

Por otra parte, Ixtlilxóchitl tiene cuidado de resaltar que los chichimecas no eran idólatras como otros grupos. Ellos no tenían falsos ídolos, sino que sólo adoraban al sol, al que llamaban padre, y a la tierra, a la que llamaban madre.<sup>133</sup>

Con estas noticias es claro que Ixtlilxóchitl en sus diferentes obras buscaba plantear una continuidad histórica y política de los gobernantes indígenas desde los tiempos toltecas, pasando por los señores chichimecas hasta llegar a Nezahualcóyotl y Nezahualpilli. Es un discurso que señala a los señores acolhuas de Tetzaco, de linaje chichimeca y tolteca, como gobernantes legítimos con derechos políticos sobre los diferentes pueblos de la Cuenca de México, según lo dice en la *Historia de la nación chichimeca*, a propósito del poder y autoridad de la Triple Alianza, “porque estas tres cabezas se fundaban ser señoríos e imperios sobre todas las demás, por el derecho que pretendían sobre la tierra, que había sido de los toltecas cuyos sucesores y herederos eran ellos, y por la población y nueva posesión que de ella tuvo el gran chichimecatl Xólotl su antepasado”.<sup>134</sup>

Así como se busca sustentar una continuidad en la posesión del territorio y en el mando político, también se busca deslindar a los señores de Tetzaco de la religión prehispánica, la cual se juzgaba como idólatra y cruel. De esta forma, Ixtlilxóchitl presenta a un

<sup>131</sup> *Ibidem*, p. 419.

<sup>132</sup> Ixtlilxóchitl, “Sumaria relación de todas las cosas...”, p. 295.

<sup>133</sup> *Ibidem*, p. 289; véase del mismo autor “Relación sucinta en forma de memorial...”, p. 413.

<sup>134</sup> *Ibidem*, p. 103.

Nezahualcóyotl que sólo consentía con los sacrificios humanos debido a la presión de los mexicas, pero en realidad él estaba tras la pista de un dios único “y anduvo mucho tiempo especulando divinos secretos, y alcanzó a saber y declaró que después de los nueve cielos, estaba el creador de todas las cosas y un solo dios verdadero, a quien puso por nombre Tloque Nahuaque; y que había gloria para los justos, e infierno para los malos, y otras muchísimas cosas”.

En este sentido, el esclarecido Nezahualcóyotl denunció el error de las creencias religiosas de los otros pueblos:

Y también dijo que los ídolos eran demonios y no dioses como decían los mexicanos y culhuas, y que el sacrificio que se les hacía de hombres humanos, no era tanto porque se les debía hacer, sino para aplacarlos que no les hiciese mal en sus personas y haciendas, porque si fueran dioses amarían a sus criaturas, y no consentirían que sus sacerdotes los mataran y sacrificaran.<sup>135</sup>

El hijo de Nezahualcóyotl, Nezahualpilli, siguió los sabios y virtuosos pasos de su padre. Este gobernante incluso profetizó la Conquista con estas palabras:

Declaró a sus vasallos y a los demás reyes cómo esta tierra había de ser de los hijos del sol, hombres valerosos e invencibles, y que tenían un señor el mayor del mundo, y que su dios era el Tloque Nahuaque, que quiere decir criador de todas las cosas, y que a esa causa no convenía más ser contra ellos, porque los que tal hiciesen habían de ser destruidos y muertos con rayos del cielo.<sup>136</sup>

Sobre la base de estos relatos Alva Ixtlilxóchitl va forjando la imagen de una continuidad histórica desde los toltecas hasta los señores de Tetzaco. Se plantean sus indudables derechos políticos

<sup>135</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, “Compendio histórico del reino de Texcoco”, en Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 447.

<sup>136</sup> Ixtlilxóchitl, “Relación sucinta en forma de memorial...”, p. 407-408; este párrafo se reproduce casi literalmente en el “Compendio histórico...”, p. 449.

por ser los legítimos herederos del “imperio” tolteca y del “imperio” chichimeca de Xólotl. Los señores de este linaje se distinguen por ser adoradores de Tloque Nahuaque, el dios único, invisible, creador del mundo, y por rechazar la idolatría y los sacrificios humanos que realizaban otros grupos y en especial los mexicas. También debe notarse cómo, a través de reiterar el supuesto mensaje profético, justifica la Conquista y la participación de su antepasado Ixtlilxóchitl en ella; es el cumplimiento de la voluntad divina.

Por otra parte, los señores toltecas, chichimecas y tetzcoanos se caracterizaban por ser blancos; por ejemplo, está el caso de Tecocoltzin, gobernante de Tetzcoco gracias a Cortés, del cual se dice que fue “muy gentilhombre, alto de cuerpo y muy blanco, tanto cuanto podía ser cualquier español por muy blanco que fuese, y que mostraba su persona y término descender y ser del linaje que era”.<sup>137</sup>

Con estos elementos es posible entender la gravedad de la ruptura en esta continuidad causada por los mexicas al controlar Tetzcoco, al traicionar a Nezahualpilli y con la imposición de Cacama en el gobierno del Acolhuacan. Con esto, los mexicas introdujeron la ilegitimidad de su mando político y, por si fuera poco, aumentaron la idolatría y los sacrificios humanos.

Al momento de la Conquista, el mundo indígena se encontraba dominado por fuerzas contrarias a las propias de la tradición tolteca y chichimeca. Alva Ixtlilxóchitl señala que un hijo de Nezahualpilli se opuso a esta situación, mismo que después fue el mayor aliado de Cortés: se trata de su homónimo Ixtlilxóchitl. Este personaje es presentado como una persona predestinada a cumplir un importante papel en la historia. Para empezar nació, según este autor, al mismo tiempo que vio la luz Carlos V, lo cual no aconteció por mera casualidad, sino que revelaba una liga de orden sobrenatural, “pues ambos fueron instrumento principal para ampliar y dilatar la santa fe católica”.<sup>138</sup>

De entrada, se coloca la Conquista y a Ixtlilxóchitl en la perspectiva de la historia universal cristiana; el señor tetzcoano fue instrumento de la divina providencia para extender la religión católica en

<sup>137</sup> Ixtlilxóchitl, “Compendio histórico...”, p. 457.

<sup>138</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 174.

el mundo; al tiempo que es colocado al mismo nivel que Carlos V, pues ambos fueron señalados por Dios para el cumplimiento del plan divino de la historia.

La predestinación de Ixtlilxóchitl se manifestó a los indígenas a través de presagios y profecías:

y los astrólogos y adivinos de su padre el rey [Nezahualpilli], entre otras cosas que pronosticaron de él dijeron que andando el tiempo, este infante había de recibir nueva ley y nuevas costumbres, y ser amigo de naciones extrañas y enemigo de su patria y nación, y que sería contra su propia sangre; dijeron que él vengaría la sangre de tantos cautivos que se acababa de derramar, y sería total enemigo de sus dioses y de su religión, ritos y ceremonias.<sup>139</sup>

El drama de la Conquista está determinado por Dios y todos los personajes son instrumentos de la providencia para el cumplimiento del plan divino de la historia, que parece consistir en el regreso de los adoradores de Tloque Nahuaque.

De acuerdo con el cronista tetzcocano, Ixtlilxóchitl fue el único señor de Tetzcoco que se opuso a los abusos de Motecuhzoma. Defendió la línea de sucesión legítima de su linaje en contra de la imposición de Cacama en el gobierno del Aculhuacan. En la Historia de la nación chichimeca, y sólo en ella, se dice que Ixtlilxóchitl llegó a rebelarse para defender los verdaderos derechos de sucesión e incluso “se salió de la ciudad y se fue retirando hacia la sierra de Metztilan, convocando a todos los que le querían seguir, con voz de oponerse contra el reino de Tetzcuco se hacía y contra sus dos hermanos”.<sup>140</sup>

En lo que toca a la historia de la Conquista, Alva Ixtlilxóchitl destaca ampliamente la participación de Ixtlilxóchitl, siempre apegado a la legitimidad, al tiempo que se muestra fiel aliado de los

<sup>139</sup> *Idem* y agrega “con lo cual persuadían al rey su padre, que con el tiempo le quitasen la vida; y él les respondió que era por demás ir contra lo determinado por el Dios criador de todas las cosas, pues no sin misterio y secreto juicio suyo le daba tal hijo al tiempo y cuando se acercaban las profecías de sus pasados, que habían de venir nuevas gentes a poseer la tierra, como eran los hijos de Quetzalcóatl que aguardaban su venida de la parte oriental; y con esto desvelaba el rey a sus consejeros y adivinos”.

<sup>140</sup> Ixtlilxóchitl, “Historia de la nación chichimeca”, p. 191.

españoles frente a sus enemigos los idólatras mexicas. Así, se presenta a Ixtlilxóchitl ofreciéndose como aliado del capitán español desde el primer momento, al enviar embajadores “a dar la bienvenida a Cortés y a los suyos y a ofrecérsele por su amigo, dándole noticia del estado en que estaban las cosas del imperio, y el deseo de vengar la muerte de su amado padre el rey Nezahualpiltzintli, y liberar el reino del poder de los tiranos”.<sup>141</sup>

Durante las diferentes campañas, Ixtlilxóchitl se destacó por sus habilidades guerreras, dando muerte a los enemigos, organizando las fuerzas de Tetzcoco (las cuales, por supuesto, eran numerosísimas), abasteciendo a sus huestes y a los españoles, e incluso salvando la vida del mismo Hernán Cortés durante el sitio de Tenochtitlan. “Ixtlilxóchitl libró a Cortés y le reprendió mucho porque se había adelantado y no quiso tomar su parecer de nunca adelantarse solo, sin ir con muchos amigos”.<sup>142</sup> La preponderancia del tetzcocano era tal que incluso podía permitirse el lujo de regañar al capitán español.

Por estas y otras grandes acciones, Alva Ixtlilxóchitl afirmó que su homónimo antepasado jugó un papel fundamental en la Conquista, a tal grado que: “después de Dios, Ixtlilxóchitl y los demás sus hermanos y deudos suyos, señores y caudillos [que] ellos eran, se plantó la ley evangélica y se ganó la ciudad de México y otras partes con menos trabajo y costa que lo que podía costar, sino fuera por Tezcucuo y sus reinos y provincias, como está declarado”.<sup>143</sup>

Esta parte es sintomática de la desmedida importancia atribuida al personaje. Los méritos de Ixtlilxóchitl y de Tetzcoco no concluyen con la toma de Tenochtitlan ni con la captura de Cuauhtémoc, sino que continuaron durante los primeros años de la Nueva España.

De particular importancia son los esfuerzos de Ixtlilxóchitl por promover la evangelización. El primero de ellos fue el tener la disposición para aprender la doctrina cristiana que le enseñara fray Pedro de Gante, de manera que, cuando llegó fray Martín de Valencia, él ya conocía lo suficiente para pedir el bautismo. Y no sólo fue el primer señor tetzcocano en ser bautizado, sino que también se

<sup>141</sup> *Ibidem*, p. 201. La mención de la embajada sólo aparece en esta obra.

<sup>142</sup> Ixtlilxóchitl, “Compendio histórico...”, p. 472. Las cursivas son mías.

<sup>143</sup> *Ibidem*, p. 462.

abocó a convencer a otros de la verdad de la fe cristiana y a prepararlos para recibir el bautismo,

enseñando a sus hermanos deudos y parientes la doctrina cristiana, con más policía y las ceremonias y términos al modo castellano, que era muy diferente lo de esta tierra, en donde les decía largas arengas y sermones trayéndoles a la memoria grandes cosas, de tal manera que los enardecía con palabras tan buenas, tan santas que les decía como si fuera un apóstol.<sup>144</sup>

*¿Qué otros méritos se podrían pedir al señor tetzcocano?*

A pesar de los grandes e indiscutibles méritos de Ixtlilxóchitl y de Tetzcoco, éstos no fueron reconocidos por los españoles, sus hazañas fueron olvidadas y en las crónicas no se habla de ellas. El reproche por este olvido empieza con el mismo Hernando Cortés, “y me espanta de Cortés que, siendo este príncipe el mayor y más leal amigo que tuvo en esta tierra, que después de Dios con su ayuda y favor se ganó, no diera noticia de él y de sus hazañas y heroicos hechos siquiera a los escritores e historiadores para que no quedaran sepultados”.<sup>145</sup>

Las brillantes acciones de Ixtlilxóchitl no recibieron premio alguno; al contrario, él y sus descendientes sufrieron toda clase de privaciones, “ya que no se les dio ningún premio, sino que antes lo que era suyo y de sus antepasados se les quitó, y no tan solamente esto, sino que aun unas casas y unas pocas tierras en que vivían sus descendientes aun no se las dejaron”.<sup>146</sup>

Pero lo peor de todo no fue el olvido de sus hazañas y el despojo de sus bienes, sino que también fue el término del linaje que había mandado legítimamente desde el tiempo de los toltecas: “Aquí se acaba el tronco verdadero y por línea directa, de los señores

<sup>144</sup> *Ibidem*, p. 492. Las cursivas son mías.

<sup>145</sup> *Ibidem*, p. 468.

<sup>146</sup> Ixtlilxóchitl, “Relación sucinta en forma de memorial...”, p. 408. Y agrega: “lo cual si diera aviso de todo ello al emperador nuestro señor, yo entiendo que no tan solamente le confirmara lo que era suyo y de sus antepasados sino que le hiciera muchas mercedes y muy señaladas”.

naturales de esta tierra. De éste descendieron las ramas de todos los señores que fueron después de diversas partes de la Nueva España”.<sup>147</sup>

De esta manera tenemos dos vertientes respecto del sentido de la Conquista en las obras de Alva Ixtlilxóchitl. Por una parte, hay una idea de continuidad, según la cual el poder legítimo del imperio tolteca y chichimeca estuvo siempre unido a un linaje de hombres blancos adoradores de Tloque Nahuaque, deidad que no es otra que el dios cristiano, pues dice: “el Tloque Nahuaque, que llaman los castellanos Jesucristo”.<sup>148</sup> Dentro de esta línea de pensamiento la idea que parece perfilarse es que con la Conquista el cristianismo y el gobierno de los hombres blancos volvió a casa.

Por otra parte, los derechos de Tetzcoco se establecen por los descomunales méritos de Ixtlilxóchitl. Pero de esas acciones no se deriva beneficio alguno, al contrario, los descendientes de tan gran hombre no tienen ningún reconocimiento y viven en la pobreza. De esta manera, por un lado tenemos la idea de una restitución, la del cristianismo, y por otro lado una idea de despojo, la pérdida del poder y las riquezas de los señores de Tetzcoco.

### *La tradición chalca en las obras de Chimalpain Cuauhtlehuanitzin*

Chimalpain es un caso especial dentro de la historiografía de tradición indígena de la Conquista, pues es muy interesante señalar que a pesar de ser uno de los autores más prolijos dedica escasas páginas a hablar de este importante acontecimiento. De hecho, sólo se ocupa de ella en dos trabajos, la Tercera y la Séptima de sus relaciones, en las que realmente anota muy pocas cosas. En este caso, las pesquisas deben dirigirse sobre cuáles pudieron ser las razones de esta ausencia en las obras del cronista chalca.

Para tratar de responder a este planteamiento lo primero es constatar que Chimalpain se presenta a sí mismo como un autor

<sup>147</sup> *Idem.*

<sup>148</sup> Ixtlilxóchitl, “Compendio histórico...”, p. 502.

cristiano que escribe para lectores igualmente cristianos. “Todo está contado aquí; así que sosiégate, tú que eres cristiano; no te turbes. Dígnate creer firmemente en un verdadero Dios”.<sup>149</sup>

Podría decirse que toda la obra de Chimalpain está imbuida por ese sentimiento de ser cristiano y de la necesidad de dejar constancia de su fe. Su convicción cristiana junto con su conciencia de pertenecer a los más nobles linajes de Chalco constituyen toda una afirmación y definición de vida.<sup>150</sup> En este punto debemos tener presente que Chimalpain se muestra heredero de dos grandes tradiciones, la chalca prehispánica y la cristiana. La primera de rai-gambre local, de gran apego afectivo a la región de donde provenía, la segunda de fe y de salvación. Ambas tradiciones se funden en sus trabajos históricos y en la idea de la historia que los sustenta.

En el conjunto de sus obras Chimalpain busca dar respuesta a un problema fundamental de su tiempo y de su condición social, ¿qué lugar ocupaban los indígenas en la historia universal? Para comprender su respuesta debe tenerse en cuenta que en su tiempo decir historia universal es hablar de la idea cristiana de salvación.

En este sentido, es sintomático que Chimalpain, en diferentes lugares de la Primera, Segunda y Cuarta relaciones, remita a varios pasajes bíblicos como la creación del mundo y de la primera pareja humana, así como a Noé y el Diluvio y algunos más. De hecho, la Primera relación es un texto que sólo habla de la creación del mundo y de Adán y Eva, así como de algunos aspectos de la doctrina cristiana. De esta manera, Chimalpain declara que se trata de algo que “mucho nos conviene a los que habitamos aquí en Nueva España, los que somos macehuales, para que todos sepamos que sólo una vez fue hecha con tierra, con barro, la simiente, la que se dice, la que se llama primer linaje humano, de la que salimos, nacimos,

<sup>149</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuanitzin, *Octava relación. Obra histórica de Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin*, introducción, estudio, paleografía, versión castellana y notas de José Rubén Romero Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, p. 101.

<sup>150</sup> Sobre estos aspectos véase de José Rubén Romero Galván, “Chimalpain Cuauhtlehuanitzin” e “Introducción”, en Chimalpain, *Octava relación*. Para todo lo concerniente a Chimalpain considero los argumentos de Romero.

por la que constituimos linaje todos los que estamos en el mundo, los que habitamos en la Tierra”.<sup>151</sup>

Los pueblos indígenas son parte indiscutible del linaje humano, hijos de Adán y Eva y, por supuesto, de Dios; en este sentido quedan plenamente integrados al plan divino de la historia. Sin embargo, durante siglos los indígenas no supieron del verdadero Dios y rindieron culto a falsos dioses, tal y como lo dice la Segunda relación:

Ciertamente no conocieron a aquél por quien en verdad llegaron a vivir y tampoco conocieron cuál fue la verdadera luz que deberían seguir, justamente la que iluminó a la gente, la que mostró cosas a la gente, la que le dio ánima y vida, por la que es reconocido el único y verdadero teutl, Dios, Jesucristo, salvador de la gente, el único gracias a quien se vive y existe aquí en la Tierra.<sup>152</sup>

Pero si bien los antiguos pueblos indígenas no conocieron al verdadero Dios, no por ello su historia dejaba de estar determinada por la divina providencia, como puede apreciarse en el caso de la llegada de los chichimecas de tierras desconocidas: “Y fue acaso sólo por la venerable inspiración, acaso sólo por la sublime incitación de Dios Nuestro Señor, que de algún lugar vinieron”.<sup>153</sup> O también en la destrucción de Tula, la cual cayó por la voluntad divina, “se perdió el gran pueblo de Tullan, al que destruyó él solo, Nuestro Señor Jesucristo, a causa de los grandes defectos de los [toltecas]”.<sup>154</sup>

<sup>151</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuantzin, *Primera, Segunda, Cuarta, Quinta y Sexta relaciones de las Diferentes historias originales*, edición de Josefina García Quintana, Silvia Limón, Miguel Pastrana y Víctor M. Castillo F., traducción del Taller de Estudio y Traducción de Textos Nahuas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, f. 1r.

<sup>152</sup> Chimalpain, “Segunda relación”, en *Primera, Segunda, Cuarta, Quinta y Sexta relaciones de las Diferentes historias originales*, edición de Josefina García Quintana, Silvia Limón, Miguel Pastrana y Víctor M. Castillo F., traducción del Taller de Estudio y Traducción de Textos Nahuas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, f. 9r.

<sup>153</sup> Chimalpain, “Cuarta relación”, en *Primera, Segunda, Cuarta...*

<sup>154</sup> Domingo Chimalpain Cuauhtlehuantzin, *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, estudio, paleografía, traducción, notas e índice analítico por Víctor M. Castillo F., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, p. 157.



Lám. 1. *Lienzo de Tlaxcala*, lámina III. Tecoaczinco. Fuente: *El lienzo de Tlaxcala* [facsimilar de los calcos de Diódoro Serrano], edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983



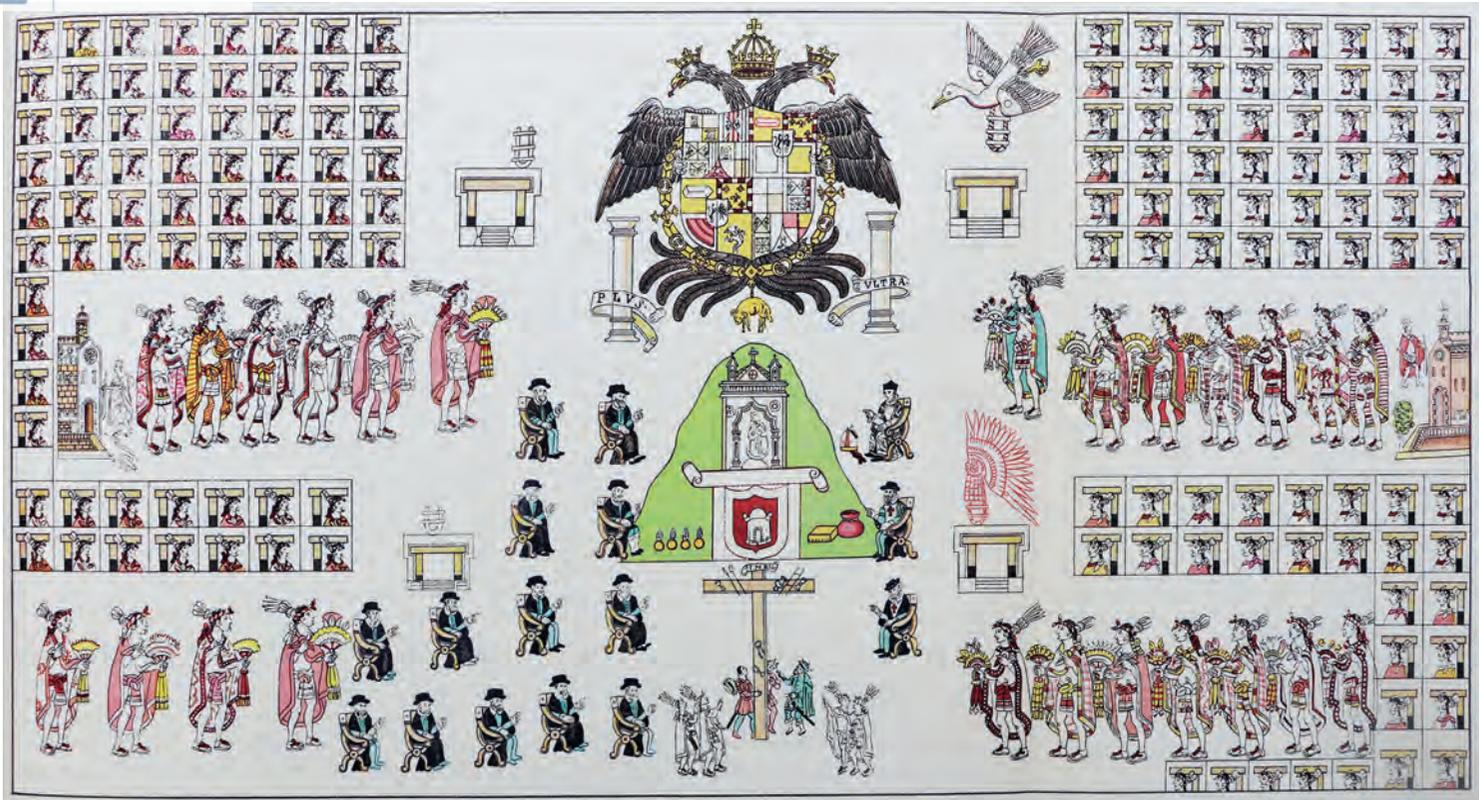
Lám. 2. *Lienzo de Tlaxcala*, lámina V. Recibimiento de Cortés en Tlaxcala. Fuente: *El lienzo de Tlaxcala* [facsimilar de los calcos de Diódoro Serrano], edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983



Lám. 3. *Lienzo de Tlaxcala*, lámina VIII. Bautizo de los señores de Tlaxcala.  
Fuente: *El lienzo de Tlaxcala* [facsimilar de los calcos de Diódoro Serrano], edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983



Lám. 4. *Lienzo de Tlaxcala*, lámina XXIX. Segundo recibimiento en Tlaxcala.  
Fuente: *El lienzo de Tlaxcala* [facsimilar de los calcos de Diódoro Serrano], edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983



Lám. 5. *Lienzo de Tlaxcala*, lámina principal. Alegoría de Tlaxcala. Fuente: *El lienzo de Tlaxcala* [facsimilar de los calcos de Diódoro Serrano], edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983



Lám. 6. Pinturas tlaxcaltecas de la conquista, lámina VIII. Los doce franciscanos.  
Fuente: Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas*, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980



*Bautismo general de y comunion de los naturales a nra S<sup>a</sup> E<sup>a</sup> de nra  
por predicacion de los Religiosos*

Lám. 7. Pinturas tlaxcaltecas de la conquista, lámina IX. Bautizo de los señores de Tlaxcala. Fuente: Fuente: Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980



Lám. 8. Pinturas tlaxcaltecas de la conquista, lámina XII. Justicia contra un idólatra.

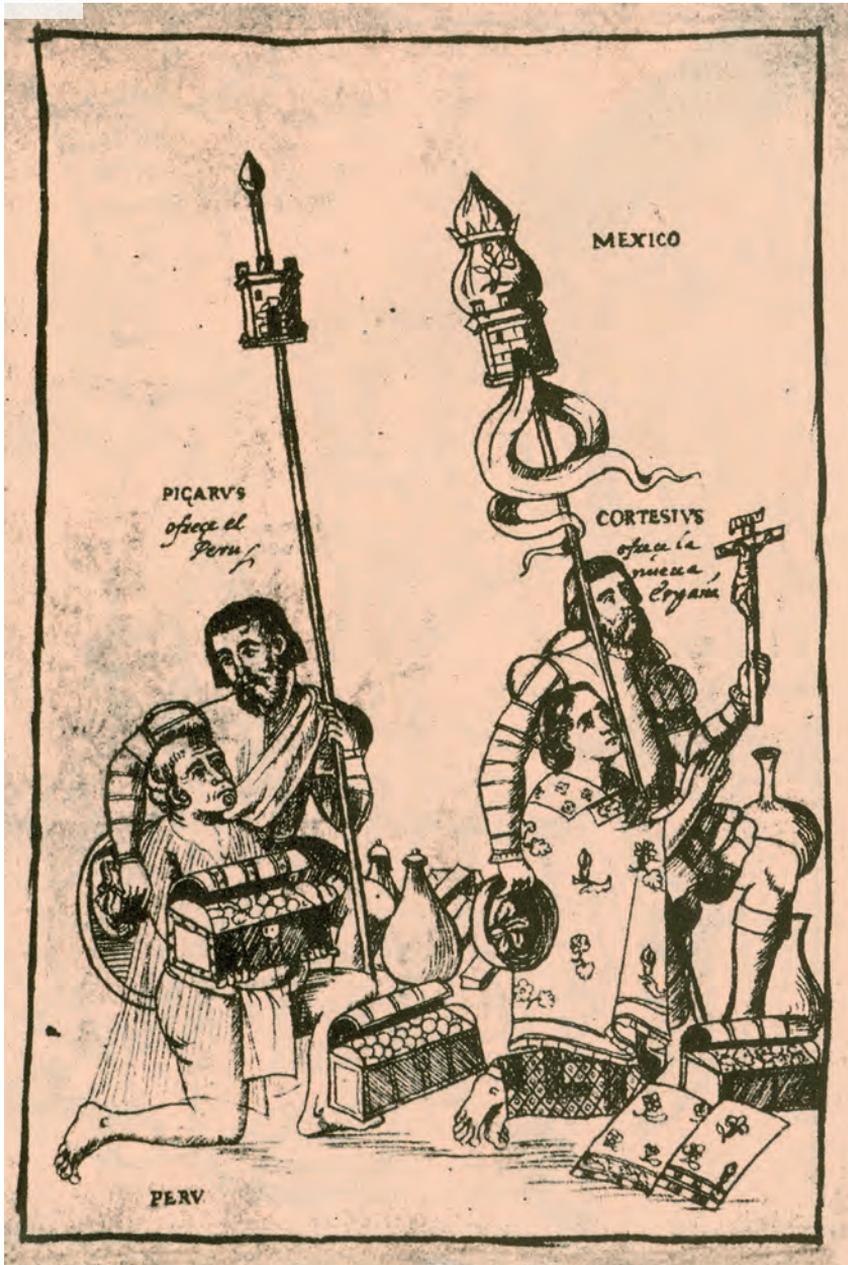
Fuente: Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas*, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980



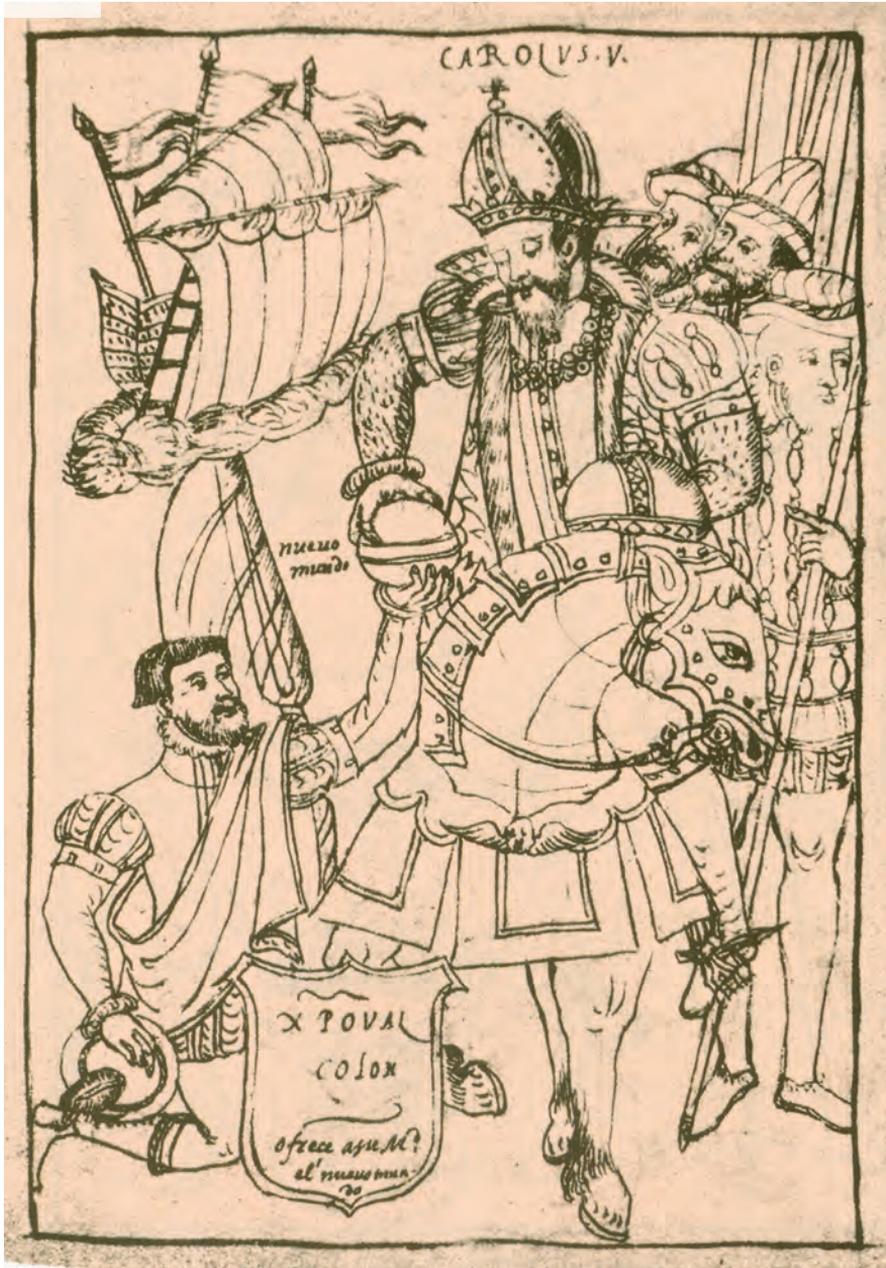
Lám. 9. Pinturas tlaxcaltecas de la conquista, lámina XIX. Provincias indígenas. Fuente: Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980



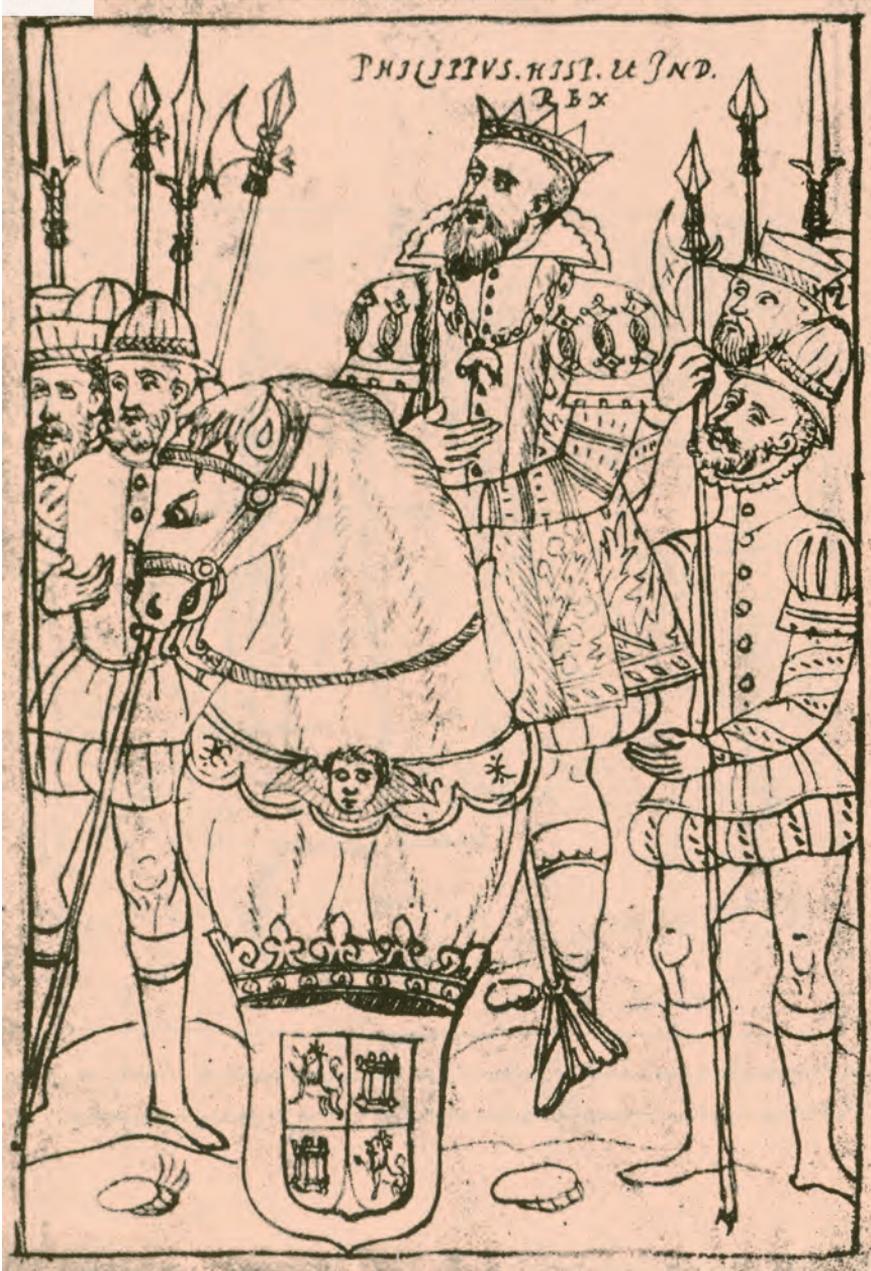
Lám. 10. Pinturas tlaxcaltecas de la conquista, lámina xx. Méritos de Cortés.  
Fuente: Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980



Lám. 11. *Pinturas tlaxcaltecas de la conquista*, lámina XXIII. Cortés y Pizarro ofrecen la Nueva España y el Perú. Fuente: Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980



Lám. 12. Pinturas tlaxcaltecas de la conquista, lámina XXIV. Colón ofrece el Nuevo Mundo a Carlos V. Fuente: Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980



Lám. 13. Pinturas tlaxcaltecas de la conquista, lámina XXV. Felipe II como rey de España y América. Fuente: Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

Chimalpain reconoció el aspecto más negativo del pasado prehispánico, desde el punto de vista de un autor cristiano: la falsedad de su religión y el carácter demoníaco de sus deidades. Como ejemplo de esto, pueden señalarse algunos pasajes del Memorial breve donde llama diablos a algunos de los dioses que guiaban a varios pueblos migrantes; el primero de ellos es el dios de los mexicas, al que llama “diablo Tetzauhtéotl”, también el dios de los teotenancas, Nauyoteuhctli, es llamado diablo y Acollóctal, deidad de los acxoteca, recibe el mismo tratamiento.<sup>155</sup>

Ahora bien, si nos detenemos a considerar estos aspectos en el conjunto de una obra tan vasta (diez historias conocidas) y la declaración de fe cristiana del autor y su esfuerzo por coordinar la historia indígena con la historia cristiana, se impone preguntarse cuál fue el proceso que permitió al indígena cobrar conciencia de ser parte del plan de Dios. La respuesta parece obvia, la Conquista y la evangelización; ése sería el sentido profundo de la Conquista, el permitir la plena incorporación de los pueblos indígenas a la historia a través de su conversión. Pero estos trascendentes hitos sólo son mencionados de pasada por Chimalpain, ¿por qué? Quizá porque para Chimalpain el problema ya no era el impacto inmediato de la derrota mexica, sino el sentido de ser indio en la Nueva España del siglo XVII (véase cuadro 5).

#### COMENTARIO FINAL

Para concluir es necesario retomar la pregunta con la cual se comenzó este capítulo: ¿cuál fue el sentido que los indígenas dieron a la Conquista? Como el lector ya se habrá percatado no es posible dar una sola respuesta, por la sencilla razón de que las diferentes obras y autores que hemos visto dieron diversas respuestas a ese problema.

Ante todo, debemos hacer un deslinde generacional entre las distintas obras que conforman este proceso de conciencia histórica que abarca más o menos 100 años, desde los Anales de Tlatelolco a

<sup>155</sup> *Ibidem*, p. 19, 53, 65.

las Relaciones de Chimalpain. En este periodo tendríamos por lo menos a tres generaciones implicadas: a quienes vivieron la Conquista, a sus hijos y a sus nietos. En ese sentido puede decirse que lo más importante es constatar y reconocer que la transformación de la tradición histórica indígena se articuló conforme a las generaciones, los distintos afanes e intereses de los diferentes autores y de sus linajes. Cada generación se enfrentó a diversas circunstancias conforme a su posición social, la tradición histórica a la cual pertenecían y las necesidades del momento.

Tomando en cuenta lo señalado a lo largo de este capítulo, debe considerarse que las posiciones expresadas por cada autor y en cada obra no son meramente individuales sino manifestaciones de la conciencia colectiva del grupo al que pertenecían. En ese sentido, podemos plantear dos momentos importantes. El primer momento está marcado por el asombro y el impacto cercano de la Conquista; son obras en las cuales el recuerdo de la catástrofe está aún vivo, en donde la admiración es parte importante de la narración de los acontecimientos. Estas obras se nos presentan como esfuerzos colectivos y anónimos, memorias colectivas sin rostro aparente. Este momento está representado principalmente por los Anales de Tlaxelolco y por el “Libro XII” de Sahagún.

En el segundo momento encontramos obras que intentan hacer, desde la perspectiva del tiempo transcurrido, una reflexión más profunda sobre la Conquista; en estas obras se resiente ya el peso de las profundas transformaciones de la sociedad indígena durante la primera mitad del siglo XVI. Son obras que conjugan el respeto a la tradición de los mayores con la circunstancia de vivir en un mundo cristiano.

Este momento contó con tres grandes vías para dar solución al problema fundamental que planteaba continuar con la tradición indígena, que era cómo vincular la tradición historiográfica indígena con las condiciones que iba imponiendo la realidad novohispana durante el siglo XVI; en este sentido el reto era doble, por una parte, era político para hacer frente a las necesidades del momento y, por otra parte, conceptual para tratar de dar una explicación de la circunstancia en la cual se encontraban.

La primera vía de solución es prácticamente exclusiva de los mexicas, pues es el recuerdo del honor y la gloria perdidos, y estaría representada por Tezozómoc en sus dos crónicas, la Mexicana

y la Mexicáyotl; por su parte Diego Durán, en su Historia de las Indias, recogería elementos importantes de esta tradición histórica. Conjugan un orgullo por las hazañas guerreras de su pueblo con el interés por señalar la continuidad de los linajes de los señores tenochcas; con esto parece que debe pensarse en que la memoria mexica servía para sustentar las posiciones políticas de los nobles indígenas novohispanos.

La segunda vía fue la exaltación de los méritos de aquellos grupos que se ostentaban como aliados de los españoles, principalmente los tlaxcaltecas, quienes produjeron un conjunto de obras pictográficas y escritas que tenían como finalidad principal servir de relaciones de méritos y servicios para favorecer los intereses del cabildo indígena de Tlaxcala ante las autoridades españolas en la Nueva España y aun en la misma península.<sup>156</sup>

Tanto el Lienzo de Tlaxcala, como las Pinturas tlaxcaltecas de la Conquista y la Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala, de Muñoz Camargo, deben verse como parte de toda una estrategia política y administrativa de los señores tlaxcaltecas para lograr el cumplimiento de los acuerdos que consideraban incumplidos por parte de la corona española en el siglo XVI.

También Alva Ixtlilxóchitl intentó exaltar, aunque de una manera desmesurada, los méritos de sus antepasados, como forma de sustentar todo un cuerpo de peticiones personales y de grupo en el área de Aculhuacan. Como parte de ese intento son conocidas sus pretensiones sobre el cacicazgo de San Juan Teotihuacán. En este sentido deben destacarse aquellos documentos en los cuales las

<sup>156</sup> Véase Charles Gibson, *Tlaxcala en el siglo XVI*, traducción de Agustín Bárcena, México, Fondo de Cultura Económica/Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1991, p. 154-164; *Actas de Cabildo de Tlaxcala, 1547-1567*, paleografía, traducción y estudio introductorio de Eustaquio Celestino Solís, Armando Valencia y Constantino Medina Lima, México, Archivo General de la Nación, 1984, p. 321-322, 324, 347; Andrea Martínez, "Las pinturas del Manuscrito de Glasgow y el Lienzo de Tlaxcala", *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1990, p. 143-145.

autoridades indígenas de Otumba y de Tetzcocho dieron fe de la veracidad del Compendio histórico del reino de Texcoco de Ixtlilxóchitl, con esto es evidente que buscaban apoyarse mutuamente en su intento por responder a las condiciones tanto de las comunidades como de la nobleza indígena a principios del siglo XVII.<sup>157</sup>

La última vía para responder a los problemas básicos de la tradición indígena fue la de tratar de articular la historia indígena prehispánica con la historia universal, la historia cristiana de salvación. Más allá del recurso obvio de la sincronización de acontecimientos, se impone considerar que, también en este caso, los autores de tradición indígena tuvieron más de una opción; primero, algunos trataron de cristianizar el pasado, desde siempre habían conocido o por lo menos intuido al verdadero Dios, pero los malvados mexicanos impusieron la idolatría y los sacrificios humanos, como puede verse en las obras de Cristóbal del Castillo y en las de Alva Ixtlilxóchitl. Por otra parte, hubo quien, como Chimalpain, vio en el pasado de los pueblos prehispánicos la intervención del verdadero Dios, no importaba que los antiguos hubiesen sido idólatras, siempre habían sido parte del plan divino para la salvación del género humano.

En casi todas las obras está presente la idea de que la Conquista significó el fin de una manera de ser y el inicio de otra. Además es constante la sensación de pérdida, ya sea del poder, de la gloria o de la historia de los pueblos; en casi todas las versiones está presente un afán de recuperación de la tradición prehispánica y de reivindicación de los grupos indígenas.

En todo caso, todos estos autores tuvieron la voluntad de comprender y enfrentar su presente a través del resguardo de las antiguas tradiciones históricas. En todo momento la historia indígena, como memoria colectiva, contó con la posibilidad de tomar nuevas formas para cumplir con su misión primaria, la de permitir a los pueblos y a los grupos reconocerse en su pasado para dar fundamento a su acción en el presente.

<sup>157</sup> Véase el apéndice del “Compendio histórico del reino de Tetzcocho” de Alva Ixtlilxóchitl, p. 517-521.



## PARA TERMINAR

*Ésta es la memoria de las cosas que sucedieron y que hicieron. Ya todo pasó. Ellos hablaban con sus propias palabras y así acaso no todo se entienda en su significado; pero, derechamente, tal como pasó todo, así está escrito. Ya será otra vez muy bien explicado todo.*

Chilam Balam de Chumayel

Después de lo dicho en los capítulos anteriores quedan algunos aspectos que deben ser puntualizados. Por principio de cuentas hay un problema que se presenta a lo largo de las obras de tradición indígena; se trata de una cierta idea de determinismo que permea el tratamiento de la historia de la Conquista.

Al respecto cabe recordar cómo los presagios parecen manifestar una ineluctable voluntad divina para que ocurra el fin del poder de los mexicas. En ese sentido pueden recordarse las palabras de la piedra parlante, así como el simbolismo de diversos presagios del “Libro XII” de Sahagún. También el análisis de la figura de Motecuhzoma en las crónicas puso de manifiesto diversos pasajes en los cuales se expresa la idea de que el fin de los mexicas fue decidido por la divinidad como castigo por las innumerables faltas del gobernante. De igual manera, al abordar el sentido de la Conquista fue posible encontrar diversos puntos que señalaban como causa profunda del acontecimiento la decisión divina. Todos estos aspectos parecen señalar que en las obras de tradición indígena está presente un principio de determinismo.

Por otra parte, este aparente determinismo parece hacer eco con una idea que comúnmente se ha atribuido al pensamiento náhuatl, el fatalismo.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Sobre los conceptos de determinismo y fatalismo entre los antiguos nahuas véase Alfonso Caso, *El pueblo del sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 123-125; Jaques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, traducción de

En ese sentido, la pregunta que corresponde formularse es, como ya se ha dicho, ¿los autores de las crónicas pensaban que la Conquista era inevitable? En una primera lectura la respuesta es afirmativa. Pero es conveniente considerar las obras en su conjunto, ya que en ellas encontramos no sólo la narración de la caída de los mexicas sino también la historia de su encumbramiento. Al principio de algunas obras encontramos el relato de cómo un pueblo migrante se convierte en un estado hegemónico por mandato de su dios, el Tetzáhuitl Huitzilopochtli, y por la valentía y el esfuerzo del grupo dominante.

Si efectivamente puede hablarse de un determinismo en la historia mexicana, éste debe aplicarse a todo su devenir, tanto a sus días de gloria como a su caída. Ambos momentos fueron encauzados por la voluntad divina; pero así como la promesa de poder y riquezas que hiciera Huitzilopochtli requirió para su cumplimiento del concurso de la determinación y el arrojo de los gobernantes mexicas, de igual manera, en su destrucción, la mala actuación de Motecuhzoma es un importante elemento explicativo. Con esto tenemos que la acción del hombre en el mundo es fundamental para el cumplimiento de los designios divinos.

De esta forma, estamos, efectivamente, ante una concepción determinista de la historia, pero que no lo es más que otras concepciones en las cuales la divinidad interviene de manera directa en el devenir del hombre. Es una concepción de la historia en la cual, dentro del rumbo general marcado por la deidad, existe un espacio importante para la acción creadora —o destructora— del hombre; en otras palabras, no hay un determinismo absoluto. Por tanto, para que se pueda hablar con toda propiedad de fatalismo en la conciencia histórica náhuatl habría que incluir en tal “fatalismo” el recuerdo de su propio encumbramiento. Aquí la conclusión es que la Conquista fue tan inevitable como la grandeza del pueblo mexicano; ambas

Carlos Villegas, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 107-108, 115, 121, 123-124; Walter Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, traducción de Sita Garst y Jasmin Reuter, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 184-185, y Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, prólogo de Ángel M. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, p. 197-199, 202.

fueron señaladas por lo divino y en ambas la acción del hombre fue fundamental para que dichos acontecimientos tuvieran lugar.

Por otra parte, es necesario tener en cuenta que las obras de tradición indígena que hemos analizado se enmarcan en un gran proceso de cambio cultural y de transformación radical de las estructuras de la sociedad indígena del Altiplano Central.

Dicho proceso se manifiesta a través de profundos cambios en la tradición histórica náhuatl. Así lo demuestran tanto el paso de las obras anónimas a las obras de autoría individual, como la aparición de elementos europeos y cristianos más sutiles, pero no menos importantes, tales como el uso del término “diablo” para referirse a los antiguos dioses o la equiparación de los cargos políticos indígenas con los títulos de la nobleza española.

Como es de esperarse, pueden encontrarse en las obras de tradición indígena elementos de esa transformación. Así, en los *Anales de Tlatelolco* y en el “Libro XII” de la *Historia general* de Sahagún el contenido cristiano es mínimo, por no decir nulo. Significativamente, éstas son las obras más tempranas.

Mientras que en las obras más tardías, como las de Tezozómoc, Muñoz Camargo, Del Castillo, Ixtlilxóchitl y Chimalpain encontramos, junto a la voluntad por preservar y continuar la tradición historiográfica indígena, el interés por situar e interpretar el devenir de los pueblos indígenas conforme al concepto cristiano de la historia. Esta característica es central para comprender la estructuración de las obras, ya que a pesar de tratar de mantener una antigua tradición la renovaron con los nuevos elementos que les imponía su entorno cultural.

Por una parte, las crónicas hacen la recuperación de ese pasado, sobre todo del recuerdo de las glorias de los grupos dominantes mexicas, tlatelolcas o chalcas, mientras que por otra parte hay una condena implícita —y a veces explícita— de la idolatría y la tiranía antiguas. Éste es un doble juego de las crónicas respecto del pasado prehispánico, lo que en cierta forma implica deslindarse de una parte de él.

Esto pone de manifiesto un conflicto y una tensión en los autores de fines del XVI y principios del XVII con respecto a su pasado. Pero ¿cuál es esa tensión? ¿Cuál es el conflicto?

Es la situación social, política, económica y cultural que afronta la nobleza indígena colonial que ha perdido su posición de privilegio. Los nobles, después de la Conquista, ya no fueron objeto de distinciones, ya no pudieron disfrutar de las riquezas, de los artículos suntuarios y de los atavíos que testimoniaban su rango; en lo cultural fueron el objetivo estratégico de las órdenes mendicantes para la transformación de la conciencia religiosa indígena. Y fue precisamente con los religiosos que aprehendieron aspectos importantes de la cultura de los vencedores.<sup>2</sup>

Aquí es necesario hacer un corte generacional entre los autores de las obras más tempranas que recogen el impacto directo de la Conquista y el testimonio de los testigos presenciales, en tanto que sus hijos, nietos y bisnietos, a lo largo del siglo XVI y principios del XVII, emprenden un trabajo de preservación y recuperación de la memoria histórica de los grupos de linaje; son hombres ya cristianos que conjugan en su ser y en sus escritos la fe católica con la tradición del grupo dominante indígena. Se trata de nobles reconocidos por la autoridad española, pero con un poder efectivo mínimo, incapaces de emprender grandes acciones como sus antepasados y dedicados a ser intermediarios entre las instituciones españolas y las comunidades indígenas.

Por todo esto, bien podemos afirmar que la historiografía de tradición indígena sobre la Conquista se mueve entre el impacto directo de la catástrofe y el recuerdo vivo de la derrota, y la nostalgia del poder perdido, conjugado siempre con las necesidades imperiosas del momento para justificar pretensiones y títulos. De igual ma-

<sup>2</sup> No siendo éste el lugar de entrar en detalles de dicho proceso, el lector puede ver los siguientes estudios: de Silvio Zavala y José Miranda, "Instituciones indígenas en la colonia", en Alfonso Caso, Silvio Zavala, José Miranda y Moisés González Navarro, *La política indigenista en México. Métodos y resultados*, 2 v., México, Instituto Nacional Indigenista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, p. 102-106; de Charles Gibson, *Los aztecas bajo el dominio español 1521-1821*, 9.<sup>a</sup> edición, traducción de Julieta Campos, México, Siglo XXI, 1986, p. 157-162; de James Lockhart, *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, traducción de Roberto Reyes Mazzoni, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 151-162. Aunque no se refiere al Altiplano Central de México, el mejor estudio sobre el tema es sin duda el de Delfina López Sarrelange, *La nobleza indígena de Pátzcuaro en la época virreinal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965, *passim*.

nera, en las crónicas perduran ciertos conceptos indígenas, expresados en imágenes metafóricas de contenidos tradicionales, como son la descripción del corazón de Motecuhzoma o su intención de huir al Cincalco, aspectos que señalan la continuidad y preservación de importantes conceptos indígenas sobre la historia y el poder, además de conjuntarlos con elementos interpretativos cristianos, y de reconocer la presencia de algunos paralelismos culturales, como la aceptación de la existencia de presagios, o de las consecuencias de la mala actuación de los gobernantes.

Por ello, es posible sustentar que estamos ante un interesante proceso de transformación de la concepción indígena de la historia, que se manifiesta en su producción historiográfica, proceso que podríamos designar como “mestizaje historiográfico”, en el cual se presenta la confluencia de la tradición indígena con la cristiana. Ambas tradiciones históricas se funden en estas obras, de ahí su riqueza conceptual y las particulares dificultades para su aprehensión. De esto se deriva una de las conclusiones más importantes, pues temas tan conocidos como la cobardía de Motecuhzoma, la tan llevada y traída identidad de los españoles como dioses y otros asuntos más, antes que ser datos “duros” o “datos positivos”, para emprender la reconstrucción histórica de la conquista española, son interpretaciones, recursos tradicionales y discursivos de los que se valió la historiografía náhuatl para comprender y asimilar la conquista militar y poder enfrentar su presente.

Posiblemente la mejor manera de terminar y de ilustrar el doble carácter de las obras, cristianas e indígenas o, más bien, producto de una tradición indígena ya cristianizada, sea recordar las palabras que le dijo un indio a fray Diego Durán para explicar su actitud religiosa:

—Padre, no te espantes, pues todavía estamos *nepantla*, y como entendiese lo que quería decir por aquel vocablo y metáfora, que quiere decir “estar en medio”, torné a insistir me dijese qué medio era aquel en que estaban. Me dijo que, como no estaban aún bien arraigados en la fe, que no me espantase; de manera que aún estaban neutros, que ni bien acudían a la una ley, ni a la otra, o por mejor decir, que creían en Dios y que juntamente acudían a sus costumbres antiguas y ritos



del demonio, y esto quiso decir aquel en su abominable excusa de que aún permanecían “en medio y eran neutros”.<sup>3</sup>

Conviene retener en la mente la referencia a un contexto de transición cultural, implícita en el término *nepantla*, para comprender el conjunto de la historiografía de tradición indígena novohispana, reconociendo siempre tanto los matices particulares de cada una de las obras, como el enorme esfuerzo intelectual por mantener y revitalizar una memoria histórica que permitía la identidad de los grupos de poder indígenas en las condiciones de la Nueva España.

<sup>3</sup> Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 v., 2.<sup>a</sup> edición, introducción, paleografía, notas y vocabularios de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1984, v. I, p. 237.



## OBRAS CONSULTADAS

- Actas de Cabildo de Tlaxcala, 1547-1567*, paleografía, traducción y estudio introductorio de Eustaquio Celestino Solís, Armando Valencia y Constantino Medina Lima, México, Archivo General de la Nación, 1984, 468 p.
- ACOSTA, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias. En que se trata de las cosas notables del cielo, elementos, metales, plantas y animales dellas y los ritos y ceremonias, leyes y gobierno de los indios*, prólogo, notas y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, cl + 444 p. (Biblioteca Americana, 34).
- AGUILAR, Francisco de, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices por Jorge Gurriá Lacroix, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980, 228 p. (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 7).
- ALAMÁN, Lucas, *Disertaciones sobre la república mexicana. Antología*, estudio introductorio y selección de Leopoldo Solís y Guillermina del Valle, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, 318 p. (Cien de México).
- ALONSO, Martín, *Enciclopedia del idioma*, 3 v., México, Aguilar, 1990.
- ALVA IXTLILXÓCHITL, Fernando de, “Compendio histórico del reino de Texcoco”, en Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985 (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 4), v. I, p. 417-521.
- , “Historia de la nación chichimeca”, en *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985 (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 4), v. II, p. 7-263.

\_\_\_\_\_, “Relación sucinta en forma de memorial de la historia de la Nueva España y sus señoríos hasta el ingreso de los españoles”, en *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985 (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 4), v. I, p. 397-413.

\_\_\_\_\_, “Sumaria relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España”, en *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985 (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 4), v. I, p. 263-393.

\_\_\_\_\_, “Sumaria relación de la historia general de esta Nueva España desde el origen del mundo hasta la era de ahora, colegida y sacada de las historias, pinturas y caracteres de los naturales de ella, y de los cantos antiguos con que la observaron”, en *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio, y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985 (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 4), v. I, p. 525-562.

ALVARADO TEZOZÓMOC, Fernando, *Crónica mexicana*, edición facsimilar, 3.<sup>a</sup> edición, edición de Manuel Orozco y Berra, México, Porrúa, 1980, 712 p. (Biblioteca Porrúa, 61).

\_\_\_\_\_, *Crónica mexicáyotl*, introducción, paleografía y traducción de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1975, xxvii + 190 p.

“Anales de Cuauhtitlan”, en *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles*, 3.<sup>a</sup> edición, introducción, traducción y notas de Primo Feliciano Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, xxii + 162 p., láms., p. 1-118.

*Anales de Tlatelolco. Unos annales históricos de la nación mexicana y Códice de Tlatelolco*, prefacio, traducción y notas de Heinrich Berlin, interpretación del códice por Robert H. Barlow, México, Rafael Porrúa, 1980, xxxiv + 128 p.

“[Anales de Tlatelolco] Relatos de la conquista por un autor anónimo de Tlatelolco”, traducción de Ángel M. Garibay, en *Sahagún, Historia general de las cosas de la Nueva España*, 5.<sup>a</sup> edición, proemio, introducción, numeración, notas y apéndices de Ángel M. Garibay, México, Porrúa,

1982, 1094 p. (“Sepan cuantos...”, 300), p. 813-822. [Citado como: “[Anales de Tlatelolco] Relatos de la conquista...”, ed. de Garibay].

*Unos annales históricos de la nación mexicana. Manuscrito n. 22, Manuscrito n. 22 bis de la Biblioteca Nacional de París*, edición facsimilar, edición de Ernest Mengin, Copenhague, Sumptibus Einar Munks-gaard, 1945, 102 p. (Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi, II).

ARENAS, Pedro de, *Vocabulario manual de las lenguas castellana y mexicana*, edición facsimilar, estudio introductorio de Ascensión H. de León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, LXXXIX + 160 p.

BARLOW, Robert H., “El Códice Azcatitlan”, en Robert H. Barlow, *Fuentes y estudios sobre el México indígena*, edición de Jesús Monjaraz-Ruiz, Elena Limón y María de la Cruz Paillés Hernández, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad de las Américas, 1994, XX + 524 p., ils. (Obras de Robert H. Barlow, 5), p. 179-216.

———, “La ‘Crónica X’: versiones coloniales de la historia de los mexica tenochca”, en Robert H. Barlow, *Los mexicas y la triple alianza*, edición de Jesús Monjaraz-Ruiz, Elena Limón y María de la Cruz Paillés Hernández, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad de las Américas, 1990, XX + 320 p., ils. (Obras de Robert H. Barlow, 3).

BAUDOT, Georges, “Prefacio: contexto etnohistórico”, en *Relatos aztecas de la conquista*, edición de Georges Baudot y Tzvetan Todorov, traducción de Guillermina Cuevas, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, 484 p. (Los Noventa, 7), p. 11-54.

———, “Anales de Tlatelolco”, en *Relatos aztecas de la conquista*, edición de Georges Baudot y Tzvetan Todorov, traducción de Guillermina Cuevas, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, 484 p. (Los Noventa, 7), p. 202.

BERLIN, Heinrich, “Prefacio”, en *Anales de Tlatelolco. Unos Annales históricos de la nación mexicana y Códice de Tlatelolco*, prefacio, traducción y notas de Heinrich Berlin, interpretación del códice por Robert H. Barlow, México, Rafael Porrúa, 1980, XXXIV + 128 p., p. VII-XV.

BLOCH, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, traducción de María Jiménez y Danielle Zaglavsky, edición crítica de Étienne Bloch, prefacio de Jaques Le Goff, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1996, 398 p.



BOTURINI BENADUCI, Lorenzo, *Idea de una nueva historia general de la América septentrional*, 2.<sup>a</sup> edición, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1986, LXXII + 158 p. (“Sepan cuantos...”, 278).

BUSTAMANTE GARCÍA, Jesús, *Fray Bernardino de Sahagún, una revisión crítica de los manuscritos y de su proceso de composición*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, 516 p.

CAMELO, Rosa y José Rubén Romero Galván, “Estudio preliminar”, en Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de tierra firme*, 2 v., estudio preliminar de Rosa Camelo y José Rubén Romero, paleografía de Francisco González Vera, notas de José Fernando Ramírez, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, láms. (Cien de México), p. 15-49.

CARBONELL, Charles Olivier, *La historiografía*, traducción de Aurelio Garzón, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 164 p. (Brevarios, 353).

CARRERA ESTAMPA, Manuel, “Algunos aspectos de la ‘Historia de Tlaxcala’ de Diego Muñoz Camargo”, en Hugo Díaz-Thomé, Fernando Sandoval, Manuel Carrera Stampa, Carlos Bosch García, Ernesto de la Torre, Enriqueta López Lira y Julio Le Riverend Brusone, *Estudios de historiografía de la Nueva España*, introducción de Ramón Iglesia, México, El Colegio de México, 1995, 330 p., p. 91-142.

CASO, Alfonso, *El pueblo del sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 126 p., ils.

CASTILLO, Cristóbal del, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*, estudio introductorio, paleografía, traducción y notas de Federico Navarrete Linares, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991, 226 p.

CASTILLO F., Víctor M., “Estudio preliminar”, en Domingo F. Chimalpain, *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, estudio, paleografía, traducción, notas e índice analítico por Víctor M. Castillo F., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, LXVIII + 160 p. (Serie Cultura Náhuatl. Fuentes, 9), p. XI-XLIV.

———, “Estudio preliminar”, en Domingo F. Chimalpain, *Primer amoxtili libro. 3a relación de las Diferentes historias originales*, estudio, paleografía, traducción, notas, repertorio y apéndice por Víctor M. Castillo

- F., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, CIX + 238 p. (Serie Cultura Náhuatl. Fuentes, 10), p. v-LVIII.
- CERVANTES DE SALAZAR, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, prólogo de Juan Miralles Ostos, México, Porrúa, 1985, XXXX + 860 p. (Biblioteca Porrúa, 84).
- CHAVERO, Alfredo, “Explicación del ‘Lienzo de Tlaxcala’”, en *Lienzo de Tlaxcala*, edición facsimilar [calcos de Diódoro Serrano], edición de Alfredo Chavero, *Artes de México. La conquista de México*, número especial, año XI, 1964, n. 51-52, 80 p., láms., p. 1-80.
- , “Historia Antigua”, en Vicente Riva Palacio, Alfredo Chavero, Julio Zárate, Enrique de Olavarría y Ferrari, José María Vigil y Manuel Dublán, *México a través de los siglos. Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual*, 16 v., México, Cumbre, ils., v. I-III.
- CHIMALPAIN CUAUHTLEHUANITZIN, Domingo Francisco de San Antón Muñón, *Primera, Segunda, Cuarta, Quinta y Sexta relaciones de las Diferentes historias originales*, edición de Josefina García Quintana, Silvia Limón, Miguel Pastrana y Víctor M. Castillo F., traducción del Taller de Estudio y Traducción de Textos Nahuas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, I + 168 p. (Serie Cultura Náhuatl. Fuentes, 11).
- , *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, estudio, paleografía, traducción, notas e índice analítico por Víctor M. Castillo F., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1991, LXVIII + 158 p. (Serie Cultura Náhuatl. Fuentes, 9).
- , *Las ocho relaciones y el Memorial de Colhuacan*, 2 v., paleografía y traducción de Rafael Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998 (Cien de México).
- , *Octava relación. Obra histórica de Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin*, introducción, estudio, paleografía, versión castellana y notas de José Rubén Romero Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, 204 p. (Serie Cultura Náhuatl. Fuentes, 8).

\_\_\_\_\_, *Primer amoxtli libro. 3a relación de las Différentes histoires originales*, estudio, paleografía, traducción, notas, repertorio y apéndice por Víctor M. Castillo F., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1997, CX + 238 p. (Serie Cultura Náhuatl. Fuentes, 10).

\_\_\_\_\_, “Séptima relación”, en Domingo F. Chimalpain, *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, introducción y traducción por Silvia Rendón, prefacio por Ángel M. Garibay, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 366 p., mapa (Biblioteca Americana), p. 164-294.

\_\_\_\_\_, *Séptima relación*, introducción, paleografía, traducción, notas, índice temático y onomástico y apéndices por Josefina García Quintana, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, xcvi + 336 p. (Serie Cultura Náhuatl. Fuentes, 12).

CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, 8.<sup>a</sup> edición, prólogo de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1987, xxxviii + 622 p. (“Sepan cuantos...”, 29).

CLINE, Howard F., “Notas sobre la historia de la conquista de Sahagún”, en *Historia y sociedad en el mundo de habla española. Homenaje a José Miranda*, Bernardo García Martínez (ed.), México, El Colegio de México, 1970, 396 p.

*Codex Mexicanus*, *Bibliothèque Nationale de Paris*, edición facsimilar, n. 23-24, París, Société des Américanistes, 1949, CII láms.

“Códice Aubin”, en *Geschichte der azteken. Codex Aubin und verwandte dokumente*, edición facsimilar, edición, paleografía, traducción y notas de Gerdt Kutscher y Walter Lehmann, introducción de Gunter Vollmer, Berlin, Gebr. Mann Verlag, 1981, xxxiv + 210 p. (Quellenwerk zur alten Geschichte amerikas, XIII), p. 1-60. [Citado como: “Códice Aubin”, ed. Kutscher]

*Códice Aubin. Historia de la nación mexicana*, edición facsimilar, edición, introducción, notas, índices, paleografía y traducción de Charles E. Dibble, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1953, 112 p. + 158 láminas (Chimalistac, 16). [Citado como: *Códice Aubin*, ed. Dibble]

“Códice Aubin”, traducción y notas de Georges Baudot, en *Relatos aztecas de la conquista*, edición de Baudot y Tzvetan Todorov, traducción de Guillermina Cuevas, México, Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultu-

ra y las Artes, 1989, 484 p. (Los Noventa, 7), p. 209-215. [Citado como: “Códice Aubin”, ed. Baudot]

*Códice Azcatitlan*, edición facsimilar, París, Bibliotheque Nationale de France/Société des Américanistes, 1995.

*Códice Boturini (Tira de la peregrinación)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1975. [Edición de dibujo de línea]

“Códice Ramírez”, en Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, edición facsimilar, 3.<sup>a</sup> edición, edición de Manuel Orozco y Berra, México, Porrúa, 1980, 712 p. (Biblioteca Porrúa, 61), p. 17-149.

“Códice Telleriano-Remensis”, en Lord Kingsborough, *Antigüedades de México*, 4 v., prólogo de Agustín Yáñez, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1964-1967, v. I, p. 151-338.

*Códice Vaticano A. 3738*, edición facsimilar, Ferdinand Anders y Maarten Jansen, México, Fondo de Cultura Económica/Akademische Druck- und Verlagsanstalt, 1996 (Códices Mexicanos, XII).

*Conquista y colonización en México*, edición, introducción, selección y notas de José María Muriá, México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, 1982, 218 p. (Secretaría de Educación Pública/80, 31).

CORTÉS, Hernán, *Cartas de relación*, 13.<sup>a</sup> edición, nota preliminar de Manuel Alcalá, México, Porrúa, 1983, XXIV + 332 p., láms. (“Sepan cuantos...”, 7).

“Costumbres, fiestas, enterramientos y diversas formas de proceder de los indios de Nueva España”, en *Tlalocan*, paleografía de Federico Gómez de Orozco, v. II, n. 1, 1945, p. 37-63.

DAKIN ANDERSON, Karen, “El náhuatl del *Códice Azoyú 1* y el *Lienzo de Tlapa*”, en *Arqueología y etnohistoria del Estado de Guerrero*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986, 592 p., ils., p. 311-317.

*Die Geschichte der Konigreiche von Culhuacan und Mexico*, estudio, paleografía, traducción y notas de Walter Lehmann, Stuttgart, Verlag von W. Kohlhammer, 1938, VI + 392 p. (Quellenwerk zur alten Geschichte Amerikas, 1).

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición, índices y prólogo de Carmelo Sáenz de Santa María, México, Alianza, 1991, XXII + 972 p.

DURÁN, Diego, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la tierra firme*, 2 v., 2.<sup>a</sup> edición, introducción, paleografía, notas y vocabularios de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1984, láms. (Biblioteca Porrúa, 36 y 37).

———, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de tierra firme*, 2 v., estudio preliminar de Rosa Camelo y José Rubén Romero, paleografía de Francisco González Vera, notas de José Fernando Ramírez, México, Centro Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, láms. (Cien de México). [Citado como: Durán, *Historia de las Indias*, ed. Ramírez].

ESPINOSA PINEDA, Gabriel, *El embrujo del lago. El sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1996, 434 p., ils. (Serie Historia de la Ciencia y la Tecnología, 7).

GARCÍA GRANADOS, Rafael, *Diccionario biográfico de historia antigua de México*, 2.<sup>a</sup> edición, 3 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1995 (Primera Serie, 23).

GARCÍA QUINTANA, Josefina, “Contexto histórico de Tlaxcala”, en *El lienzo de Tlaxcala*, [facsimilar de los calcos de Diódoro Serrano], edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983, 176 p., p. 9-33.

———, “El Huehuetlatolli —antigua palabra— como fuente para la historia sociocultural de los nahuas”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1976, v. XII, p. 61-71.

GARIBAY K., Ángel María, *Historia de la literatura náhuatl*, prólogo de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1992, XXXI + 924 p. (“Sepan cuantos...”, 626).

GIBSON, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español 1521-1821*, 9.<sup>a</sup> edición, traducción de Julieta Campos, México, Siglo XXI, 1986, 532 p.

———, *Tlaxcala en el siglo XVI*, traducción de Agustín Bárcena, México, Fondo de Cultura Económica/Gobierno del Estado de Tlaxcala, 1991, 286 p., ils.

GILLESPIE, Susan D., *Los reyes aztecas. La reconstrucción del gobierno en la historia mexicana*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Siglo XXI, 1993, 350 p., ils.

GONZÁLEZ TORRES, Yólotl, *El culto a los astros entre los mexicas*, México, Secretaría de Educación Pública/Diana, 1979, 182 p., ils. (SepSetentas, 217).

———, “La religiosidad de los mexicas”, en *Nuestros orígenes*, Dubernard, Luis Everaert, y otros, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Universidad Iberoamericana/Departamento del Distrito Federal, 1994, 227 p., ils. (Ensayos sobre la Ciudad de México, 1), p. 175-197.

GRAULICH, Michel, *Quetzalcóatl y el espejismo de Tollan*, Antwerpen, Instituut voor Amerikanistiek, 1988, 298 p. (Occasional publications, 1).

———, “Los presagios de la caída del imperio azteca”, *Cuicuilco*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, julio-diciembre 1992, n. 31 y 32, p. 93-100.

GRUZINSKI, Serge, *El poder sin límites. Cuatro respuestas indígenas a la dominación española*, traducción de Phillippe Cheron, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Instituto Francés de América Latina, 1988, 212 p.

GURRÍA LACROIX, Jorge, *Códice entrada de los españoles en Tlaxcala*, edición facsimilar, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966, 28 p., láms.

———, “La conquista de México”, en *Historia de México*, Miguel León-Portilla *et al.*, 13 v., Barcelona, Salvat, 1975, v. IV, p. 17-40.

GUZMÁN, Eulalia, “Aclaraciones y rectificaciones”, en *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*, edición de Eulalia Guzmán, México, Libros Anáhuac, 1958, CXXVIII + 550 p.

———, “Prólogo”, en *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac*, edición de Eulalia Guzmán, México, Libros Anáhuac, 1958 p. XI-CXXVIII.

“Histoire du Mexique”, en *Teogonía e historia de los mexicanos, Tres opúsculos del siglo XVI*, 4.<sup>a</sup> edición, edición de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1979, 160 p. (“Sepan cuantos...”, 37), p. 91-120.

“Historia de los mexicanos por sus pinturas”, en *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, 4.<sup>a</sup> edición, edición de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1979, 160 p. (“Sepan cuantos...”, 37), p. 23-90.

*Historia tolteca-chichimeca*, edición facsimilar, edición de Paul Kirchhoff, Lina Odena Güemes y Luis Reyes García, México, Fondo de Cultura

Económica/Centro de Investigaciones y Estudios en Antropología Social/Gobierno del Estado de Puebla, 1989, 290 p.

IGLESIA, Ramón, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1990, 254 p.

———, *El hombre Colón y otros ensayos*, introducción de Álvaro Matute, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 274 p.

KRICKEBERG, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, traducción de Sita Garst y Jasmin Reuter, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 476 p., ils.

LAFAYE, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, prólogo de Octavio Paz, traducción de Ida Vitale y Fulgencio López Vidarte, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, 516 p., láms.

———, “El ‘Manuscrito Tovar’ en su contexto histórico”, en Jacques Lafaye, *Mesías, cruzadas, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades ibéricas*, traducción de Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 210 p., p. 103-115.

LEAL, Luis, “El Libro XII de Sahagún”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, 1955, v. v, n. 2, p. 184-210.

LEÓN-PORTILLA, Miguel, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, prólogo de Ángel M. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1983, 412 p., ils.

———, “Imágenes de los otros en Mesoamérica antes del encuentro”, en *De palabra y obra en el Nuevo Mundo. 1. Imágenes interétnicas*, edición de Miguel León-Portilla, Manuel Gutiérrez Estévez, Gary H. Gossen y J. Jorge Klor de Alva, México, Siglo XXI, 1992, XXII + 542 p., p. 35-56.

———, “Introducción general”, en *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, edición facsimilar, introducciones, selección y notas de Miguel León-Portilla, traducción de Ángel M. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, XXVI + 212 p., ils., p. v-xxvi.

———, “Las profecías del encuentro. Una apropiación mesoamericana del otro”, en *De palabra y obra en el Nuevo Mundo. 2. Encuentros interétnicos*, edición de Miguel León-Portilla, Manuel Gutiérrez Estévez, Gary H. Gossen y J. Jorge Klor de Alva, México, Siglo XXI, 1992, XVIII + 566 p., p. 225-248.

- , “Profecías y portentos en vísperas de la conquista”, en *Ideas y presagios del descubrimiento de América*, Leopoldo Zea (coord.), México, Fondo de Cultura Económica, 1991, 194 p., p. 53-82.
- , “Quetzalcóatl y Cortés”, en *Historia de México*, Miguel León-Portilla *et al.*, 13 v., Barcelona, Salvat, 1975, v. IV, p. 99-114.
- “Leyenda de los soles”, en *Códice Chimalpopoca. Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles*, 3.<sup>a</sup> edición, introducción, traducción y notas de Primo Feliciano Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992, XXII + 162 p., láms., p. 119-142.
- El lienzo de Tlaxcala* [facsimilar de los calcos de Diódoro Serrano], edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983, 176 p.
- Lienzo de Tlaxcala*, edición facsimilar, edición de Alfredo Chavero, número especial de Artes de México. *La conquista de México*, n. 51-52, año XI, 1964, 80 p., láms.
- LIMÓN OLVERA, Silvia, “Los códices transcritos del Altiplano Central de México”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, José Rubén Romero Galván *et al.*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 366 p. (Historiografía Mexicana, I), p. 85-114.
- LIMÓN OLVERA, Silvia, y Miguel Pastrana Flores, “Códices transcritos con pictografías”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, José Rubén Romero Galván *et al.*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 366 p. (Historiografía Mexicana, I), p. 115-132.
- LOCKHART, James, *Los nahuas después de la Conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*, traducción de Roberto Reyes Mazzoni, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, 718 p., ils.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, “Cuarenta clases de magos en el mundo náhuatl”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1967, v. VII, p. 87-117.
- , *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, ils.

\_\_\_\_\_, “Estudio acerca del método de investigación de fray Bernardino de Sahagún”, en *La investigación social de campo en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1976, 318 p., p. 9-56.

\_\_\_\_\_, *Hombre-Dios. Religión y política en el mundo náhuatl*, 2.<sup>a</sup> edición, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, 210 p.

\_\_\_\_\_, *Los mitos del tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*, México, Alianza, 1990, 542 p., ils.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco, *Historia de la conquista de México*, 2 v., edición, introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Pedro Robredo, 1943.

\_\_\_\_\_, *Historia general de las Indias*, 2 v., notas prologales de Emiliano M. Aguilera, modernización del texto de Pilar Guibelalde, Barcelona, Orbis, 1985 (Biblioteca de Historia, 12-13).

\_\_\_\_\_, *Historia de las conquistas de Hernando Cortés, escrita en español por Francisco López de Gómara, traducida al mexicano por Don Juan Bautista de San Antón Muñón Chimalpain Quauhtlehuanitzin, indio mexicano*, 2 v., edición de Carlos María de Bustamante, México, Imprenta de la Testamentaría de Ontiveros, 1826, tablas.

LÓPEZ SARRELANGUE, Delfina Esmeralda, *La nobleza indígena de Pátzcuaro en la época virreinal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965, 390 p., ils.

MADARIAGA, Salvador de, *Hernán Cortés*, México, Diana, 1948, 740 p.

MARTÍNEZ, Andrea, “Las pinturas del *Manuscrito de Glasgow* y el *Lienzo de Tlaxcala*”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1990, v. 20, p. 141-162.

MARTÍNEZ, José Luis, *Hernán Cortés*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Fondo de Cultura Económica, 1992, 1010 p., ils.

MARTÍNEZ MARÍN, Carlos, “La fuente original del *Lienzo de Tlaxcala*”, en *Primer Coloquio de documentos pictográficos de tradición náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, VI + 280 p., ils., p. 147-157.

\_\_\_\_\_, “Historia del *Lienzo de Tlaxcala*”, en *El lienzo de Tlaxcala*, edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983, 176 p., p. 35-54.

- \_\_\_\_\_, “Lámina principal-Alegoría”, en *El lienzo de Tlaxcala*, edición de Mario de la Torre, textos de Josefina García Quintana y Carlos Martínez Marín, México, Cartón y Papel de México, 1983, 176 p., p. 55-58.
- \_\_\_\_\_, “Los orígenes del *Lienzo de Tlaxcala*. Fechas y fuentes”, *Históricas*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, octubre 1986, n. 20, p. 3-15.
- MAZIHCAZIN Y CALMECAHUA, Nicolás Faustino, “Descripción del mapa historiographo del muy ilustre Ayuntamiento de la nobilísima, insigne y siempre leal ciudad de Tlaxcala”, comentario introductorio y notas de Federico Gómez de Orozco, en *La escritura pictográfica en Tlaxcala, dos mil años de experiencia mesoamericana*, Luis Reyes García (coord.), México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1993, 342 p., ils. (Historia de Tlaxcala, 1), p. 62-74.
- Memorial de Sololá (Memorial de Tecpan-Atitlan), Anales de los cakchiqueles. Título de los señores de Totonicapan*, edición, introducción y notas de Adrián Recinos, traducción de Adrián Recinos y Dionisio José Chonay, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, 304 p.
- MENDIETA, Gerónimo de, *Historia eclesiástica indiana*, edición facsimilar, 2.<sup>a</sup> edición, edición, noticias e índice por Joaquín García Icazbalceta, México, Porrúa, 1980, XLV + 790 p., láms. (Biblioteca Porrúa, 46).
- MENGIN, Ernst, “Commentaire du Codex mexicanus, n. 23-24 de la Bibliothèque Nationale de Paris”, *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, París, Nouvelle Série, 1952, t. XLI, p. 387-498.
- MIRALLES OSTOS, Juan, “Prólogo”, en Francisco Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, prólogo de Juan Miralles Ostos, México, Porrúa, 1985, XXXIX + 860 p. (Biblioteca Porrúa, 84), p. IX-XXXIX.
- MOLINA, Alonso de, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, 3.<sup>a</sup> edición, edición facsimilar, estudio preliminar de Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1992, LXIV + 124 + 162 p. (Biblioteca Porrúa, 44).
- MOTOLINÍA, Toribio de, *El libro perdido. Ensayo de reconstrucción de la obra histórica extraviada de fray Toribio*, edición de Edmundo O’Gorman, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, 690 p.
- MUÑOZ CAMARGO, Diego, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don*

*Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, 324 p., láms. (Relaciones Geográficas del Siglo XVI, 4).

———, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición facsímil del “Manuscrito de Glasgow”, estudio preliminar de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, 48 p. + 318 f.

———, *Historia de Tlaxcala* (Ms. 210 de la Biblioteca Nacional de París), paleografía, introducción, notas, apéndices e índices analíticos de Luis Reyes García, colaboración de Javier Lira Toledo, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Gobierno del Estado de Tlaxcala/Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1998, 436 p. (Historia de Tlaxcala, 5).

MURIÁ, José María, *La historiografía colonial —motivación de sus autores—*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, 108 p.

———, *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, 224 p. (SepSetentas, 76).

NAVARRETE, Federico, “Estudio preliminar”, en Cristóbal del Castillo, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la conquista*, estudio introductorio, paleografía, traducción y notas de Federico Navarrete Linares, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1991, 226 p., p. 15-107.

———, “Las *Historias* de Cristóbal del Castillo”, en José Rubén Romero Galván *et al.*, *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 366 p. (Historiografía Mexicana, 1), p. 281-300.

———, “Las fuentes indígenas más allá de la dicotomía entre historia y mito”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1999, v. XXX, p. 231-256.

NICOLAU D’OLWER, Luis, *Fray Bernardino de Sahagún, 1499-1590*, edición facsímil, México, Departamento del Distrito Federal, 1990, 230 p.

O’GORMAN, Edmundo, “Estudio introductorio”, en Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2.<sup>a</sup> edición, 2 v., edición, estudio introductorio y apéndice documental de Edmundo O’Gorman, México, Universidad

- Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, v. I (Serie Historiadores y Cronistas de Indias, 4), p. 1-257.
- , “Prólogo”, en Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, prólogo, notas y apéndices por Edmundo O’Gorman, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, CL + 444 p. (Biblioteca Americana, 34), p. XI-XCV.
- OLMOS, Andrés de, *Grammaire de la langue nahuatl ou mexicaine. Arte para aprender la lengua mexicana, publicada con introducción, notas y esclarecimientos por Rémi Siméon*, París, Imprimerie Nationale, 1875, XVI + 274 p.
- OROZCO Y BERRA, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, 2.<sup>a</sup> edición, 4 v., edición y estudio previo de Ángel M. Garibay, biografía y bibliografías por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1978, ils. (Biblioteca Porrúa, 17-20).
- PASTRANA FLORES, Miguel, “Los códices anotados de tradición náhuatl”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, José Rubén Romero Galván (coord.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 366 p. (Historiografía Mexicana, 1), p. 51-84.
- , *Entre los hombres y los dioses. El sacerdocio prehispánico en el Altiplano Central Posclásico*, tesis de licenciatura en historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1992.
- , “Fundación de México Tenochtitlan”, *Ciudad de México*, México, Edigraf, julio de 2001, año I, n. 1, p. 8-11.
- , “Los presagios de la conquista como forma de conciencia histórica”, *Estudios michoacanos*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Instituto Michoacano de Cultura, 1999, v. VIII, p. 127-142.
- PEREYRA, Carlos, *Hernán Cortés*, 2.<sup>a</sup> edición, prólogo de Martín Quirarte, México, Porrúa, 1976, XLIV + 196 p. (“Sepan cuantos...”, 165).
- “Pinturas tlaxcaltecas de la conquista”, en Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición, prólogo, introducción, paleografía, notas e índices de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, 324 p., láms. (Relaciones Geográficas del siglo XVI, 4).

“Pinturas tlaxcaltecas de la conquista”, en Diego Muñoz Camargo, *Descripción de la ciudad y provincia de Tlaxcala de la Nueva España e Indias de la Mar Océano para el buen gobierno y ennoblecimiento dellas, mandada hacer por la S. C. R. M. del Rey Don Felipe, Nuestro Señor*, edición facsímil del Manuscrito de Glasgow, estudio preliminar de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, 48 p. + 318 f.

PREM, Hanns J. y Ursula Dyckerhoff, “Los *Anales de Tlatelolco*. Una colección heterogénea”, *Estudios de Cultura Náhuatl*”, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1997, v. 27, p. 181-207.

PRESCOTT, William H., *Historia de la conquista de México*, 3.<sup>a</sup> edición, edición, prólogo, notas y apéndices por Juan A. Ortega y Medina, traducción de José M. González de la Vega, anotada por Lucas Alamán, notas críticas y esclarecimientos por José Fernando Ramírez, México, Porrúa, 1985, CLIV + 770 p., láms. (“Sepan cuantos...”, 150).

“Proceso del Santo Oficio contra Martín Ucelo, indio, por idólatra y hechicero”, en *Procesos de indios idólatras y hechiceros*, edición de Luis González Obregón, México, Tipografía de Guerrero Hermanos, 1912, VIII + 268 p. (Publicaciones del Archivo General de la Nación, III), p. 17-51.

“Proceso del Santo Oficio contra Mixcoatl y Papalotl, indios, por hechiceros”, en *Procesos de indios idólatras y hechiceros*, edición de Luis González Obregón, México, Tipografía de Guerrero Hermanos, 1912, VIII + 268 p. (Publicaciones del Archivo General de la Nación, III), p. 53-78.

RAMÍREZ, José Fernando, “Chimalpain”, en José Fernando Ramírez, *Fray Toribio de Motolinía y otros estudios*, 3.<sup>a</sup> edición, edición, prólogo y notas de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1986, xix + 314 p. (Escritores Mexicanos, 4), p. 279-296.

RAMÍREZ VIDAL, Gerardo, “Sobre la falsa historia del retorno de los dioses”, *Chicomóztoc*, boletín del Seminario de Estudios para la Descolonización [sic] de México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, n. 3, septiembre 1994, p. 183-223.

“Relación de las Cuatro Villas. Relación de Huaxtepeque”, en *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, 3 v., edición de René Acuña, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985-1986, mapas (Relaciones Geográficas del Siglo XVI, 6, 7, 8), v. I, p. 183-223.

*La relación de Michoacán*, estudio preliminar, paleografía y notas de Francisco Miranda, México, Secretaría de Educación Pública, 1988, 372 p. (Cien de México).

REYES GARCÍA, Luis, “Documentos pictográficos de Tlaxcala”, en *La escritura pictográfica en Tlaxcala; dos mil años de experiencia mesoamericana*, Luis Reyes García (coord.), México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, 1993, 342 p., ils. (Historia de Tlaxcala, 1), p. 196-236.

ROMERO GALVÁN, José Rubén, “La ciudad de México, los paradigmas de dos fundaciones”, *Estudios de Historia Novohispana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1999, v. 20, p. 13-32.

——— (coord.), *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 366 p.

———, “Chimalpain Cuauhtlehuantzin”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 366 p. (Historiografía Mexicana, 1), p. 331-350.

———, “Fernando de Alva Ixtlilxóchitl”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 366 p. (Historiografía Mexicana, 1), p. 351-366.

———, “Hernando Alvarado Tezozómoc”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 366 p. (Historiografía Mexicana, 1), p. 313-330.

———, “Introducción”, en *Historiografía novohispana de tradición indígena*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2003, 366 p. (Historiografía Mexicana, 1), p. 9-20.

———, “Historia de una conciencia histórica”, en Alfredo López Austin, José Rubén Romero Galván y Carlos Martínez Marín, *Teotihuacan*, México, El Equilibrista/Turner Libros, [s. f.], 150 p., ils., p. 37-56.

———, “Introducción”, en Domingo Chimalpahin, *Octava relación*, introducción, estudio, paleografía, versión castellana y notas de José Rubén Romero Galván, México, Universidad Nacional Autónoma de México,

Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, 204 p. (Serie de Cultura Náhuatl. Fuentes, 8) p. 9-71.

ROZAT DUPEYRON, Guy, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Tava Editorial, 1993, XIII + 194 p.

RUIZ DE ALARCÓN, Hernando, *Tratado de las supersticiones y costumbres gentílicas que hoy viven entre los indios naturales desta Nueva España, introducción y notas de María Elena de la Garza Sánchez*, México, Secretaría de Educación Pública, 1988, 236 p. (Cien de México).

SAHAGÚN, Bernardino de, *Augurios y abusiones*, introducción, traducción y notas de Alfredo López Austin, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969, 220 p.

———, *Book 12. The Conquest of Mexico*, paleografía, traducción y notas de Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson, Santa Fe, Universidad de Utah, 1955, 122 p., láms. (Florentin Codex. General History of the Things of New Spain, XIII).

———, *Códice florentino. Manuscrito 218-220 de la Colección Palatina de la Biblioteca Medicea Laurenciana*, edición facsimilar, 3 v., México, Archivo General de la Nación, 1979.

———, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 2 v., introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Alianza, 1989 (Cien de México).

———, *Huehuetlatolli. Libro sexto del Códice florentino*, paleografía, versión, notas e índices de Salvador Díaz Cíntora, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, 136 p.

———, “Libro doce. En él se dice cómo se hizo la guerra en esta ciudad de México”, traducción y notas de Ángel M. Garibay, en Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, 5.<sup>a</sup> edición, proemio, introducción, numeración, notas y apéndices de Ángel M. Garibay, México, Porrúa, 1982, 1094 p. (“Sepan cuantos...”, 300), p. 759-809.

———, “Relación de la conquista de esta Nueva España, como la contaron los soldados indios que se hallaron presentes”, en *Conquest of New Spain, 1585*, revisión, edición, introducción y notas de S. L. Cline, traducción de Howard F. Cline, Salt Lake City, Universidad de Utah, 1989, 672 p., p. 145-239.

- \_\_\_\_\_, “Salutación y súplica que hacía un principal al Tlatoani recién electo”, introducción, traducciones y notas de Josefina García Quintana, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980, v. 14, p. 65-90.
- \_\_\_\_\_, “El texto sahuaguntino sobre los mexicas”, introducción, paleografía, traducción, notas y comentarios de Alfredo López Austin, *Anales de Antropología*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1985, v. XXII, p. 287-335.
- \_\_\_\_\_, *Los once discursos sobre la realeza. Libro sexto del Códice florentino*, introducción, paleografía, traducción, notas e índice por Salvador Díaz Cíntora, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, 160 p.
- \_\_\_\_\_, *Veinte himnos sacros de los nahuas*, introducción, paleografía, traducción, notas y apéndices por Ángel M. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958, 278 p.
- \_\_\_\_\_, *Vida económica de Tenochtitlan. I. Pochtecatoytl (arte de traficar)*, 2.<sup>a</sup> edición, prólogo de Josefina García Quintana, paleografía, traducción, introducción, notas y apéndices por Ángel M. Garibay, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995, XVI + 186 p.
- Santa Biblia*, 10.<sup>a</sup> edición, traducción de Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, prólogo de Gaetano Cicognani, Madrid, Editorial Católica, 1960, XLIV + 1332 p. (Biblioteca de Autores Cristianos, 1).
- SÁMANO, Juan de, “Relación de la conquista de los teules chichimecas”, en *Colección de documentos para la historia de México*, 2 v., edición facsimilar, edición de Joaquín García Icazbalceta, México, Porrúa, 1971 (Biblioteca Porrúa, 47-48), p. 262-287.
- SANDOVAL, Fernando B., “La relación de la conquista de México en la Historia de fray Diego Durán”, en *Estudios de historiografía de la Nueva España*, Hugo Díaz-Thomé *et al.*, México, El Colegio de México, 1945, p. 51-90.
- “La segunda parte del Códice Aubin [1520-1608]”, paleografía y traducción de Robert H. Barlow y Byron McAfee, en Robert H. Barlow, *Tlatelolco: fuentes e historia*, edición de Jesús Monjarás-Ruiz y otros, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad de Las Américas, 1989, 526 p., ils. (Obras de Robert H. Barlow, 2), p. 261-305.



- SIMÉON, Rémi, *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, 7.<sup>a</sup> edición, traducción de Josefina Oliva de Coll, México, Siglo XXI, 1988, xcvi + 784 p.
- SOLÍS Y RIVADENEIRA, Antonio, *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España*, 5.<sup>a</sup> edición, prólogo y apéndices de Edmundo O’Gorman, notas de José Valero Silva, México, Porrúa, 1990, xxxix + 39 p., láms. (“Sepan cuantos...”, 89).
- SOUSTELLE, Jacques, *El universo de los aztecas*, traducción de José Luis Martínez y Juan José Utrilla, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, 184 p.
- , *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, traducción de Carlos Villegas, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, 284 p., ils.
- SUÁREZ DE PERALTA, Juan, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, estudio preliminar de Teresa Silva Tena, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990, 276 p. (Cien de México).
- SULLIVAN, Thelma, *Compendio de la gramática náhuatl*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1982, 392 p.
- , “Tlatoani and Tlatocayotl in the Sahagún manuscripts”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1980, v. 14, p. 225-238.
- TAPIA, Andrés de, “Relación de algunas cosas de las que acaecieron al Muy Ilustre Señor Don Hernando Cortés Marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme del mar Océano”, en *Crónicas de la Conquista*, 3.<sup>a</sup> edición, introducción, selección y notas de Agustín Yáñez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986, xvi + 188 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 2), p. 27-78.
- THOMAS, Hugh, *La conquista de México*, traducción de Víctor Alba, Barcelona, Patria, 1994, 896 p., ils.
- TODOROV, Tzvetan, *La Conquista de América. El problema del otro*, 3.<sup>a</sup> edición, traducción de Flora Botton Burlá, México, Siglo XXI, 1991, 278 p.
- , “Los relatos de la conquista”, en *Relatos aztecas de la Conquista*, traducción de Guillermina Cuevas, edición, traducción, notas y estudios de Georges Baudot y Tzvetan Todorov, México, Grijalbo/Consejo

- Nacional para la Cultura y las Artes, 1989, 484 p. (Los Noventa, 7), p. 449-479.
- TORQUEMADA, Juan de, *Monarquía Indiana, de los veinte y un libros rituales y monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra firme*, 7 v., 3.<sup>a</sup> edición, edición de Miguel León-Portilla, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1975-1983, ils., cuadros, mapa (Serie de Historiadores y Cronistas de Indias, 5).
- TOSCANO, Salvador, *Cuauhtémoc*, prólogo de Rafael Heliodoro Valle, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 254 p., ils. (Popular, 114).
- TOVAR, Juan de, *Manuscrit Tovar. Origines et croyances des indiens du Mexique. Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España según sus historias. Tratado de los ritos y ceremonias y dioses que en su gentilidad usaban los indios de esta Nueva España*, edición, introducción, notas y paleografía de Jacques Lafaye, Graz, Akademische Druck Verlagsanstalt, 1972, 328 p., ils.
- VALERO SILVA, José, *El legalismo de Hernán Cortés como instrumento de su conquista*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1965, 76 p. (Cuadernos Serie Histórica, 13).
- VÁZQUEZ DE TAPIA, Bernardino, *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia*, estudio y notas de Jorge Gurría Lacroix, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, 148 p. (Nueva Biblioteca Mexicana, 34).
- ZAVALA, Lorenzo de, “La dominación española”, en José María Muriá, *Conquista y colonización de México*, México, Secretaría de Educación Pública, 1982, 218 p. (Secretaría de Educación Pública/80, 31), p. 172-177.
- ZAVALA, Silvio, “Hernán Cortés ante la justificación de su conquista”, en Toribio Esquivel Obregón, *Hernán Cortés y el derecho internacional en el siglo XVI*, 2.<sup>a</sup> edición, presentación de Silvio Zavala, México, Porrúa, 1985, XVI + 158 p., p. 121-150.
- ZAVALA, Silvio y José Miranda, “Instituciones indígenas en la colonia”, en Alfonso Caso, Silvio Zavala, José Miranda y Moisés González Navarro, *La política indigenista en México. Métodos y resultados*, 2 v., México, Ins-



tituto Nacional Indigenista/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991 (Presencias, 42-43), v. I, p. 45-206.

ZORITA, Alonso de, *Breve y sumaria relación de los señores de la Nueva España*, 3.<sup>a</sup> edición, prólogo y notas de Joaquín Ramírez Cabañas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, xx + 206 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 32).

———, *Relación de la Nueva España*, 2 v., edición, paleografía, estudios preliminares y apéndices de Ethelia Ruiz Medrano, índice de José Mariano Leyva, semblanza y apéndice por Wiebke Arhndt, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999 (Cien de México).



## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
LOS PRESAGIOS .....	19
El problema .....	19
Caracterización de los presagios .....	27
Los presagios como parte de la concepción indígena de la historia .....	32
Los <i>tetzahuitl</i> de la conquista española .....	36
Aspectos simbólicos de los <i>tetzahuitl</i> de la Conquista .....	44
La tradición tlatelolca en la obra de Sahagún .....	45
Los presagios en las obras de Tezozómoc y Durán .....	60
Algunos aspectos sociales de los <i>tetzahuitl</i> de la Conquista .....	69
Posibles caminos en la construcción de los <i>tetzahuitl</i> .....	72
Comentario final .....	78
LA NATURALEZA DE LOS ESPAÑOLES .....	81
El problema .....	81
Los teules .....	88
¿Qué es <i>teotl</i> ? .....	88
Características de los españoles en las crónicas de tradición indígena .....	94
Elementos sobrehumanos de los españoles .....	102
Aspectos humanos de los españoles .....	128
Comentario final .....	140
MOTECUHZOMA ANTE LA CONQUISTA .....	147
El problema .....	147



Características del <i>tlatoani</i> mexica .....	157
La naturaleza del poder .....	159
Funciones del gobernante .....	160
Consecuencias del mal comportamiento de un <i>tlatoani</i> .....	163
Moteczuhzoma en las obras de tradición indígena .....	166
La tradición tlatelolca de los textos sahuaguntinos ...	166
La tradición tenochca en las crónicas de Tezozómoc y Durán .....	188
La tradición tlaxcalteca en la obra de Muñoz Camargo .....	227
La tradición chalca en las obras de Chimalpain ...	231
La tradición acolhua en las obras de Ixtlilxóchitl ...	233
Comentario final .....	250
EL SENTIDO DE LA CONQUISTA .....	255
El problema .....	255
El sentido de la Conquista en las obras de tradición náhuatl .....	266
La tradición tlatelolca .....	267
La tradición tenochca .....	278
La tradición tlaxcalteca .....	293
La visión histórica de las obras de Cristóbal del Castillo .....	306
La tradición acolhua en las obras de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl .....	309
¿Qué otros méritos se podrían pedir al señor tetzcocano? .....	317
La tradición chalca en las obras de Chimalpain Cuauhtlehuanitzin .....	318
Comentario final .....	321
PARA TERMINAR .....	325
OBRAS CONSULTADAS .....	331

LA CONQUISTA DE MÉXICO fue un complejo proceso histórico que abrió la puerta a la transformación radical de las sociedades Mesoamericanas. A 502 años, el evento aún suscita enconadas polémicas y variadas investigaciones tanto a nivel nacional como internacional. En esta perspectiva, el presente trabajo busca analizar y explicar cómo se muestra la conquista española en la historiografía de tradición náhuatl. Valga la expresión, no se trata de estudiar el hecho mismo sino de analizar la memoria indígena relativa a él. Así pues, el trabajo desarrolla el análisis historiográfico comparativo del conjunto de las obras de tradición náhuatl a partir de cuatro problemas fundamentales en el estudio de la conquista: primero, el de los presagios que se dice ocurrieron antes de la llegada de los castellanos; segundo, la naturaleza que les fue atribuida a los españoles; tercero, la personalidad y actitud asumida por Motecuhzoma, último tlatoani de Tenochtitlan, frente a los europeos y, cuarto, el sentido que se le otorgó a la conquista española en las obras indígenas.

Las obras elegidas como objeto de estudio son el resultado de la toma de conciencia histórica náhuatl acerca de la conquista española en más de un siglo. En este proceso historiográfico hay por lo menos tres generaciones implicadas: la de quienes vivieron la conquista, la de sus hijos y la de sus nietos.

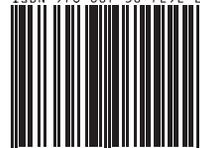
Ilustración: Motecuhzoma observando un cometa. Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de la Tierra Firme*, volumen I, lámina 48.



INSTITUTO DE  
INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

historicas.unam.mx

ISBN 978-607-30-7292-2



9 786073 072922